

KENNEDY

ANDRÉ KASPI



**BIBLIOTECA SALVAT DE
GRANDES BIOGRAFIAS**

The left side of the image shows the spine and front cover of a book. The cover is decorated with a repeating pattern of stylized, interlocking shapes in red and white, creating a textured, woven appearance. The right side of the image is a plain, off-white or cream-colored page.

KENNEDY

**BIBLIOTECA SALVAT DE
GRANDES BIOGRAFIAS**



The Doctor

<http://thedoctorwho1967.blogspot.com.ar/>

<http://el1900.blogspot.com.ar/>

<http://librosrevistasinteresesanexo.blogspot.com.ar/>

KENNEDY

ANDRE KASPI

SALVAT

Versión española de la obra original francesa *Kennedy*, publicada por Masson, París.

Traducción del francés a cargo de Juan G. Basté.

Las ilustraciones cuya fuente no se indica proceden del Archivo Salvat.

Indice

	<u>Página</u>
1. El asesinato del presidente	9
2. La familia Kennedy	34
3. El aprendizaje de un político	57
4. Las elecciones presidenciales de 1960	82
5. La defensa del mundo libre	103
6. Una diplomacia total	115
7. El balance de una política exterior	128
8. El relanzamiento económico	144
9. La lucha contra las desigualdades sociales	155
10. Las obstrucciones políticas	167
11. El mito y el hombre	175
Notas	199
Cronología	200
Testimonios	203
Bibliografía	205

© Salvat Editores, S.A., Barcelona, 1985.

© Masson, París, 1978.

ISBN: 84-345-8145-0 (obra completa).

ISBN: 84-345-8204-X

Depósito legal: NA-961-1985

Publicado por Salvat Editores, S.A., Mallorca 41-49. 08029 - Barcelona.

Impreso en Gráficas Estella. Estella (Navarra), 1985.

Printed in Spain



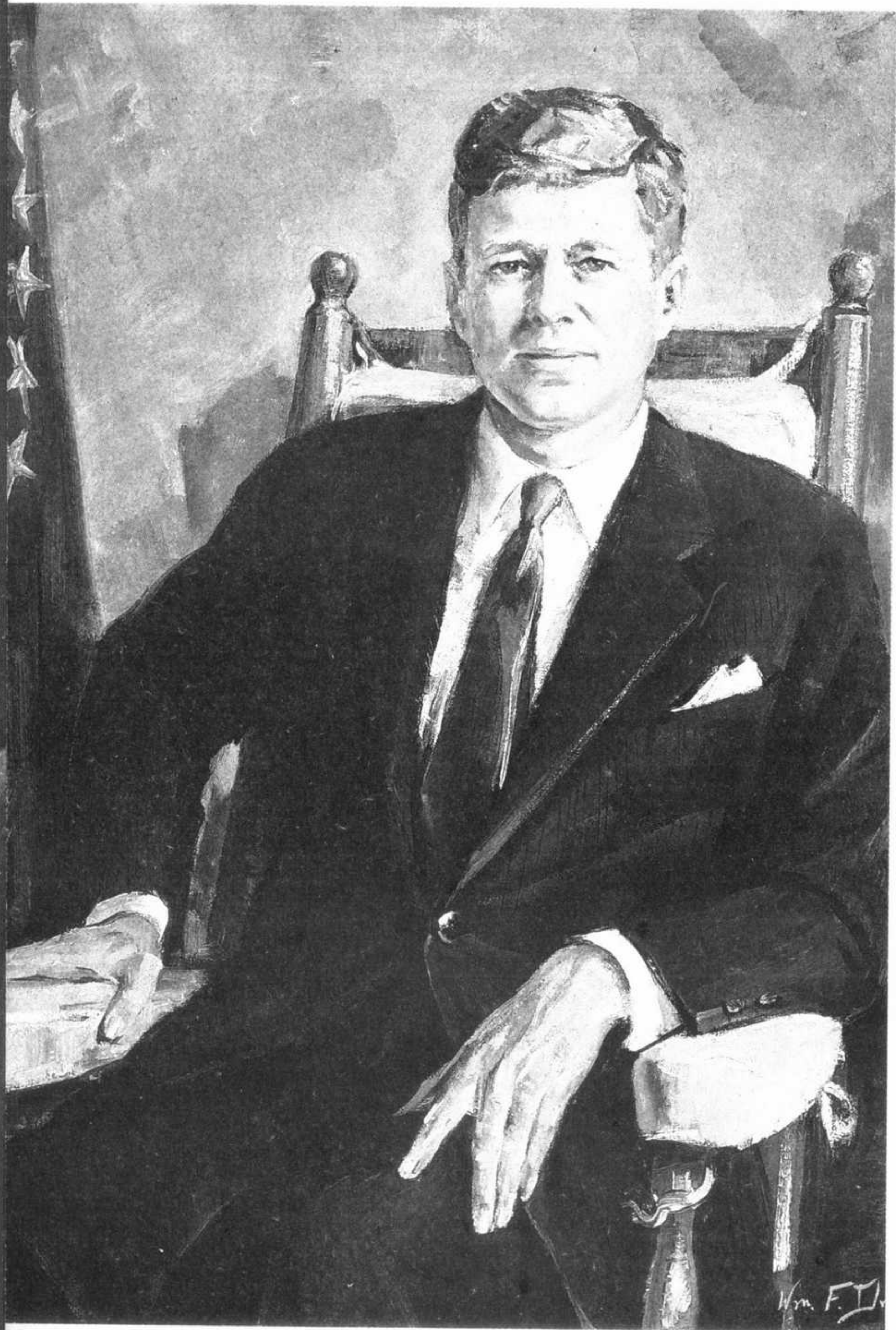
John F. Kennedy (1917-1963)

John Fitzgerald Kennedy nació en Brookline, Boston, el año 1917. Después de estudiar en la Universidad de Harvard y servir en la marina durante la II Guerra Mundial, comenzó su carrera política. Fue elegido miembro de la Cámara de representantes en 1946 y más tarde senador demócrata por Massachusetts, en 1952, tras derrotar a Cabot Lodge. Aunque admirador de Roosevelt, no se alió con los liberales que lucharon contra Joe McCarthy, y adoptó una actitud ambigua en la cuestión de los derechos civiles. En 1956 pretendió la candidatura a la vicepresidencia de la nación con Stevenson, pero tuvo que inclinarse ante Kefauver. Cuatro años después, tras una brillante campaña electoral en la que propugnó una «nueva frontera», fue elegido trigésimo quinto presidente de Estados Unidos, derrotando por escaso margen a Richard Nixon. Durante su presidencia presentó un programa liberal, favorable a la intervención estatal, y un proyecto de ley sobre derechos civiles, pero el Congreso puso freno a su política. También se vio perjudicado por su independencia frente a los *trusts* del acero y del petróleo. En cuanto a la política internacional, dio su consentimiento a la invasión de Cuba organizada por la CIA, bajo Eisenhower, aunque se negó a prestar apoyo aéreo para impedir la derrota de la Bahía de Cochinos, en abril de 1961. Su temple de estadista se manifestó en octubre de 1962, al obligar a Krushev a desmantelar las bases de proyectiles soviéticos en Cuba a cambio de la promesa de no invadir la isla. Su éxito más importante, en orden a la coexistencia con la Unión Soviética, fue la firma del Tratado de Moscú sobre pruebas nucleares. Durante su mandato se incrementó la presencia armada estadounidense en el sudeste asiático. Kennedy murió asesinado en Dallas, el 22 de noviembre de 1963, cuando realizaba una campaña en el Estado de Texas con vistas a su reelección.

◀ John Fitzgerald Kennedy, trigésimo quinto presidente de los Estados Unidos de América.

©

Fabron Bach



1. El asesinato del presidente

¿Se sabrá alguna vez la verdad, toda la verdad? El 22 de noviembre de 1963, el presidente de Estados Unidos cae asesinado en Dallas, en el Estado de Texas. Se llamaba John Fitzgerald Kennedy. Una sangrienta peripecia, cabe decir, tanto más chocante cuanto que la víctima era joven, prestigiosa y poderosa; un asesinato político como los ha habido, antes y después, en América y en otras partes; un asunto archivado. Y, sin embargo, después de tantos años el misterio sigue sin desvelarse. Todo lo contrario. El asesinato ¿fue cometido por un individuo aislado o fue el resultado de una verdadera conspiración? ¿Cuáles fueron las motivaciones de quien —o de quienes— efectuaron los disparos? ¿Por qué no se ha resuelto el enigma? A medida que el tiempo pasa, la explicación se complica. Lo que parecía claro, hoy ya no lo es. La investigación, cerrada oficialmente en 1964, ha sido reanudada por periodistas, detectives aficionados y, lo que es más grave, por comisiones especiales del Congreso. No hay ninguna conclusión indiscutible. Por ello es preciso comenzar aportando certidumbres, antes de evocar las dudas, las contradicciones y las lagunas.

Texas, un envite político

A finales de la primavera de 1963, Kennedy tomó la decisión de acudir a Texas en noviembre. La fecha exacta del viaje se fijó un poco más tarde. El presidente sueña, en efecto, con la reelección en las próximas elecciones presidenciales, las de 1964. El Estado de Texas dispone, en el seno del colegio de los grandes electores, de 24 sufragios, lo que significa un 4,5 por ciento del total. El envite es importante. Si Kennedy no obtiene la mayoría de los votos populares del Estado de Texas, su adversario podrá aspirar a la victoria nacional. Desde luego, el vicepresidente, Lyndon B. Johnson, ocupa desde hace veinticinco años un lugar destacado en la política local. Gracias a él, los demócratas han aventajado a los republicanos en 1960, pero los resultados han sido muy apretados. Sobre 2.311.000 sufragios emitidos, Kennedy y Johnson han obtenido 1.168.000 votos, en tanto que Nixon y su compañero de candi-

◀ Retrato de John F. Kennedy, pintado por William F. Drapper. National Portrait Gallery, Washington.

datura lograban 1.121.000. Los otros candidatos se repartieron 22.000 votos. ¿Qué pasará en 1964? Los responsables demócratas consideran que las previsiones son inquietantes. Los negociantes en petróleo y los núcleos económicos de Texas desconfían del presidente Kennedy, ya que las medidas fiscales que acaba de tomar les son desfavorables. Evidentemente, están dispuestos a votar al Partido Republicano. Además, el propio Partido Demócrata está localmente escindido. Por un lado, el ala conservadora está dirigida por el gobernador John Connally; por el otro, el senador Yarborough encabeza un movimiento liberal. Los dos han roto sus relaciones y ni siquiera se dirigen la palabra. Si los demócratas de Texas no se reconcilian, desde luego no ganarán las próximas elecciones. He aquí una razón suplementaria para que Kennedy acuda, en persona, a asegurar la unidad de acción de sus amigos políticos. Cuenta también con estimular en favor suyo el entusiasmo de la masa. Se le da el voto más fácilmente a un hombre al que se ha visto de cerca, al que se ha tocado con las propias manos, al que se ha escuchado con los propios oídos. Para no pasar por alto ningún detalle, el presidente ha convencido a su mujer para que le acompañe. Una pareja unida, joven y feliz, siempre suscitará sueños y generará simpatías. La presencia de Jacqueline dará al desplazamiento del presidente un matiz menos político y provocará mayor número de aplausos. Conviene también atravesar las principales ciudades, exhibirse lo más posible, lo que, inevitablemente, significa correr riesgos. Finalmente, como las elecciones cuestan mucho dinero y las arcas del partido están vacías, el presidente tendrá que hablar ante aquellos oyentes que han pagado su asiento y su almuerzo. Cuando las manifestaciones públicas hayan terminado, Johnson recibirá a los Kennedy en su rancho: un momento de pausa, al estilo tejano, tras los agotadores contactos con una multitud que los máximos responsables confían que será numerosa y vibrante.

No se trata, por tanto, de un viaje de placer. Hay que convencer y seducir. Nada está ganado de antemano. El presidente comienza por acudir a San Antonio; luego, a Houston. El 21 de noviembre se halla en Fort Worth. La acogida resulta calurosa en todas partes; en cualquier caso, mucho mejor de lo que se esperaba. Desde hace mucho tiempo está prevista una etapa en Dallas. Se considera una ciudad hostil a Kennedy, más aún que las vecinas. Algunas semanas antes, Adlai Stevenson, antiguo candidato demócrata a la presidencia y embajador en las Naciones Unidas desde 1961, ha sido abucheado y agredido. Y para no desmentir en absoluto la reputación de los habitantes de Dallas, los periódicos del 22 de noviembre publicaron artículos y recuadros publicitarios cuya violencia todavía sorprende hoy. Un comité de «Ciudadanos preocupados por América» ha hecho publicar en el *Dallas Morning News* una verdadera llamada al asesinato: «Bienvenida al Sr. Kennedy», que no tiene en cuenta la Constitución, que ha liquidado la doctrina de Monroe en provecho del «espíritu de Moscú», que ha preparado, con ayuda de la CIA, el exterminio de los aliados anticomunistas de América, que ha recibido el apoyo del jefe del Partido Comunista estadounidense, que deja que su hermano Robert, un criptocomunista, actúe a



El presidente Kennedy, el gobernador de Texas, J. Conally, y el vicepresidente Johnson durante un discurso pronunciado en Fort Worth, el 21 de noviembre de 1963.

su aire... Por otra parte, una organización de extrema derecha ha distribuido pasquines con la fotografía del presidente, acompañada de esta leyenda: «Buscado por traición.» Kennedy ha leído los periódicos, y esta lectura le ha decepcionado profundamente y le ha causado inquietud. Todos cuantos le rodean se han percatado de ello.

Pero esta hostilidad manifiesta no hacía más que reforzar su deseo de atravesar la mayor parte de la ciudad, de ver y de ser visto. El tiempo favorece los proyectos de Kennedy. Es un bonancible viernes este 22 de noviembre, más cálido aún de lo que se suponía, y Jacqueline lamenta haberse puesto un traje para días más fríos. El avión del presidente, Air Force One, aterriza a las 11.40 en Love Field, el aeropuerto de Dallas. Los Kennedy reciben la bienvenida de Johnson, que ha llegado un poco antes, y de los jefes del Partido Demócrata de Texas. Tras el programa de los organizadores, la comitiva tiene que llegar en tres cuartos de hora al Trade Mart, un enorme vestíbulo, con capacidad para 2.500 personas, donde el presidente pronunciará un discurso. El itinerario, previsto desde hace tres días, es el idóneo para atraer a la multitud. Además, Kennedy exige que su automóvil se mantenga descapotado. Ciertamente es que el techo, de plástico, no está blindado. No quiere que los agentes del Servicio Secreto, encargados de la protección del presidente, se mantengan alrededor de su vehículo; podrían dificultar la visión



Associated Press

de los espectadores. ¿Seguridad o baño de multitudes? El dilema es irresoluble. En todos los países del mundo se establece una oposición entre los hombres políticos que buscan el contacto con sus conciudadanos y los responsables de la policía que miden los riesgos. Kennedy ha repetido en diversas circunstancias que no teme la muerte y que poco le importa cómo pueda ocurrir; un asesino eventual siempre podrá actuar si está dispuesto a cambiar su vida por la del presidente. Además, a Kennedy no le gusta mostrarse rodeado de policías. Eso no es digno de EE UU ni de la democracia.

Cuando faltan cinco minutos para el mediodía, la comitiva abandona el aeropuerto. La encabeza el automóvil del jefe de la policía municipal, Jesse Curry. Le sigue el vehículo presidencial. El chófer y su vecino inmediato son miembros del Servicio Secreto. John y Jacqueline Kennedy se han colocado en el asiento trasero, el presidente a la derecha y su mujer a la izquierda. Delante de ellos, el gobernador, John Connally, y su mujer, Nellie, ocupan los asientos abatibles. El tercer vehículo transporta a la escolta de policías, dos de los cuales avanzan a pie, prestos a cualquier intervención. Luego sigue el automóvil del vicepresidente —en el que finalmente ha accedido a montar el senador Yarborough—, vehículos de distintas personalidades y, detrás y bastante lejos, el autocar de los periodistas. La marcha es lenta, alrededor de unos 18 kilómetros por hora. Por dos veces el presidente pide al chófer que se detenga para estrechar manos, intercambiar buenas palabras. Los espectadores son numerosos. No todos son partidarios. Algunos llevan pancartas con estas palabras: «¡Es a ti, Jacqueline, a quien queremos!» Poco importa... Los anfitriones del presidente más bien se sienten aliviados. Temían abucheos o calles vacías. Por el contrario, hay una especie de entusiasmo que permite augurar cuáles serán los resultados de las próximas elecciones. Kennedy no pasa por alto ningún detalle. Por dos veces Jacqueline se pone gafas para protegerse del sol; por dos veces su marido le pide que se las quite para que los espectadores, que son también electores, puedan ver su rostro.

Son las doce y media cuando la comitiva deja Houston Street y gira a la izquierda para entrar en Elm Street. Haciendo esquina con las dos calles, un edificio sirve de almacén para editores de manuales escolares. Se trata del Texas School Book Depository. Al final de Elm Street, que no es una calle muy larga, se halla una plaza cubierta de césped, Dealey Plaza, con algunos almacenes; un poco más lejos, un puente de ferrocarril; hay que pasarlo por debajo para alcanzar una autopista que, en pocos minutos, conduce al Trade Mart. La comitiva acaba de entrar en Elm Street y el School Book Depository se halla detrás del vehículo presidencial, a su derecha, cuando suenan unos disparos. La escena es extremadamente rápida: algunos segundos para el tiroteo, dos o tres minutos para que la comitiva desaparezca, a toda prisa, en dirección al Parkland Hospital. El pánico en Dealey Plaza llega al máximo. Pocos es-

◀ El coche presidencial durante su recorrido por las calles de Dallas, pocos minutos antes del atentado que acabaría con la vida del presidente Kennedy.

pectadores han comprendido lo que ha pasado. John Kennedy se ha derrumbado, por el lado izquierdo, sobre las rodillas de su mujer. También ha sido alcanzado el gobernador Connally. Jacqueline Kennedy, bajo el efecto del choque, ha intentado salir del vehículo trepando por el maletero. Un agente del Servicio Secreto se ha precipitado para impedirlo. La escolta de Johnson ha lanzado contra el suelo al vicepresidente, sentándose sobre él para protegerle. Algo más lejos, un periodista, perteneciente a United Press, comprende lo que está ocurriendo; coge el teléfono del automóvil en el que viaja y es el primero en transmitir la noticia. «Se han efectuado tres disparos contra la comitiva del presidente Kennedy.» Son las 12.34.

A partir de aquí los acontecimientos siguen su curso. En el Parkland Hospital los cirujanos se ponen a trabajar de inmediato. Se dan cuenta de que el presidente ha sido alcanzado en el cuello y en el cerebro, que ha volado en mil pedazos. Se esfuerzan en mantener la respiración efectuando una incisión en la tráquea. Todo en vano. A la una del mediodía tienen que rendirse a la evidencia: John F. Kennedy ha muerto. Poco a poco la noticia es comunicada a los allegados, a los oficiales, a Washington, al mundo entero. Durante este tiempo Johnson, custodiado, espera. Le corresponde asegurar la continuidad del Estado si el presidente no sobrevive. Nadie sabe, por el momento, si se trata de un plan más amplio cuyo objetivo sería aniquilar al gobierno federal y provocar la III Guerra Mundial. En consecuencia, es preciso que el nuevo presidente regrese a Washington con toda urgencia. Por una puerta secreta del hospital, Johnson parte hacia el aeropuerto. Poco después, sube a bordo del Air Force One. Allí espera a Jacqueline Kennedy. Pero en 1963 un asesinato, y más siendo el del presidente de Estados Unidos, compete a la justicia del Estado. Los responsables del orden en Dallas se niegan, pues, a que el cuerpo del difunto sea transportado a Washington. Los colaboradores de Kennedy encargan, de prisa y corriendo, un ataúd y hacen caso omiso. Los restos mortales del presidente son izados al Air Force One. Jacqueline Kennedy se encuentra a su lado. A las 14.40 asiste dentro del aparato a la toma de juramento de Lyndon B. Johnson. Diez minutos más tarde, el avión despegó. Durante más de dos horas, los Estados Unidos han permanecido sin presidente, incapaces de defenderse en el caso de que un ataque sorpresa hubiese llegado a producirse.

El arresto de Oswald

La policía de Dallas se lanza de inmediato a la búsqueda de pistas. Su primera impresión, así como la de numerosos testimonios, es que los disparos han sido efectuados desde lo alto del School Book Depository. Un peatón ha visto incluso a un hombre delgado, de 1,75 metros aproximadamente, atisbando el vehículo presidencial. Otros, simplemente, han distinguido una varilla de hierro, sin duda el cañón de un fusil, asomando por las ventanas del edificio. Sea lo que fuere, sin esperar ma-

yores averiguaciones, los policías se precipitan hacia el inmueble. Todos los que allí se encuentran son empleados, comprendido uno de ellos, un tal Lee Harvey Oswald, contratado a mediados de octubre. Oswald, por otra parte, se dispone a abandonar el lugar, con una botella de bebida gaseosa en la mano. Nadie tiene derecho alguno a impedirlo. A las 12.40 se prohíbe el acceso al School Book Depository, e igualmente se prohíbe salir a nadie del establecimiento. Comienza el registro. En el quinto piso, el ayudante del *sheriff* descubre un montón de cartones y, sobre el suelo, tres casquillos de bala. Cerca de la ventana, entreabierta, hay tres cajas que parecen destinadas a sostener un arma. Uno de sus colegas descubre entonces un fusil equipado con una lente. Un policía, que controla la lista de los empleados, comprueba que sólo falta uno de los quince. Se trata de Oswald, naturalmente. Su descripción, que corresponde a la que ha dado un testigo, es difundida por la radio de los coches policiales.

A las 13.15 un agente de policía, J. D. Tippit, que hace su ronda en automóvil, descubre a un hombre que se parece al de la descripción. Se le acerca y entabla conversación con él. Tippit sale del auto y cuando se halla a la altura de la aleta delantera izquierda recibe cuatro balas de revólver. Muere instantáneamente. Varios testigos han asistido a la escena. Uno de ellos da la alarma. Otro sigue al asesino y le ve entrar en un cine; pide a la cajera que le deje llamar por teléfono a la policía. Unos minutos más tarde, el cine está rodeado. La sala se ve súbitamente iluminada y el hombre es arrestado tras un breve alboroto. Cabe imaginar la satisfacción del jefe de la brigada de homicidios cuando se da cuenta de que el empleado ausente del School Book Depository y el asesino de Tippit son una misma persona. No le faltarán críticas a la policía de Dallas por no haber sabido proteger al presidente de Estados Unidos. Se verá acusada de todos los pecados. Pero, finalmente, ha logrado, en hora y media, arrestar al principal sospechoso. Ha demostrado su eficacia y su sentido del deber. ¿Dudas? ¿Qué fundamento tendrían? El hombre que mató a John Kennedy estaba dispuesto a todo —así, pues, a matar de nuevo— para evitar su captura. El primer crimen explica los motivos del segundo. ¿Por qué asesinaría al presidente de Estados Unidos? Bastará con revelar su pasado, con determinar las huellas digitales que han quedado en el fusil con lente. Sí, Oswald es el asesino de Tippit y de Kennedy.

Los acontecimientos del 22 de noviembre atrajeron a Dallas a periodistas de los Estados Unidos y de todo el mundo. Acudían para seguir, sobre la marcha, los progresos de la investigación. Los policías, —es un hecho indiscutible— se ven desbordados. Retienen al sospechoso. Tienen que mostrarlo a los reporteros y a las cámaras de televisión. Desde luego, la policía ha recibido cartas que prometen para Oswald un juicio expeditivo. Llueven las amenazas de muerte. También, para protegerle y asegurarle el proceso que el país reclama y al que tiene derecho todo presunto culpable, la policía decide trasladarlo. Oswald está encerrado en los calabozos de la policía; será trasladado, sin moverse de Dallas, a la prisión del condado, donde gozará de mayor segu-

ridad. El traslado ha sido fijado para la mañana del domingo, día 24. Con el fin de evitar cualquier incidente, un furgón celular abandonará el cuartel general de la policía en el momento en que el inculcado salga de su celda. Naturalmente, el furgón estará vacío. Oswald será transportado, por otro itinerario, en un coche de la policía. Pero la puesta en escena no ha engañado a nadie. El segundo vehículo no se halla en su sitio y los proyectores de la televisión esperan en el sótano del cuartel general. Por añadidura, es fácil entrar en los locales de la policía de Dallas. Todo el mundo se conoce. Innumerables tarjetas de prensa sirven como salvoconducto. El control es ilusorio. De pronto se abren las puertas del ascensor. Las cámaras comienzan a funcionar. Oswald aparece, rodeado por dos adjuntos del *sheriff*, esposado. Los fotógrafos disparan una y otra vez. Los reporteros le dirigen preguntas a voz en grito. En medio de la algarabía y el desorden surge un hombre de entre las sombras con un revólver en la mano. Se lanza contra Oswald y dispara a quemarropa: Oswald se desmorona, asesinado por Jack Ruby ante no menos de veinte millones de telespectadores. Aquel de quien se esperaban las explicaciones, aquel que tenía que aclarar el misterio y decir por qué había asesinado al presidente Kennedy desaparece a su vez. Parecía que el asunto estaba concluido, pero, en realidad, no había hecho más que empezar.

La formación de una comisión investigadora

El asesinato del presidente Kennedy ha causado una conmoción general en Estados Unidos. Tan sólo algunos grupúsculos de extrema derecha han manifestado, de manera ruidosa e inconveniente, su satisfacción. Dos acontecimientos han marcado a los estadounidenses en el transcurso de los últimos cincuenta años: el ataque japonés sobre Pearl Harbor y el asunto de Dallas. Los que han vivido estos sucesos son capaces, tanto en un caso como en otro, de acordarse de lo que hacían exactamente aquel día. Los sentimientos que experimentaron aquel 22 de noviembre de 1963 son diversos, pero hay tres que predominan: la tristeza ante el anuncio de la muerte de un hombre que comenzaba a convertirse, incluso en vida, en un verdadero mito; la vergüenza de padecer, como cualquier república tercermundista, el asesinato político; el afán de saber lo que realmente había pasado y por qué había pasado de aquella forma. Lyndon Johnson comprendió muy pronto que tenía que aclarar las cosas: «Una de las tareas más urgentes con las que tuve que enfrentarme desde mi toma de posesión fue la de garantizar al país que haríamos lo imposible por descubrir la verdad en cuanto al asesinato del presidente Kennedy. John Kennedy había sido asesinado y una nación afligida, turbada, indignada, quería conocer exactamente los hechos», escribe en sus memorias. A decir verdad, John Kennedy no era el primero, sino el cuarto presidente de Estados Unidos asesinado en el ejercicio del cargo. En 1865, Abraham Lincoln fue abatido por John Wilkes Booth, que pretendía actuar en nombre de los confederados. James



El 24 de noviembre de 1963, el presunto magnicida Lee Harvey Oswald fue asesinado a la salida de la comisaría por Jack Ruby.

Garfield sucumbe el 19 de septiembre de 1881 como consecuencia de las heridas que le infligió, dos meses antes, un obrero en paro perturbado. En 1901 es un anarquista el que dispara sobre William McKinley y le hiere mortalmente. Tentativas de asesinato han amenazado la vida de Andrew Jackson, de Theodore, y, después, de Franklin Roosevelt, de Harry Truman. Como es sabido, ha habido otras tentativas de asesinato después de 1963 (en 1981, por ejemplo, contra el también presidente de Estados Unidos Ronald Reagan). Estados Unidos no tiene el monopolio de esta violencia política. Pero ninguno de los otros presidentes asesinados había vivido en tiempos de la televisión y de la radio. Las noticias circulaban lentamente. Además, ninguno de ellos fue muerto por un hombre que, dos días más tarde, sería, a su vez, abatido.

He aquí por qué, desde el 29 de noviembre, el presidente Johnson decide la creación de una comisión encargada de esclarecer los hechos y señalar las responsabilidades. La idea le ha sido sugerida por Eugene Rostow. Esta comisión no dependerá ni del poder ejecutivo ni de las autoridades de Dallas o de Texas. Será independiente, con el fin de que sus conclusiones sean irrefutables. Para rodearse de todas las garantías, Johnson pide a Earl Warren, *Chief Justice* o presidente de la Corte Suprema, que asuma la presidencia. Warren duda. Procediendo a una investigación, la comisión desempeñará el papel de fiscal. ¿Es ésta la tarea de un presidente de la Corte Suprema? Muchos estadounidenses reprochan a la jurisdicción federal haber emitido veredictos liberales, haberse

aliado, inconscientemente o no, con los comunistas. La presencia de Warren en la comisión, ¿no desencadenará nuevos ataques y suscitará desconfianza a la vista de las conclusiones de los miembros de la comisión? Johnson emplea entonces un lenguaje muy firme. Circulan por el país rumores de todas clases. Se dice que Kennedy ha sido asesinado para que Johnson le reemplace y haga una política distinta. Se dice que ciertas potencias extranjeras habrían participado en el complot y que Estados Unidos tenía que prepararse para la guerra. Warren no puede negarse. Acaba por aceptar. Le acompañan dos senadores, Richard B. Russell y John Sherman Cooper; dos miembros de la Cámara de representantes, T. Hale Boggs y Gerald R. Ford; el antiguo director de la CIA, Allen W. Dulles; un abogado que ha ejercido en el seno del poder ejecutivo desde finales de los años treinta, John J. McCloy. En suma, los tres poderes, los dos partidos y otras personas participan en la comisión. Sus miembros, en efecto, llaman a numerosos colaboradores. El FBI lleva su propia investigación y presenta a la comisión un informe de cinco volúmenes. El Servicio Secreto, el Departamento de Estado, el Ministerio de Justicia de Texas también colaboran. Se consulta igualmente a la CIA, a la administración fiscal, a los expertos locales. La comisión recurre a especialistas en huellas digitales y armas de fuego, a médicos, a ingenieros de la industria textil, a fotógrafos. Tiradores de elite reconstruyen, con la mayor exactitud posible, los preparativos y el desarrollo del drama. Un representante del Colegio de Abogados, en fin, se encarga de cuidar de la regularidad del procedimiento y de defender los derechos del presunto culpable. La comisión aporta un trabajo considerable. Solamente del FBI ha recibido 2.300 informes, que forman 25.400 páginas mecanografiadas. En el informe final se explican los métodos seguidos: «A causa de los innumerables rumores y teorías, la comisión ha llegado a la conclusión de que no podía satisfacer el interés del público por conocer la verdad aceptando, simplemente, los informes y los análisis de las agencias federales o del Estado. Las hipótesis y las conclusiones de estos informes han sido sometidos a la crítica. Todas las aseveraciones o rumores relativos a una eventual conspiración o a la complicidad de otros, además de Oswald, que han llegado a la consideración de la comisión han sido objeto de investigación.»

El 27 de septiembre de 1964 se publica el informe de la comisión. Consta de 888 páginas, y 26 volúmenes de declaraciones, de testimonios y de interrogatorios lo acompañan. Es un gran éxito de venta. En pocos días se han vendido un millón de ejemplares. Igualmente, en poco tiempo, se agota una segunda edición. Las conclusiones de la comisión son claras y deberían detener las especulaciones. Lee Harvey Oswald ha matado al presidente Kennedy. Ha actuado sólo, sin cómplices. Su asesino, Jack Ruby, también es un solitario que no ha recibido órdenes de nadie. Los dos hombres son espíritus perturbados. No han matado por razones, sino por emociones. No se conocían entre sí. No se había urdido ninguna conspiración, ni en los grupos de la extrema izquierda, ni en los de la extrema derecha, ni en Estados Unidos ni en el extranjero. Es cierto que Oswald ha formado parte de diversas organizaciones

políticas, pero ninguna de ellas ha desempeñado papel alguno en el asesinato del presidente. Los partidarios y los adversarios de Fidel Castro, los servicios de información soviéticos son, en este caso, completamente inocentes. Se habían tomado las precauciones necesarias. El asesinato de Kennedy ha sido la acción de un loco, seguida de la acción de otro loco.

Además de las conclusiones tranquilizadoras, el informe de la comisión Warren proporciona a los lectores indicaciones precisas sobre la personalidad de Oswald y sobre los acontecimientos de Dallas. Lee Harvey Oswald nació en Nueva Orleans en 1939. Ha tenido una infancia desgraciada: su padre murió muy pronto; su madre se volvió a casar para divorciarse luego. El niño ha cambiado de hogar muy a menudo. Su instrucción deja mucho que desear. Por lo demás, hace novillos con frecuencia. Su madre no sigue los consejos del psiquiatra escolar. «Su vida —hace notar el informe— estuvo marcada por el aislamiento, la frustración y el fracaso. Mantuvo pocas relaciones con otras personas; al parecer, ha experimentado grandes dificultades para llegar a descubrir en el mundo un lugar que le satisficiera.» En 1956, seis días antes de cumplir sus diecisiete años, se enrola en los *marines*. ¡Qué extraño soldado! Se entrena en el manejo de las armas y se convierte en un buen tirador, sin más. Pasa cerca de quince meses en el Japón y se inicia en el funcionamiento de los radares. Pero comparece por dos veces ante un tribunal militar por poseer ilegalmente un arma personal y por haber injuriado a un suboficial. A este *marine* le gusta leer, y lee obras marxistas. Incluso aprende el ruso, lo que le da la posibilidad de examinar los periódicos soviéticos. Sus camaradas le dan el nombre de Oswaldskovich. Les expone planes revolucionarios. Un día llega a declarar incluso que le gustaría enrolarse en el ejército cubano. A menudo proclama su admiración por la Unión Soviética. En septiembre de 1959 pide y obtiene su licenciamiento. Helo aquí, libre para aventuras aún más rocambolescas.

Parte, en efecto, para Europa con algunos ahorros, y al mes siguiente llega a la URSS portador de un visado de sesenta días. Pide de inmediato su naturalización. Los soviéticos desconfían y se la niegan. Oswald lleva a cabo, entonces, una tentativa de suicidio; luego se presenta en la embajada de Estados Unidos para renunciar a su nacionalidad estadounidense y declarar: «Soy marxista.» Los soviéticos no están aún convencidos, pero le conceden el derecho de permanecer en la Unión Soviética. Le ofrecen un empleo en Minsk, en una factoría que fabrica material de radio. ¿Está, por fin, satisfecho? No, ya que en febrero de 1961 hace saber a la embajada de Estados Unidos que desea volver a América. Un mes más tarde encuentra a una chica de diecinueve años, Marina Prusakova, de la que se enamora. Se casa con ella. En febrero de 1962 nace una hija. En junio, los tres abandonan la Unión Soviética y se instalan en Fort Worth, en Texas. El regreso a la patria no arregla nada. Oswald llevaba en Rusia un diario íntimo en el que anotaba sus irritaciones, sus desengaños. En enero de 1961 escribiría: «Estoy harto.» Ya en Texas, experimenta la misma desazón. Cada vez se entiende peor

con su mujer y deja de vivir con ella. Marina, aislada, incapaz de pronunciar una sola palabra en inglés, se refugia en casa de una amiga que vive en los suburbios de Dallas. Oswald busca trabajo, se establece por un tiempo en Nueva Orleans, donde distribuye libelos procastristas, fija su residencia en Dallas y a veces va a visitar a su mujer. En una de estas visitas le confía que el 10 de abril de 1963 ha intentado abatir al general Walker, un extremista de derecha. Le confiesa también que tiene la intención de asesinar al vicepresidente. En pocas palabras, se trata de un hombre que detesta la sociedad, sea marxista o capitalista, que busca entrar en la historia por todos los medios, que no disimula su inclinación por la violencia. No hay nada en Oswald que suscite simpatía. Hay que añadir la lista de pruebas que establecen su culpabilidad. El fusil con mira telescópica descubierto en la School Book Depository lo había adquirido en Chicago por correo. Para esta operación comercial ha recurrido a un seudónimo, el mismo que ha utilizado en otras circunstancias. Sus huellas han aparecido en la culata. Pegadas al fusil se han descubierto fibras de algodón pertenecientes a su camisa. Su mujer posee fotos de Oswald en las que éste sostiene el arma en su mano derecha; luego, en su mano izquierda. La víspera del asesinato ha venido a recoger su fusil a casa de la amiga que alberga a Marina. Ha regresado a Dallas con un amigo que le ha preguntado qué era aquel objeto largo que llevaba con él. Oswald ha contestado: barras para las cortinas. Ha sido formalmente reconocido por testigos y el asesinato de Tippit confirma que temía ser arrestado por el del presidente. Y si él mismo ha sido abatido en el cuartel general de la policía, es porque Ruby se hallaba trastornado por la muerte de Kennedy. Ha pensado en el inmenso dolor de Jacqueline, de la pequeña Caroline. No podía soportar la idea de que el presidente no fuera vengado de inmediato. Jamás, antes de aquel momento, se había encontrado con Oswald.

El informe de la comisión Warren aporta también una reconstrucción precisa de los acontecimientos. Desde luego, los comisionados han sido ayudados por las numerosas conversaciones que han sostenido con los testigos, por los informes del FBI y del Servicio Secreto. Han tenido también el privilegio de ver y de estudiar de cerca un filme en ocho milímetros. En efecto, un vecino de Dallas, Abraham Zapruder, acababa de comprar una cámara y había decidido estrenarla con motivo de la visita del presidente. Se hallaba en Dealey Plaza y filmó lo que veía. Los 22 segundos de imágenes suministran informaciones del mayor interés. Antes de que el filme fuera comprado por *Time-Life* por 150.000 dólares y prohibido a todos, salvo a unos pocos elegidos, los comisionados lo emplearon para comprender mejor lo que había ocurrido. Hay tres disparos, todos ellos salidos del School Book Depository, concluye la comisión. Aquellos que creían que se había disparado desde otras partes —del puente del ferrocarril, por ejemplo, o de la derecha del vehículo presidencial—, se han equivocado. Al lado del fusil han sido hallados tres casquillos. La primera bala ha penetrado en el cuello de Kennedy, ligeramente a la derecha de la columna vertebral; ha salido a la altura del nudo de la corbata. Luego, la misma bala ha penetrado en la espalda

de Connally, en su extremo derecho, ha salido por debajo de la tetilla derecha, ha fracturado la muñeca y ha herido ligeramente el muslo. La segunda bala ha hecho volar en mil pedazos la mitad derecha del cerebro del presidente. La última bala ha fallado el objetivo. Evidentemente, la comisión no ha utilizado los resultados de la autopsia. Ocurrió que, en Dallas, los cirujanos del Parkland Hospital no se tomaron la molestia de dar la vuelta al cuerpo de Kennedy. En consecuencia, no vieron el orificio de la bala y creyeron que había penetrado por delante. Además, ni siquiera tuvieron tiempo de practicar la autopsia. Cuando ésta se llevó a cabo en Washington, las huellas de la operación realizada en la tráquea arrojaron unos resultados más bien confusos.

Por doquier el informe es leído con atención y es ampliamente comentado. En general, la acogida es muy favorable. Los periódicos americanos aplauden los méritos, los esfuerzos, la honestidad de los comisionados. Admiran la solidez de su trabajo y se consieran satisfechos con las conclusiones que se les proponen. En otras partes del mundo el informe es también analizado y sopesado. Prevalece una sensación de alivio. En Gran Bretaña, en Alemania y en los países escandinavos, los periódicos apenas exponen reservas. En otras partes, todavía se plantean interrogantes, aunque se piense que la historia será la encargada de aportar la luz definitiva. En Francia, sobre todo, y en menor grado en Bélgica y en Austria, el escepticismo es muy fuerte. El informe convencerá, sin duda, a la gran masa de estadounidenses, observa *Paris-Press*; pero los franceses dirán: «No creemos en todo esto por la sencilla razón de que es increíble.» *Le Figaro* pone de relieve «las lagunas, las contradicciones y las declaraciones difíciles de creer del informe Warren». *Le Monde* sostiene «que una importante fracción de la opinión pública del Viejo Mundo se mantiene escéptica». *L'Aurore* es el único periódico de París que acepta totalmente las conclusiones del informe. *L'Humanité* titula: «Las verdaderas preguntas siguen sin obtener respuesta.» Finalmente, en la Unión Soviética, nadie se ha dejado convencer. Radio Moscú señala la desconfianza general del mundo respecto a los trabajos de la comisión Warren. El periódico *Komsomolskaia Pravda* propone una interpretación: «las fuerzas más reaccionarias de Estados Unidos» han desempeñado, junto con los traficantes de petróleo, un papel decisivo en el asesinato de Kennedy. La agencia Tass expresa sus dudas y se alegra al enterarse de que no existe prueba alguna que ligue a Oswald con el mundo comunista.

Es preciso hacer constar que las reacciones de la opinión mundial inquietaron al gobierno de Estados Unidos. Conviene proporcionar la imagen más favorable posible del país. Sería lamentable que una comisión tan prestigiosa no fuese tomada en serio. Pero dos de los más importantes actores del drama de Dallas no se han dejado persuadir jamás por los argumentos de la comisión. El gobernador Connally ha afirmado siempre que fue herido por una bala distinta a la que había atravesado el cuello de Kennedy. En cuanto al presidente Johnson, nunca ha dejado de creer que Castro había desempeñado un papel en la preparación del asesinato. Esta opinión parece haber sido compartida por otros. No

obstante, se ve desmentida por un reportaje de Jean Daniel. Este periodista francés se encontraba en La Habana hablando con Castro cuando el presidente de la República cubana comunicó a Fidel la muerte de Kennedy. Castro exclamó: «Es una mala noticia.» Pasados algunos instantes preguntó a su interlocutor si el sucesor de Kennedy controlaría la CIA. Puede que Castro haya simulado la sorpresa. Pero si Castro y sus allegados son inocentes, y los grupos de extrema derecha no pueden ser acusados por falta de pruebas, ¿acaso la única solución razonable no resulta ser la de la comisión Warren? He aquí lo que piensan casi todos los estadounidenses en 1964. Algunos individuos aislados, sin embargo, rechazan ya dejarse convencer por conclusiones que les parecen precipitadas, cuando no erróneas.

Apenas ha aparecido el informe Warren cuando ya comienzan las impugnaciones y se manifiestan los escépticos. Como si el asesinato de un presidente no pudiera pertenecer a la categoría de los crímenes fácilmente explicables. Pasemos por alto a aquellos que, por instinto, sin pruebas pertinentes, ven en los acontecimientos de Dallas la intervención de la extrema derecha, de los negociantes del petróleo o bien las intrigas de Castro. Olvidémonos también de aquellos que sostienen que Kennedy no ha muerto, que sigue vegetando en una sala oscura de Parkland Hospital, completamente desfigurado. Nunca han faltado los aficionados a los misterios. A veces, incluso han hecho girar las mesas para invocar a los espíritus. Ocupémonos solamente de las obras que, con pleno derecho, pueden calificarse de serias.

Entre 1964 y 1967 se desencadena la primera oleada de críticas. Sus autores disponen de los mismos medios que cualquier lector del informe Warren, pero ellos han leído con suma atención los 26 volúmenes de anexos, han interrogado también a los testigos y han seguido nuevas pistas. Y, puesto que leen entre líneas y comparan las declaraciones, llegan a conclusiones diferentes. Desde este punto de vista, existen cinco obras muy interesantes. Mark Lane se ha lanzado muy pronto a sostener una campaña de opinión, que todavía prosigue, para convencer a sus compatriotas de la inanidad de las conclusiones del informe. Lane es un antiguo legislador del Estado de Nueva York que, durante un breve periodo de tiempo, estuvo encargado de la defensa póstuma de los intereses de Oswald. El asunto le apasionó. Ha publicado una obra de éxito titulada *Rush to Judgment (Juicio precipitado)*, y ha formado diversos comités para poner de manifiesto aquello que, según él, la comisión Warren ha disimulado. Ha dado y continúa dando innumerables conferencias en su país para defender sus propias interpretaciones. Edward J. Epstein ha emprendido la misma tarea que Lane al escribir *Inquest (Encuesta)*, pero con menos encarnizamiento y, sin duda, con mejor preparación jurídica. Hay que citar además *L'affaire Oswald (El asunto Oswald)*, de Léo Sauvage, el corresponsal de *Figaro* en Estados Unidos, si bien la tesis del autor no resulta muy convincente. El libro de Richard H. Popkin, *The Second Oswald (El segundo Oswald)*, constituye una llamada a la imaginación, más que a la razón. Finalmente, las 475 páginas de Sylvia Meagher, *Accessories After the Fact (Accesorios des-*

pués del hecho), destruyen, punto por punto y línea por línea, las conclusiones de la comisión. Todos estos autores tienen un mérito que no hay que subestimar. Nadan contracorriente. Dudan de la honestidad o, cuando menos, de la perspicacia de los comisionados. No se dejan convencer por las declaraciones o los informes del FBI y de los demás servicios de la policía. Tienen el valor de decir no a una verdad oficial y de sugerir o de proponer otras conclusiones.

En lo que a la comisión Warren se refiere, sus argumentos afectan a la forma y al fondo. Los comisionados, afirman, han trabajado rápido, muy rápido. Se han visto hostigados por las circunstancias políticas, ya que su informe tenía que estar dispuesto antes de las elecciones presidenciales de noviembre de 1964. No han tenido, evidentemente, tiempo para perfeccionar su informe. Incluso la redacción es a veces apresurada. Y de la crítica de la forma se pasa a la del fondo. Si la comisión no ha buscado profundamente la verdad, es porque quería establecer una verdad política. Warren y sus colaboradores han hecho, por encargo, aquello que se les ha pedido que hicieran. Su misión, implícita o explícita, consistía en tranquilizar a la opinión pública, en disipar los rumores y en demostrar que no había habido conspiración. Han cumplido. De ahí que, desde un principio, consideraran que Oswald era el asesino. No se trataba, pues, de la hipótesis verificada por los hechos, sino de la certidumbre primera que vendría confirmada por todas las demás diligencias, por todas las demás conclusiones. La encuesta del FBI, por ejemplo, no ha suscitado ninguna crítica. Oswald, el asesino único; Oswald, un hombre medio loco, son otras tantas ideas recibidas y definitivamente aceptadas. ¿Y el abogado encargado de defender de oficio a Oswald a título póstumo? No ha podido actuar siquiera. De haberse desarrollado un verdadero proceso, con un Oswald vivo ocupando el banquillo de los acusados, los abogados de la defensa habrían interrogado, a su vez, a los testigos de la acusación. Las contradicciones habrían aparecido con toda claridad. Los miembros del jurado no se habrían conformado con verdades a medias o con demostraciones incompletas.

Las críticas se apoyan, fundamentalmente en el filme de Zapruder. La cámara captaba 18,3 imágenes por segundo o, si se prefiere, cada imagen corresponde a 1/18 de segundo. Esto permite saber a qué velocidad entró el cortejo en Elm Street y, como información aún más interesante, en qué momento fueron alcanzados Kennedy y Connally. Desgraciadamente, el cineasta, aficionado y novato, carece de destreza. Ha filmado la llegada del cortejo, y luego, del fotograma 166 al fotograma 210, la frondosidad de un árbol y un panel de señalización de tráfico escamotean el espectáculo de la calle. Cuando el presidente reaparece, levanta sus manos como si quisiera llevarlas a la garganta. Connally, a su vez, gira hacia su derecha para ver lo que pasa; luego, a su izquierda. En aquel momento se hinchan sus mejillas, se cubren de púrpura y sus cabellos se agitan. Unos segundos más tarde, la cabeza de Kennedy queda rodeada por un halo rojo y se ve proyectada primero hacia adelante y acto seguido hacia atrás. Según la comisión Warren, Kennedy no había sido alcanzado antes del fotograma 210 y, sin duda, tampoco des-

pués del 225; Connally se ve alcanzado entre la imagen 234 y la 238. Todo el misterio radica ahí. ¿Es la misma bala la que ha herido a los dos hombres? Si la respuesta es afirmativa, se confirman las conclusiones de la comisión. Si se contesta que no, hay que admitir la existencia de un segundo tirador. En efecto, el fusil descubierto en el School Book Depository es un Mannlicher-Carcano, arma italiana de la II Guerra Mundial, a fin de cuentas poco precisa. El tirador más rápido tiene necesidad de 2,3 segundos para cargarla de nuevo, sin contar el tiempo necesario para ajustar su disparo o adoptar la posición requerida. A la velocidad con que desfila el filme de Zapruder, esta velocidad corresponde a un mínimo de 42 fotogramas. Si Kennedy ha sido alcanzado en la imagen 210, una segunda bala no podría haber tocado a Connally antes de la imagen 252 o, con mayor verosimilitud aún, antes de la 277. Suponiendo que se haya disparo un sólo fusil, Kennedy y Connally sólo pueden haber sido víctimas de una misma bala. En tal caso, ¿cómo explicar que Connally haya podido oír la detonación, haya girado hacia su derecha para buscar el origen de aquélla y no haya sido tocado hasta un segundo después que Kennedy? Conscientes de esta dificultad, los comisionados se han adherido a la interpretación de uno de sus consejeros. Han adoptado la tesis de «la bala mágica» que atraviesa la garganta de Kennedy y el tórax, la muñeca y el muslo de Connally. Si el gobernador no ha reaccionado en el mismo momento que el presidente es porque ha experimentado una reacción retardada, como puede observarse en algunos heridos de guerra que, alcanzados, no notan ningún dolor hasta unos segundos más tarde. Si esta hipótesis tiene algún fundamento, ¿cómo se explica que la bala que, por azar, se encontró en una camilla del hospital se hallara en tan perfecto estado, sin haber sufrido prácticamente ninguna deformación? ¿Habría sido depositada allí, intencionalmente, por tal o cual personaje? ¿Se trataría de la bala perdida? Por contra, si se rechaza la tesis de «la bala mágica» hay que aceptar la de dos tiradores, cuando menos y, en consecuencia, la tesis de una conspiración.

La tesis de la conspiración se apoya, además, en otros argumentos. Los cirujanos del Parkland Hospital consideraron que la herida en la garganta del presidente era el resultado de la entrada de una bala, no de la salida. De esta forma, Kennedy habría sido apuntado de frente. Al ser alcanzado, la segunda vez por la espalda, se demuestra que había varios tiradores. El argumento, ciertamente, no es irrefutable. Sabemos que en Dallas no se practicó la autopsia y que los cirujanos de Parkland Hospital, en sus prisas, no pensaron en darle la vuelta al cuerpo. El filme de Zapruder, como un desquite, plantea otra pregunta. El fotograma 313, sin duda el más estremecedor, muestra el impacto de la bala que hace estallar el cerebro de Kennedy. La cabeza viene proyectada hacia adelante, lo que significa que el tirador está situado detrás del vehículo. Las siguientes imágenes, por el contrario, nos permiten ver cómo la cabeza se ve lanzada hacia atrás, lo que permitiría suponer que un nuevo tirador se halla situado delante del vehículo. Y como el presidente se derrumba por el lado izquierdo, el segundo tirador tendría que hallarse a

la derecha, es decir, sobre la loma de césped de Dealey Plaza. Ahora bien, un buen número de testigos, cuya declaración no ha sido tenida en cuenta por la comisión Warren, ha afirmado que había visto cómo salía humo por detrás de la loma de césped. La contestación de los médicos causa perplejidad. Los estragos producidos por la bala han provocado, al parecer, un espasmo cerebral que habría ocasionado la proyección de la cabeza hacia atrás; o bien, la explosión de los tejidos habría creado un efecto de reacción.

Los impugnadores, finalmente, se han interesado por la personalidad de Oswald. Sauvage se esfuerza en demostrar que éste no ha desempeñado ningún papel en el asesinato. No hay nada que pruebe verdaderamente que Oswald intentara asesinar al general Walker. En estas condiciones, no cabe decir que se sentía fascinado por la violencia, con lo que se hunde uno de los argumentos de la comisión Warren. Arrestado dentro de un cine, tendría que haber llevado el revólver que le habría servido para abatir a J. D. Tippit. En este punto, los testimonios de los policías son contradictorios y vagos. Puede que Oswald no llevara encima ningún arma. Y si no ha matado a Tippit, ¿cómo se puede estar seguro de que ha participado en el asesinato de Kennedy? Popkin va más lejos. Ha elaborado su propia interpretación de los hechos. Según él, existen dos Oswald. Uno ha ido a la URSS; el otro, no. El verdadero Oswald, el que ha sido arrestado y luego abatido por Ruby, no tenía nada que ver con el asesinato. Fue designado, no se sabe gracias a qué conspiración, para cubrir las actividades del falso Oswald, autor de todo. Lane llama la atención sobre el hecho de que las huellas digitales existentes en el fusil fueron tomadas de prisa y corriendo y sin precauciones. Además, la comisión Warren se sintió satisfecha, con demasiada facilidad, con las indicaciones más o menos científicas de la policía de Dallas. Observa que Oswald jamás fue considerado como un buen tirador y que, en la reconstrucción del crimen, excelentes tiradores, instalados en el lugar desde el que se supuso que Oswald había disparado, no lograron los mismos impactos. Y el fusil, ¿le pertenecía? El primer adjunto del *sheriff*, que ha descubierto el arma, ha declarado que se trataba de un Mauser del calibre 7.65, en tanto que el Mannlicher-Carcano tiene un calibre inferior. ¿Y acaso el propio Oswald no proclamó su inocencia?

¡Cuántos interrogantes! La opinión americana se pregunta todavía si la comisión Warren ha descubierto toda la verdad. Desde 1966, dos de cada tres estadounidenses creen que Oswald no actuó solo. Se propone al Congreso, pero no se logra, que se abra una nueva encuesta. Al año siguiente, en Nueva Orleans, el procurador Jim Garrison anuncia con modestia que ha resuelto el enigma. Dice que ha sido Clay Shaw, un hombre de negocios, quien ha matado al presidente Kennedy. Shaw es juzgado y absuelto. Garrison deja su cargo. Comienzan a circular los más inquietantes rumores. No han pasado aún tres años del asesinato y ya han muerto 18 testigos. De entre ellos, 13 han sucumbido por accidente, se han suicidado o han sido asesinados. Unos habían declarado en contra de la tesis oficial. Otros conocían a Ruby o habían atestigua-

do sobre la muerte de Tippit. En febrero de 1968, el secretario de Justicia Ramsey Clark, autoriza que cuatro médicos examinen las fotografías de la autopsia y las radiografías hechas sobre el cuerpo de Kennedy. Sus conclusiones no convencen a los escépticos, dado que los cuatro médicos ya eran, antes de cualquier examen, defensores de la comisión Warren. En 1972, un médico hostil a las conclusiones del informe Warren obtiene autorización para ver, a su vez, los documentos. Reconoce que Kennedy ha sido alcanzado por la espalda, pero que la bala ha penetrado más arriba de lo que creía la comisión Warren. No importa cómo, la tesis de «la bala mágica» resultaría insostenible.

De esta primera oleada de críticas se desprenden algunas evidencias. En todo el mundo existen fanáticos del misterio. Jamás se dejarán convencer por una explicación racional. Esperan que surja lo peor y, si no se presenta, lo inventan. Se complacen en propagar los más disparatados rumores y durante largo tiempo seguirán evocando el enigma de Dallas. Por otra parte, tienen garantizado un público atento, ya que el cine y la televisión influyen tanto en nuestra civilización que son muchos los que ansían un buen *suspense*, seguido de un desenlace esclarecedor y definitivo. Hay que reconocer también que el asunto de Dallas no está claro. Tampoco es sencillo. Los policías, los médicos, los colaboradores y los allegados del presidente han impedido, sobre todo por torpeza o falta de sangre fría, que aparecieran los elementos de la verdad: una autopsia mal hecha y tardía, pruebas discutibles, una comisión con prisas por acabar, documentos que se conservan en el secreto de las cajas fuertes es más que suficiente para suscitar la curiosidad y las dudas. Pero no faltan las motivaciones políticas ni entre los defensores ni entre los adversarios del informe Warren. La comisión ha sido creada por el presidente Johnson. Sus miembros han sido nombrados por la Casa Blanca. Su informe sirve los intereses del poder ejecutivo, ya que, si ha habido conspiración, es que se ha intentado cambiar la política de Washington. A partir de 1967, los estadounidenses cuestionan cada vez más la legitimidad de la política vietnamita seguida por el gobierno. Sin duda, Kennedy intervino en los asuntos indochinos, pero ha sido Johnson quien ha enviado al Vietnam a centenares de miles de soldados estadounidenses. ¿Acaso no hay en ello un cambio significativo? Sólo algunas mentalidades enfermas llegarán a la conclusión de que Johnson ha participado en la conspiración para ocupar el puesto de su predecesor. Pero muchos impugnadores se preguntan si la sustitución de Kennedy por Johnson no ha cambiado el curso de los acontecimientos. En noviembre de 1963 se hablaba en la Casa Blanca de la posibilidad de retirar progresivamente del Vietnam los 16.000 consejeros militares estadounidenses. Se vislumbraba tímidamente una reconciliación con Fidel Castro. En síntesis, la presidencia de Kennedy fue en cierto modo el tiempo de la inocencia; la de Johnson, el tiempo de los errores. El asesinato del 22 de noviembre de 1963 habría servido, pues, a determinados intereses, lo que explicaría la existencia de una conspiración. Inversamente, si Kennedy ha sido asesinado por un solitario que, además, estaba psicológicamente perturbado, su sucesor puede pretender prose-

guir, con los mismos colaboradores e intenciones, la política del presidente difunto.

El fracaso de Garrison en Nueva Orleans y, más aún, la marcha de Johnson a finales de 1968, detienen por un tiempo el movimiento de impugnación. El asunto de Dallas interesa un poco menos a la opinión estadounidense. La primera oleada, en todo caso, se ha disuelto. No ha convencido, pero ha suscitado problemas. No ha aportado una solución aceptable. Ha mostrado también que cualquier impugnación y, en consecuencia, cualquier nueva encuesta, no podrá abstraerse del ambiente político.

Las consecuencias del Watergate

Desde 1975 los estadounidenses se interrogan de nuevo sobre el asesinato de Kennedy. Pero las condiciones políticas han cambiado y ya no es el informe de la comisión Warren lo que se analiza y critica. La encuesta televisada de la comisión senatorial sobre el Watergate en 1973 hizo comprender, súbitamente, que organismos tan respetados como la CIA o el FBI, e incluso la propia Casa Blanca, podrían entregarse a prácticas condenables. Después de la dimisión del presidente Nixon se han querido saber más cosas sobre la manera de actuar de los servicios de espionaje y de contraespionaje. Se han llevado a cabo otras encuestas. Especialmente la CIA, un Estado dentro del Estado, se ha visto sentada en el banquillo de los acusados. Antiguos agentes han desvelado, y desvelan aún, comportamientos, proyectos y realidades que, cuando menos, dan que pensar. Son muchos los asuntos que han quedado cubiertos por una capa de silencio. El asesinato de Kennedy podría ser uno de ellos. El espíritu de la encuesta difiere del que existía hace un decenio. Los medios, también. Gracias a una ley reciente, hay documentos que pueden ser «desclasificados» es decir, puestos al alcance del público. Tal es el caso, precisamente, de los detalles en el seno de la comisión Warren. Descubrimos entonces que los comisionados han expresado dudas, que no han recibido todas las informaciones que reclamaban y que también ellos impugnaban de vez en cuando. Cabe añadir que el filme de Zapruder fue pasado por la televisión en 1975 y que su proyección contribuyó a relanzar las especulaciones. La opinión pública no se preocupa mucho por una política exterior que, en 1978, no guarda demasiada relación con la de 1963. Pero se irrita al enterarse de que en el seno de la Administración los negociados se enfrentan y no se comunican unos a otros las informaciones indispensables. Quiere saber y presiona sobre los elegidos para que se decida una nueva encuesta. El Congreso procede con relativa prudencia. Nombra comisiones especiales, dado que los electores las piden, con lo cual los miembros de la Cámara de representantes, o del Senado, descubren una excelente ocasión para lograr que se hable de ellos. No se trata, sin embargo, de hacer de nuevo la labor de la comisión Warren. Se controlan, por ejemplo, las declaraciones de los agentes de la CIA o del FBI. Se analizan los in-

formes que, hasta el momento, no habían sido accesibles. Se escuchan de buena gana los consejos de Mark Lane, que combate siempre en primera línea. Y los descubrimientos resultan sorprendentes.

No todo merece la misma atención. Este antiguo analista de la CIA, que pretende que los culpables deben ser buscados entre la policía de Dallas y en el FBI, hace sonreír. Ya que su demostración descansa sobre el *Psychological Stress Evaluator*. El instrumento permite evaluar, según la intensidad de la voz, quién miente y quién dice la verdad. Cuando hablan de Oswald, los policías de Dallas se estremecen más que el propio Oswald cuando declara: «No he matado a nadie.» Un policía jubilado de Los Angeles sostiene, por su lado, que conoce al asesino. La CIA ha enviado su foto a la comisión Warren. Se trata de un pistolero a sueldo, mezclado en el desembarco en la Bahía de Cochinos, que ha recibido 50.000 dólares para llevar a cabo su tarea, según afirma Hugh McDonald en *Appointment in Dallas (Cita en Dallas)*.

Apasionante y seria, la obra de Robert Sam Anson *They're Killed the President (Han matado al presidente)*, publicada en 1975, recoge de nuevo todas las críticas que han sido dirigidas contra el informe Warren y emite todas las hipótesis posibles sobre el crimen de Dallas. Trata de demostrar que el hampa y un grupo relevante de la CIA han unido sus esfuerzos para abatir a Kennedy, culpable, en su opinión, de preparar un acercamiento con Castro en lugar de emprender la reconquista militar de Cuba. Sin embargo, no son los libros ni los periódicos los que atestiguan con mayor claridad el nuevo estado de espíritu. Son más bien las convicciones que se exponen, sin vacilaciones, en voz alta. Gerald Ford, que ha sido uno de los miembros de la comisión Warren y que ha defendido el informe en *Portrait of the Assassin (Retrato del asesino)*, reconoce que «un grupo o una organización responsable debería examinar las nuevas ramificaciones del asunto». Un senador de Pennsylvania admite: «Formo parte de los millones de personas que creen en el informe Warren, hasta el día en que...» No deben sorprendernos, por tanto, los resultados de un sondeo llevado a cabo en 1975. De cada 100 estadounidenses, sólo 18 creían aún en las conclusiones del informe Warren; 13 estaban persuadidos de que la CIA era la responsable de la conspiración, 51 pensaban que hubo un complot, y 18 no estaban seguros de nada y deseaban una nueva encuesta.

El 6 de junio de 1975 una comisión presidida por Nelson Rockefeller, entonces vicepresidente de Estados Unidos, entrega su informe sobre «Las actividades de la CIA en el interior de Estados Unidos». Se dedican unas veinte páginas a los rumores que implican a la CIA en el asesinato. Las conclusiones son negativas. Las preguntas, por contra, no dejan de resultar inquietantes. Frank Sturgis y E. Howard Hunt, ambos agentes de la CIA y condenados en el asunto Watergate, ¿estaban presentes en Dallas el día del crimen? Lee Harvey Oswald y Jack Ruby ¿estaban vinculados con la CIA, de una manera u otra? En 1976 una comisión senatorial, presidida por Frank Church, y en la que figuraban, especialmente, Walter Mondale y Barry Goldwater, acaba su encuesta sobre los servicios secretos y sobre el papel que han podido desempeñar

en el asesinato. Tampoco aquí se trata de iniciar de nuevo la investigación Warren ni siquiera de resolver el problema de la culpabilidad de Oswald. La comisión Church es prudente, pero aun así revela que entre 1960 y 1965 se elaboraron en el seno de la CIA ocho proyectos para asesinar a Fidel Castro. En noviembre de 1961, por ejemplo, una operación, denominada Mangosta, preveía la utilización de exiliados y de disidentes cubanos para derribar y, sin duda, matar a Castro. El trabajo sería ejecutado por el hampa. En mayo de 1962, el FBI acaba por estar al corriente. Algunos meses más tarde la crisis de los misiles pone punto final al proyecto. El *Chicago Sun Time* del 16 de agosto de 1963 divulga el asunto. Pocos son los lectores que entonces se interesaron por él. En junio de 1963, McGorge Bundy, uno de los principales consejeros del presidente Kennedy, organiza un grupo especial para llevar a cabo operaciones clandestinas contra Cuba. La CIA entra en contacto con una alta personalidad cubana, bautizada con el nombre de Amlash, que propone ayudar a la caída de Castro dedicándose a «una labor interna», lo que significa el asesinato del líder cubano. El 7 de septiembre, Castro anuncia públicamente que aquellos que conspiran contra su vida podrían, a su vez, verse amenazados y alcanzados. La CIA no cree en la amenaza. El jefe de la *Special Affairs Section* se reúne con Amlash el 29 de octubre, y en nombre, según dice, de Robert Kennedy, le promete el apoyo del gobierno americano. El 22 de noviembre un agente de la CIA promete a Amlash fusiles con teleobjetivo y explosivos; le manda una estilográfica con veneno.

Ahora bien, la CIA ha escondido a la comisión Warren sus diversas tentativas para asesinar a Castro. Allen Dulles, miembro de la comisión, conocía al menos la existencia de la operación Mangosta. Pero nada dijo. J. Edgar Hoover, director del FBI, tuvo noticias de la operación Amlash en octubre de 1963. Se calló. Robert Kennedy, secretario de Justicia por tanto, superior jerárquico de Hoover, estaba, desde luego, al corriente de la operación Mangosta y, quizá, del asunto Amlash. Permaneció silencioso. Y su adjunto, Nicholas Katzenbach, escribe el 26 de noviembre de 1963 a Bill Moyers, asistente del presidente Johnson: «El público debe darse por satisfecho sabiendo que Oswald fue el asesino, que no tuvo colaboradores que anden sueltos y que las pruebas son tales que habría sido condenado al final de un juicio. Las especulaciones sobre las motivaciones de Oswald deben ser detenidas y tenemos argumentos para rechazar la idea de que se trata de una conspiración comunista o (tal como lo sostiene la prensa de los países del telón de acero) una conspiración de la extrema derecha que deseaba descargar el fardo sobre los comunistas.» La comisión Church concluye diciendo que, por lo demás, no hay nada que demuestre una conspiración castrista.

El nuevo retrato de un asesino

Otro rumor circulaba ya en 1964. ¿Acaso Oswald no podría haber sido un agente de la CIA o el FBI? La comisión Warren no lo había te-

nido en cuenta, considerando, sin duda, que faltaban pruebas serias y que si el rumor se convertía en certidumbre, sus conclusiones dejarían de tener sentido. Ahora bien, parece que los comisionados se equivocaron. Oswald era un personaje más extraño que lo que permitía suponer su biografía oficial. En el transcurso de su vida militar estuvo destinado en una base de Japón, encargado de preparar a los agentes de información. También estuvo en Taiwan para completar su instrucción. ¿Era sincero su entusiasmo por el marxismo y el régimen soviético? ¿Cómo explicar el que pudiera, al día siguiente de su desmovilización, atravesar el Atlántico con tanta facilidad, llegar a Finlandia e infiltrarse en la Unión Soviética? Sus estrepitosas declaraciones a la embajada de Moscú tendrían que haber alertado al Departamento de Estado que, en general, toma medidas administrativas respecto a los *defectors*, a los ciudadanos del Oeste que se pasan al Este. Pero el Departamento no reaccionó. Oswald se enamora de Marina, la propia sobrina de un coronel del MVD. Entran en los Estados Unidos sin dificultades, tras haber sufrido en Amsterdam un *debriefing* (o sesión en la que un agente rinde cuentas de su misión). En aquel momento se hace cargo de ellos un personaje misterioso, mitad aventurero, mitad agente de información, George de Mohrenschildt, un emigrado ruso ligado a la CIA que se suicida en abril de 1977 en circunstancias rocambolescas. En septiembre de 1963, Oswald se traslada a México para obtener un visado para Cuba, luego un visado para la URSS. No logra nada. Pero la CIA le ha fotografiado cuando entraba en el consulado cubano, como hace con todos los visitantes. La Agencia transmite un informe sucinto al FBI a comienzos de octubre. El FBI permanece inactivo. Sin embargo, conoce bien a Oswald. Desde 1959 tiene abierto un expediente a su nombre. Ha interrogado a Oswald en dos ocasiones en 1962. Sabe que el 10 de agosto de 1963 Oswald ha sido arrestado en Nueva Orleans, tras un incidente. Oswald era entonces el miembro único de un comité local en favor de las buenas relaciones con Castro. Dos o tres semanas antes del asesinato de Kennedy, Oswald ha estado en los locales del FBI en Dallas. Ha preguntado por un agente del que posee, en su agenda, la dirección, el número de teléfono y el número de matrícula del automóvil. Todos estos detalles han sido cuidadosamente ocultados a la comisión Warren por el FBI. Las piezas comprometedoras han sido destruidas. Incluso el propio Hoover ha procedido a realizar una encuesta sobre el funcionamiento de sus servicios y ha sancionado a 17 empleados culpables de no haber incluido a Oswald en la lista de los sospechosos. El jefe del FBI ha considerado siempre que la comisión Warren intentaba acusar al FBI y que le convenía defenderse.

Como podemos ver, muchos son los misterios que rodean la personalidad de Oswald. ¿Informaba al FBI? ¿Llevaba a cabo misiones en provecho de la CIA? ¿Se infiltraba en grupos anticastristas y en otros procastristas, puesto que le hallamos mezclado con unos y con otros? ¿O más bien pertenecía al servicio de información del ejército o de la marina? No acaban aquí los interrogantes. Si a ello añadimos que Ruby mantenía también antiguos y estrechos lazos con el FBI, y que desde

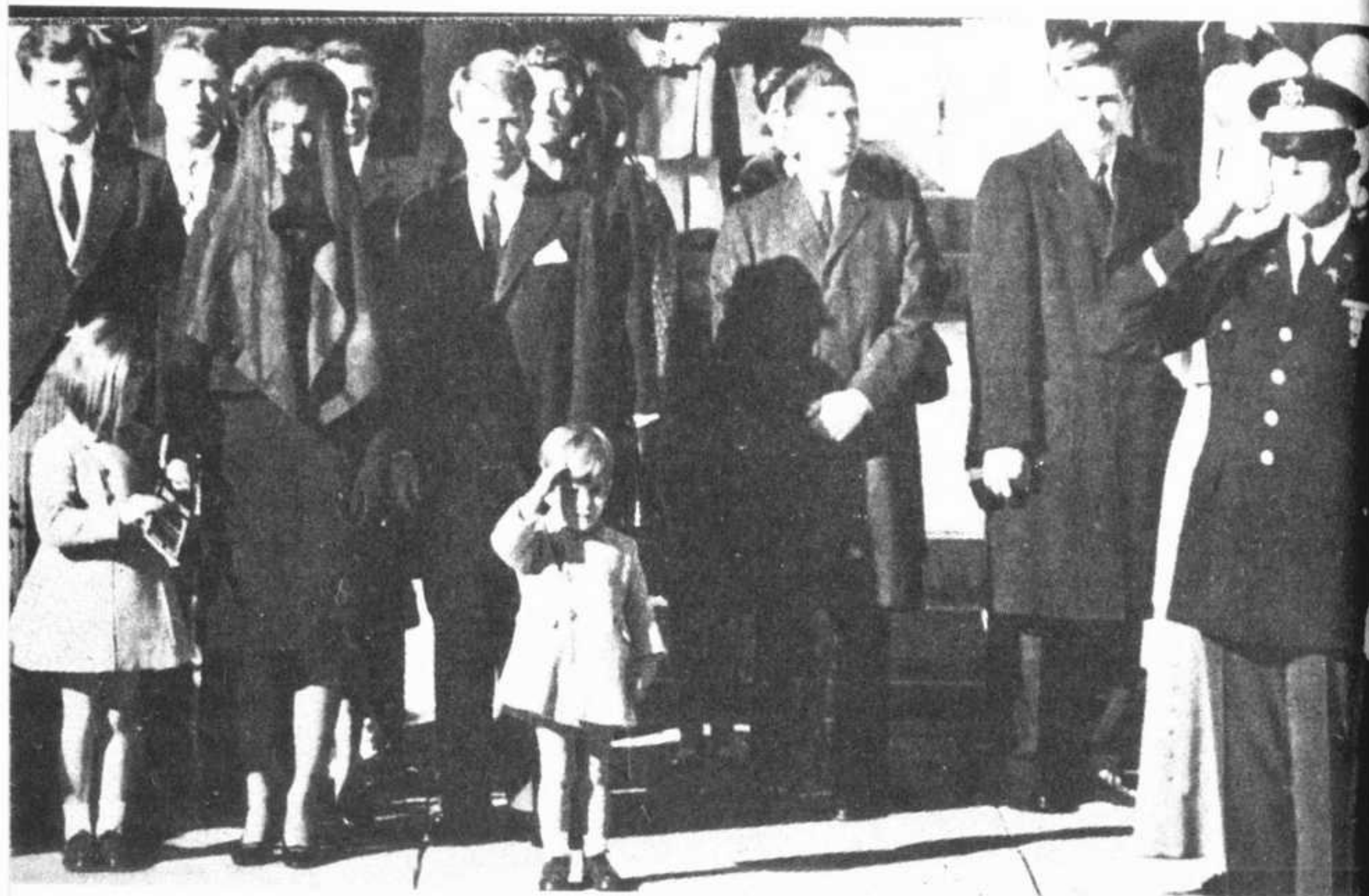
su adolescencia formaba parte del hampa, puede comprenderse que decididamente, nada parece sencillo en el asunto de Dallas.

Por el momento, sin embargo, resulta imposible demostrar que una conspiración provocara la muerte del presidente Kennedy. En septiembre de 1976 la Cámara de representantes formó una comisión especial para estudiar el informe de Dallas y el del asesinato de Martin Luther King. La comisión tampoco pudo descubrir nada. «Es concebible que el Congreso acabe por cansarse de estas “investigaciones” en cadena, de las que, hasta el momento, no ha surgido ninguna revelación que, por su naturaleza, dejara en entredicho las grandes líneas maestras del informe Warren», escribía Alain Clément en *Le Monde* del 4 de abril de 1977. «El cortejo de testigos rezagados sólo pide alargarse. Lo que en modo alguno se trasluce de sus declaraciones es el rayo de luz que aclararía el misterio.» Por otra parte, ¿cabe hacerlo mejor? A medida que los años pasan, los testigos, cuyas declaraciones, a pesar de todo, son muy frágiles, desaparecen uno tras otro. Los expertos en balística han dado ya su opinión. Los documentos escritos, ¿revelarán otros secretos? ¿Llegarán a descubrirse indicios materiales de la conspiración? ¿Debe confiarse al Congreso una nueva encuesta cuando los intereses electorales y los ardides políticos quizá impedirían la exposición de la verdad? Cada uno contestará según su propio temperamento. Pero se seguirá hablando durante largo tiempo, en Estados Unidos, del asesinato del presidente Kennedy. Cuando menos, durante todo el tiempo en que su hermano Edward desempeñe un papel político. Y no se trata de que Edward Kennedy desee que se abra de nuevo el expediente. Es uno de los últimos defensores del informe Warren. Ya que una nueva encuesta más bien perjudicará que no mejorará la imagen de su hermano John y la de su hermano Robert. El silencio vale más que la confidencia pública. Y precisamente por esta razón, sus adversarios, sobre todo si algún día ambiciona el acceso a la presidencia, no dejarán de lanzar de nuevo a la palestra el debate con el fin de disminuir la talla de John Kennedy y devaluar al Partido Demócrata. Además, siempre habrá detectives aficionados que harán buenos negocios escribiendo novelas baratas.

Resulta extraño comenzar un libro sobre Kennedy haciendo el relato de su muerte. Sin embargo, no es un gusto excesivo por el cine lo que justifica el haber recurrido al *flash-back*. Quiérase o no, la imagen del presidente asesinado asalta las mentes y deforma necesariamente las interpretaciones de su carrera política. No se puede hojear el álbum de los recuerdos, leer y releer los discursos, reír o sonreír ante bromas y ocurrencias, evocar el destino a la vez ilustre y trágico de la familia Kennedy sin pensar inmediatamente en el asesinato. La emoción nos acecha, y la emoción es mala consejera. La imaginación turba nuestro juicio y se asocia malamente con el espíritu histórico. Todo asesinato es una horrible tragedia, más aún si la víctima suscita la simpatía y los asesinatos provocan una curiosidad imposible de satisfacer. Existen seres que no pueden leer el relato de la ejecución de Juana de Arco —hecho que ocurrió hace cinco siglos en un mundo tan distinto del nuestro que parece pertenecer a otro planeta— sin experimentar la opresión del dolor.

¿Resulta inconveniente confesar que antes de analizar la personalidad y la obra de Kennedy hay que hacer caso omiso a los sentimientos personales? Dallas no resume los mil días de una presidencia, ni los diecisiete años de una vida política, ni los cuarenta y seis de una existencia. Actualmente, lo que más se recuerda del presidente Kennedy es que fue asesinado y que nadie sabe, verdaderamente, quién le mató. Pero Kennedy es, ante todo, con sus defectos y sus cualidades, el producto de un medio social y de un régimen político. A través de su historia, aparece la de Estados Unidos a mediados del siglo XX. ¿Para qué serviría emprender la biografía de un hombre de Estado, si al mismo tiempo no fuera posible bosquejar el cuadro de su país, de sus compatriotas y de su época? He aquí por qué, una vez controlada la inevitable emoción, podemos interrogarnos sobre el hombre.

¿Quién fue, antes del 22 de noviembre de 1963, John F. Kennedy?



John Kennedy, Jr., saluda militarmente durante los funerales de su padre. Tras él, su hermana Caroline, su madre y sus tíos Edward y Robert.

Ultimo adiós de los jefes de Estado al presidente Kennedy durante sus funerales. De izquierda a derecha: el presidente Lübke, de la República Federal de Alemania, el general De Gaulle, la reina Federica de Grecia, el rey Balduino de Bélgica y el emperador de Etiopía, Haile Selasie.

22 de noviembre de 1963. El ataúd conteniendo los restos mortales del presidente Kennedy es transportado sobre un armón del ejército por las calles de Washington hasta el Capitolio.



2. La familia Kennedy

Lo tenía todo para triunfar: un padre que en su tiempo fue uno de los hombres más ricos de Estados Unidos, amistades en el mundo de la economía, de la política y de la prensa, un pasado heroico forjado en el transcurso de la II Guerra Mundial, una familia siempre dispuesta a ayudarlo con sus consejos, sus recursos y su talento; en resumen: un clan al servicio de un hombre. En tales condiciones no puede resultar sorprendente que John F. Kennedy se convirtiera rápidamente en un líder del Partido Demócrata, en una personalidad importante del Estado de Massachusetts y, finalmente, en el presidente de Estados Unidos. Desde luego, no fue un *self-made-man*. Desde su nacimiento se benefició de bazas muy numerosas. Pero la verdad es más compleja. Kennedy se batió constantemente. Tuvo que franquear obstáculos que, vistos de cerca, parecen insuperables. Cuando vino al mundo, nació algo más que una persona encantadora. Su vida, e incluso su infancia, no podrían comprenderse del todo si se prescindiera de su constante afán de lucha.

Inmigrantes irlandeses en Boston

No es fácil, por ejemplo, pertenecer a una familia de origen irlandés, instalada en Boston. En efecto, a mediados del siglo XIX Irlanda atravesaba un terrible periodo de miseria, más profunda todavía que en épocas anteriores. Desde hace doscientos años los ingleses imponen sobre la isla un yugo político y económico. Los campesinos se han visto, poco a poco, desposeídos de sus tierras. Como son católicos, no pueden participar en el ejercicio de la democracia parlamentaria. Además, por si estos males no fueran suficientes, he aquí que la principal producción agrícola de Irlanda, la patata, se ve afectada por una enfermedad que le impide crecer y madurar. Es el hambre. Vendiendo todos sus bienes, pidiendo prestado el dinero indispensable, millares, centenares de millares de irlandeses abandonan sus aldeas, ya sea para buscar trabajo en Inglaterra, ya sea para alcanzar la Tierra Prometida, aquella de la que han oído hablar durante generaciones: América. Los buques son actualmente más rápidos y menos caros a medida que se desarrolla la navegación a vapor. Se embarca con la esperanza de regresar al propio país, una vez alcanzada la fortuna. La partida no suscita alegría. Se siente hacia la pequeña patria una vinculación que los decenios no logran borrar, y el propio Kennedy, de regreso a Irlanda para una corta estancia en 1963,

se siente emocionado como si las emociones de sus antepasados vivieran aún en él. Se trata de una emigración masiva. Las cifras hablan solas: 1.200.000 irlandeses llegan a Estados Unidos entre 1847 y 1854, lo que significa el 45 por ciento de los emigrantes. Entre ellos un tal Patrick Kennedy, que ha dejado New Ross y ha desembarcado en la isla de Noddle, en East Boston. Poca cosa se sabe de él. Al parecer, ejerció el oficio de tonelero y se casó, como es debido, con una irlandesa. De sus cuatro hijos, Patrick J., nacido en 1862, fue el abuelo del presidente. Como es lógico, el hijo del tonelero intenta ascender en la sociedad. Sin duda, gracias a los conocimientos de su padre, se instala, por su cuenta, detrás de un mostrador. Se convierte en un tabernero próspero, afable, sin ser expansivo, simpático, abierto a los problemas ajenos, una figura célebre en su barrio. De manera natural también, el Partido Demócrata, bien implantado entre los medios irlandeses, lo convirtió en su delegado local, un boss (especie de cacique) de East Boston. Patrick J. se presenta para unos cargos municipales. Llega a sentarse incluso en el congreso del Estado de Massachusetts. Pero su popularidad no traspasa los límites de la comunidad irlandesa. Sea como fuere, conoce a todos sus compatriotas, incluyendo a John F. Fitzgerald, un político igualmente irlandés, cuyos padres habían emigrado antes de la Guerra de Secesión.

Sus conciudadanos le aplican a Fitzgerald el sobrenombre de «Honey Fitz», algo así como «Fitz el Meloso», ya que sus palabras fluyen pronto y bien sobre cualquier tema y, con su dulzura, seducen a los interlocutores. El padre de John Fitzgerald ha trabajado la tierra y luego ha abierto una tienda de comestibles en el barrio norte de Boston. Los hijos reciben una buena educación y el futuro «Honey Fitz» sigue durante algunos meses los cursos de la escuela de medicina de Harvard. Pero el padre muere súbitamente. John Fitzgerald entra en la administración aduanera y lo que no pudo aprender en la universidad se esfuerza en adquirirlo leyendo, preguntando. Los periódicos son su manjar cotidiano. Corta los artículos que le interesan y los conserva, mientras resulta posible, en sus bolsillos. Se apasiona también por la historia de la revolución estadounidense y, naturalmente, no permanece insensible a los atractivos de la política. Se hace popular entre sus conciudadanos. Cabe decir que no carece de talento. Fue él, por ejemplo, quien mejoró la práctica de la «transferencia irlandesa». Se trataba de apretar la mano de un elector al tiempo de dirigirse a otro. «Honey Fitz» logró apretar la mano de uno, sonreír a otro y hablar con un tercero, todo a la vez. Otra de sus particularidades: encandila a los invitados a un banquete de bodas o a los oyentes de una reunión política cantando, con gran satisfacción de todo el mundo, «Sweet Adeline». De creer a Franklin D. Roosevelt, hizo célebre esta canción incluso en América del Sur.

Fitzgerald sale elegido para la Cámara federal de representantes en 1896 y es reelegido dos veces. En 1910 participa en la campaña para las elecciones municipales y logra obtener el sillón de alcalde de Boston. El, el hijo de un inmigrante irlandés, se convierte en el primer magistrado de una de las ciudades más aristocráticas de la Nueva Inglaterra, la cuna

de los Adams, de James Otis, de Daniel Webster. Es el apogeo de su carrera política. En 1916 intenta arrebatarse a Henry Cabot Lodge el cargo de senador. Fracasa. Los aficionados a la historia-ficción se complacen imaginando las consecuencias mundiales que habría provocado la elección de Fitzgerald al Senado. Ya que Lodge fue el implacable adversario del presidente Wilson, del tratado de Versalles y del pacto de la Sociedad de las Naciones. De ahí a deducir que con Fitzgerald en lugar de Lodge los Estados Unidos se habrían sentado en dicho organismo... Se convierte en representante en 1919, pero sólo por algunos meses, tiempo para que su desafortunado adversario haga anular unas elecciones discutibles. En 1922, «Honey Fitz» intenta ser elegido gobernador de Massachusetts. Nuevo y último fracaso de una carrera brillante y relativamente corta.

A través de la historia de Patrick J. Kennedy y de John F. Fitzgerald se capta mejor la situación de la comunidad irlandesa en Estados Unidos. Trabajo, igualdad de derechos respecto a los demás ciudadanos del país, sí. Los irlandeses han obtenido todo esto desde que descendieron de la nave que les ha transportado al Nuevo Mundo. Pero si la conciencia de clase es muy difusa en los Estados Unidos del siglo XIX, se mantiene viva y poderosa la conciencia étnica. Los que han llegado en último lugar ocupan los empleos más despreciados, que son los peor pagados. En el Sur, por ejemplo, los plantadores no quieren alquilar sus esclavos, mercancía preciosa y cara, a los constructores de ferrocarriles. Hay que acudir a la mano de obra irlandesa. En el Norte, los viejos americanos, aquellos que descubren sus antepasados entre los pasajeros del *Mayflower* o entre los primeros colonos, son de origen inglés y escocés. Pertenecen a la iglesia episcopal o presbiteriana o congregacionista. Detestan a los papistas. En esta jerarquía, ya establecida, los irlandeses ocupan el último peldaño. Sus orígenes nacionales se confunden, debido a su pertenencia a la Iglesia católica y romana. De ahí que sufran una discriminación real por parte de los «brahmanes», de los acomodados puritanos de Boston. Lodge es un «brahmán» y Fitzgerald, a pesar de haberse enriquecido, sigue siendo un irlandés. Y precisamente por sentirse oprimidos socialmente, los irlandeses siguen formando una comunidad viva. Su centro de reunión sigue siendo la Iglesia. El obispo o el arzobispo desempeñan un papel primordial, incluso en el caso de que sus consejos no sean escuchados. Participar activamente en las cuestiones parroquiales, hacer obras de beneficencia, tener influencia entre sus correligionarios, son los deberes que se imponen los irlandeses de Estados Unidos. Pero lo que anhelan es ascender por los peldaños de la escala social. El mejor medio de ascensión es la política. Los irlandeses comprenden muy pronto el funcionamiento del régimen, las sutilezas de las campañas electorales y las argucias indispensables para «poner en situación» a los electores. Con sus dotes de organizadores, con su inclinación hacia los contactos personales, saben adaptarse muy bien y se convierten sin esfuerzo en líderes a nivel de los distritos, de las ciudades y de los Estados. Naturalmente, también llegan las querellas entre los bosses irlandeses. «Honey Fitz» y Curley son dos líderes irlande-

ses, bostonianos y demócratas, que se detestan, de lo que se acordará el joven John Kennedy. Algunas veces se alían con los «brahmanes». Fitzgerald es el aliado de Saltonstall, y sus nietos serán, en el Senado, los dos portavoces de Massachusetts y los mejores amigos del mundo, aunque uno sea republicano y el otro demócrata. Cabe añadir, además, que los irlandeses son tan demócratas por inclinación, como los «brahmanes» son republicanos por tradición.

El éxito económico viene más lentamente. Los irlandeses de la segunda generación a menudo ya se hallan situados. Pero la banca, por citar un sector esencial del desarrollo económico, sólo se les abre a medias. John Fitzgerald le hizo un día a un viejo banquero de Boston la siguiente observación: «Tenéis muchos depositantes irlandeses. ¿Por qué no tenéis algunos en el consejo de administración?» Y el banquero le contestó: «¡Oh! Ya tenemos algunos detrás de las ventanillas.» Lo que no impide que los irlandeses experimenten, ante negros, judíos o latinos, sentimientos de desprecio, de odio y de celos. El antisemitismo y el racismo son la expresión de una intensa rivalidad económica y, más aún, de la voluntad de elevarse en una sociedad en la cual la regla es la competición encarnizada. Todo lo cual no deja de ser chocante entre los miembros de una comunidad que a su vez se siente perseguida y oprimida.

En octubre de 1914, el hijo de Patrick J. Kennedy y la hija de John F. Fitzgerald contraen matrimonio en la capilla privada del cardenal O'Donnell. Joseph P. Kennedy cuenta entonces veinticinco años de edad y Rose Fitzgerald acaba de cumplir los veinticuatro. El enlace no resulta sorprendente. Desde luego, Rose pasa por ser el mejor partido entre los católicos de Boston. Ha recibido una cuidadosa educación, habla distintos idiomas y ha viajado por Europa. Pero la familia Kennedy no es indigente precisamente y Joe es un muchacho al que se augura, sin ningún género de duda, un brillante porvenir. Ha asistido a una de las mejores escuelas de Boston, la Latin School, se ha diplomado en Harvard y en 1913 se convierte en inspector de banca. Por otra parte, inmediatamente logra que se hable de él. Hombres de negocios irlandeses habían fundado una entidad bancaria en East Boston, la Columbia Trust Company. Los «brahmanes», preocupados por la conservación de su monopolio, intentan comprarla. La mayor parte de los accionistas lo aceptan de buen grado, salvo uno, Patrick J. Kennedy, que le pide a su hijo que libre la batalla. Joe logra la victoria y, de esta forma, accede a la presidencia del banco. También él es un buen partido. Los recién casados compran una casa en un arrabal de Boston, en Brookline. Allí nacen, en el transcurso de cinco años, sus cuatro primeros hijos. El primogénito lleva el mismo nombre que el padre, con la mención «Jr.» (junior). John F. Kennedy nace el 29 de mayo de 1917. Se le da el sobrenombre de Jack. Luego vienen dos niñas: Rosemary y Kathleen. La casa resulta pequeña y los Kennedy cambian de domicilio. Nacen entonces Eunice, Patricia y Robert (en 1925). Las familias numerosas no son algo excepcional; Rose era una entre los once hijos de «Honey Fitz». La sucesión y la multitud de nacimientos sorprenden a los amigos. Y, sin em-

bargo, todavía vienen al mundo una quinta niña, Jean, y un cuarto muchacho, Edward, que, nacido en 1932, será el benjamín de la familia.

Como es lógico, tan profusa descendencia ha mantenido muy ocupada a Rose Kennedy. Lo ha contado con simplicidad y vivacidad en un libro de recuerdos (*Times to Remember*) publicado en 1974. La fortuna de la familia le ha permitido siempre contar con ayuda ajena. Pero no ha desdeñado asegurar personalmente la dirección del hogar, una enorme casa con innumerables habitaciones, animada constantemente por los gritos y las actividades de los hijos o de sus amigos, unos y otros desbordantes de energía, pero indudablemente sin molestar demasiado, conforme a los cánones de la educación estadounidense. Nos explica, por ejemplo, que abría fichas para cada uno de sus hijos, en las que anotaba las enfermedades y las vacunaciones. Rose es una mujer organizada. También es una mujer autoritaria. Le obliga a serlo el hecho de que su marido se ausente muy a menudo por asuntos de negocios. El toma decisiones que afectan al futuro de todos los componentes del hogar, pero deja para su mujer la tarea de decidir los mil y un detalles que constituyen la vida cotidiana. La autoridad de la madre no se discute. Cuando contaba poco más o menos dieciocho años, Edward se dispone a embarcar en su velero para participar en unas regatas, lo que le hace una gran ilusión. Pero surge Rose Kennedy y dice a su hijo que tiene que llevar a cabo, durante unos días, unos ejercicios espirituales. El muchacho no protesta. El padre, que está presente, le consuela a su manera, autorizándole a que use su automóvil completamente nuevo.

Rose se dedica por entero a su marido. De creer en sus memorias, jamás se lamentó por la clase de vida que tenía que llevar, separada a menudo del esposo, obligada a mantener relaciones en el mundo de los negocios o a participar activamente en la vida de la embajada de Estados Unidos en Londres. Mujer de talento, es capaz de tomar la palabra ante auditorios muy diferentes, a la hora de defender la candidatura de sus hijos. Sobre un punto, sin embargo, no ha transigido jamás, a pesar del riesgo de crear dificultades a los suyos. Se trata de la práctica religiosa. Rose ha sido siempre muy devota. Sus hijas, cuya educación le correspondía por entero, frecuentaron las iglesias. Para todos constituyen obligaciones la asistencia a la misa de los domingos, el respeto al día de Viernes Santo y los demás días sagrados, las acciones de gracias antes de las comidas. Y el domingo por la noche, después de la cena, se establece una discusión general alrededor de la mesa o en el salón sobre el sermón que el sacerdote ha pronunciado en la iglesia o sobre un pasaje de los Evangelios. Los niños frecuentan, evidentemente, la escuela parroquial del domingo para aprender el catecismo. «La fe —les decía— es un don importante de Dios. Es un don vivo para ayudarnos en nuestra vida terrenal, guiarnos en nuestras actividades, ofrecernos consuelo y confortación. También debemos llevar a cabo todo cuanto esté a nuestro alcance para reforzar sus raíces, alimentarla, hacer que crezca y florezca e intentar no perderla jamás.» También los niños Kennedy se han sentido tentados, uno tras otro, por la vocación religiosa, especialmente Robert. Joe, Jr. era extremadamente «serio» en todas las

cuestiones relativas a la religión. John, finalmente, no dejaba nunca de cumplir con sus deberes religiosos. Existe, en este apartado, una anécdota significativa. Su padre acudió un día a visitarle a la Casa Blanca. Tras una larga conversación, cada uno se retira a su dormitorio. Joseph Kennedy quiere añadir algunas palabras. Entra en la habitación de su hijo y descubre al presidente de los Estados Unidos, de rodillas, recitando la plegaria de la noche.

Las profundas convicciones religiosas de la familia, en general, y de Rose Kennedy, en particular, suscitaron, como es sabido, una especie de drama. En el transcurso de la II Guerra Mundial, Kathleen vivía en Inglaterra. Allí se enamoró de un joven, William Hartington, cuya familia pertenecía a los Cavendish y a los Cecil. Ilustre parentesco que, desgraciadamente para los jóvenes, provocó problemas irresolubles. Los Cavendish y los Cecil han sido feroces defensores de la fe anglicana y el padre de Billy ha pertenecido a la masonería. El propio Billy, que entonces llevaba el título de *earl* (conde) de Burlington, estaba destinado a convertirse en el undécimo duque de Devonshire. Su abuelo, el octavo duque, había sido, en tiempos de Gladstone, secretario de Estado para Irlanda y se había opuesto, más tarde, a cualquier tipo de autogobierno para la isla. El hermano del duque se había convertido, a su vez, en secretario de Estado para Irlanda y había sido asesinado en 1882 por un partidario de la independencia. ¡Imposible situación para Billy y Kathleen! Tanto más imposible, cuanto que las diferencias religiosas eran, al parecer, irreconciliables. La familia de Billy no quería, si la pareja tenía hijos, que fueran educados en la religión católica. La familia Kennedy no quería oír hablar siquiera de una conversión a la religión del invasor. El futuro cardenal Francis Spellman, por aquel entonces arzobispo de Nueva York, fue consultado y encargado de conocer la opinión de Roma. La respuesta no permitió ninguna duda ni ninguna esperanza. No se concederían los sacramentos a los jóvenes esposos si no se comprometían a educar a sus hijos en la fe católica. Lo que ocurrió al final es que Billy y Kathleen se casaron civilmente el 6 de mayo de 1944. Solamente asistió a la boda el hijo mayor de los Kennedy, que se hallaba en Inglaterra. Es indiscutible que este asunto constituyó para los Kennedy un auténtico desgarramiento, una terrible prueba que colocó, en platillos opuestos, unas convicciones religiosas extremadamente profundas y el afecto por una hija y hermana querida para todos.

El apego de Rose por la Iglesia viene señalado por detalles secundarios, como la admiración por el cardenal Pacelli (el futuro Pío XII), que hizo a los Kennedy el supremo honor de tomar el té en su casa y de sentarse en las rodillas al pequeño Edward, o bien el deslumbramiento que experimenta cuando visita el Vaticano. No es menos cierto, como compensación, que la fe le ha permitido superar penosas pruebas. La primera se refiere a la mayor de sus hijas, Rosemary. Muy pronto se comprueba que se trata de una retrasada mental, con un bajo coeficiente de inteligencia. Se toma la decisión de cuidarla en el seno de la familia. Hermanos y hermanas tienen mil atenciones con ella; se integra plenamente en el grupo. Instituciones especializadas se esfuerzan en darle ins-

trucción básica. En 1942 su estado empeora. Experimenta una regresión, se muestra irritable y, de vez en cuando, se apoderan de ella convulsiones. Los médicos deciden operarla y le suprimen, a un mismo tiempo, violencia e inteligencia. Rosemary tiene que ser ingresada en una institución especial. Fue «la primera de las tragedias que nos golpearon», escribe Rose Kennedy. Sin duda, esto explica el interés que John, sus hermanos y sus hermanas manifestaron y manifiestan aún por los problemas de los retrasados mentales.

Joseph P. Kennedy: de los negocios a la política

El retrato de Joseph P. Kennedy es aún más complejo que el de su mujer. El hombre —no hay manera de disimularlo— no goza de buena reputación. Se le echa en cara haber transmitido a sus hijos sus inclinaciones conservadoras, haberlos manipulado para satisfacer sus ambiciones personales; haber, en resumen, estropeado más que favorecido su carrera política. Y, a propósito de lo dicho, se citan unas palabras de Truman, pronunciadas poco antes de las elecciones de 1960: «Lo que me preocupa en el caso de Jack Kennedy no es el papa, sino el papá.»

Nadie pone en duda sus logros como hombre de negocios. No es que saliera de la nada, pero ha alcanzado una de las cimas de la fortuna e ilustra a su manera el «sueño americano». Como muchos de sus contemporáneos, comenzó por sacar provecho de la guerra, en este caso el primer conflicto mundial. En 1917 pasa a sus manos el departamento de construcciones navales de la Bethlehem Steel. Estados Unidos y la Entente necesitan buques. Kennedy es de los que hacen lo necesario para asegurar la victoria de los aliados. Además, en este periodo, establece conocimiento con un joven secretario adjunto de la marina que se llama Franklin D. Roosevelt. Con la vuelta a la paz, cambia de actividades. Vuelve de nuevo a la banca, pero ya no a la pequeña banca irlandesa de Boston, sino a la gran banca de los «brahmanes», en la que ha logrado introducirse. Comienza a especular, ya que la época lo favorece. Tiene un olfato infalible para descubrir los nuevos y provechosos campos de la especulación. En consecuencia, se lanza al mundo de los negocios inmobiliarios, muy particularmente en Florida, que comienza a transformarse en paraíso del turismo. Se da cuenta, igualmente, del interés de una nueva industria que durante la guerra ha conocido una expansión considerable: el cine. Comienza por comprar salas de exhibición en Massachusetts y en el resto de la Nueva Inglaterra, 31 en total. Luego se lanza a la producción de películas. Vence, mucho mejor que otros, cualquier clase de obstáculos, ya que conoce las sutilezas del mundo bursátil. Controla tres estudios y se fusiona con la Radio Corporation of America para formar la RKO, que compite con las grandes compañías de la época, la Paramount, la Metro-Goldwyn-Mayer, la Fox, la Warner o la Universal. Produce muchos filmes de Gloria Swanson y finanza el rodaje de *Queen Kelly*, hasta el momento en que los dispendios de Erich von Stroheim y la audacia moral de la puesta en escena

superan, según la opinión de Kennedy, los límites permitidos. De su paso por la industria cinematográfica conserva el gusto por la proyección. Gran cantidad de filmes han sido proyectados en los sótanos de la casa de Hyannis Port. Sea lo que fuere, Hollywood le produce a Kennedy cinco millones de dólares en 32 meses.

A partir de aquel momento, empieza otra vida. Boston deja de ser conveniente, más aún si se tiene en cuenta que Kennedy nunca se ha sentido cómodo en aquella ciudad. Cambia de domicilio y marcha, con la familia, a Nueva York, o más exactamente, al norte de Manhattan, en Bronxville. Lo cual quiere decir que desde 1926 los Kennedy dejan de vivir en Boston, aunque posean allí una residencia. Hay que añadir, a la casa de Bronxville, la propiedad de Hyannis Port, cerca de Cap Cod; la de Palm Beach, en Florida; la de Cannes, amén de piscinas, pistas de tenis, yates, «uno o dos Rolls-Royce», como escribe Rose Kennedy. Un poco más tarde, el cuartel general de los negocios de Kennedy se traslada a Chicago, a los edificios del Merchandise Mart.

Todo podría haberse desmoronado con la crisis de 1929. Kennedy ha sentido llegar la catástrofe. Poco antes de los terribles días de octubre, ha retirado sus fondos de las especulaciones en las que se había comprometido. Ha afirmado que la conciencia del peligro le vino después de una conversación sostenida con un limpiabotas negro de Wall Street. Es una interpretación pintoresca y poco verosímil. La verdad es que el hombre de negocios espabilado sabe tener audacia o prudencia según las circunstancias. Tanto mejor para él si la suerte también le ayuda. Pero si el nieto de inmigrantes se siente satisfecho por su brillante éxito material, no sabría detenerse en ese punto. El verdadero éxito no consiste tan sólo en tener más dinero que los «brahmanes». Consiste en el poder, y el poder es, ante todo, político. Ahora bien, en 1932, Roosevelt se presenta a las elecciones presidenciales. Sus ideas son vagas. Quiere, declara, asegurar a los estadounidenses «un nuevo reparto». Nadie sabe lo que eso significa. Pero Kennedy, a pesar de sentir admiración por el presidente Hoover, es demócrata y conoce a Roosevelt. Le regala, para gastos de la campaña, 15.000 dólares y le presta 50.000 más. Kennedy garantiza, en sus círculos, las loables intenciones de Roosevelt. Al parecer, ha convencido al padre Coughlin, sacerdote muy influyente entre los medios católicos, y a William R. Hearst, uno de los magnates de la prensa. De creer en esta versión de los hechos, habría sido, en definitiva, el principal artífice de la investidura de Roosevelt para la convención demócrata de Chicago. Una vez que su candidato se ha convertido en presidente de los Estados Unidos, el hombre de negocios espera su recompensa.

Su deseo, primero secreto, luego anunciado con una relativa discreción, es convertirse en secretario del Tesoro. La experiencia financiera que ha adquirido lo justifica. Pero Roosevelt prefiere a William Woodin y, luego, a Morgenthau. Kennedy, decepcionado, decide partir para llevar a cabo un viaje por Europa. Había adivinado el desarrollo del cine: ahora sabe que la prohibición del alcohol pronto tendrá su fin, ya que Roosevelt ha prometido conseguir su supresión. Así pues, aprove-

cha su estancia en Gran Bretaña para establecer contactos con fabricantes de whisky, como Dewar y Haig, y de ginebra, como Gordon. En el caso de que la prohibición cesara, Kennedy se convertiría en el único distribuidor para los Estados Unidos. Evidentemente, no se equivocó. Brota ante él un nuevo manantial de riqueza y corona su sentido de las realidades políticas y de los negocios comerciales. Conservará esta concesión en exclusiva hasta 1946.

En el verano de 1934, Joseph Kennedy recibe, finalmente, una propuesta de la Casa Blanca. Se trata de ocupar un cargo importante en la administración federal. No es el secretariado del Tesoro, pero sí la presidencia de la Comisión sobre las operaciones bursátiles. Hay que poner orden en el funcionamiento de la Bolsa. La nominación de Kennedy provoca cierta agitación, especialmente entre los partidarios progresistas del New Deal.¹ Les resulta curioso que para reformar las prácticas bursátiles Roosevelt acuda a un hombre de negocios, a uno de estos especuladores sobre los que pesa la responsabilidad de la crisis, a uno de estos «empresarios» que América detesta. ¡Qué importa! Roosevelt no cede ante las presiones. En 1935, Kennedy abandona el cargo con la convicción de haber cumplido con su deber. De nuevo se sitúa en la reserva de la República. Es cierto que no permanece desocupado por mucho tiempo. Vuelve al mundo de los negocios y dirige la organización financiera de la RCA. Y he aquí que comienza la segunda campaña presidencial de Roosevelt. Kennedy desempeña de nuevo un papel activo. Redacta un folleto cuyo título resume su espíritu: «Estoy junto a Roosevelt.» Es el testimonio, muy valioso en aquella época, de un hombre de negocios que sostiene al presidente saliente, en tanto que muchos son hostiles a las reformas emprendidas o prometidas. Kennedy, además, escribe: «No tengo ambiciones políticas para mí o para mis hijos.» Su única preocupación, añade, es impedir que la filosofía que anima la acción del presidente sea mal comprendida.

La victoria de Roosevelt es aplastante. Una vez más, Kennedy espera que se le demuestre gratitud. En 1937 se le nombra presidente de otra comisión federal, la de la marina mercante. Es decepcionante, pero sabe que si cumple debidamente con su tarea obtendrá provecho. Kennedy desearía una embajada y, quién sabe si para lavar la humillación de sus antepasados, sueña en la más prestigiosa de todas para un americano y para un irlandés: la de Londres. Se trata también de una embajada que sólo puede ocupar un hombre rico. Los gastos son considerables y el sueldo es muy parco. La noticia, oficiosa en 1937, viene confirmada poco después: Kennedy es nombrado embajador en la corte de Inglaterra. Es la consagración. Con sus nueve hijos (raras veces juntos, debido al desarrollo de sus estudios), los Kennedy se instalan en Londres. Allí permanecerán durante dos años.

La imagen política de Kennedy se precisa. En medio de la crisis que amenaza a Europa y al mundo entero, y que estallará luego, Kennedy ocupa un puesto clave. El embajador es un partidario acérrimo de la política de *appeasement*². En agosto de 1938, el Departamento de Estado censura una frase de su discurso de Aberdeen, aquella en la que decía:

«Verdaderamente, no puedo comprender cómo alguien estaría dispuesto a hacer la guerra para salvar a los checos.» Tres semanas después de los acuerdos de Munich, admite públicamente que existen discrepancias entre las democracias y las dictaduras, y añade: «No tendría ningún sentido permitir que estas desavenencias se transformaran en antagonismos irreconciliables. Al fin y al cabo, todos tenemos que vivir en el mismo mundo, nos guste o no.» Hace notar los signos de la subida de los peligros; los enemigos de Chamberlain son, de prestarle crédito, «radicales, judíos, conferenciantes». En los documentos alemanes recuperados en 1945 vemos cómo el embajador alemán en Londres indica, en sus despachos a Berlín, que Kennedy manifiesta simpatía por la Alemania nazi, que se siente avergonzado, no por la política antisemita de los nazis, sino por el clamor que desencadena en Estados Unidos y que, en el fondo, en Boston también existe la discriminación racial. Sin quererlo expresamente, Kennedy se labra una sólida reputación de antisemita, hasta tal punto que en 1952 su hijo John, al no lograr convencer a un auditorio judío, exclamó: «¿Qué más queréis? Recordad que no es mi padre, sino yo, el que aspira a un escaño de senador.»

La reputación de Kennedy empeora aún más en 1940. Pese a ello, sostiene a Roosevelt por tercera vez. Incluso regresa expresamente de Londres. Se alegra al escuchar cómo el presidente declara en Boston que no mandará soldados estadounidenses a combatir en una guerra extranjera. Pero apenas la elección está asegurada, el embajador se dispone a renunciar a sus funciones. Aprueba con desgana el proyecto de Ley de Préstamo y Arriendo, y los aislacionistas, que desarrollan una vigorosa acción pública contra la política extranjera del gobierno, sueñan por un momento en confiarle la presidencia del comité *America First* (América primero). El ataque japonés contra la base naval de Pearl Harbor le ofrece la ocasión de proponer sus servicios a Roosevelt, que ni los ha solicitado ni piensa beneficiarse de ellos. Privado de toda clase de responsabilidades políticas, Kennedy se contenta protestando contra el principio de la rendición sin condiciones y condena la idea de una guerra total. Los liberales no le perdonan el haber tomado partido, desde 1937, por los franquistas ni el haber defendido el *appeasement*, sin duda por temor al comunismo, que consideraba más nefasto que el nazismo. En una palabra, sus convicciones no son las de la mayoría de los estadounidenses. Su carrera política ha terminado. Como máximo, participará, especialmente en 1956, en tal o cual comisión federal. Se ha convertido no en el sabio al que se va a consultar en los periodos difíciles, sino en el representante de una derecha tradicional y excluida de las tareas de gobierno.

No cabe la menor duda de que Joseph Kennedy transfirió a sus hijos y, de una manera particular al mayor, estas ambiciones mal satisfechas. ¿Ha soñado con empujarles hasta la presidencia? Es posible, pero no está probado. En compensación, ha contribuido sin duda alguna a formar sus caracteres. El dinero, entre los Kennedy, no es más que un medio. Hijos e hijas reciben, el día en que alcanzan la mayoría de edad, un regalo de un millón de dólares, lo que les pone al abrigo de cualquier

necesidad. Si se abstienen de beber y de fumar hasta llegar a los veintidós años reciben una gratificación de dos mil dólares. Pero en la mesa familiar no se habla de negocios. Más bien se comentan los acontecimientos políticos, sobre todo los problemas internacionales. Al contrario que las chicas, los muchachos han recibido una educación estrictamente laica, ya que, según decía su padre, de esta forma alternarán en medios diferentes a los suyos y sabrán adaptarse mejor a la vida americana. Inculcó a toda la familia el espíritu competitivo. No importa lo que hagáis, sostenía; lo esencial es hacerlo mejor que los otros. Todos los visitantes han descrito, con entusiasmo o irritación, los partidos de fútbol americano en Hyannis Port. Chicas y chicos se disputan la pelota con vigor. Los más pequeños o los más débiles no dudan en absoluto a la hora de lanzarse sobre los más fuertes. Al mismo tiempo, Joseph Kennedy ha enseñado a sus hijos lo que significa una familia unida, la fuerza que puede sacar de su homogeneidad. Ha traspuesto al plano familiar la idea de una comunidad irlandesa. Ha formado el clan Kennedy con sus divisiones, prontamente ahogadas cara al exterior, con su formidable voluntad de ganar, su determinación de permanecer unido en beneficio de uno de sus miembros. En las duras pruebas que han golpeado a la familia, en los esfuerzos que han puesto en juego para alcanzar sus objetivos, tal estado de espíritu ha sido de los más útiles. En este sentido, el padre ha preparado a los hijos y a las hijas para la vida política. Y los hijos, aun sabiendo muy pronto cuál era la reputación del padre, siempre le manifestaron una gran admiración. Le han consultado frecuentemente, incluso cuando no iban a tener en cuenta sus opiniones. Le han tenido al corriente de todo, incluso aunque —como ocurrió a partir de 1961— el anciano, parálítico, no podía ni hablar. Con sus fuerzas y sus debilidades, Joseph Kennedy se ha ganado a pulso el sobrenombre que le ha dado su biógrafo: el padre fundador.

La juventud de John F. Kennedy

La juventud de John Kennedy es un tanto decepcionante. No hay resultados escolares y universitarios que susciten la admiración y permitan presentir al futuro gran hombre. Kennedy es un alumno mediocre, que apenas se interesa por los estudios. Durante largo tiempo se ha comportado en la universidad como si se tratara de aprender las diversas tácticas del fútbol o los secretos de la natación de competición, en lugar de los rudimentos de economía o de ciencias políticas. Al final de la enseñanza primaria pasa algunos meses en una escuela católica regentada por laicos, y luego, en 1931, entra en Choate, una escuela que prepara para la universidad, situada en Wallingford (Connecticut). Se trata de una institución de gran renombre, frecuentada por los hijos de la mejor sociedad. Su hermano mayor ya se encuentra allí. John permanecerá en el centro hasta 1935. El examen de salida le sitúa en el 74º lugar, entre 112 candidatos. Su madre considera que es una posición «relativamente satisfactoria». Lo más sorprendente es que sus condiscípulo-



USIS

John F. Kennedy fotografiado a los ocho años de edad. La pasión del pequeño John por el deporte, característica general de toda la familia Kennedy, contrastaba con su frágil salud y su escaso interés por los estudios.

los le designan, en boletines secretos, como aquel de entre ellos «que tiene el mayor número de posibilidades de triunfar». Tiene que entrar en Harvard. Su padre es un ex alumno de la Universidad y su hermano está estudiando en ella. Pero prefiere Princeton para poder seguir a su mejor amigo, Lem Billings. Apenas ha comenzado su año universitario se ve aquejado de hepatitis. Se restablece, pero sufre una recaída. Finalmente, renuncia a Princeton y se inscribe en Harvard, en 1936.

Al decir de aquellos que le han conocido en esta época, John era un deportista que hacía meritorios esfuerzos para figurar en primera línea. Contrariamente a su hermano mayor —un atleta que parecía dotado para convertirse en una gran figura—, John se aplica a correr lo más rápidamente posible, a nadar las 50 yardas en menos de 30 segundos, a acceder al primer equipo de fútbol. Juega también al golf, al tenis y practica el remo. En la propiedad familiar de Hyannis Port encuentra la posibilidad de practicar deporte, especialmente la navegación a vela. Sus resultados no le descorazonan nunca. Todo lo contrario. Enfermo, intenta no suspender su entrenamiento. Se cuenta que en Harvard tuvo que ser hospitalizado a consecuencia de una gripe. Sin embargo, él quería formar parte del equipo de natación en la modalidad de espalda. Para no perder ninguna de sus oportunidades mientras convalecía de la gripe, hacía que uno de sus camaradas le llevara clandestinamente filetes y leche condensada. Y, siempre clandestinamente, salía a media tarde, a pesar de la fiebre, para seguir entrenándose en la piscina. Desgraciadamente para él, sus esfuerzos fueron inútiles.

Por el contrario, su trabajo intelectual deja mucho que desear. Se interesa bastante por el inglés y la historia, pero el latín, la química y la biología le aburren profundamente en Choate. Sin embargo, se suscribe al *New York Times* con el fin de leer los artículos de política extranjera. Influencia del padre, sin duda alguna. También es de Joseph Kennedy la idea de hacer seguir a su hijo mayor, y luego a John, los cursos de Harold Laski en la School of Economics de Londres. ¡Extraña iniciativa! Laski es socialista, agnóstico y judío. Nada hay en él que pueda atraer a un hombre de negocios irlandés. Pero Kennedy piensa que sus hijos han de conocer las ideas que circulan fuera de su medio. Como están llamados a administrar una fortuna nada desdeñable, harán bien en reflexionar sobre las teorías contrarias a sus intereses. Conviene, sobre todo, saber lo que quiere el adversario. Y, además, Laski es una celebridad. Acudir, aunque sólo sea por unas semanas, a la School of Economics confiere una determinada imagen y un prestigio indudable. John parte para Londres a finales de la primavera de 1935. Pero, de nuevo cae enfermo. Helo aquí obligado a regresar a América sin haber podido aprovechar demasiado las lecciones de Laski. Lo que no impide que sea el primer presidente de Estados Unidos que ha recibido una enseñanza, breve ciertamente, en el extranjero.

En Harvard, John Kennedy no muestra un mayor apetito ante la minuta intelectual que se le propone. Obtiene «C» en todas las disciplinas, salvo en economía, donde obtiene una «B». Generalmente aprueba, entre los últimos, sus exámenes de final de curso. Durante su se-

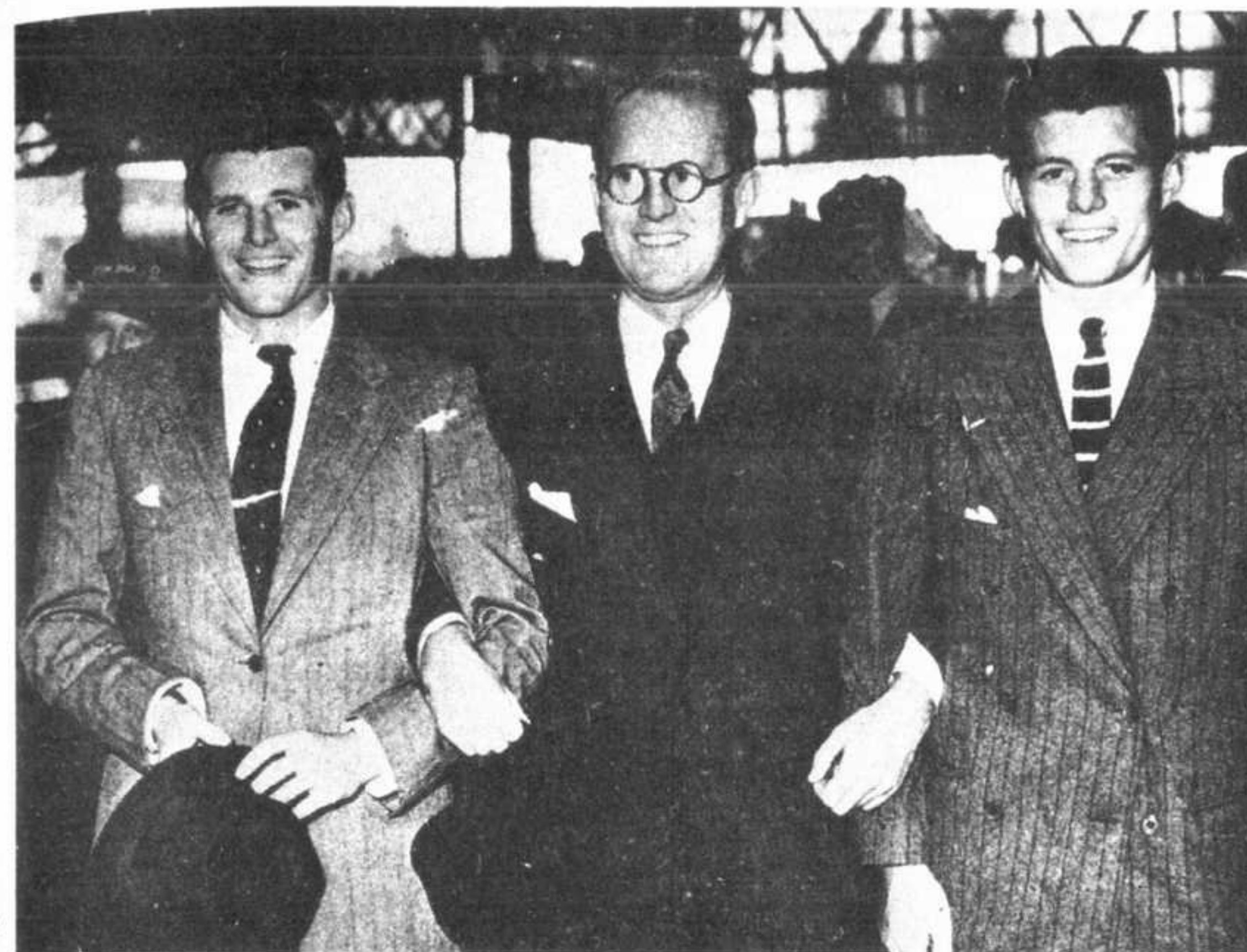
gundo año de estudios se interesa un poco más por la historia y por las ciencias políticas y lee bastante, sobre todo obras de historia americana y biografías. Sus profesores le consideran «agradable, despierto e indiferente». Uno de ellos hace la siguiente observación: «Kennedy puede obtener logros cuando se pone a trabajar. Incluso con una preparación poco sólida, el conjunto de sus capacidades puede ayudarle. Es un excelente muchacho.» Tampoco se apasiona por la política. En unos momentos en que muchos jóvenes americanos siguen con atención los acontecimientos de Europa y los efectos del New Deal, él no milita en ninguna organización de estudiantes. No es miembro de la *Harvard Liberal Union* ni de los *Young Democrats*. Cuando lleva a cabo una investigación sobre un hombre político, como le piden sus profesores, elige un oscuro conservador del Estado de Nueva York, hostil al gobierno federal. Ni liberal ni intelectual, deducirán. No hay que precipitarse en los juicios y, menos aún, siguiendo criterios europeos. En Francia, por ejemplo, se tienen en cuenta, sobre todo, los logros intelectuales; en Estados Unidos se valora el desarrollo del carácter. Los esfuerzos que Kennedy deja de invertir en sus estudios los emplea, ¡y con qué energía y qué constancia!, en el deporte. Y el deporte refuerza en él el gusto por la competición, el placer de la lucha y de la victoria. Se dedica a ello con tanta eficacia que en el transcurso de un partido de fútbol cae de espaldas y durante toda su vida conservará las huellas de su herida.

Los viajes al extranjero

Kennedy tiene la suerte, sin embargo, de no verse confinado en Massachusetts. Los viajes al extranjero comienzan desde su infancia. Y la familia se abre más al mundo, todavía, cuando el padre se convierte en embajador en Londres. En 1937, acompañado del fiel Lem Billings, John atraviesa el Atlántico, recorre Francia, Italia y España. Descubre que los estadounidenses conocen mal los problemas de estos países. «Por ejemplo —escribe—, la mayor parte de la gente, en Estados Unidos, favorece a Franco, y creo que quizá sería mejor para España que Franco ganara —ya que reforzaría a España, unificándola—, pero, al comienzo, los republicanos tenían la ley de su lado y su programa era parecido al del New Deal [...]. Su actitud frente a la Iglesia no era más que una reacción contra la influencia de los jesuitas, que se habían vuelto excesivamente poderosos, estrechando demasiado los lazos entre la Iglesia y el Estado.» En Roma, donde es recibido por el papa, encuentra a «un tipo extraordinario», muy conocido por sus padres: el cardenal Piacelli. El fascismo no le resulta chocante. Observa que el sistema de corporaciones parece gustar «a todo el mundo en el país». ¿La Francia del Frente Popular? «La impresión general —observa— es que, al parecer, Roosevelt gusta aquí a todo el mundo, si bien su manera de gobernar no prosperaría en un país como Francia, ya que, al parecer, Francia no tiene capacidad para ver el problema como un todo. No les gusta Léon Blum, ya que les saca el dinero para dárselo luego a los otros. Para un

francés es *très mauvais* [“muy malo”, en francés en el texto]». Estas anotaciones, por breves y discutibles que sean, atestiguan un interés creciente por los asuntos públicos. El joven comprende sobre el terreno que el objeto de los estudios universitarios no es un planeta lejano sin relación con la vida de cada día. Se trata, por el contrario, de la realidad con su complejidad y sus matices. De regreso a Harvard se dedica con mayor energía a sus estudios y, en consecuencia, sus resultados mejoran visiblemente.

Más que el continente, le fascina Inglaterra. Allí traba amistad con gente británica, como David Ormsby-Gore, que llegará a ser embajador en Washington cuando Kennedy sea presidente. Sigue, cada día con mayor atención, la situación europea y la política del *appeasement*. Su padre pronuncia en Gran Bretaña un discurso favorable a Chamberlain, y John le escribe diciéndole que el discurso, en EE UU, «aun pareciendo que disgustaba a los judíos, etc., ha sido muy bien recibido por todos aquellos que no son unos fanáticos antifascistas, aunque resulte evidente que todo el mundo fue resueltamente hostil a la seguridad colectiva y no parecen tener una idea muy exacta de la posición de Inglaterra, como consecuencia del tipo de artículos que se han publicado». A comienzos del otoño de 1938, John Kennedy ya no puede esperar. Solicita y obtiene de las autoridades de Harvard el permiso para partir hacia Europa. Pasará su segundo semestre al otro lado del Atlántico. Entonces es cuando lleva a cabo el gran viaje: París, Polonia, Letonia, la Unión Soviética, Turquía, Palestina, los Balcanes, Berlín, París una vez más. Pasa también algunas temporadas en Londres. Son desplazamientos cómodos. Se aloja en las embajadas estadounidenses. En París, William Bullitt le ofrece hospitalidad. En Varsovia, Anthony Biddle le hace comprender la complejidad de los problemas de la Europa central y oriental. En Moscú se beneficia de los consejos de un joven secretario de embajada que se llama Charles Bohlen. Su padre sólo le ha pedido que se informe y que, regularmente, le mande relación de lo observado. El joven cumple. Lo que ve, por otra parte, no deja de asustarle. ¿Rusia? «Un país tosco, atrasado, desesperantemente burocrático», con las calles sucias, unos medios de transporte rudimentarios, todo tal como su madre y una de sus hermanas lo habían comprobado dos o tres años antes. ¿Palestina? Un conflicto inextricable, al que Gran Bretaña aplica una política razonable. ¿Europa? Un campo de batalla sobre el que los combatientes se preparan para la guerra. Los polacos están decididos a resistir: «Sin duda mi impresión más fuerte es que, con razón o sin ella, los polacos se *batirán* por la cuestión de Dantzig.» En cuanto a los alemanes, su odio hacia los ingleses es implacable. Kennedy y dos de sus amigos han visitado, en Munich, la tumba de Horst Wessel. Han sido agredidos por jóvenes alemanes que, a causa de la matrícula de su automóvil, les han tomado por ingleses. Kennedy saca la conclusión de que la juventud alemana seguirá a Hitler sin vacilaciones. Se encuentra en Berlín durante la segunda quincena de agosto de 1939. El encargado de negocios americano le confía una información secreta con el ruego de que la transmita al embajador Kennedy. La guerra comenzará tres



Keystone

Joseph P. Kennedy, fotografiado en Londres junto a sus dos hijos mayores, Joe, a su derecha, y John, a su izquierda, en 1937, cuando era embajador de Estados Unidos en Gran Bretaña.

días después del aniversario de la batalla de Tannenberg, es decir, el 30 de agosto. La previsión resultó errónea en dos días.

En resumidas cuentas, la proximidad del huracán refuerza en John Kennedy la convicción de que EE UU tiene que mantenerse apartado del conflicto. En este sentido, al igual que su hermano mayor, que también viaja por Europa, comparte la opinión de su padre. Cuando la guerra estalla, John se halla todavía en Inglaterra. Cumple una breve misión en Escocia para ayudar a los pasajeros americanos de un paquebote británico. Luego, sin más demora, regresa a Estados Unidos para acabar su curso universitario. Inútil precisar que su estancia en Europa convierte al estudiante en una especie de héroe en la Universidad. Es alguien que sabe y que ha visto. En cuanto a esto, hace una esclarecedora observación. Un profesor de ciencias políticas da un curso. «Mantengo mi incógnito —escribe el joven a su padre—, pero en el momento en que el profesor tenga que corregir mis temas iré a estrecharle la mano y le diré la buena opinión que te merece.»

La tesis de doctorado

Sin embargo, al llegar los estudios a este nivel es preciso hacer una tesis de doctorado. Ahora bien, lo que principalmente le ha llamado la

atención en los últimos meses es la pasividad de Inglaterra frente a la Alemania nazi. Decide preparar un trabajo sobre «el apaciguamiento en Munich». Como todos los estudiantes, se sumerge en un mar de documentos; en este caso, las reseñas de los debates parlamentarios, los periódicos como el *Times* y el *Economist*, las declaraciones del Foreign Office. Hay una pregunta que le obsesiona: ¿Son justas las críticas que se le hacen a Chamberlain, o bien es la víctima de fuerzas profundas que lo toman como chivo expiatorio? La conclusión de Kennedy está desprovista de ambigüedades. «La mayoría de las críticas —escribe— han elegido mal su blanco. No debería criticarse el pacto de Munich, sino más bien las circunstancias que hay detrás de este pacto: la corriente de opinión en Inglaterra, el estado de las fuerzas militares británicas que hace inevitable la rendición.» Chamberlain no es, pues, el principal culpable. Sus predecesores, como Baldwin, tampoco se han ocupado de impulsar el rearme. ¿Son ellos los responsables? Ciertamente, no, ya que «censurarles sería ilógico e injusto, habida cuenta las condiciones del gobierno británico». Finalmente, las conclusiones de la tesis confirman los informes del embajador. Inglaterra no podía hacer otra cosa que aceptar lo de Munich, y si no estaba en condiciones de combatir se debía a que la opinión pública había hecho todo lo posible para impedir un rearme serio. En resumen, la democracia es un régimen fundado sobre la paz; el totalitarismo sobre la guerra. El segundo está mejor preparado que la primera cuando las tensiones degeneran en conflicto armado. Pero, a largo plazo, las democracias se recuperan. Un hombre fuerte, y demócrata, surge entonces. En Estados Unidos se llama Roosevelt; en Gran Bretaña, Churchill.

John Kennedy defiende su tesis en junio de 1940 y recibe la mención «magna cum laude», que viene a ser el equivalente de «sobresaliente». Su padre, satisfecho, le manda un telegrama de felicitación. Inmediatamente se piensa en su publicación. Debería ser fácil, ya que América se apasiona por el asunto, que responde perfectamente a las preocupaciones del momento. Un periodista amigo de la familia, Arthur Krock, da con un título que llama la atención. Churchill había titulado la recopilación de sus discursos: *While England Slept (Mientras Inglaterra dormía)*. El nuevo libro se titulará: *Why England Slept (Por qué dormía Inglaterra)*. El periodista se dedica, además, a hacer que la obra resulte accesible para el gran público. Henry Luce, fundador y director de *Time Magazine*, amigo también de la familia, escribe un prólogo. Un primer editor rechaza el manuscrito; el segundo lo acepta de inmediato. John sabe que el libro puede influir sobre la carrera de su padre. Por ello le pregunta si conviene publicarlo y, de ser así, si hay que hacerlo antes o después de la dimisión del embajador. Joseph Kennedy no desea presentar su programa electoral teniendo a su hijo de intermediario. La obra es, según su punto de vista, una etapa en la carrera de John, una preparación para tareas más importantes. Le escribe: «Estoy impaciente por leer la versión final. Estoy seguro de que si toco el problema tal como hoy se ve en Inglaterra, el libro se venderá bien y cosechará un gran éxito. Chamberlain, Halifax, Montagu Norman, Harold Laski,

todos me han hecho preguntas sobre ti. Así, pues, ganes o no ganes una perra gorda, te reportará un beneficio sorprendente, sobre todo si es bien recibido. Te sorprenderá saber hasta qué punto un libro que sea realmente apreciado por gente de clase sitúa a su autor en buena posición durante años. Recuerdo que en el informe que hay que escribir pasados los veinticinco años al comité de Harvard figura la siguiente pregunta: ¿Qué libros ha escrito usted? No hay duda de que esto te hará un gran bien.»

Todo se lleva a cabo con el fin de asegurar a la obra un gran éxito. Se distribuye ampliamente por América y por Gran Bretaña. Sin duda se han vendido 80.000 ejemplares. ¡Hermoso éxito para un autor de veintitrés años! Los críticos son unánimemente favorables. Lo que les impresiona es la juventud de Kennedy, el dominio que ha logrado sobre un tema muy difícil. Como mucho, se interrogan sobre la indulgencia que reclama el autor para Baldwin y Chamberlain. Sea como fuere, he aquí al hijo del embajador que conoce bien la situación en Europa y sabe hablar de la misma a sus lectores, haciéndolo agradable y sabiamente. John Kennedy ya no está obnubilado por sus hazañas deportivas. Se ha convertido en un observador político de primer orden.

¿Qué hacer ahora? Kennedy ha abandonado su proyecto de entrar en la Facultad de Derecho de Yale. Se inscribe en Stanford, en el departamento de estudios comerciales. Pasados los seis meses, abandona la universidad y emprende un viaje por América del Sur. Quizás se dejará tentar por una carrera literaria o periodística. Cuando regresa a su país, la guerra está próxima. La tensión entre Estados Unidos y Japón no deja de crecer en 1941. Desde hace un año, el ejército de Estados Unidos aumenta sus efectivos con el servicio militar y los enrolamientos voluntarios. John se presenta candidato para el ejército del aire; luego, para el de tierra. Le contestan que la herida de su espalda, consecuencia de un partido de fútbol, le hace inútil para el servicio.

Entonces decide seguir unos cursillos de reeducación para reforzar sus músculos dorsales. La marina le admite en sus filas en septiembre de 1941. El subteniente Kennedy sirve en las oficinas de información; prepara, para el jefe del Estado Mayor, el resumen de las noticias. Algunos meses más tarde Estados Unidos está en guerra. Pelear con los japoneses desde detrás de un escritorio... Kennedy moviliza las relaciones de su padre para obtener su traslado. Pero tiene que esperar un año antes de verse incorporado en una unidad de combate. A finales de 1942 ingresa en la escuela de patrulleros. Allí aprende todos los secretos de las maniobras de estos navíos rápidos y frágiles. Los *Patrol Torpedo Boats* tienen unos 24 metros de largo, tres motores y cuatro torpedos. Su misión consiste en acercarse al adversario lo más posible, digamos que a unos 450 metros, para a continuación disparar los torpedos y huir. Este trabajo le gusta a Kennedy. Es el único dueño a bordo y puede utilizar los conocimientos que ha acumulado a lo largo de sus paseos por el mar, navegando por Hyannis Port. Hace grandes progresos. Sus superiores le estiman, tanto por su buena voluntad como por su conciencia profesional.

Un héroe herido y enfermo

Acabado el periodo de instrucción, se entera de que irá destinado a la zona del canal de Panamá. ¡Lejos de los combates! Solicita y obtiene partir para el Pacífico, a las islas Salomón, a 2.000 kilómetros al este de Nueva Guinea. El cuartel general de los *PT Boats* se halla en la isla de Rendova. El 25 de abril de 1943, Kennedy toma el mando del PT 109. Tiene bajo sus órdenes a otros dos oficiales y a una dotación de diez hombres. Las misiones comienzan. En la noche del 1 de agosto, el PT 109 es lanzado contra los japoneses que proceden al transporte de tropas y de material de una isla a otra. Hay bruma, pero no radar. Se navega por aproximación. Kennedy se halla en el timón. A las dos y media, en el estrecho de Blackett, un destructor japonés, el *Amagiri*, navegando a 30 nudos, surge bruscamente en la noche. Es demasiado tarde para emprender cualquier maniobra. La tripulación se ve sorprendida y no acierta, a pesar de las llamadas de Kennedy, a accionar los torpedos. El destructor arremete contra el PT 109 y lo secciona en dos. Una de las partes se va a pique, arrastrando a dos marineros. La otra sigue flotando. El choque ha sido brutal. Kennedy se ha visto proyectado sobre la espalda y la antigua herida se ha abierto de nuevo. Los once hombres, sin embargo, siguen asidos a los restos, no sin daño. Un marinero ha sufrido graves quemaduras y debe a Kennedy el haber salvado la vida. El mismo Kennedy se ha zambullido de nuevo, inmediatamente, para buscar a los otros dos compañeros; sus segundos han desempeñado igualmente el papel de salvadores. Ahora, cuando ya se han rescatado del agua todos los que estaban a punto de ahogarse, es preciso esperar. Algunos estadounidenses pasarán por allí o algún avión sobrevolará este rincón perdido del Pacífico y detectará la presencia de la tripulación. Ilusión. El incendio del PT 109 ha convencido a los observadores estadounidenses y japoneses de que no hay supervivientes. La marina incluso celebra un servicio religioso en memoria de los «desaparecidos». Joseph Kennedy recibirá la noticia de que su hijo figura como desaparecido.

Kennedy y sus compañeros esperan, pues, en vano. Las horas pasan, ha transcurrido más de medio día. Entonces deciden nadar hasta una pequeña isla vecina, con la esperanza de que no esté ocupada por los japoneses. Como dos de los marineros no saben nadar, tienen que agarrarse a un flotador para ser remolcados, recorriendo de esta forma, a pesar de la fatiga y las heridas, cinco kilómetros en cuatro horas. Apenas llega al nuevo refugio, Kennedy vuelve a marchar hasta el Paso de Ferguson, donde espera poder señalar su presencia a un *PT Boat*. En vano. Se mete allí, pero las corrientes le alejan de la isla refugio. Recupera sus fuerzas sobre un islote y sólo al día siguiente puede reunirse con sus compañeros. Según el informe de la marina, «estaba completamente agotado, febril y durmió casi toda la noche». Pero no se ha acabado. Uno de los oficiales intenta, a su vez, alertar a sus compatriotas. Fracaso. El 4 de agosto los hombres se han comido todos los cocos de la isla. Vuelven al mar para nadar otros cinco kilómetros y alcanzar otra



USIS

Kennedy al mando de un PT Boat, en 1943.

isla. Al día siguiente, por la mañana, Kennedy y otro oficial hacen un reconocimiento. Esta vez descubren un bote, provisiones de origen japonés y un barril de agua. También han visto a unos nativos, que no les han comprendido. Surgen otros indígenas como por milagro. Sobre una corteza de coco, Kennedy graba un mensaje con un cuchillo: «Once supervivientes. Indígena conoce posición y arrecife isla Nauru. Kennedy.» Luego les dice a los indígenas: «Rendova, Rendova.» A la mañana siguiente, los naufragos ven cómo regresan los indígenas, que transmiten el mensaje de un oficial neozelandés. Se fija una cita. Esta vez el desplazamiento se hace mediante botes. Siete días después de la destrucción del PT 109, la tripulación ha regresado a su base y recibe, como cabe suponer, una acogida triunfal. Dos de las medallas más prestigiosas de los ejércitos americanos recompensan el valor de Kennedy, la *Navy and Marine Corps Medal* [Medalla del Cuerpo de la Armada y la Marina] y la *Purple Heart* [Corazón de Púrpura], con la siguiente mención: «Su valor, su resistencia, sus dotes de mando permitieron salvar varias vidas y estuvieron en la línea de las más altas tradiciones de la Marina de Estados Unidos.»

Este episodio ha sido objeto de numerosos relatos. El primero de ellos fue escrito por un periodista de *Time-Life*, John Hersey, que se había casado con la amiga de una hermana de Kennedy. Más tarde, un novelista lo convirtió en libro y un cineasta en filme. Pero no debería-

mos tratar el episodio como una más de las historias de guerra. De buenas a primeras, es extraordinario, en el sentido etimológico de la palabra, y en tal sentido merecería ya un análisis en profundidad. Es, además, un pilar de la leyenda que siempre ha rodeado a John Kennedy. Lo que comporta tres consecuencias decisivas desde muchos puntos de vista. Kennedy ha sido un verdadero héroe; todo lo muestra y lo demuestra. Ningún historiador ha puesto en duda, hasta el momento, la realidad de sus hazañas. Que él hiciera lo que otros habrían hecho o hicieron también no quita nada a sus méritos. El heroísmo es a menudo fruto del azar. Descansa, además, sobre cualidades del corazón y de la solidez del carácter. Pero este heroísmo ha costado caro. Como se trata del hijo del antiguo embajador en Londres y de alguien que goza por sí mismo de cierta popularidad, el relato de sus hazañas figura en los grandes periódicos de 1943. Y, sin embargo, lo que le espera es un auténtico calvario. Su herida en la espalda le ocasiona intolerables sufrimientos. Los trastornos que sufre su columna vertebral no cesan de agravarse. En 1954 deberá someterse a una intervención que le pondrá a las puertas de la muerte. Además, enferma de malaria, lo que se suma a las hepatitis de la que había sido víctima antes de 1939. Bob Kennedy tuvo una frase afortunada cuando dijo de su hermano que el mosquito que le picara no llegaría a sobrevivir. John había sido, desde siempre, más bien delgado. Su madre se esforzaba, nos dice, en darle un poco más de comida que a sus hermanos y hermanas. Bajo el uniforme, da la impresión de flotar dentro de sus vestidos, como si estuviera descarnado. Cuando regresa a Estados Unidos, este delgado joven ha enflaquecido aún más. Mide 1,80 metros y sólo pesa 57 kilogramos. Ha perdido once. Ha sido hospitalizado en un centro de la marina del Pacífico; luego, en Boston. Pasa su convalecencia en Hyannis Port y en Palm Beach, pero necesita casi un año para recuperar la salud. Kennedy ha visto la muerte de cerca. «El incidente de las Salomón —escribe Arthur M. Schlesinger— afecta a dos de las preocupaciones más profundas de Kennedy: el valor y la muerte. Detestaba hablar de ello en abstracto, pero fueron, sin discusión, los temas permanentes de su vida.» Nadie podrá discutir que aquel hombre tuvo, a partir de 1943, una visión diferente del mundo, un sentido de lo trágico que su dorada juventud no le había permitido adquirir y que sigue siendo el triste privilegio de aquellos que han vivido dramáticamente.

La muerte del primogénito

Hay un segundo punto que reclama nuestra atención. La tragedia de la familia Kennedy comienza durante la guerra. Ciertamente, la aventura de John tuvo un buen final. No así la del hermano mayor. En 1940 Joseph Kennedy, Jr., ha entrado en la vida política. También él gozaba de una instrucción y una experiencia que le permitían una clara comprensión de la situación de Europa y de América. Y su padre mantenía grandes esperanzas respecto a él. Joe sale elegido en la convención na-

cional del Partido Demócrata en el seno de la delegación de Massachusetts. Se opone, y mantiene su oposición a lo largo de los debates, a un tercer mandato de Roosevelt. Además, desaprueba la política exterior del presidente y no quiere que el precedente que limita a ocho años el ejercicio de la función presidencial sea quebrantado. Apoya a James Farley. En 1941 se enrola en la marina y sirve en el Departamento Aeronaval. En septiembre de 1943 su escuadrilla está estacionada en Inglaterra y, en el transcurso del invierno, emprende numerosas misiones de bombardeo por Europa. En 1944 podría incluso obtener la repatriación, ya que ha combatido suficientemente en el extranjero. De hecho, ansía participar en el desembarco. En junio y julio vuela muy a menudo por encima de los campos de batalla. En agosto es el encargado de una misión peligrosa. Al mando de un bombardero, el *Liberator*, cargado con diez toneladas de bombas, tiene que saltar en paracaídas en el momento en que el bombardero comienza a ser teledirigido por unos aparatos que figuran a bordo. El *Liberator*, entonces, se lanzará en picado sobre una rampa de lanzamiento de las V 2 en Normandía. El 12 de agosto, después de un despegue perfecto y de un vuelo sin incidentes, el bombardero estalla en pleno vuelo a las 18.20. Se ignora el porqué. Los dos pilotos mueren.

Para la familia Kennedy, la muerte de Joe fue un golpe brutal. Rose Kennedy ha narrado con pudor y discreción cómo fue tomada en Hyannis Port la desaparición del primogénito. Dos sacerdotes acudieron a visitar a los padres y les dieron la noticia. Contrariamente a lo ocurrido un año antes, esta vez no había duda posible. Era una certeza. «Joe [el padre] salió a la terraza y anunció la noticia a los niños. Quedaron abrumados. Les dijo que se mostraran valerosos: era lo que su hermano hubiese esperado de ellos. Les recomendó que participaran en la carrera que tenían prevista para este día y la mayoría le obedecieron. Jack, no. Estuvo andando durante mucho tiempo por la playa, delante de la casa.» De hecho, las relaciones entre los dos hermanos no habían sido demasiado fáciles. Joe era un muchacho vigoroso, seguro de sí mismo, brutal a veces. Se preocupaba de los más jóvenes, les enseñaba lo que sabía, pero no dudaba a la hora de imponerles su voluntad por medios violentos. Las peleas entre Joe y John eran sonadas en el hogar e impresionaban a los demás. Sin embargo, Joe sabía hacerse querer y los contactos entre él y el hermano menor se habían estrechado mucho con el tiempo. Habían seguido los mismos lances universitarios, casi el mismo camino. Desde luego, John sintió duramente su pérdida. El recuerdo del desaparecido fue perpetuado por un destructor, bautizado con su nombre en 1946, por una fundación creada por la familia Kennedy para niños mentalmente retrasados y, finalmente, por un libro, del que se editaron muy pocos ejemplares, escrito por los padres, los hermanos y las hermanas.

Por otra parte, éste no fue el único drama. En septiembre de 1944, Billy Hartington halló la muerte en el frente belga. Kathleen, viuda tan sólo algunos meses después de la boda, se refugió primero en EE UU; luego volvió a vivir en Inglaterra. Pereció en 1948, en un accidente de

aviación, por encima de los Alpes, cuando acudía a Cannes para reunirse con sus padres.

Los Kennedy son hombres públicos. Su vida privada no existe o existe apenas. Por ello, el heroísmo de John, más que la muerte de Joe, ha sido sabiamente explotado. El relato de John Hersey ha sido difundido a través de miles de ejemplares, especialmente en el curso de las campañas electorales. Cada uno de los artículos biográficos sobre Kennedy comporta una referencia, más o menos desarrollada, a los acontecimientos de las islas Salomón. Cabe preguntarse si John Kennedy ha querido semejante explotación política de una gesta de guerra. Schlesinger pretende que no. Recuerda que el presidente desanimó con viveza a Robert Donovan a la hora de filmar una película sobre el tema. Tiene poco interés, habría dicho. Interrogado en la televisión por Edward Murrrow, a propósito de sus hazañas, respondería: «Es una experiencia interesante.» ¡Qué bello *understatement!*³ Pero Kennedy no ignoraba que el episodio servía, tanto como la humildad, para realzar su imagen. Contrariamente a Eisenhower, no ha sido el comandante en jefe que dirige de lejos los combates sin participar en ellos. Contrariamente a Roosevelt, no se hallaba en el gobierno durante el conflicto, ni era secretario adjunto de la marina, ni presidente *a fortiori*. Contrariamente a Nixon, ha visto el fuego y ha sufrido una experiencia trágica. A su manera, Kennedy encarna al estadounidense medio, aquel que lucha en el Pacífico, al igual que aquel que lo hace en Europa. Encarna igualmente al estadounidense joven que ha vivido, como todos aquellos que pertenecen a la misma generación, la Guerra Mundial en primera línea. Encarna, finalmente, al estadounidense herido en su cuerpo y en su corazón que ha dejado un poco de su salud y de su vigor en la batalla. Por tanto, sabe de lo que habla cuando denuncia la barbarie y la inutilidad de la guerra. Su aventura, en consecuencia, es algo más que la de un combatiente ordinario. Le convierte en un héroe, tanto en la realidad como en el cine. El *New York Herald Tribune* ha observado atinadamente que fue el único presidente de los Estados Unidos «descrito como un héroe de película durante el ejercicio de sus funciones».

¿Hay algún inconveniente en sacar provecho político de un acto bélico? Que cada uno juzgue si en la vida política es preciso echar mano o no de todas las bazas de que se dispone.

3. El aprendizaje de un político

Representante de Boston durante seis años, senador de Massachusetts durante ocho años... Cuando John F. Kennedy accede a la presidencia de los Estados Unidos, a los cuarenta y tres años, es el más joven de todos los que han sido elegidos para tan altas funciones. Y, sin embargo, su carrera política ya es larga; su aprendizaje político, sólido y variado. Se inició en los engranajes del Congreso, en los grandes problemas de la política interior y de las relaciones internacionales, en las sutilezas o, mejor aún, en las astucias de las campañas electorales. Estos catorce años que, a pesar de todo, resultan difíciles de reconstruir en sus detalles y, más aún, de ser interpretados, son, sin duda, esenciales en la formación del hombre público. También en el curso de este periodo, se forma la imagen que él se esfuerza en dar de sí mismo a la opinión pública de su país.

La elección de una carrera política

¿Por qué John Kennedy ha elegido la política? En 1945, apenas restablecido de sus heridas, viviendo en la abundancia, habría podido dejarse tentar por los negocios. A decir verdad, ni el comercio, ni la industria, ni la banca le interesaban. Contrariamente a su padre, no posee ningún don para estas actividades. Puede que tampoco le estimularan quienes le rodeaban. Por el contrario, el periodismo le seduce. William R. Hearst, un amigo de la familia, le hace entrar en su imperio. Y Kennedy, que no tiene ningún oficio ni ninguna formación profesional, se convierte en reportero. Da cuenta de la conferencia de San Francisco, que pone en marcha la Organización de las Naciones Unidas, y luego de la conferencia de Potsdam. Sus «papeles» aparecen en el *New York Journal American* y en otras hojas del mismo grupo. También es corresponsal del *International News Service*. El trato con los hombres políticos le resulta habitual desde hace tiempo; la reflexión sobre cuestiones de su tiempo, familiar desde que su padre le ha iniciado en América y en Europa. Todo permite creer que Kennedy habría triunfado en el periodismo. Pero, si es así, ¿por qué presentarse en una elección legislativa? Caben dos interpretaciones. La primera es novelística y romántica a la vez. Joseph F. Kennedy ha hecho en 1957 una declaración que muchos han tomado al pie de la letra: «Yo fui quien metí a Jack en la política. Le dije que Joe había muerto y que, en consecuencia, era res-

ponsabilidad suya presentarse al Congreso. El no quería. Tenía la sensación de que no estaba capacitado para ello, sensación que todavía le dura. Pero le dije que era su deber.» Y, dos años más tarde, el propio John Kennedy pronuncia estas palabras, que se citan constantemente: «De la misma forma que acudo a la política porque Joe murió, sea lo que fuere lo que mañana pudiera ocurrirme, Bobby se presentaría en mi lugar en el Senado. Y si Bobby muriera, nuestro hermano pequeño se ocuparía de este asunto a su vez.» Esta interpretación da un tinte trágico a la historia de los Kennedy y les confiere una especie de derecho hereditario en la actividad política. La segunda explicación parece más realista.

En 1945 uno de los escaños de representante de Boston en el Congreso federal tenía que quedar vacante en fecha próxima. Correspondía a la undécima circunscripción y comprendía East Boston —el antiguo feudo de Patrick J. Kennedy—, North End y West End —dos barrios en los que «Honey Fitz» era muy conocido—, y el arrabal de Cambridge, en el que se halla la Universidad Harvard. ¡Curiosa mezcla! El electorado está formado por miserables obreros que trabajan, sobre todo, en el puerto, y por intelectuales, industriales y algunas viejas familias. Esta circunscripción reagrupa, en su disparidad, irlandeses, italianos en número creciente, inmigrantes de orígenes diversos, «viejos americanos» y, de hecho, muchos católicos. Es cierto que Joe se había iniciado en la política en 1940 y, sin duda, se habría presentado inmediatamente después de acabada la guerra. El virus está en la sangre de cada uno de los miembros de la familia; la sucesión de los acontecimientos lo ha demostrado ampliamente. John Kennedy decide, naturalmente, probar fortuna, no precisamente para ocupar, a trancas y barrancas, el lugar del primogénito, sino porque la aventura le atrae y se considera capaz de triunfar, a pesar de las dificultades. Es inútil, por otra parte, buscar en sus motivaciones una referencia a la ideología. Lleva la etiqueta demócrata, tal como conviene al nieto de unos inmigrantes irlandeses y candidato de la undécima circunscripción de Boston. No es uno de estos militantes que un buen día deciden llevar a cabo los programas que defienden. Rose Kennedy explica que un poco antes del día del escrutinio su hijo se dio cuenta de que no estaba inscrito como demócrata en las listas electorales. Corrió a llenar esta laguna con el fin de que su campaña, ya en marcha, pudiera desarrollarse conforme a la ley. Sin duda ansiaba obtener una sociedad más humana y más justa, pero evidentemente no sabía aún cómo lograrlo. Su enrolamiento en la vida política es el de un aprendiz que intenta convertirse en profesional.

La campaña electoral de 1946

El candidato se enfrenta con dificultades. Dispone también de bazas incuestionables. Posee un nombre. Los Kennedy y los Fitzgerald son, en Boston, personalidades conocidas. El abuelo materno, vivo y muy vivo, le prodiga consejos y dirige una campaña discreta y eficaz.

Dinero no falta. Es importante, sin ser decisivo. Además, el joven está preparado para desplegar un ardor infatigable. Le hace falta, en primer lugar, obtener la investidura del Partido Demócrata en el curso de las elecciones primarias; en segundo lugar, batir al candidato republicano. En esta circunscripción esencialmente demócrata, la primera de dichas tareas es más ardua que la segunda. Además, Kennedy se enfrenta con nueve adversarios en las primarias. ¿Cómo situarse en cabeza? Reúne a su alrededor a los amigos, antiguos camaradas de la marina, de Harvard o de Choate. Lem Billings, el discípulo de los años treinta, es un republicano de Pennsylvania. ¡Poco importa! Acudirá para aportar su concurso. Timoty Reardon es un amigo de Joe y ha conservado una indefectible ternura hacia la familia Kennedy. También él se presenta a la llamada. Francis X. Morrissey se ocupa de obras católicas en Boston. Abandona su oficina para participar en la campaña. Paul «Red» Fay, un viejo camarada del PT 109, acude a prestar su ayuda. Torbert McDonald, que compartía la habitación con John Kennedy en tiempos de Harvard, no se hace rogar. Kennedy descubre un personaje que le seguirá hasta Dallas, Dave Powers, un irlandés parlanchín, bromista, formidable organizador. En 1946, Powers acaba de colgar el uniforme y vive gracias al subsidio de desempleo que el gobierno concede a los antiguos GI.⁴ El 21 de enero llaman a su puerta. Ve entrar a un hombre joven, delgado, con aires de muchacho, la tez pálida, tímido. Kennedy le pregunta si quiere ayudarlo y le proporciona los consejos necesarios. Powers se muestra escéptico respecto a las posibilidades de este candidato. Sin embargo, se deja convencer y decide unirse al equipo. La mafia irlandesa se organiza. Está compuesta por hombres que tienen una innata inclinación por las cosas de la política, que gustan de reír, pero que no se avergüenzan de llorar; que poseen el espíritu de la camaradería y las cualidades indispensables para llevar a buen fin una campaña electoral. Si Kennedy aparenta menor edad de la que tiene, sus colaboradores tampoco cuentan muchos años. El candidato no se lamenta, sino que saca partido del hecho. Y le inspira un eslogan: «La nueva generación presenta un líder». Ya no es la política del abuelito lo que se propone a los electores. Es la generación de la posguerra.

A estos primeros fieles hay que añadir la familia. Todos tienen confiado un papel. Edward, «Teddy», que tiene catorce años, hace los recados. Las hermanas contestan al teléfono, escriben los sobres, animan las reuniones del barrio, llaman a las puertas, interpelan a los transeúntes. Robert cumple veintiún años. Se encarga de coordinar las actividades de los partidarios de su hermano en East Cambridge. El padre se contenta con hacer, casi clandestinamente, algunas llamadas telefónicas a personalidades influyentes. La madre es muy eficaz. Ella lleva, a la vez, el nombre de Kennedy y el de Fitzgerald. Ha sido la mujer del embajador en Londres, y conoce, como tal, innumerables anécdotas que narra con sencillez e infatigablemente. Adora la política, en la que ha estado sumergida desde su infancia. Le encanta animar las reuniones privadas, donde son recibidas docenas de madres de familia. Rose Kennedy narra su vida. Educar nueve hijos no es tarea fácil. Conviene tener fichas pues-

tas al día para cada uno de ellos. Lo que no impide que, una vez que han crecido, se pueda llevar una vida mundana. Ahí tenéis, por ejemplo, al rey Jorge VI... Y las oyentes, encantadas, no se cansan de escuchar. En el curso de la conversación, Rose Kennedy presenta a su hijo, el candidato al escaño de representante. Ha dicho que estuvo a punto de morir en el Pacífico, pero sin insistir en ello. Pero el auditorio sabe que hubo otro hijo que sí murió. En medio de estas mujeres, que también han perdido algún ser querido o han vivido los años de la guerra, ella aparece como una estadounidense media que, no obstante, tiene la suerte de llevar una vida poco corriente.

Kennedy se obstina personalmente. Su triunfo lo debe más a sus propios esfuerzos que a los de quienes le rodean. Desde las 6.30 hasta el final de la velada estrecha manos, se presenta, pronuncia algunas frases con palabra fácil y rápida. Va de piso en piso, de casa en casa para invitar a los electores a que voten y a que le elijan a él. En compensación, les asegura que, en caso de victoria, les defenderá infatigablemente. La entrada de las factorías y de las dársenas, los salones de billar, las tiendas de comestibles, los cafés, las reuniones de antiguos combatientes, de caballeros de Pitias o de Colón, son lugares a tener muy en cuenta. Tampoco hay que desdeñar los barrios de la circunscripción. Cuanto más conozcan al candidato, más le concederán sus votos los electores. Rose Kennedy tiene entonces una idea genial. Recuerda las recepciones que daba en Londres con motivo del Día de la Independencia. Propone recibir en un gran hotel de Cambridge a todos aquellos que deseen encontrarse con John y su familia. La elección de Cambridge es acertada, ya que se trata del feudo más peligroso de los adversarios de Kennedy. Mil quinientas personas acuden al hotel Commander. La señora Kennedy y su hija Eunice son las que reciben. Hay apretones de manos, sonrisas, cruce de palabras. John hace lo posible para resultar encantador con todos y con todas. Y es un éxito. En 1952, la técnica será perfeccionada.

Contactos humanos, sí; debate de ideas, no. Se trata de una elección primaria que, en los Estados Unidos, opone candidatos del mismo partido. Se han inclinado por las mismas opciones fundamentales. Son partidarios del New Deal, sin compartir los excesos planificadores de algunos miembros del equipo Roosevelt. Aceptan la política exterior de Truman que, en 1946, unía a casi todos los estadounidenses. Lo que cuenta son los candidatos, su comportamiento, su personalidad en la medida en que la campaña permite captarla. La batalla se resume en una serie de injurias o de ataques personales. Una candidata, «comandanta» en el cuerpo femenino del ejército, gusta de presentarse en uniforme de gala. Sus palabras son agresivas. Trata a Kennedy de «pobre hijo de papá». En otra ocasión pronuncia en presencia de su rival un discurso en el que le ataca violentamente. Luego, murmura a su oído: «No hagas caso: son cosas de la política.» Para un aprendiz en el tema, la experiencia es enriquecedora.

Parece ser que el día del escrutinio, Kennedy acudió al colegio electoral con su abuelo y luego se fue al cine para ver a Humphrey Bogart

en Casablanca. De hecho, el 42 por ciento de los electores le han votado; el resto de los candidatos tiene que repartirse el 58 por ciento de los sufragios. ¡Excelente resultado para alguien que comienza! Y, como estaba previsto, las elecciones generales de noviembre confirman su victoria. El candidato republicano obtiene 26.007 votos; Kennedy, 69.093. Helo aquí, representante en el Congreso federal a los veintinueve años. Es un destino poco común. Su influencia sobre la circunscripción, por otra parte, no hace más que acentuarse. En 1948 sale reelegido con 106.366 votos. No se había presentado ningún candidato en contra. En 1950, teniendo como rival al republicano Vincent J. Celeste, católico también, reúne 87.699. En lo sucesivo, Kennedy ocupa lo que, en el vocabulario político de Estados Unidos, se llama una circunscripción segura, una de aquellas en las que el saliente siempre resulta elegido de nuevo, a no ser que se produzca una sorpresa o una brutal conmoción política.

Kennedy en la Cámara de representantes

Cuando entra en el Congreso, los republicanos detentan la mayoría y obstaculizan constantemente la política del presidente Truman. Los nuevos *congressmen* pertenecientes al Partido Demócrata no son muy numerosos. En este sentido, Kennedy se beneficia de una situación favorable. Se le nombra para la comisión de la educación y del trabajo. En 1949 participa destacadamente en las actividades de la comisión sobre las relaciones entre el mundo del trabajo y la patronal. Nada sorprendente, si recordamos las características de su circunscripción. Tampoco sorprende que el joven legislador se vea oscurecido. Interviene, sobre todo, en asuntos que preocupan a sus electores; por ejemplo, la posición de los sindicatos, la situación de las escuelas privadas y el problema del alojamiento. La vivienda constituye, por aquel entonces, una preocupación primordial, ya que durante la guerra se ha construido poco. Haría falta acelerar el ritmo de las construcciones. Un republicano y dos demócratas presentan un proyecto. Kennedy es partidario del mismo. Por contra, los intereses inmobiliarios se oponen y, para defenderse mejor, apelan a la ayuda de las asociaciones de antiguos combatientes. La Legión Americana dirige la campaña contra el proyecto de ley y se opone a la Asociación de Antiguos Combatientes de las guerras exteriores. La Legión Americana consigue, en 1947, que la discusión sea diferida. Al año siguiente, Kennedy toma la palabra en distintas ocasiones y reclama la atribución de fondos federales que permitan la desaparición de las chabolas y la construcción de viviendas. Su impaciencia va en aumento. Como a cada paso tropieza con la Legión Americana, pronuncia en plena Cámara una declaración que causa mucho ruido: «La dirección de la Legión Americana —dice— no ha tenido ni una sola idea constructiva, de la que este país haya podido beneficiarse, desde 1918.» Semejante andanada en 1949 contra tal organización, que ha adquirido las dimensiones de una institución estadounidense, provoca un instante

de estupor. Cuando regresa a su despacho, Kennedy le confía a Reardon: «Y bien, Ted: nos hemos jorobado.» De hecho, el fin del joven representante no ha llegado aún ya que una gran parte de la opinión le sostiene y le manifiesta su simpatía. Incluso el Congreso acaba por adoptar una ley favorable a la construcción de viviendas. Primera victoria.

Kennedy es menos afortunado en el campo de la legislación sindical. En reacción contra los logros del New Deal, los conservadores presentan una proposición de ley que tiende a limitar la libertad y las actividades de los sindicatos. El senador Taft y el representante Hartley son sus principales autores. Es una revisión de la ley Wagner de 1935, con el fin de suprimir «la tiranía despótica» de las organizaciones obreras. Kennedy se muestra hostil, a pesar de desear una modificación de la ley Wagner. Desearía una solución intermedia que pusiera un límite al egoísmo de la patronal, al igual que al de los sindicatos. Desgraciadamente para él y para los defensores de las libertades sindicales, son pocos los representantes que se inclinan hacia la moderación. Kennedy vota contra el proyecto Taft-Hartley que, a pesar de todo, se aprueba. El presidente Truman opone su veto, pero el Congreso hace caso omiso. Diez años más tarde, este voto convierte a Kennedy en un defensor del mundo del trabajo, si bien fue decidido por razones diferentes de las que los sindicatos a menudo se han imaginado.

La posición de Kennedy es importante en una tercera circunstancia. En el seno de la comisión de educación, Kennedy se entera de los proyectos de ayuda federal a las escuelas. ¿Debe extenderse a las escuelas privadas, incluidas las católicas? Kennedy lo desea, al igual que sus electores, especialmente por lo que se refiere al transporte de los alumnos y las visitas médicas. La comisión plantea el debate e invita a un miembro eminente de la masonería para que dé su testimonio sobre el proyecto. Kennedy participa en la discusión. ¿Los católicos dependen completamente de las decisiones de su Iglesia? Sí, contesta el masón. No del todo replica Kennedy; no son súbditos del papa. Surgen las citas, tanto del derecho canónico como de Benedicto XV. Finalmente, Kennedy hace una declaración reveladora y decisiva: «En Boston tenemos un viejo dicho, según el cual aprendemos en Roma nuestra religión y en nuestro país la política. Este es el sentimiento de la mayoría de los católicos.» A decir verdad, la querrela no se ha limitado a las salas acolchadas del Congreso. El cardenal Spellman y Eleanor Roosevelt se han enfrentado en nombre de la defensa de los derechos individuales y de la separación de la Iglesia y el Estado. Kennedy elige entonces el momento para presentar a la comisión un proyecto de ayuda global que abarcaría los transportes, los servicios médicos, la compra de manuales, etc. Todas las escuelas privadas se beneficiarían. El proyecto es rechazado. En 1950, nueva tentativa, esta vez con disposiciones más ligeras, pero nuevo fracaso. Derrotado en el Congreso, Kennedy recibe las felicitaciones del arzobispo de Boston, que escribe en su diario: «Este joven de madura inteligencia se ha batido valientemente defendiendo los intereses de muchos ciudadanos que no pedían otra cosa que su justa parte».

¿Cabe extraer, de estos tres ejemplos, que el representante Kennedy sea un liberal o un conservador? La clasificación es tanto más difícil cuanto que los criterios que se aplican a la vida política estadounidense difieren de los nuestros. Mejor es preguntarse si Kennedy apoya, con sus votos, la política de Fair Deal del presidente Truman, consistente en una especie de liberalismo. No hay duda alguna de que en cuanto a la ley Taft-Hartley, Kennedy reacciona como liberal. Para la ayuda a las escuelas privadas, sólo una consideración priva por encima de las demás: satisfacer a la clientela electoral de la undécima circunscripción de Boston. En cuanto a la política económica del presidente Truman, Kennedy no la sostiene incondicionalmente. Preferiría hacer economías, llevar a cabo una gestión más ortodoxa: en general, menos poder para el jefe del Ejecutivo. En nombre de estos principios, no duda en rechazar en 1949 el aumento de las pensiones de los antiguos combatientes. Al año siguiente, vota en favor de su disminución. Descubrimos también que se esfuerza en reducir los créditos que afectan a los distintos departamentos del Ejecutivo. Sigue en esto las recomendaciones de la comisión Hoover, en la que su padre ocupa un escaño. Aprueba, en fin, la 22.^a enmienda de la Constitución, que limita a dos mandatos de cuatro años el ejercicio de las funciones presidenciales. Se trata, por parte de los republicanos y de los conservadores en general, de desaprobare retroactivamente al presidente Roosevelt.

Queda la política extranjera. Apasionado por los asuntos internacionales, Kennedy no pierde ocasión de viajar. En 1950-1951 visita Italia, Extremo Oriente, Israel, España, Suecia, Yugoslavia. No es aislacionista, como lo fue —y sigue siéndolo, a pesar de todo— Joseph P. Kennedy. Aprueba el préstamo a Gran Bretaña en 1946, la ayuda a Grecia y a Turquía en 1947, el Plan Marshall, así como, en 1949, el Punto Cuatro. El 23 de enero de 1949, sin embargo, pronuncia un discurso hostil a la política americana en China. «La responsabilidad del fracaso de nuestra política exterior hay que atribuirlo enteramente a la Casa Blanca y al Departamento de Estado —declara.— La continua insistencia en que no proseguiríamos con nuestra ayuda si no se hubiese formado un gobierno de coalición con los comunistas ha sido un golpe decisivo asediado al gobierno de la China nacionalista. Nuestros diplomáticos y sus consejeros, los Lattimore y los Fairbanks, se han preocupado tanto de la imperfección del sistema democrático en China, tras veinte años de guerra, y de relatos de corrupción en elevado grado, que han perdido de vista el enorme envite que para nosotros significa una “China no comunista”. [...] En estos momentos la Cámara tiene que asumir la responsabilidad de impedir que la marea ascendente del comunismo acabe por cubrir toda Asia». Kennedy no se contenta con criticar la política oficial. El tono que emplea está muy cerca del que utilizará, desde 1950, un senador de Wisconsin, Joseph McCarthy. Por otra parte, tuvo ocasión de lamentar en más de una ocasión el haber pronunciado este discurso en la Cámara.

En resumen, Kennedy comienza a ser conocido por el público. Su notoriedad traspasa poco a poco los límites de Boston y, por lo tanto,

de Massachusetts. En 1951 no puede considerársele como un liberal al ciento por ciento. El mismo lo admite sin vacilaciones. Pero sus votos satisfacen a los liberales en un ochenta o noventa por ciento de los casos. Allí donde su liberalismo deja mucho que desear es en la defensa de las libertades públicas. ¿Será más bien inclasificable? No se liga jamás a la presidencia ni a su propio partido. Está, a la vez, cerca y lejos de las ideas de su padre. Sin duda expresa, ante todo, la opinión de sus electores. Defiende la adopción de medidas concretas para aliviar las miserias más profundas, al mismo tiempo que evita los gastos excesivos. Como muchos estadounidenses, es básicamente hostil al comunismo. Ni doctrinario ni ideólogo, Kennedy, durante estos seis años, se ha informado. Su seguridad se acrecienta. A medida que el tiempo pasa, se convierte en un *congressman* experimentado. No guía el movimiento general de la opinión; por el momento, se contenta con seguirlo.

Una campaña moderna para entrar en el Senado

A los treinta y cinco años, John Kennedy no se siente satisfecho con sus funciones de representante. Tiene otras ambiciones. Ocurre que, en el sistema de gobierno estadounidense, el puesto de senador es más codiciado que el de representante. El primero es elegido por todo el Estado; el segundo, por una circunscripción más o menos amplia. Uno forma parte de una asamblea de 100 miembros (96 en aquella época, ya que ni Alaska ni Hawai tenían aún la categoría de Estados); el otro, de una asamblea de 435 miembros. Las funciones más importantes, especialmente en política extranjera, están confiadas al Senado. En una palabra, para el representante de Boston ha llegado el momento del cambio, por no decir de la aventura, ya que lo que elige no está desprovisto de riesgos. Católico, irlandés de origen y antiguo estudiante de Harvard, ha sido hasta el momento portavoz de Cambridge y de una parte de Boston. Sus electores se reconocen en él, o bien ven en él la imagen del éxito que han soñado para ellos mismos o para sus hijos. Pero tratándose de todo Massachusetts, los obstáculos no faltan. Kennedy tropieza con las tradiciones del Estado. Entre ellas, el mantenimiento en el poder de los «brahmanes», que con sus desprecios hicieron sufrir a Joseph F. Kennedy, que ahora sueña con vengarse. La familia Kennedy ha logrado demostrar su fuerza conquistando una fortuna. Ahora le queda adquirir el poder político, no solamente sobre la comunidad irlandesa o italiana, sino también sobre los «viejos americanos». Ahora bien, en 1952 la elección es limitada. El gobernador del Estado es un demócrata, ha sido reelegido en 1950 y decide presentarse de nuevo en 1959. Los dos senadores son republicanos. El primero, Leverett Saltonstall, es un amigo de la familia Kennedy. Su mandato no acabará hasta 1954. El segundo se llama Henry Cabot Lodge. Pertenece a una de las familias más prestigiosas de Massachusetts. Su abuelo, que llevaba el mismo nombre y apellidos, le hizo la vida imposible al presidente Wilson y derrotó —recordémoslo— a «Honey Fitz» en las elecciones senatoriales de 1916. En



USIS

Kennedy, candidato al Senado, durante la campaña electoral de 1952.

cuanto al Lodge de 1952, es senador desde 1936, a excepción de los dos años que ha consagrado, como todo americano útil y en edad adecuada, a hacer la guerra. Por otra parte, no se ha contentado sólo con las circunstancias de su nacimiento. Brillante inteligencia, fuerte cultura, sólida experiencia, gran influencia, he aquí algunas de sus cualidades. Un adversario de semejante talla no puede ser batido fácilmente. Tanto menos fácilmente, cuanto que la reputación de Lodge es nacional. Acaba de convencer a Eisenhower para que acepte la investidura del Partido Republicano y se presente a las elecciones presidenciales. Si el general se convierte en presidente —y los augurios así lo apuntan antes de conocerse los resultados del escrutinio—, Lodge ganará en popularidad. El éxito de uno rebotará en el otro. La conciencia de todo ello es tan clara entre los demócratas que nadie intenta disputar a Kennedy el privilegio de enfrentarse con el senador Lodge. Se dan por satisfechos admirando su temeridad.

Kennedy anuncia su decisión en abril de 1952. «Me presento —declara— contra Henry Cabot Lodge, Jr., para el puesto de senador de Massachusetts, en el Senado de Estados Unidos.» Pero no se trata de una decisión precipitada. Kennedy ha tomado sus precauciones. Desde hace varios años, recorre su Estado, sobrepasando muy a menudo los límites de su circunscripción. Por todo Massachusetts se encuentra con

gente, habla con ella, estrecha manos, presta servicios al Congreso. Tres años de trabajo, reconoce más tarde. Cada semana —o casi— deja Washington el jueves por la tarde, coge el avión para Boston y pasa el fin de semana desplazándose de un lugar a otro en automóvil. Acepta toda clase de invitaciones e incluso las solicita. Los clubes femeninos, las asociaciones de antiguos combatientes, las reuniones profesionales, todo sirve a la hora de dirigirse, aunque sea brevemente, a grupos o a multitudes. No habla de asuntos políticos, sino que menciona los problemas locales, las cuestiones de interés particular o también la necesidad, siempre tenida en cuenta, de hacer economías. De los 351 pueblos y ciudades de Massachusetts, ¿cuáles son las que Kennedy no ha visitado? Uno de sus adjuntos pretende, sin que la afirmación parezca exagerada, que Kennedy ha hablado con un millón de personas y ha estrechado 750.000 manos. Su «máquina» electoral ya está constituida incluso antes de que comience la campaña. Miles de voluntarios se han prestado a ayudar a Kennedy por razones políticas o personales. 286 «agentes», a los que Kennedy ha dado el nombre de «secretarios» para no herir la susceptibilidad de los jefes locales del Partido Demócrata, se reparten los puntos estratégicos del Estado. De esta forma, el candidato dispondrá de una organización personal, distinta de la del partido. A su lado, la mafia irlandesa se ha completado con Larry O'Brien y Kenneth O'Donnell. Y para dirigir los esfuerzos de los voluntarios, para coordinarlos con los de los profesionales, ha sido elegido un *campaign manager* de veintiséis años; se llama Robert Kennedy. Su experiencia es mínima. Como máximo, ha participado en las campañas precedentes de su hermano. Pero tiene talento para el mando, sentido de la organización y la voluntad de salir airoso. Nada se deja al azar. Sorprende la seriedad, el «oficio» del candidato y de sus colaboradores.

La influencia del dinero

Como de costumbre, corren ríos de dinero. La legislación de Massachusetts prohíbe las contribuciones superiores a 1.000 dólares. Para sortear la ley, se crean múltiples comités de sostenimiento. «Para el progreso de la industria y de la pesca en Massachusetts», «para el progreso de la industria del calzado», «para el progreso de la industria textil», «para la construcción en Massachusetts», «para Kennedy y un Massachusetts más próspero», entidades todas ellas al servicio de los intereses de Kennedy. Cada miembro de la familia entrega 1.000 dólares a cada uno de estos comités. No basta. Se acude a testaferros. De esta forma se le pueden entregar a John 70.000 dólares, a los que se añaden otros 200.000 provenientes de distintas contribuciones. Con todo este dinero se compran preciosos minutos en la radio y en la televisión, se reproducen millares de ejemplares de un artículo del *Reader's Digest* que narra el episodio del Pacífico, y se distribuyen por los salones de peluquería. Se relatan públicamente los votos de Kennedy en la Cámara de representantes. Las minorías étnicas, las agrupaciones profesionales se

ven inundadas de circulares. Kennedy se ha ocupado de hacer imprimir, para los electores judíos, calendarios que distribuye al acercarse el Nuevo Año israelita, en el mes de septiembre. Todos estos medios de propaganda son eficaces. Los carteles publicitarios, fijados especialmente en los lados de las carreteras, lo son bastantes menos. Kennedy se ha dado cuenta de ello y lo narra con gracia. Cierto día entra en una cantina, junto a la cual un cartel enorme, con su fotografía, lleva inscrito su nombre y el objeto de su candidatura. Le dice de inmediato al patrón: «Soy John Kennedy, candidato al Senado de los Estados Unidos.» El patrón le mira de hito en hito y le pregunta: «John qué?» Y luego: «¿Candidato a qué?»

Este recurso del dinero es de buena lid. Kennedy ha gastado, oficialmente, 368.000 dólares; en realidad, supera, sin duda, el medio millón. Pero Lodge no ha estado falto de recursos. Su tesoro de guerra, si prestamos crédito a sus declaraciones públicas, ha ascendido a 60.000 dólares. Hay que añadir los gastos que el estado mayor de Eisenhower ha otorgado a Massachusetts. Lodge se ha aprovechado de ellos, sin duda, y alcanzan un millón de dólares aproximadamente. Nadie ha creído jamás seriamente que Kennedy ha comprado las elecciones y que Lodge las ha perdido por falta de dinero. Con riesgo de repetirnos, hay que decir una vez más que el dinero no lo explica todo. La mano izquierda cuenta tanto como el dinero, por no decir más. Kennedy, por ejemplo, sabe utilizar las aptitudes de su madre. Se dirige en francés a los franco-canadienses de Massachusetts, tal como lo hacía el propio Lodge. Sin embargo, su arma secreta es el té. Ha organizado 33 reuniones en el curso de las cuales ha invitado a 70.000 personas, sobre todo mujeres. Lo que tan bien llevó a cabo en el hotel Commander de Cambridge, lo repite de nuevo seis años más tarde con el mismo espíritu. Con Eunice a su lado, estrecha manos, charla amistosamente, cuenta anécdotas y presenta a su hijo, el candidato. Este, todo sonrisas, bromea a su vez, seduce, habla un poco de política y se zafa. Cuando las invitadas regresan a sus casas, expresan durante días enteros su satisfacción por haber alternado con los miembros de una familia tan prestigiosa y accesible. Hacen que a su alrededor circule el nombre de Kennedy. Todo cuanto se refiere al candidato les resulta, desde aquel momento, familiar y simpático. Se transforman, sin ni siquiera tener conciencia de ello, en excelentes agentes electorales que sólo ansían convencer a sus maridos, hermanos e hijos. Desde luego, antes de cursar una invitación, el equipo Kennedy las ha seleccionado con sumo cuidado. Es preciso que representen todos los medios sociales. Y dado que el sistema da tan buenos resultados, las hermanas Kennedy organizan, a su vez, ya conjuntamente, ya cada una por su lado, pequeñas recepciones. Participan también en emisiones de televisión, como aquella que ha sido titulada: «El café en casa de los Kennedy.» A veces resulta que no hay ningún Kennedy libre. Lo que explica que una noche Robert Kennedy pronuncie un discurso que es, a la vez, curioso y breve: «Mi hermano Jack no puede venir. Mi madre no puede venir. Mi hermana Eunice no puede venir. Pero si mi hermano Jack estuviera aquí, os diría

que Lodge siempre ha votado equivocadamente en el Senado. Gracias.» Como puede verse, la táctica está perfectamente experimentada y su eficacia no deja lugar a dudas.

Los temas de la campaña son, por el contrario, decepcionantes. Lo que ocurre es que, en el fondo, los dos candidatos presentan más semejanzas que divergencias. En su conjunto, están de acuerdo en cuanto a los problemas interiores e internacionales. Ni uno ni otro desean hablar de la guerra de Corea. Ni uno ni otro desean aludir en los más mínimos al maccarthysmo. No se atreven a hacerlo en tanto que McCarthy no decida, por propia iniciativa, acudir a Massachusetts. Kennedy se vería obligado entonces a tomar partido y no quiere perder electores. Lodge no podía aplaudir a su colega en el Senado sin desdecirse de la opinión que le merecen las palabras y los métodos del senador por Wisconsin. La campaña es lo menos ideológica posible. Los candidatos se contentan con evocar los problemas de interés local, y para seducir al mayor número de electores se insiste sobre las adhesiones étnicas y las afiliaciones políticas. El recurso a la publicidad sustituye la exposición de un programa.

Para muchos, los resultados son sorprendentes. Kennedy obtiene 1.211.984 votos: Lodge, 1.141.247 votos, o sea, un 51,3 por ciento para el primero y un 48,3 por ciento para el segundo; el resto de votos pasó a candidatos menores. Derrotar a Lodge no está al alcance del primero que llegue. Evelyn Lincoln, la nueva secretaria de Kennedy, expresa lo que es el sentimiento general cuando dice que quien ha podido batir a Lodge es capaz de cosas mejores aún en el plano nacional. Los periodistas no paran de solicitar un encuentro con «el vencedor de Lodge». Kennedy no les niega ninguna entrevista; todo lo contrario. No hay duda de que esta victoria constituye para Kennedy un éxito personal. ¿Pruebas? En el transcurso del mismo escrutinio, Eisenhower alcanza la mayoría de votos en Massachusetts, en tanto que Stevenson, el candidato demócrata a la presidencia, tiene que contentarse con el 45,5 por ciento de los sufragios. Un republicano sucede a un demócrata para el cargo de gobernador del Estado. En resumen, si nos atenemos a las tres consultas más importantes, el único demócrata elegido se llama John Kennedy. Desde luego, puede sacarse la conclusión de que ha sido Kennedy, más que el candidato demócrata, quien ha cautivado a los electores. Sin duda, su campaña ha estado mejor orientada que la de Lodge, ha sido más moderna en cierto sentido, gracias a las iniciativas y al concurso de la familia; más dinámica también. Lodge ha cometido el error de preocuparse más por la victoria de Eisenhower que por la propia. Ha desatendido un tanto su Estado adoptando la figura de líder nacional, lo que le ha mantenido cada vez más alejado de las preocupaciones de Massachusetts. Hay otra explicación que merece ser recordada. Lodge es, de hecho, un republicano liberal, como tantos que existen en la costa atlántica. Con semejante título, los republicanos conservadores, muy sensibles a la influencia de McCarthy, no se interesan por él. Al mismo tiempo, le echan en cara ser demasiado internacionalista, muy próximo a las posiciones de los demócratas en el campo de los asuntos exterior-

res. En una palabra, lamentan que Lodge no sea Taft. Estos conservadores se inclinan a votar demócrata, dado que el candidato demócrata les da garantías. John Kennedy se ha mantenido prudente. Pero su padre no permanece inactivo entre bastidores. Tranquiliza a la gente haciendo comprender que su hijo ni siquiera sabría ser un peligroso revolucionario ni tampoco un político complaciente a los ojos de los comunistas o de sus aliados. Persuade a periódicos influyentes, como el *Boston Post*, al que ha ayudado con un «préstamo» de 500.000 dólares y que se ha unido a la candidatura de Kennedy, al igual que un buen número de sus lectores maccarthystas. Esta aportación de votos conservadores resulta decisiva, ya que le da al candidato demócrata el margen indispensable para la victoria. A partir de entonces, poco importa que Kennedy exprese el punto de vista de las minorías étnicas, de los nuevos «brahmanes» frente a los «brahmanes» tradicionales que se sienten más identificados con Lodge. Hay que reconocer que en 1952 el maccarthysmo desempeña un papel más importante que los orígenes nacionales de unos y otros, las tensiones sociales en el interior de Massachusetts, o incluso las consecuencias de la guerra de Corea.

Un joven senador

A partir de ahora, el más brillante porvenir se abre para el nuevo senador. Tiene casi treinta y seis años cuando presta juramento y entra en la Cámara alta. Su fortuna personal le permite ampliar su equipo. Un senador dispone, en efecto, de 37.000 dólares por año para su secretariado. Kennedy gasta bastante más y muy rápidamente. Según James McGregor Burns, que ha tenido acceso a los archivos de Kennedy antes de las elecciones de 1960, los gastos del senador superan en 72.000 dólares la dieta que se le asigna anualmente. Kennedy da un banquete en Miami Beach. Coste: 2.000 dólares. Sosténimiento de la casa de Washington: 19.913 dólares. Gastos de despacho en Washington y Boston: 21.500 dólares. Viajes: 11.000 dólares. Abonos, cotizaciones, donativos: 1.700 dólares. Por Navidad, Kennedy manda millares de cartas. Por supuesto, saca el dinero de su fortuna personal, pero hay cierta confusión con las cuentas paternas, ya que es en Nueva York, en el despacho de Joseph P. Kennedy, donde se regulan las cuentas de la familia y se pagan los impuestos. Sea como fuere, Kennedy agrupa a su alrededor grandes talentos. Un joven abogado de Nebraska, Theodore Sorensen, entra en el equipo. Trabaja como asistente encargado de las relaciones con el Senado; además escribe los discursos, prepara los *dossiers* y a veces, desempeña algunas misiones políticas. Sorensen se convierte, por otra parte, en el «alter ego» del Senador y, más tarde, del presidente, el que conoce sus pensamientos íntimos y sabe expresarlos con una notable fidelidad. Kennedy comienza a orientarse hacia los universitarios de Harvard para obtener de ellos consejos e ideas. En el Senado entra en la comisión de trabajo y asistencia pública. Luego, en la comisión sobre las operaciones del gobierno que preside McCarthy. Des-



de 1953 interviene con tres discursos para recordar y analizar la situación económica de Nueva Inglaterra y trabaja en estrecha colaboración con otro senador de Massachusetts: el republicano Saltonstall. Incluso toma una decisión inesperada en alguien que ha sido elegido por Massachusetts: declara, en efecto, que el canal del San Lorenzo, en lugar de mermar las actividades del puerto de Boston, estimulará las de la región y que, por esta razón, conviene aceptar su construcción.

El matrimonio con Jacqueline Lee Bouvier

Un éxito profesional, sin duda alguna, que se acompaña de un éxito personal. El brillante senador es soltero. Es natural que los semanarios o las revistas mensuales que le consagran un artículo formulen preguntas sobre su vida privada. Pintan el retrato de un hombre de éxito que, por el momento, no quiere comprometerse. En su familia, hermanos y hermanas contraen matrimonio. Robert se ha casado con Ethel en 1950 y su primer hijo nace en 1952. Eunice y Sargent Shriver se unen en 1953. En 1954 será el turno de Pat con Peter Lawford; en 1956, de Jean con Steve Smith; en 1958, de Teddy con Joan. De toda la familia, John Kennedy es el que más tarda en casarse. En 1951 ha conocido a una muchacha, Jacqueline Lee Bouvier, de lejana ascendencia francesa. Trabaja para los periódicos de Washington. Pero pertenece a una familia rica y muy bien considerada en Nueva York. Ha cursado sus estudios en una de las universidades más prestigiosas de Estados Unidos. Los ha terminado en la Sorbona. Habla francés y se muestra muy sensible a todo cuanto viene de Francia. Mientras que el conjunto de hijos e hijas Kennedy llaman a Rose *grandma*, ella prefiere *belle-mère*. Habla también español e italiano, lee poesía, se interesa por la pintura y la escultura. Su elegancia, su belleza, su espíritu seducen a John Kennedy. Pero la campaña electoral es absorbente. Tal como lo cuenta Jacqueline, los encuentros entre ella y John no son nada frecuentes en 1952. De vez en cuando, él la llama por teléfono desde algún bar perdido en el fondo de Massachusetts. A veces, también la invita a Palm Beach o a Hyannis Port. Allí ella se encuentra con otros miembros de la familia, participa prudentemente en sus juegos y, finalmente, tras haber sido víctima de una fractura de tobillo en un partido de fútbol americano, prefiere la equitación, el tenis, la lectura o el paseo. Tras su victoria electoral de noviembre de 1952, John Kennedy se decide. Los esponsales se anuncian a comienzos del verano de 1953 y provocan los desordenados festejos de los que los Kennedy tienen, sin duda, el secreto. El 12 de septiembre celebra la boda el arzobispo de Boston, monseñor Cushing, en presencia de 800 personas. La recepción que sigue reúne a 1.200 invitados y parece que hubo que hacer cola durante una hora, al

◀ John F. Kennedy y Jacqueline Bouvier fotografiados el día de su boda, celebrada el 12 de septiembre de 1953.

menos, para acercarse a los recién casados y felicitarles. Inútil precisar en detalle que los amores románticos de un senador de treinta y seis años suscitan el interés de los periodistas. A decir verdad, Jacqueline es una baza para su marido, aunque no sea esta la razón fundamental de su matrimonio. Ella, con su presencia y sus actividades, hace del senador algo más que un político. Le introduce en el mundo intelectual y artístico. Contribuye a modificar ventajosamente la imagen de un hombre político, confiriéndole nuevas dimensiones.

Sin embargo, este hombre, al que todo parece sonreír, tiene que ingresar en el hospital en octubre de 1954. Desde hace varios meses, cada vez tiene que servirse con más frecuencia de las muletas. Sus colaboradores cuentan que durante la campaña de 1952 escondía las muletas en el fondo de su automóvil y las cogía de nuevo tan pronto estaba seguro de no ser visto por el público. Al parecer, el día de su boda temió no poder volver a levantarse después de haberse arrodillado en la iglesia. En 1954 la espalda le hace sufrir terriblemente. Un corsé no basta para calmarle los dolores. Está afectado por perturbaciones en la columna vertebral. Los médicos declaran que es el resultado de sus heridas de guerra, agravadas, como es sabido, por las secuelas de un accidente deportivo en Harvard. En 1944 le colocaron una placa para mantener sujetas dos vértebras. Diez años más tarde ya no cumple su función. Hay que comenzar de nuevo la operación. A decir verdad, los riesgos son considerables. La intervención quirúrgica puede ser mortal. Kennedy decide hacer caso omiso de los temores. Ya no puede seguir soportando lo que dura desde hace meses. La perspectiva de verse inmobilizado sobre una silla de ruedas durante el resto de su vida o de desplazarse apoyándose en las muletas le horroriza más aún que los azares de la cirugía. El 21 de octubre, al final de una delicada operación, le han fusionado dos vértebras. Comienza una larga convalecencia. En febrero de 1955, los cirujanos consideran que tiene que completarse la operación. Se le administran al senador los últimos sacramentos. Le retiran la placa. Algunos días más tarde, Kennedy parte para Florida, transportado en una camilla hasta el avión. Tumbado de espaldas, durmiendo poco y sufriendo mucho, en una incapacidad casi total para llevar a cabo otras actividades que no sean las de la mente, espera su restablecimiento en el hogar paterno. Y como si la prueba no fuera suficiente, sus glándulas suprarrenales funcionan mal. ¿Se trata de una forma atenuada de la enfermedad de Addison? Algunos lo creen así o hacen como si lo creyeran. Se impone un tratamiento de cortisona y, si se descuida, puede ir acompañado de una hinchazón del rostro, de trastornos psíquicos, renales o hepáticos, de retenciones salivares.

Y, a pesar de todo, Kennedy se recupera. Vemos cómo en mayo de 1955 regresa a Washington. De momento, ya no usa muletas, pero los sufrimientos dorsales persisten. Se calma un poco cuando puede sentarse en un balancín o cuando lleva un corsé ligero. Un médico observa que su pierna izquierda es 1,87 centímetros más corta que su pierna derecha, lo que acentúa las alteraciones del equilibrio. Un calzado ortopédico mejora la posición del cuerpo. Si a ello añadimos que Kennedy su-

fre del estómago, que es posible que tenga una úlcera y que se preocupa enormemente de la composición de sus comidas, que oye mal por un oído y que, en privado, tiene que usar gafas; si recordamos que, según Robert, John Kennedy ha sufrido en silencio al menos un día de cada dos en su vida, ¿cómo no admirar su ritmo de trabajo? Los desplazamientos, las fatigas, la energía poco común que han marcado su vida antes de 1953 retornan en 1955. Más aún, el senador recorre ahora más kilómetros, pronuncia más discursos, estrecha más manos. Esta incesante y agotadora actividad sorprendería en un hombre de salud excelente. En el caso de Kennedy, nos deja estupefactos.

Kennedy frente al maccarthysmo

Su ausencia de Washington ha traído consigo consecuencias ventajosas. Kennedy no estaba presente en el Senado el día en que una mayoría de senadores «censuró» a Joseph McCarthy. Era en diciembre de 1954. Kennedy acababa de ser operado. Por lo tanto, en el momento decisivo no ha tenido que tomar partido. El maccarthysmo es una enfermedad de la guerra fría. Súbitamente, los estadounidenses temen por su seguridad. Se imaginan, con razón o sin ella, que los soviéticos están dispuestos a invadir Europa, desencadenar la III Guerra Mundial y emprender una vasta maniobra de subversión, que viene señalada por el espionaje, la desmoralización del adversario, su debilitamiento político y social. McCarthy ha exacerbado este miedo con sus denuncias, a menudo sin fundamento, con las encuestas televisadas de las comisiones especiales del Senado y mediante la práctica de la sospecha generalizada. Con él, la intolerancia, una forma de terror moral, ha reducido las libertades personales. Se ha beneficiado de la cobardía de muchos. Como tantos otros estadounidenses, John Kennedy no ha adoptado inmediatamente una posición definida. Su padre conocía un poco a McCarthy y lo recibió, al menos una vez, en Hyannis Port. Su hermano Robert ha formado parte como consejero jurídico de la comisión presidida por McCarthy, aunque durante poco tiempo, de marzo a septiembre de 1953. En tal fecha abandonó el puesto, ya que no se llevaba bien con el adjunto del senador y, al año siguiente, ocupa de nuevo las funciones de consejero jurídico, en esta ocasión junto a senadores demócratas de la comisión. El propio John es miembro de la comisión. Sabe que especialmente los católicos son muy hostiles al comunismo y que lo consideran como una empresa diabólica. Los electores de Massachusetts, sobre todo los de Boston, comparten esta opinión. Además, conviene recordar que fueron pocos los senadores que votaron contra la elección de McCarthy para presidir la comisión. Pocos le negaron los créditos necesarios y aún fueron menos los que denunciaron públicamente sus métodos. En el curso de la campaña presidencial de 1952, ni siquiera Eisenhower defendió a su antiguo jefe, el general Marshall, cuando McCarthy le acusó de ser demasiado «blando» con los comunistas. En pocas palabras, no cabía esperar que Kennedy realizara milagros.

Como máximo, cabe lamentar que no defendiera con más vigor las libertades públicas cuando los peculiares métodos de McCarthy las ponían en peligro.

Pero no permaneció completamente inactivo. Votó contra las nominaciones que defendía el senador de Wisconsin y a favor de las nominaciones que McCarthy combatía. En 1954 los dos hombres dejaron de saludarse. A comienzos del verano de 1954, Kennedy ha preparado un discurso para recomendar la «censura» de su colega. Pero, son muchos los senadores que tienen que presentarse ante el electorado y prefieren que el problema del maccarthysmo no sea mencionado en el transcurso de la campaña electoral. Kennedy es de los que votan a favor del aplazamiento del debate hasta el mes de noviembre. Sin embargo, en diciembre, su asistente, Theodore Sorensen, podría haber depositado, en nombre de su jefe, intenciones de voto. Pero no lo hace, ya que, escribe, Kennedy habría votado la «censura», pero su ausencia en el curso del debate le impide tomar partido. A decir verdad, hay otra interpretación, la de Burns, que es más verosímil. Kennedy odia la mentalidad del maccarthysmo, su vulgaridad y su cinismo. Pero no comparte la indignación, virtuosa y tardía, de ciertos liberales que han esperado a 1954 para expresar su opinión. En contraposición, no es hostil al propio McCarthy. Considera que el senador ha sido elegido por el pueblo, que corresponde a sus electores, no a sus colegas, detenerle en su cruzada. Y además, añade: «Maldita la gracia que me hacía insubordinarme contra lo que McCarthy había hecho en 1952 o en 1951, ya que mi hermano había trabajado con él en 1953. He aquí el fondo del problema.»

No hay bastante maccarthysmo, según el *Boston Post*; hay poco antimaccarthysmo, según algunos de sus corresponsales liberales. Kennedy adopta una posición moderada. Condena los excesos de McCarthy que atentan contra la dignidad del Senado, contra los procedimientos legales, contra la cortesía tradicional. Al mismo tiempo recuerda que el maccarthysmo es una responsabilidad colectiva. ¿Cómo negarle la razón sobre este punto? A pesar de todo, cabe preguntarse por qué un senador de su renombre y de su influencia no ha intentado despertar la opinión pública sobre los peligros que el senador de Wisconsin hace correr a América. Lo que sí es cierto es que no ha querido, después de diciembre de 1954, repudiar públicamente a McCarthy. Los liberales se lo han echado en cara. Todavía en 1960, al ser interrogado, dijo: «Si os halláis en el hospital, creo que os preocuparéis por otras cosas antes que por seguir los debates que se desarrollan delante de una comisión.» Algunas semanas más tarde completa la declaración: «He dicho que habría sostenido la “censura”. Lo he repetido en numerosas ocasiones.» Había sido fácil condenar, una vez superada la epidemia, al responsable de la enfermedad. Kennedy, llegado el caso, no quiso hacer demagogia.

Lejos de Washington, Kennedy ha escrito un *best-seller*. La convalencia le parecía interminable. Así pues, ha decidido preparar y redactar su segundo libro. Se pregunta sobre la noción del valor, muy particularmente entre los hombres políticos. Hace que le traigan la documentación, por cajas, desde la Biblioteca del Congreso. Sorensen le ha

ayudado a clasificar los documentos. Y Kennedy ha escrito, de su propia mano, el primer bosquejo del manuscrito, antes de dictar una segunda versión a una dactilógrafa. El título, *Profiles in Courage*, es de difícil traducción, si bien podría interpretarse como «Bosquejos de hombres valerosos». Se trata, en efecto, de los retratos de ocho personalidades, más o menos conocidas, que han dado pruebas, en un momento u otro de su vida, de gran valor político. Cuatro de ellos han vivido antes de la Guerra de Secesión: John Quincy Adams, Daniel Webster, Thomas H. Benton y Sam Houston. Los otros cuatro han desempeñado un papel importante en el siglo XIX (Edmund G. Ross y L. Q. C. Lamar), o en el XX (George Norris y Robert A. Taft). Dos capítulos, uno al comienzo y otro al final de la obra, encierran reflexiones sobre la significación del valor. Más tarde, para corresponder a las peticiones de las editoriales y de los directores de periódicos, Kennedy añadió más retratos.

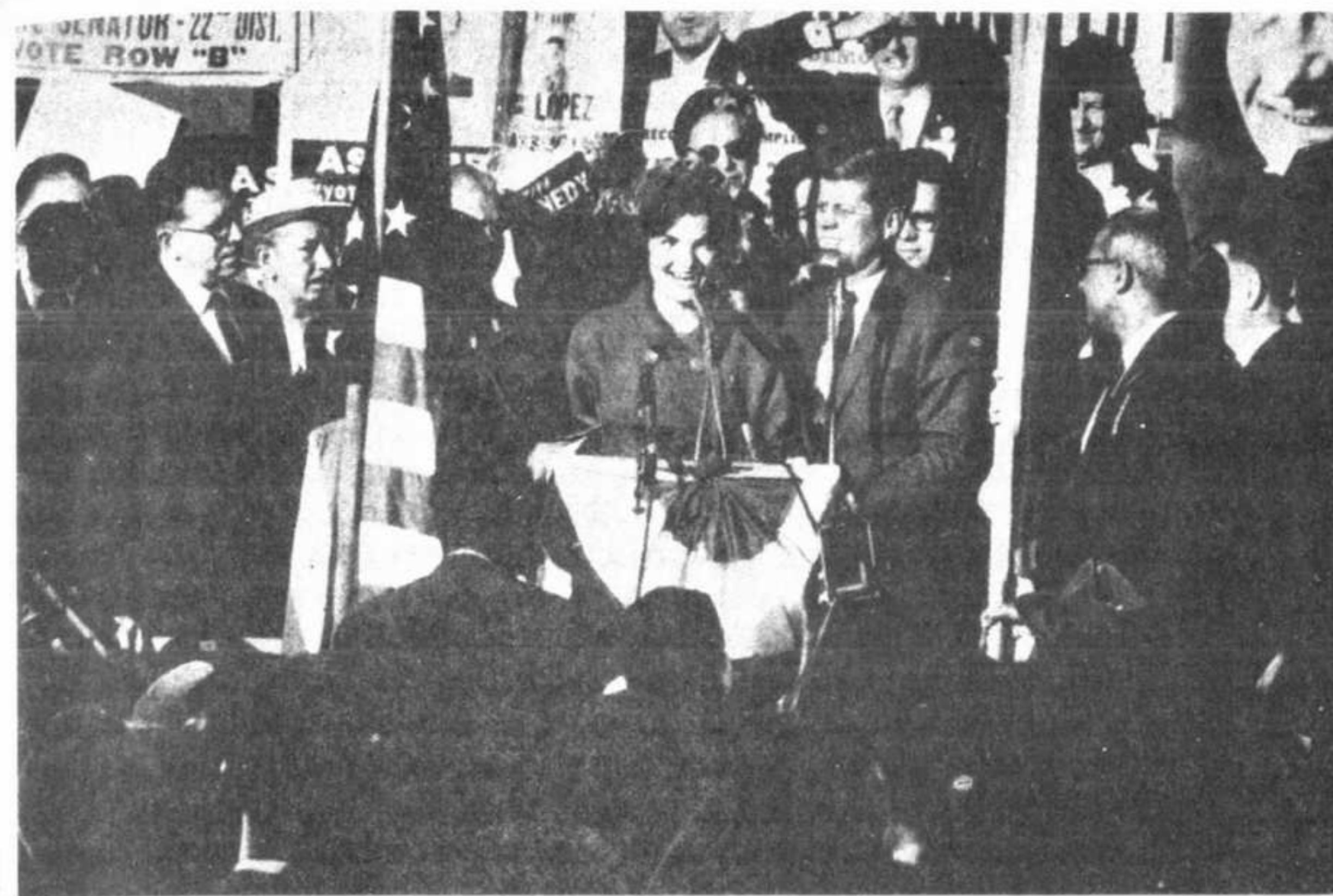
El autor no tiene ideas preconcebidas. Ha elegido demócratas y republicanos, liberales y conservadores. Lo que celebra, por encima de la anécdota significativa, es el justo medio. El hombre político razonable tiene que resistirse a las presiones de los extremos. La democracia que él admira está gobernada por el centro. «La verdadera democracia —escribe— es aquella que vive, crece e inspira, y deposita su fe en el pueblo; la fe de que el pueblo no elegirá, simplemente, hombres que representarán sus puntos de vista con capacidad y fidelidad, sino que también elegirá hombres que ejercerán concienzudamente su capacidad de razonar; la fe de que el pueblo no condena a aquellos que por devoción a los principios tienen que adoptar soluciones impopulares, sino que recompensará el valor, respetará el honor y, en última instancia, reconocerá el derecho.» El compromiso es necesario. El valor consiste a veces en aceptar el compromiso.

Bien escrito, variado en sus temas, el libro se vende bien desde el momento de su aparición. En los tres primeros años se difunden 700.000 ejemplares. Se multiplican las traducciones, aparecen ediciones abreviadas para la juventud. Los periódicos publican reseñas de admiración, como si experimentaran una profunda sorpresa al ver que un senador puede ser también un escritor. El *Christian Science Monitor* refleja la opinión dominante cuando concluye: «Es una espléndida bandera que el senador Kennedy ha izado en su mástil.» En 1957 llega la consagración. Kennedy recibe el premio Pulitzer, y EE UU oye hablar, una vez más, de John Kennedy en términos lisonjeros. Decididamente, no es un político como los demás. Piensa. Es un intelectual, un poco a la manera de Wilson, un mucho a la manera de Theodore Roosevelt, que suma al gusto de la reflexión el de la acción. Los sondeos atestiguan también su creciente popularidad. Y Kennedy se acerca aún más a los universitarios del Massachusetts Institute of Technology (el famoso MIT) y de Harvard. Es cierto que, después de 1956, sus ambiciones han emprendido un nuevo rumbo.

Es evidente que a su regreso de Florida, en mayo de 1955, Kennedy no tiene en absoluto el deseo de permanecer en la sombra. La ener-

gía que no ha utilizado durante los largos meses de convalecencia tiene que mostrarla de inmediato. Primero, en su Estado, asegurándose el control de la «máquina» demócrata. Después, a nivel nacional, ya que el año 1956 habrá elecciones presidenciales. Kennedy piensa desempeñar un papel en ellas. Nadie duda de que el candidato demócrata a la magistratura suprema será, una vez más, Adlai Stevenson. No hay rival que pueda ocupar su sitio ni, menos aún, ejercer su influencia. Se enfrentará, en una pelea-desquite, con el presidente Eisenhower, y los augures estiman que los resultados serán idénticos a los de 1952. ¡Pero quién sabe! Todo lo que Kennedy puede esperar es que el partido le nombre candidato a la vicepresidencia. Quienes le rodean le empujan a tentar la suerte. Sorensen, por ejemplo, está persuadido de que Kennedy posee numerosas bazas, y las enumera: «Es joven, sin ser tan joven como Frank Clement; hoy por hoy está completamente restablecido de su operación en la espina dorsal; el heroísmo del que dió muestras durante la guerra se ha hecho célebre; su mujer es muy bonita; vive en un Estado que le conviene por sus dimensiones, su situación geográfica y sus tendencias políticas; tiene más experiencia en el Congreso que Humphrey, Wagner o Clement; es el autor de un libro de éxito que ha sido muy bien acogido; él mismo es muy conocido y popular; ha dado pruebas de su capacidad de captar votos, a pesar de tener que hacer frente a muchas e importantes desventajas; su filosofía, moderada, se acerca a la de Stevenson; tiene mucho encanto, sobre todo en televisión; mantiene relaciones de amistad con los jefes de partido de todas las regiones; mantiene hábil postura sobre la ley Taft-Hartley y aceptable sobre la cuestión agrícola.» En una palabra, el candidato ideal.

La enumeración de las cualidades, sin embargo, no está completa. Sorensen ha olvidado un argumento que ha elaborado y desarrollado él mismo sin ser, por ello, el autor oficial. Ha sido John Bailey, el presidente del comité demócrata de Connecticut, quien ha firmado este memorándum y lo ha «prestado» discretamente a *Time* y a *U. S. News and World Report*. Existe, afirma el documento, un voto católico. Ciertamente número de católicos, ricos o pobres, ciudadanos o campesinos, obreros o granjeros, hombres o mujeres, votan en tanto que católicos; si la «papeleta» demócrata comprende a un católico conocido, votarán por él sin lugar a dudas. Ahora bien, estos electores incondicionales se agrupan en algunos Estados, en algunas ciudades del Norte. Representan un veinte o un treinta por ciento del censo electoral de catorce Estados, muy poblados, y de ahí su importancia en el seno del colegio de los grandes electores. Estas consideraciones se apoyan sobre obras de ciencia política y sobre el análisis de los resultados de 1952. Kennedy, por ejemplo, ¿no ha obtenido más votos en Massachusetts que el propio Stevenson? Si Stevenson hubiese ido al copo de los votos católicos habría añadido a su cuenta, 49 grandes electores. Además, contrariamente a lo que se cree, un candidato católico no pierde los votos de los protestantes, sobre todo si pretende la vicepresidencia y no la presidencia. En conclusión, los demócratas no ganarán las elecciones presidenciales si no presentan un candidato católico para la vicepresidencia.



USIS

Jackie Kennedy fue una gran ayuda para su marido durante las elecciones presidenciales de 1960. Además de su presencia física, siempre bien recibida, tenía la ventaja de poder dirigirse a los electores en francés, italiano y español.

El memorándum no convence a los jefes demócratas. En efecto, el senador Humphrey, ambicioso también, no duda en exponer unos argumentos exactamente opuestos. ¿Un voto católico? Es un punto de vista espiritual, responde. Las hipótesis de Kennedy no tienen ningún sentido. Lo que perjudicará su candidatura no es que sea católico y esto le haga perder votos protestantes, sino que es de Boston y sale de Harvard. Sus cualidades y sus defectos se parecen demasiado, a los ojos del campesinado del Medio Oeste y del Sur, a los de Stevenson. Con Kennedy, la «papeleta» demócrata no sólo no se verá completada, sino que será arrastrada a los abismos. A fin de cuentas, uno se pregunta si no habrá que buscar por otro lado el interés de esta controversia. Se recordará, sobre todo, que Kennedy ha sido el primero en poner públicamente de manifiesto el problema de la opción religiosa de los candidatos. Otros lo habían hecho en privado, antes que él, en un sentido muy diferente. Cuatro años más tarde, la polémica renacerá sin que, en esta ocasión, Kennedy la haya deseado.

No todos los consejeros de Kennedy comparten el entusiasmo de Sorensen. El padre, que por aquel entonces pasa sus vacaciones en Cannes, da su opinión por teléfono. No cree en el éxito de Stevenson. Una vez consumada la derrota, los demócratas se interrogan sobre las razones de dicha derrota. Llegan a la conclusión, sin lugar a dudas, que la candidatura de Kennedy —es decir, de un católico— lo explica todo. Nunca o, por lo menos durante mucho tiempo, habrá un candidato católico para la vicepresidencia y menos aún para la presidencia. Pero es

preciso que John Kennedy tome una decisión. Elige ser candidato y pide su investidura a la convención demócrata. Si la convención no le designa, cuando menos habrá llamado la atención de público sobre su persona, preparándose de esta forma para las elecciones siguientes. Si va en la misma candidatura que Stevenson, quizá los demócratas no sean derrotados.

En agosto de 1956, la convención del Partido Demócrata se reúne en Chicago. Kennedy es el encargado de comentar un filme de propaganda; luego, pronuncia un discurso recomendando la investidura de Stevenson. De hecho, Stevenson se convierte, al final de la primera ronda de escrutinios, en el candidato demócrata a la presidencia. No hay sorpresas. Pero en lugar de elegir él mismo el candidato a la vicepresidencia, se remite a la decisión de la convención. El principal competidor de Kennedy es un senador de Tennessee, Estes Kefauver. Los delegados votan: Kefauver obtiene 483 votos y medio; Kennedy, 304. Los candidatos secundarios se reparten el resto. La mayoría absoluta es de 686 votos. En la segunda ronda, John Kennedy va en cabeza: 618 votos contra 551 y medio en favor de Kefauver. Se ha beneficiado de la adhesión de Texas, que Johnson ha anunciado con florido estilo: «Texas da con orgullo sus votos a este valeroso marinero que lleva todavía las cicatrices del heroísmo.» Los Estados del Medio Oeste y de las Rocosas se niegan a votar por Kennedy. Le echan en cara su actitud hostil a los precios agrícolas elevados, que, según opinión de Kennedy, perjudicarían a los agricultores de Nueva Inglaterra. El movimiento de reflujo comienza en la tercera ronda del escrutinio. Kefauver espera la mayoría absoluta. Kennedy abandona entonces su habitación del hotel, en donde seguía a través de una pantalla de televisión el desarrollo de los debates, acude a la sede de la convención y pide que la investidura de Kefauver se decida por unanimidad.

Por primera vez en su vida —y también por última— Kennedy sale derrotado. Pero, ¿es realmente una derrota? Como estaba previsto, Stevenson fracasó. Kennedy, en cambio, se beneficia del gesto generoso que tuvo al final de la convención. Se ha sacrificado por el interés del partido. Y, sobre todo, las cámaras de televisión le han hecho célebre en todos los Estados Unidos. Se le ha oído hablar. Ha aparecido dinámico y simpático. Sin duda, su fracaso en Chicago ha sido, como escribe uno de sus biógrafos, «una de las mayores fortunas de su vida». No ha sido Kennedy el último en reconocerlo. Según su madre, habría dicho en 1957: «Joe era la estrella de nuestra familia. Todo lo hacía mejor que los demás. De haber vivido, se habría metido en la vida política; habría sido elegido para la Cámara de representantes y para el Senado, al igual que yo. Y, como yo, habría intentado obtener la investidura para la vicepresidencia en la convención de 1956. Pero, contrariamente a lo que a mí me ha sucedido, él no habría sido derrotado. Y entonces Stevenson y él habrían sido batidos por Eisenhower, y hoy la carrera política de Joe estaría arruinada.»

Ahora el camino está trazado. Hace falta mantener el entusiasmo que suscita el nombre de Kennedy, continuar ocupando las primeras pá-

ginas de los diarios y de las revistas, mantenerse «políticamente» vivo para intentar otra vez, por ejemplo en 1960, ser candidato. Por el momento, ya no es la vicepresidencia lo que atrae a John Kennedy.

La larga marcha hacia la presidencia

De 1956 a 1960 prepara la campaña para las elecciones presidenciales. Con tal de que sea lo bastante joven, ambicioso y capaz de atraer los votos de los electores, poco importa cuál sea el hombre político americano que, un día u otro, decide pretender la presidencia. Al final del camino siempre está la Casa Blanca. Kennedy no es una excepción a la regla. En el Senado, como fuera del Capitolio, sus actividades, sus tomas de posición, sus silencios tienen que aportarle bazas suplementarias. El camino que conduce a la presidencia es largo, pero nada se deja al azar. Dado que es uno de los demócratas de los que más se habla en el país, se le invita a menudo a tomar la palabra. Y los viajes se suceden uno tras otro. Jamás se niega a efectuar un desplazamiento que pueda serle útil. En el curso de las vacaciones parlamentarias de 1959, por ejemplo, visita Ohio, Wisconsin, Indiana; en octubre y en noviembre se le ve de nuevo por Indiana, pero también en Virginia occidental, en Nueva York, en Nebraska, en Louisiana. Pasa por Milwaukee, llega hasta la costa del Pacífico y se dirige hacia Nueva York. Poco después acude a Illinois, California, Oregón, Wisconsin, Oklahoma, Delaware y Kansas, a Iowa, Nebraska y Colorado, y de nuevo a Oklahoma. Es fácil imaginar, tal como lo cuenta Sorensen, que el senador y su equipo se han convertido en expertos conocedores de las líneas aéreas de Estados Unidos. Hasta el momento en que, en 1959, compra un avión personal, al que llama *Caroline*, por el nombre de su hija, que entonces contaba dos años de edad. Cabe imaginar también las recepciones interminables e idénticas, los hoteles y los moteles monótonos y tristes que el candidato frecuenta, las bromas, las impacencias, viajes a veces divertidos, raramente en compañía de Jacqueline, agotadores siempre. Y luego, agarrados siempre a sus faldones, adulados y detestados, los periodistas, sin los cuales las declaraciones de Kennedy no habrían sido difundidas y los talentos del senador acabarían por ser ignorados.

Kennedy no olvida que conviene levantar pronto, en cualquier caso más pronto que los habituales competidores, una organización que trabaje para el éxito de la empresa. Incluye en ella, como ya lo ha hecho en otras circunstancias, a profesionales de la política, a aquellos que le siguen desde hace años y cada vez creen más en él, a otros que se incorporan al equipo y se integran, aficionados y voluntarios, a amigos y, desde luego, a la familia. Todos los Kennedy se hallan ahora en edad de participar activamente en una campaña. En 1958, Teddy, que acaba de cumplir los veintiséis años, es el *campaign manager* para la campaña senatorial de Massachusetts. En un segundo plano, el padre sigue ejerciendo una influencia discreta. Como de costumbre, tranquiliza a los conservadores y moviliza a amigos influyentes que aportan sustanciales

contribuciones. Sus intervenciones podrían hacer temblar al candidato, si se molestara en conocerlas, tanto más cuanto que Kennedy se esfuerza en mejorar su imagen de marca. Tiene que aparecer a la vez como un candidato independiente de las «máquinas» y de las influencias conservadoras. Ya no es Massachusetts, es el país entero el que ha sido fichado. El despacho del Senado es demasiado pequeño. Kennedy alquila cuatro habitaciones en un edificio vecino. Allí trabajan secretarías que dan respuesta a un correo cada día más voluminoso, establecen las listas de los principales responsable del partido en cada uno de los Estados, clasifican los informes, los estudios, los comunicados, los sondeos. Al frente de este enorme secretariado se encuentra Steve Smith, el marido de Jean.

La reelección para el Senado en 1958 es una etapa. Decisiva en cierto modo, ya que si Kennedy experimentara dificultades para batir a su adversario, esto significaría que perdería lo esencial de sus bazas para las elecciones presidenciales. Pero se produce el caso inverso. Obtiene 1.362.962 votos. Su adversario, otro católico que ya se ha cruzado en el camino de Kennedy, Vincent J. Celeste, tiene que contentarse con el veintiséis por ciento de los sufragios. La victoria ha sido triunfal. Kennedy saca la conclusión, no sin razón, de que en lo sucesivo Massachusetts y toda Nueva Inglaterra, sin duda, le son adictos. Dispone, por tanto, de una sólida base de operaciones.

Hay que reconocer que durante este tiempo Kennedy no ha cumplido plenamente con sus obligaciones de senador. En 1953-1955 ha participado en el 81 por ciento de los escrutinios. Es mucho, si se tiene en cuenta la intervención quirúrgica que ha sufrido. En 1955-1957 su participación desciende a un 60 por ciento. En los dos años siguientes asciende a un 83 por ciento, se mantiene poco más o menos así, con un 77 por ciento en 1959, y se hunde hasta un 35 por ciento en 1960. Pero estas cifras inducen a error. Sólo reflejan los escrutinios. En los debates de las comisiones y de las subcomisiones, las ausencias de Kennedy son más frecuentes aún. A decir verdad, ha estado ausente tan a menudo en 1959 que sólo tres demócratas le aventajan en esto. En 1960 ocupa, en lo que a participaciones en los escrutinios se refiere, el penúltimo lugar entre los senadores de su partido.

Su evolución política es más importante que su participación. Poco a poco, y con prudencia, Kennedy se acerca a los liberales. En el transcurso del verano de 1957, el Congreso debate una nueva legislación para asegurar a los negros sus derechos cívicos. Kennedy vota con los liberales. Un senador sudista propone una enmienda que deja para los jurados, y, por tanto, a los blancos, sobre todo, el cuidado de juzgar las infracciones a la ley. Kennedy lo aprueba y provoca que un buen número de sus corresponsales le insulten, acusándole de cobardía. Miembro de la comisión de trabajo, elabora en 1958 una proposición de ley destinada a reglamentar las actividades de los sindicatos. Las disposiciones son menos severas que en la Ley Taft-Hartley, pero aún lo son en exceso para los sindicatos. La Cámara rechaza la proposición. Al año siguiente se presenta una nueva moción al Senado; se han incorporado

determinadas enmiendas que refuerzan su carácter antisindical. Kennedy lucha en busca de una solución de compromiso y obtiene resultados. Desde su punto de vista, la AFL-CIO está dividida. Lo mismo ocurre cuando considera los trabajos de la comisión McClellan, que hace averiguaciones sobre las prácticas ilegales de algunos sindicatos, en particular del sindicato de los camioneros, presidido por James R. Hoffa. John Kennedy es un miembro eminente de la comisión; Robert, en tanto que consejero jurídico, un temible procurador. ¿Hacen bien los Kennedy denunciando los escándolos o contribuyen a debilitar los sindicatos? En 1957, finalmente, se integra en la comisión más prestigiosa del Senado, la de Asuntos Exteriores. Ha presidido además dos subcomisiones, la de asuntos de organización internacional y la de asuntos africanos. Allí también forma parte de un grupo tentado más bien por una política liberal. Lo que quiere decir que tiene simpatías por las naciones en vías de formación. El 2 de julio de 1957 pronuncia un discurso que, súbitamente, le hace célebre en Francia. Recomienda que Argelia se convierta en independiente. Francia, afirma, lleva a cabo una política equivocada, y Estados Unidos no debe prestarle su apoyo. Al año siguiente propone una enmienda a la ley que prohíbe cualquier ayuda a los países satélites de la URSS. En 1959 pide, junto con Humphrey y Fulbright, que la ayuda al extranjero sea un poco menos militar y un poco más importante. Es un voto piadoso. Desearía también que los beneficiarios de las becas de estudios, según el título de la ley sobre defensa nacional, dejen de verse sometidos a un juramento de lealtad. Necesita un año para obtener una satisfacción parcial.

En resumen, y para acabar, puede citarse una observación del propio Kennedy: «El liberalismo de muchas personas ha sido fabricado para ellas, y lo han recibido antes de alcanzar los treinta. Este no es mi caso. Yo he sido zarandeado por movimientos contrarios y no me he encontrado en el buen camino hasta bastante tarde.» En 1960 la evolución no ha terminado aún. Por incompleta que sea, le sitúa, sin embargo, en una buena posición en el momento en que se abre oficialmente la campaña para las elecciones presidenciales.

4. Las elecciones presidenciales de 1960

Las elecciones presidenciales en Estados Unidos incluyen tres etapas. En el interior de cada uno de los dos grandes partidos, los candidatos se entregan a una lucha encarnizada para obtener la investidura de la convención nacional. Los delegados a la convención representan a cincuenta Estados, además de Puerto Rico, el Distrito de Columbia y las islas Vírgenes. Entre los demócratas ascienden a 1.521. Su nominación depende tanto de las autoridades del partido como de las elecciones, organizadas por los Estados, reservadas o no a los miembros del partido; son las llamadas elecciones primarias. En 1960, dieciséis Estados han decidido poner en pie las primarias presidenciales. Los candidatos tienen que elegir si se presentarán para estas consultas y, de ser así, en qué Estados probarán fortuna. Luego, después de que las convenciones hayan tomado su resolución, la campaña oficial arranca. Comienza en la primera semana de septiembre. Finalmente, el martes que sigue al primer lunes de noviembre, los electores americanos designan a los grandes electores, que en diciembre elegirán al presidente. Una última precisión: los grandes electores forman, en general, para cada partido una lista que ocupa todos los puestos del Estado, si obtiene la mayoría simple de votos.

El camino, como puede verse, está sembrado de obstáculos. Para vencer hace falta fuerza física, recursos morales y fondos económicos. Tragedia o comedia, melodrama o farsa grotesca, las elecciones presidenciales ofrecen a los estadounidenses un espectáculo que dura diez meses. Pero los resultados son definitivos para su futuro y para el futuro de otras muchas naciones.

La máquina Kennedy

El día 2 de enero, a las doce y media del mediodía, John F. Kennedy anuncia, desde su despacho del Senado, que se presentará a las elecciones presidenciales. «En el transcurso de los últimos cuarenta meses —añade— he recorrido todos los Estados de la Unión. He hablado con demócratas de todas las capas sociales. Mi candidatura se basa en la convicción de que puedo obtener la investidura y la elección.» No se trata, ciertamente, de ninguna sorpresa, ya que, desde hace cuatro años, se comporta más o menos abiertamente como candidato. Tampoco se trata de una apuesta imposible de ganar, ya que desde hace algún tiem-

po parece ser, entre los demócratas, el candidato más serio. Pero al proclamar tan pronto sus intenciones suscita, a la vez, alianzas y oposiciones determinadas. Le corresponde convencer al Partido Demócrata de que, a pesar de su edad, su religión, su padre y su inexperiencia en los dominios del poder ejecutivo, él es el mejor de todos los candidatos posibles. Por todo ello decide afrontar las primarias.

Desde luego, no carece de medios. Su organización personal está en aquel momento perfectamente a punto y, como de costumbre, la familia desempeña un papel determinante. Robert Kennedy ocupa el puesto de *campaign manager*, y en sus manos reúne todos los hilos. Ya no es aquel joven de veintiséis años que, en 1952, había dirigido la campaña senatorial de su hermano mayor. Ha adquirido conocimientos complementarios del medio político. En el Congreso, por ejemplo, ha tenido ocasión de colaborar en los trabajos de distintas comisiones. Ha establecido fructíferos contactos con los representantes del partido en los Estados, si bien no carece de enemigos entre los demócratas, así como entre los sindicalistas. El otro hermano, Edward, está encargado de la coordinación para el Oeste de Estados Unidos. No es de los que se asusta ante los proyectos más disparatados. Hace saltos de esquí en Wisconsin, participa en un rodeo en Colorado, sin más objetivo que el de atestiguar las cualidades políticas de John. Pero posee la experiencia de la campaña de 1958, en el transcurso de la cual ya fue —recordémoslo— *campaign manager*. Madre y hermanas tampoco tienen nada que aprender. Organizan recepciones, hablan o estimulan a los partidarios. Su presencia se convierte a menudo en una garantía de éxito, salvo en aquellas regiones demasiado miserables para apreciar el paso de bellas y elegantes damas, de cuyos labios brotan siempre historias de un mundo afortunado. Dos cuñados llevan a cabo las tareas indispensables: Sargent Shriver para los asuntos sociales, Steve Smith para los asuntos administrativos. El padre, finalmente, se mantiene alejado del remolino, pero convierte el teléfono en un instrumento extremadamente eficaz, tanto para mantener el contacto con John como para intentar convencer a los viejos amigos. Jacqueline está embarazada, en espera «de un muchacho», afirma con temeridad su marido. Dará a luz a John Jr. el día 25 de noviembre. Por tanto, casi no participa en la campaña. A menos que —se murmura— otras razones, misteriosas sin duda, expliquen su desaparición.

En el curso de dos o tres años, Kennedy ha hecho nuevas amistades y ha recurrido a nuevos colaboradores. Uno de ellos, Pierre Salinger, es un periodista de California que el senador ha encontrado en el seno de la comisión McClellan. Salinger se convierte en el agregado de prensa; con su gran fidelidad, se mantendrá profundamente unido a la familia Kennedy. Con Arthur M. Schlesinger como intermediario, Kennedy comienza a frecuentar universitarios que enseñan en Harvard o en el MIT, entre ellos, economistas, como J. Kenneth Galbraith, Walter Heller o Seymour Harris; expertos en política, como McGeorge Bundy o Walt Rostow; juristas, como Archibald Cox o Abram Chayes. Estos contactos tienen un doble interés para el candidato. Tales universitarios son

liberales. Kennedy mejora así su imagen en un medio que no le había sido muy favorable. Además, se deja aconsejar por ellos. Su programa, sus reflexiones se enriquecen con sus conversaciones. Kennedy elabora, como lo había hecho Franklin D. Roosevelt, un *brains trust* (trust de cerebros) que le convierte en un político menos «irlandés», en un hombre de acción más «intelectual», complejo y cultivado que sus competidores.

Esto no impide que Kennedy continúe manteniendo estrechos lazos de relación con los líderes del partido. Prefiere, a decir verdad, aislarse de los grandes jefes para apoyarse sobre los jefes locales. Muy a menudo ocurre que necesita de unos y otros para controlar la «máquina». Así, no duda en entenderse con Richard Daley, el *boss* de Chicago, o con el otro *boss* de Nueva York, sin preocuparse de sus métodos poco recomendables o de sus inclinaciones hacia el conservadurismo. Por contra, manda a los Estados hombres que le son adictos para crear comités de sostenimiento y recaudar las contribuciones. Se trata, en suma, de armonizar los esfuerzos de los aficionados, adictos y a menudo incompetentes, con los de los profesionales, competentes, pero a menudo poco adictos. Kennedy consigue lograr esta delicada función, y su hermano Robert le ha ayudado de una manera destacable. Pero esta organización funcionaría mal si careciera de recursos financieros. Parecen inagotables. No se sabe con exactitud cuánto ha gastado Kennedy en las elecciones primarias. En efecto, no hay ley alguna que le obligue a declararlo. Las estimaciones se aproximan a los 750.000 dólares, sin tener en cuenta las sumas invertidas antes de enero de 1960; parece que están, verosímelmente, por debajo de la realidad. El dinero le permite al candidato emplear los servicios de «sondeadores de opinión», como Louis Harris, de forma que luego se pueda adaptar la estrategia y la táctica de la campaña, según las reacciones de la opinión pública. El personal indispensable para el secretariado o el *brains trust* puede ser contratado. Las relaciones con la prensa también son facilitadas. Pierre Salinger cuenta de qué manera intentaba poner a disposición de los periodistas medios de transporte, habitaciones de hotel, salas de trabajo. En un automóvil que sigue al del candidato se ha instalado una emisora. Los discursos se transcriben y distribuyen instantáneamente. Las conferencias de prensa, improvisadas o informales, los *briefings*, (resúmenes), las confidencias más o menos espontáneas, todo ayuda a los reporteros a la hora de llenar sus papeles. Hubert Humphrey diría, después de dos meses de campaña contra Kennedy, que tenía la impresión de ser un pequeño comerciante frente a una cadena de almacenes. Pero hay que reconocer que son pocos los candidatos que carecen de dinero, incluso en las elecciones primarias, si gozan de un mínimo de popularidad. E, inversamente, los más ricos no son necesariamente elegidos a expensas de los más pobres. De ser así, Rockefeller habría aplastado a Nixon.

Hay, en esta primera fase, dos primarias que, para Kennedy, han contado más que las otras: las de Wisconsin y las de Virginia occidental. En Wisconsin, Kennedy intenta demostrar que puede batir a uno de

sus rivales en su propio terreno. Humphrey, en efecto, es senador por Minnesota, un Estado vecino, comparable, desde muchos puntos de vista, en el plano económico y social, al Medio Oeste que manifestó su hostilidad a Kennedy en 1956. Humphrey se beneficia también, declarada o discretamente, del apoyo de todos los adversarios de Kennedy. El que salga derrotado de las primarias de Wisconsin será, sin duda, descartado por la convención demócrata. La batalla se libra durante el mes de marzo. Los sondeos anuncian una victoria de Kennedy en siete de los diez distritos, y los periódicos prevén un «triumfo». De hecho, el escrutinio del 5 de abril desmiente un poco las previsiones. Kennedy es el vencedor, pero sólo en seis distritos. Así pues, no ha eliminado definitivamente a Humphrey y hay que señalar que en Wisconsin los republicanos pueden votar en las primarias a representantes demócratas y viceversa. ¿Acaso los católicos pertenecientes al Partido Republicano no han apoyado a su correligionario de Massachusetts? Humphrey decide proseguir la batalla y desafía a Kennedy en las primarias de Virginia occidental. Kennedy expresa inicialmente su confianza en la victoria, ya que los sondeos le son favorables. Comprende, de inmediato, las dificultades de la empresa. Su candidatura, en efecto, es muy mal recibida en Virginia occidental, un Estado pobre, hostil al catolicismo y a todo aquel que viene de un Este rico, industrializado y culto. Al mismo tiempo que se presenta a otras primarias, como las de Illinois o Indiana, Kennedy dispone de un mes para remontar la corriente.

Su táctica es hábil. Rose Kennedy y sus hijas se mantienen apartadas. En cambio, el hijo de Franklin Roosevelt, que en aquel entonces es negociante de automóviles en Washington, acude a ayudar. Recuerda, por su sonrisa, sus declaraciones y su físico, al presidente de la Depresión y del New Deal. Manda millares de cartas a los electores de Virginia occidental, tomando la precaución de expedirlas desde la oficina de correos de Hyde Park. Kennedy decide, sobre todo, afrontar directamente el problema de su pertenencia a la Iglesia católica. No olvida que América entera sigue la batalla y que, a través del Estado de los Apalaches, se dirige a todos los estadounidenses. El 21 de abril declara que la cuestión católica no debería ser evocada en una campaña electoral y que no existe un «voto católico». A aquellos que le recuerdan el memorándum Bailey de 1956, les responde que entonces se trataba de obtener la investidura a la vicepresidencia, no por razón de sus convicciones católicas, sino a pesar de ellas. Los periodistas y los electores no cesan de interrogarle. No, no obedecerá al papa, cuando menos en los asuntos políticos. No, no reclamará la unión de la Iglesia y del Estado. Sí, desde luego, sólo piensa en el interés de Estados Unidos. Sí, primero es americano, y católico después. Humphrey no emplea argumentos anticatólicos; más aún, los denuncia vigorosamente. Los pastores y los políticos locales tienen menos escrúpulos. El Consejo Americano de las Iglesias Cristianas rechaza públicamente el principio de un presidente católico y adopta, el 28 de abril, una resolución: «Los partidarios de Kennedy nos acusan, ahora, de ser fanáticos. Según nuestra opinión, se trata de un esfuerzo para acallar a aquellos que suscitan cuestiones perti-

nentes relativas a la herencia histórica americana de la separación de la Iglesia y del Estado.» La Asociación Nacional de Iglesias Evangélicas no cree que la Iglesia católico-romana acepte el principio de la separación entre dominio político y dominio religioso. Lo declara sin ambages el 29 de abril. Los metodistas, a su vez, hacen saber que la perspectiva de un presidente católico les molesta. Los luteranos están dispuestos a la tolerancia si la Iglesia católica separa, en su acción, lo espiritual de lo temporal. Únicamente los presbiterianos se niegan a dejarse arrastrar por la intolerancia. Vale más, dicen, interesarse por los problemas fundamentales que una campaña electoral pone de manifiesto, que no por la filiación religiosa de los candidatos.

A pesar de todo, el sesenta por ciento de los demócratas de Virginia occidental designa a Kennedy. Esta vez, Humphrey se retira de la carrera. Y el vencedor proclama que la cuestión religiosa ha sido «enterrada aquí, en el suelo de Virginia occidental». Se equivoca sobre este punto. Pero al defender el derecho de un estadounidense católico a presentarse a las elecciones presidenciales, a pesar del fracaso en condiciones muy distintas de Al Smith en 1928, al lanzar a los protestantes el desafío de ser tolerantes o intolerantes, al tomar por su cuenta la defensa de las otras minorías religiosas, Kennedy ha maniobrado admirablemente. También le ha sonreído la suerte. El 17 de mayo el *Osservatore Romano* proclama que la Iglesia tiene el derecho y el deber de intervenir en la vida política. El incendio se reaviva en Estados Unidos. Las primarias de Virginia occidental han terminado.

La convención demócrata

Cuando la convención nacional se reúne en Los Angeles, a mediados de julio, Kennedy ocupa una excelente posición. Ha ganado diez primarias. En otros Estados cuenta con numerosos partidarios. Sus cálculos le indican que aún le faltan algunos votos para alcanzar la mayoría absoluta en la primera vuelta del escrutinio. Desde luego, ha eliminado a Humphrey, pero otros rivales, que no han participado directamente en la campaña de las primarias, esperan su hora. Stuart Symington carece de sólidos soportes. Por el contrario, Lyndon B. Johnson, senador por Texas, líder de la mayoría demócrata en la Cámara Alta, goza de la consideración de la clase política y del apoyo del Sur. Adlai Stevenson es el campeón de los liberales. Duda en presentarse por tercera vez. Títubea, sin llegar a decir sí o no. Varios Estados han decidido designar su gobernador o su gran hombre, libre para unirse al candidato mejor situado. Y los rumores circulan. Este Kennedy es demasiado joven, susurra Harry Truman. ¿Podrían confiar los liberales en un hombre que ni siquiera ha condenado a McCarthy?, se pregunta en voz alta Eleanor Roosevelt. Y Johnson expresa sus dudas sobre el estado de salud de su colega de Massachusetts, precisamente cuando él acaba de sufrir alteraciones cardíacas. Kennedy desmiente y demuestra. Incluso se supera preparando cuidadosamente su participación en la convención.

En cada delegación de cada Estado tiene un enlace, recibe informes a diario sobre el voto previsto de cada delegado, hay instalados teléfonos en la sala de la convención que enlazan con el cuartel general de Robert Kennedy, los «walkies-talkies» pallan las deficiencias técnicas; tantas precauciones permiten al candidato seguir los debates, influir por medio de personas interpuestas o gracias a una conversación personal sobre tal o cual aspecto dudoso. Hay que tocar también el punto sensible. Un delegado se da cuenta, de golpe, que él es la decimonovena persona a la que Kennedy ha prometido la vicepresidencia. Una vez que la convención ha adoptado un programa muy liberal, especialmente sobre el problema de los derechos civiles, se pasa a la elección del candidato a la presidencia. Stevenson es recibido con una estruendosa ovación cuando entra en la sala, pero la mayoría de los aplausos proceden del balcón en el que se sitúan los espectadores. Además, tampoco ha dicho con claridad si acepta o no ser candidato. Si falla Stevenson, los liberales prefieren a Kennedy en vez de a Johnson. Y los conservadores se inclinarán más por Kennedy que por Stevenson.

Comienza el escrutinio. En la primera ronda, Kennedy obtiene 806 votos, o sea, cuarenta más que la mayoría absoluta. Johnson ha recogido 409, Stevenson, 79 y medio, Symington, 86, etc. Queda por designar el compañero de candidatura. ¿Es sorprendente que Kennedy proponga a los votantes de la convención a Lyndon Johnson? Los liberales lo han dicho y han sufrido una decepción. Temen que Johnson no resulte muy popular entre las minorías étnicas y raciales. Pero Johnson es protestante; representa el Sur. He aquí el complemento perfecto para un candidato católico, portavoz de los Estados industriales del Norte. Desde luego, no es la primera vez que la «papeleta», sea demócrata o republicana, resulta equilibrada. ¿Acaso Roosevelt no había tomado como compañero de candidatura en 1932 a un tejano llamado Garner, que pasaba por ser más conservador que él? Eligiendo a Johnson, Kennedy hace gala de su atinado y perspicaz sentido de las realidades políticas.

Un candidato católico y telegénico

Se acaba el primer acto, mientras que en la convención republicana, Richard Nixon se convierte en el candidato de su partido, llevando como compañero de lista a Henry Cabot Lodge. En este momento los demócratas se han unido detrás de Kennedy y se dan cuenta de que la victoria es posible. ¿Por qué no? Eisenhower, siempre popular, a pesar de los ocho años que acaba de pasar en la Casa Blanca, no se presenta. Nixon, su vicepresidente, posee cualidades y triunfos, pero no es invencible. Sin embargo, Kennedy tropieza con dos obstáculos que ya había encontrado —y superado— en la campaña de las primarias. Los argumentos de sus rivales demócratas sirven a sus adversarios republicanos y los diálogos del segundo acto se parecen muy a menudo a los del primero.

¿Acaso los Estados Unidos pueden elegir a un católico para la presidencia? El 7 de septiembre se reúne en Washington la conferencia nacional de ciudadanos para la libertad religiosa. En ella hablan ciento cincuenta delegados en nombre de treinta y siete sectas protestantes. El animador es un pastor de Nueva York, Norman Vincent Peale, que ha escrito obras religiosas y sociales. La conferencia comienza por proclamar su vinculación a la libertad religiosa, en la que se incluye la libertad para los católicos. Pero se inquieta ante las divergencias que oponen al candidato Kennedy con los jefes espirituales de su Iglesia. De ahí que saquen la conclusión de que «la Iglesia católica y romana es una institución política, tanto como religiosa [...] Es inconcebible que un presidente católico romano no experimente las más fuertes presiones por parte de la jerarquía de su Iglesia, con el fin de que aplique, en el campo de las relaciones internacionales, la política de la Iglesia». Igualmente, un presidente católico no podría negarse a conceder créditos públicos y privilegios a las escuelas y a las instituciones católicas. La separación de Iglesia y Estado en estas condiciones sería una engañifa. Sin emplear los mismos términos, Billy Graham, un predicador cuya influencia sobre las multitudes resulta sorprendente, ha venido a decir lo mismo.

La cantinela es conocida, son palabras de fanáticos... La reacción de los demócratas es, sin embargo, muy viva. Truman había provocado cierto sobresalto al sostener que las fuerzas del oscurantismo estaban aliadas con los republicanos. Robert Kennedy subraya, a su vez, los estrechos lazos que existen entre los animadores de la conferencia y Nixon. Periodistas maliciosos preguntan a Peale si ha interrogado al candidato republicano sobre las concepciones políticas de los cuáqueros. En cuanto a Nixon, por aquel entonces tiene que ser hospitalizado debido a una infección en una rodilla. Se contenta con que su agregado de prensa declare que él [Nixon] no desea verse apoyado por razones religiosas, pero que no puede elegir a sus partidarios. El 11 de septiembre Nixon, finalmente, propone que se suspenda cualquier referencia a la religión de los candidatos. Kennedy explota el incidente en favor suyo. El 12 de septiembre habla ante la asociación protestante de los ministros del culto en Houston. Lo esencial de su discurso, muy bien compuesto y a menudo emocionante, se puede resumir en pocas líneas: «Creo —dice— en una América en la que la separación entre Iglesia y Estado sea absoluta, en la que ningún prelado católico pueda decirle a un presidente, aunque sea católico, lo que tiene que hacer, en la que ningún pastor pueda indicar a sus feligreses cómo tienen que votar. [...] Creo en una América que no sea oficialmente católica, ni protestante, ni judía. [...] Finalmente, creo en una América donde la intolerancia religiosa acabará un día u otro.» Kennedy, finalmente, promete actuar, en cualquier circunstancia, en función de los intereses estadounidenses, sin tener en cuenta sus convicciones religiosas. Y si existiera oposición entre ambas, dimitiría.

Kennedy recibe testimonios de simpatía desde todos los horizontes. Los protestantes pertenecientes a las principales denominaciones, los judíos, los griegos ortodoxos defienden, mediante declaraciones nada

ambiguas, la libertad religiosa. Por otra parte, no se trata de una guerra de religión, afirman los *Americans for Democratic Action*, sino de un conflicto que opone a los conservadores de la extrema derecha y a los liberales que se identifican con Kennedy. En cuanto a los católicos, tranquilizan a sus conciudadanos sobre su adhesión sincera al principio de la separación de la Iglesia y del Estado. Kennedy, por tanto, ha comprendido muy bien que utilizando los excesos de sus adversarios logrará hacer girar la situación en favor suyo. La polémica sirve también a su imagen de marca. Tras un sondeo, menos de la mitad de los estadounidenses sabían en 1959 que él era católico; en 1960, la proporción alcanza el noventa por ciento. Kennedy se convierte así en una especie de *test* para la democracia de EE UU. Muchas mentalidades, vacilantes ante la conducta de la Iglesia católica, se persuaden, sin embargo, de que América, que ha sido el refugio de los perseguidos, no puede, a su vez, emprender una persecución religiosa. Sus reticencias a la vista del candidato demócrata se difuminan. Quizá este movimiento de simpatía se habría visto atenuado de haberse sabido que el 21 de octubre los obispos de Puerto Rico habían recomendado a sus fieles, en nombre de su fe, que no votaran al gobernador saliente.

¿Puede Estados Unidos elegir, para la presidencia, a un hombre que carece de experiencia? Los republicanos apenas insisten sobre la edad de Kennedy. Ocurre que Nixon sólo tiene cuatro años más. Accedió a la vicepresidencia a los treinta y nueve años, y si Eisenhower hubiese sucumbido en una de sus crisis cardíacas, se habría convertido en presidente a la misma edad que Theodore Roosevelt, es decir, a los cuarenta y dos años. Su argumentación es más sutil. Pone de relieve que Kennedy no ha ocupado jamás funciones ejecutivas. Un senador controla el poder ejecutivo, pero no lo ejerce. Dicho de otra manera: al no haber sido Kennedy, en ninguna ocasión, gobernador de un Estado o miembro del gobierno, no posee ninguna experiencia. Con Johnson ocurre lo mismo. Nixon, en cambio, se vanagloria de haber colaborado con el presidente Eisenhower, discutido con Kruschev en la exposición de Moscú en medio de una cocina modelo americano, viajado por el mundo en tanto que representante personal del presidente. Nixon tiene experiencia y no deja de recordarlo a cada paso. Pero, ¿es realmente así? Un periodista, sin duda indiscreto, le pregunta a Eisenhower si puede citar alguna de las decisiones en las que Nixon haya intervenido. Ike acaba respondiendo: «Déjeme pensar una semana. Acabaré por encontrar una.» En cualquier caso, la opinión ha visto más veces a Nixon en las pantallas de la televisión que a Kennedy.

Ahora bien, los grandes canales de televisión desearían, para granjearse una buena reputación, organizar debates televisivos entre los dos principales candidatos. La ley les obliga, si conceden un tiempo de emisión gratuito a un candidato, poner el mismo tiempo de emisión a disposición de todos los demás. Hay que obtener, por tanto, una enmienda, que el presidente firma en septiembre. Kennedy acepta sin vacilaciones el enfrentamiento público. No tiene nada que perder y quizá logre convencer a los indecisos y recuperar el terreno que parece tener

perdido con referencia a Nixon. Este estaría interesado en negarse, ya que los telespectadores le conocen de sobra. Pero se considera a sí mismo excelente en los debates, televisados o no. Conoce todos los asuntos hasta la punta de los dedos. Y muchas veces, en el pasado, ha sabido transmitir su mensaje a través de las cámaras de la televisión. Por otra parte, si el adversario ha dicho que sí, ¿cómo podría responder él con un no? Se organizan cuatro debates. El primero, en Chicago, tiene lugar el 26 de septiembre. Los dos oradores hacen, inicialmente, una declaración de ocho minutos; luego contestan a las preguntas de los periodistas y acaban en tres o cuatro minutos. La fórmula del segundo debate, que se desarrolla en Washington el 7 de octubre, es ligeramente distinta: no hay declaraciones preliminares ni finales, las contestaciones a las preguntas de los periodistas quedan limitadas a dos minutos y medio, y se concede un minuto y medio para dar la réplica al otro candidato. En el curso del tercer debate, organizado de la misma manera, Kennedy se halla en Nueva York y Nixon en Los Angeles. El cuarto debate, finalmente, fijado para el 21 de octubre, se desarrolla sobre política exterior en las mismas condiciones que el primero. El escenario presenta evidentes puntos débiles: no hay diálogos, las respuestas son necesariamente cortas y los candidatos, de pie detrás de su pupitre, tienen una afectada rigidez. Se trata de una fórmula nueva. Por primera vez en la historia de Estados Unidos, dos hombres que pretenden la presidencia se enfrentan en debates televisados. Hay que reconocer que se trata de una revolución en la manera de llevar las campañas electorales. Hasta entonces, Kennedy y Nixon habían utilizado la televisión y la radio para difundir por ellas spots publicitarios de algunos minutos en favor de la propia candidatura. Esta vez cada uno tiene la seguridad de que tendrá, gratuitamente, espectadores y oyentes del otro partido.

Se estima que alrededor de 115 millones de estadounidenses siguieron uno, al menos, de los debates, sobre todo el primero. Algunos lo han hecho contra su voluntad, ya que todas las cadenas de televisión y las emisoras de radio se habían asegurado su retransmisión. Los sondeos también muestran que Kennedy dominó a su adversario, salvo, quizá, en el tercer debate, en el curso del cual los dos hombres estaban físicamente separados. Si prestamos crédito al sondeo Roper, el 57 por ciento de los votantes fueron influidos por lo que habían visto y escuchado; el 6 por ciento tomó entonces su decisión, o sea, cuatro millones de personas; sobre estos cuatro millones, el 75 por ciento eligió a Kennedy y el 25 por ciento a Nixon. ¿Por qué Kennedy ha salvado el obstáculo mejor que Nixon? Su camisa azul, su tez bronceada, su mirada fija sobre la cámara (sobre el espectador, por tanto), su rápida elocución y sus respuestas precisas, impactantes, su magnífica seguridad, su indiferencia por un interlocutor abrumado, acorralado a veces al verse obligado a silenciar lo que sabía, todo ello ha hecho maravillas, tanto más cuanto que Kennedy ha preparado minuciosamente sus respuestas y sus ataques. Cansado, enflaquecido, Nixon ha adoptado la actitud de un hombre de Estado responsable, que acepta algunos argumentos de su adversario y que busca matizar sus propias afirmaciones. El «nuevo»



USIS

Un momento del primer debate entre Nixon y Kennedy, televisado desde Chicago, durante las elecciones presidenciales de 1960.

Nixon no tiene la agresividad, la mordacidad, la fuerza del «antiguo». Kennedy se ha preocupado mucho más de su imagen. Pero aquel a quien se juzgaba inexperto y demasiado joven ha parecido, por el contrario, perfectamente al corriente de los asuntos de la nación, dueño de sí mismo, capaz de asumir las más pesadas cargas del Estado.

Sin embargo, Kennedy es algo más que una sonrisa, el encanto y la astucia. Saca partido de la publicidad, pero no se convierte en su esclavo. Ha puesto a punto una estrategia electoral y un programa. Como todos los candidatos a la presidencia, se ha desplazado mucho, pero, sin embargo, menos que Nixon, que ha creído necesario hacer campaña en los cincuenta Estados. Poco importa, por otra parte, las decenas de miles de kilómetros que ha recorrido, las decenas de miles de dólares que ha gastado en comunicaciones telefónicas. Kennedy ha tenido en cuenta el sistema electoral. Cada Estado elige sus grandes electores para el escrutinio mayoritario y cada Estado dispone de tantos electores como senadores y representantes tenga. Conclusión: para llegar a ser presidente es preciso obtener el apoyo de los Estados más poblados. Nueva York con sus 45 votos, California con sus 32 votos, Ohio, Illinois, Pennsylvania, Michigan, Texas, con sus inmensas aglomeraciones y su población creciente, han atraído la parte esencial de los esfuerzos de Kennedy y de Johnson; uno dirigiendo la campaña principalmente en el Norte y en el Medio Oeste; el otro, en el Sur.

La regla del juego se resume en una frase. Hay que atacar a los republicanos, que han dirigido el país desde 1953, y proponer un programa atractivo. Sería fácil si el país atravesara una crisis —económica, social o política—, si estuviera enzarzado en una guerra impopular. En 1960 Estados Unidos se desenvuelve relativamente bien. Desde hace

quince años, los estadounidenses son ricos, su nivel de vida es el más elevado del mundo. Ellos solos ya simbolizan el capitalismo, con todas las ventajas y todos los inconvenientes del sistema. En el empadronamiento de 1960 están censados 179.323.175 estadounidenses, o sea, 19 millones más que en 1950 y 48 millones más que en 1940. La tasa de natalidad se eleva a un 23,7 por mil, y la tasa de mortalidad a un 9,5 por mil. No son raras las familias con tres o cuatro hijos. La expectativa de vida supera los setenta años. Entre estos estadounidenses, 18.872.000 son negros, y 1.600.000, indios o de otras razas, excepto la blanca, lo que significa un porcentaje, en relación con el total, de un 11,4 por ciento. Hay pocos inmigrantes en este periodo. Recién acabada la guerra, ha habido personas desplazadas que han obtenido el precioso visado de entrada. Pero el control de los servicios de inmigración es severo, por temor a los espías comunistas y, desde hace cuarenta años, Estados Unidos casi ha renunciado a su tradicional política de acogida.

Los estadounidenses viajan mucho por el interior del país. Los desplazamientos forman parte de la vida cotidiana. Los Estados soleados, como Florida y California, se desarrollan considerablemente. Por todas partes las ciudades se despueblan. En el centro —*downtown*— siguen viviendo los más ricos y los pobres: los primeros, porque durante el fin de semana pueden refugiarse en sus casas de campo; los otros, porque no tienen medios para ir a vivir a ninguna otra parte. Los que pertenecen a la clase media, elemento motor de la sociedad, se establecen en los arrabales, en viviendas individuales. Ni los republicanos ni los demócratas pueden impedir esta evolución. Como mucho, tienen que adaptar su programa a aquellos métodos. La riqueza del país parece sólida. El producto nacional bruto aumenta de año en año. En 1960 alcanza los 503,7 miles de millones de dólares corrientes y ha progresado, en dólares constantes, en un 37,2 por ciento en los últimos diez años. El nivel de vida atestigua este bienestar. Un 75 por ciento de los estadounidenses posee, al menos, un automóvil; un 86,7 por ciento, un aparato de televisión; un 74,5 por ciento, una lavadora automática; un porcentaje mayor aún, un refrigerador, sin olvidar los secadores de ropa, los lavavajillas, los acondicionadores de aire, aparatos todos ellos que los europeos de aquella época sólo pueden soñar. Con su potencia agrícola, industrial, comercial y tecnológica, Estados Unidos ofrece la imagen del éxito, que los filmes, los reportajes y los relatos de viajes dejan entrever. Pero detrás de las estadísticas que impulsan hacia el entusiasmo se perfila una realidad decepcionante. Existe todavía la pobreza en el país más rico del mundo, aunque se tarde en descubrirla. Kennedy la ha visto en sus innumerables desplazamientos, sobre todo en Virginia occidental. La prosperidad se ve interrumpida por recesiones más o menos largas, más o menos graves. El argumento del producto nacional bruto es más débil en Estados Unidos que en los países de la Europa Occidental o en Japón. No hay manera de acabar con el desempleo. Hay más de cuatro millones de personas sin trabajo, lo que equivale al 5,5 por ciento de la población activa. Entre los negros, la tasa de desempleo alcanza el 10,2 por ciento. Otro problema es el de las relaciones con el extran-

jero. Desde 1947, Estados Unidos se dedica a «frenar» el comunismo en Europa y en Asia. Su política, en conjunto, es un éxito. Salvo en China, donde los estadounidenses han perdido la partida. La guerra fría no ha terminado. En Cuba, Fidel Castro ha alcanzado el poder en enero de 1959. ¿Será o no será un amigo de Estados Unidos? La isla, a 150 kilómetros de las costas de Florida, ocupa una posición estratégica. Su caña de azúcar, sus lazos financieros, oficiales o clandestinos, con América del Norte no pueden dejar a Washington indiferente. Su ejemplo podría ser contagioso en América Latina. Además, en 1957, los soviéticos han lanzado su primer satélite, el *Sputnik*. ¿Pueden acaso los estadounidenses perder la carrera de los nuevos armamentos? ¿Qué pasaría con la política de contención si la Unión Soviética dispusiera de la superioridad armamentística e impusiera su ley en Europa, y además tan cerca de Florida?

Estas frustraciones, estas incertidumbres son las que, confusamente, experimentan los Estados Unidos de 1960. Existe, ciertamente, un consenso sobre la mayor parte de los grandes problemas. Pero una campaña electoral, sobre todo la que conduce a las elecciones presidenciales, tiene que alertar a la opinión y proponerle soluciones nuevas. Kennedy se esfuerza, en consecuencia, en mostrar que el mundo de 1960 no es el de 1950, y que bajo la presidencia de Eisenhower la somnolencia ha ganado a sus compatriotas.

La Nueva Frontera

Kennedy ha resumido su programa en una fórmula: la Nueva Frontera. Utiliza esta expresión de una manera reiterativa, pero hasta Los Angeles, en el transcurso de la convención demócrata, no aporta la primera definición. «Nos hallamos hoy —dice— al borde de una nueva frontera, la frontera de los años 60, una frontera de posibilidades desconocidas y de peligros desconocidos, una frontera de esperanzas y de amenazas irrealizadas.» La definición resulta más bien vaga. Lo que cuenta es el *leitmotiv*, que recuerda el New Deal de Roosevelt, así como la New Freedom de Wilson. Escuchando al candidato, los americanos tienen que llevarse la impresión de que abandonan una época para entrar en otra, más rica, más prometedor, más exaltante. La palabra «frontera» comporta, para un americano, un sentido muy preciso. No se trata de la línea imaginaria que separa dos Estados. En la historia de Estados Unidos se ha designado como «frontera» la línea de colonización de las Grandes Llanuras, del Oeste, una línea que se desplazaba constantemente a medida que el país se iba poblando y que desaparecía al día siguiente del empadronamiento de 1890. Kennedy insiste, pues, sobre el movimiento. Es preciso, repite, poner al país en marcha. Después de ocho años de inmovilidad, ha llegado la hora de despertar. En el mismo discurso, Kennedy invita a sus compatriotas a ser «los nuevos pioneros», a afrontar «los retos», a recorrer «las regiones aún no cartografiadas» de la ciencia y del espacio, a intentar resolver los problemas «aún

no resueltos» de la paz y de la guerra, a reabsorber las bolsas «aún no conquistadas» de la ignorancia y de los prejuicios, a dar respuesta a las preguntas «aún no resueltas» de la pobreza y de la superproducción. Incluso antes de su discurso de investidura de enero de 1961, exhorta a sus conciudadanos a que hagan algo por su país, sin esperar a que su país lo haga todo por ellos. En este sentido serán verdaderos pioneros. Les incita a la acción. Ha llegado la hora, dice en Alaska, de los que obran (*doers*), no de los que hablan (*talkers*). La filosofía política de Kennedy es, ante todo, una filosofía de la acción, de la energía, del «vigor». Hay que estar haciendo constantemente alguna cosa y salir del sopor funesto, tanto si se trata de la defensa nacional, de la política social, de la economía o de la lucha contra el comunismo. La presidencia, en este sentido, tiene que desempeñar su papel. A ella le corresponde la tarea de imprimir el movimiento a la sociedad; ella es el motor. «No tenemos tiempo para ser complacientes, tímidos o dubitativos. Es la hora del valor y de la acción. Es la hora de los líderes fuertes, de los líderes que no temen las nuevas fronteras ni los hechos, de los líderes que pueden transformar nuestros sueños en realidades.» Aceptando los consejos de hombres y mujeres con sentido común, el presidente, finalmente, decide solo, gobierna realmente, ejerce también la dirección moral del país. No se le permite tener duda alguna, ninguna tergiversación. Y Kennedy recuerda que Lincoln convocó el gabinete un poco antes de la proclamación de la Independencia. «Os he reunido —dijo entonces Lincoln— para que escuchéis lo que he escrito. No es mi deseo conocer vuestra opinión sobre el asunto principal, respecto al cual he tomado, yo solo, la decisión.» Comentario de Kennedy: «La mano de Lincoln no tembló. [...] Ya que era el presidente de Estados Unidos.»

Un presidente fuerte, de acuerdo; pero para aplicar ¿qué clase de política? Sobre este punto, el pensamiento de Kennedy es más borroso. La plataforma de la convención demócrata le inspira, desde luego; pero no le ata. Kennedy sabe muy bien que la política extranjera interesa medianamente a los electores. La evoca de paso, por ejemplo, para señalar que la reunión de la cumbre de París, anulada por Kruschchev tras el incidente del U 2, el avión espía de Gary Powers, ha sido una afrenta para Eisenhower y, en consecuencia, para Estados Unidos. Cita, en el mes de octubre, unos informes del Departamento de Estado que señalan una disminución del prestigio estadounidense en el extranjero. Sostiene que los Estados Unidos están atrasados, respecto a los soviéticos, en el campo de los armamentos; el *misil-gap* es peligroso. Se esperan vanamente proposiciones nuevas. En Cuba hay que ayudar a las fuerzas hostiles a un mismo tiempo: a Batista y a Castro, si bien en aquella época Kennedy lo ignora todo respecto a los proyectos de la CIA para desembarcar en la isla a cubanos anticastristas. En Extremo Oriente, Estados Unidos no tiene, sin duda, medios, ni siquiera interés, para defender las dos islas de Quemoy y de Matsu. Pero interrogado por los periodistas, Kennedy se refiere a su declaración de una manera que la convierte en inofensiva. Sólo hay una idea nueva que merece ser considerada: la creación de un *Peace Corps*. Hubert Humphrey es el verdadero autor. La

ayuda a los países subdesarrollados, la contención del comunismo, las relaciones de buena vecindad con América Latina, el sostenimiento de las alianzas con Europa, los esfuerzos para el desarme, si es que al menos es posible un entendimiento con la Unión Soviética, he aquí los temas que atestiguan las tendencias internacionalistas de Kennedy. ¿Es original? Desde luego, no. Sin embargo, el lenguaje de Nixon es también el mismo.

Queda la política interior, que es la que atrae de manera particular la atención de los electores. Para convencer, Kennedy tiene que insistir en lo que va mal. Habla, pues, del paro, y promete un relanzamiento económico. Se convierte en el campeón de la igualdad de oportunidades. Es una noción muy americana, que consiste en atribuir a todo el mundo, desde el momento de su nacimiento, las mismas ventajas, las mismas posibilidades. Únicamente el talento y el entusiasmo por el trabajo crean las justas diferencias. El sistema educativo desempeña en este campo un papel predominante. «Vivimos en un periodo de rápidos cambios sociales y de un acrecentamiento sin precedentes de nuestros conocimientos y de la invención científica—, declara Kennedy—. En semejante situación, debemos hacer todo cuanto esté a nuestro alcance para reforzar nuestro gran sistema de educación formal. Pero no *debemos detenernos aquí*. También debemos tener conciencia de que una sociedad libre exige que continuemos aprendiendo si no queremos enfrentarnos a la amenaza de una degradación nacional.» Son palabras que gustan a la clase media, ya que la educación sigue siendo, a sus ojos, el mejor medio para el ascenso social. En el Senado, en 1960, Kennedy ha votado créditos por dos años que corresponden a veinte dólares por niño. En 1959 se ha pronunciado por la aprobación de créditos para los antiguos combatientes deseosos de emprender estudios. Es favorable, además, a la construcción de alojamientos sociales, a la ayuda a las regiones subdesarrolladas de Estados Unidos, a la gratuidad de la asistencia médica para los jubilados. En resumen, Kennedy apoya aquellas iniciativas que tienden a reforzar el papel del gobierno federal. No pretende querer un gobierno todopoderoso, pero considera que la salud tiene que venir de Washington. Y, sin embargo, el Congreso, reunido en sesión extraordinaria el mes de agosto, ha rechazado o aplazado para más adelante los proyectos de ley defendidos por los demócratas. Para Kennedy es la prueba suplementaria de que el presidente tiene que paliar la inercia de los parlamentarios.

El candidato demócrata busca los favores de los sindicatos. Hoffa, el jefe de los camioneros, ha decidido que los Kennedy eran sus enemigos; sostiene la candidatura de Nixon. Walter Reuther, el presidente del sindicato de los obreros del automóvil, felicita, por el contrario, a Kennedy por su actitud en el Senado. Los otros líderes sindicales dudan a la hora de aportar su apoyo incondicional, pero no se resignan a alejarse del Partido Demócrata. Kennedy también les ha hecho promesas vagas: «Creo en todo aquello que cree el mundo del trabajo, en todo aquello por lo que combate», proclama ante la asamblea de AFL-CIOL, en Nueva York. En cuanto a los negros, Kennedy les asegura que luchará,

de acuerdo con la plataforma de la convención demócrata, por la no segregación, por la apertura de los lugares públicos a todas las razas; que se negará a avalar las medidas jurídicas que apartan a los negros de los colegios electorales y que, finalmente, el gobierno federal defenderá los derechos fundamentales del hombre.

¿Un programa radical? No, se trata de un programa liberal, sin excesos ni innovaciones revolucionarios. Kennedy no promete, en absoluto, que, una vez elegido, transformará profundamente la sociedad de Estados Unidos. Ni siquiera es un programa muy diferente al de Nixon. Los dos hombres se oponen mucho en la forma, pero poco en el fondo. Uno declara que hay que poner el país en marcha después de ocho años de inmovilismo. El otro sostiene que se han hecho grandes progresos, pero que hay que seguir en la brecha. Vistas desde el extranjero, las campañas electorales de EE UU a veces parecen incomprensibles. A lo mejor son mal comprendidas. Dos candidatos se disputan el poder para seguir una política parecida. Hay lo mismo de aquí a allá que de allá a aquí. Esta afirmación es falsa la mayor parte de las veces. En verdad, no lo era en 1960.

Los resultados de las elecciones presidenciales

Tercero y último acto: el escrutinio del 8 de noviembre. No deja de sorprender la elevada participación de los electores. Sobre los 109.674.000 estadounidenses en edad de votar, el 62,8 por 100 ha depositado su papeleta para las elecciones presidenciales. Es un índice de participación muy elevado para Estados Unidos. A título de comparación, en 1964 pasa al 61,8 por 100, en 1968, al 60,7 por 100, en 1972, al 55,7 por 100. Para las elecciones legislativas que se desarrollan en los mismos lugares y el mismo día, el índice alcanza el 58,7 por 100 en 1960. Resulta evidente que la campaña ha impulsado a las urnas a ciudadanos que de ordinario concedían poca atención a las consultas electorales. Los debates televisivos, sin duda, quizá los argumentos intercambiados a propósito de la religión católica, incluso la personalidad de los candidatos han sacudido la pasividad, sin suprimirla totalmente. Los demócratas tienen que sacar provecho de este apasionamiento, ya que en Estados Unidos hay más electores que invocan en provecho propio su filosofía que no la de los republicanos.

Sin embargo, los árboles no dejan ver el bosque. Las estadísticas nacionales son falaces. De uno a otro Estado, el índice de participación varía considerablemente. Es del 25,3 por 100 en Mississippi y del 79,7 por 100 en Idaho. Son los dos extremos. En general, es más bajo en los Estados del Sur que en otras partes. Allí, los blancos tienen la costumbre de acudir a los colegios electorales. Pero, gracias a artificios de procedimiento, los negros se ven desbancados. Apenas hay un 39,4 por 100 de ellos que figuren inscritos en las listas electorales de Florida. En el Mississippi, el índice de inscripción supera un poco el 5 por 100. Harán falta duras batallas, legislativas o no, para reparar la injusticia.

Sobre un total de 68.830.855 sufragios emitidos, Kennedy ha obtenido 34.221.349; Nixon, 34.108.546, y Byrd, 609.870, en Alabama,⁵ en Mississippi y en Louisiana, otros once candidatos se reparten 215.140 votos. Kennedy ha derrotado a Nixon por una ventaja insignificante: 49,71 por 100 contra 49,55 por 100. Si nos atenemos a los votos obtenidos por los dos grandes partidos, Kennedy obtiene el 50,08 por 100 de los sufragios contra el 49,92 por 100 de su adversario. Nunca deja uno de sorprenderse ante diferencia tan escasa; con que unos pocos electores hubiesen cambiado su voto, habrían podido convertir a Nixon en presidente de los Estados Unidos. Recordemos que, en efecto, por mediación de los grandes electores un candidato conquista un Estado sólo con lograr la mayoría simple de los votos. Kennedy, victorioso en 23 Estados, dispone de 303 votos en el colegio de los grandes electores. Nixon, ganador de su rival en 26 estados, recoge 219 votos, ya que Mississippi ha dado sus ocho votos, Alabama, seis de sus once votos y Oklahoma, uno de sus ocho votos a Byrd. Todo ello permite que Kennedy aventaje a Nixon en 84 votos. Siendo la mayoría absoluta en el colegio de los grandes electores de 269 votos, el candidato resulta elegido sin dificultades para la presidencia. Pero, en once Estados, de los que ocho habían sido ganados por Kennedy, habría bastado un desplazamiento del uno por ciento de los votos populares para cambiar el resultado. En Illinois, por ejemplo, la ventaja de Kennedy se limita a 8.858 votos; en Texas, a 46.233. Si 4.500 electores, en un caso, y 23.500, en el otro, hubiesen votado por Nixon en lugar de por Kennedy, a los 219 grandes electores favorables a Nixon se hubiesen sumado otros 51, lo que hubiera dado la presidencia al candidato republicano. De ahí vino, sin duda alguna, el contar y recontar los votos, las acusaciones de fraude lanzadas o insinuadas por unos y combatidas por otros. Ninguna de las dos partes dejó de protestar. Ha sido necesario esperar varias semanas antes de conocer los resultados definitivos del Estado de Hawai. ¿Y qué ha pasado en Chicago y en los arrabales, allí donde el boss Daley reina como dueño y señor? Kennedy ha contado a uno de sus amigos que la noche de las elecciones había recibido una llamada telefónica de Daley: «Señor presidente, con un poco de suerte y la ayuda de algunos buenos amigos, Illinois será suyo.» Sin embargo, una comisión de control, cuyos miembros pertenecen en su mayoría al Partido Republicano, ha verificado las cifras de Illinois y ha llegado a la conclusión de que no eran discutibles. Nixon no ha exigido una averiguación más profunda. También los republicanos estaban convencidos de que la honradez de sus secuaces no quedaba al abrigo de toda sospecha. El silencio era mejor que algunas revelaciones comprometedoras para ambos partidos.

El análisis de los resultados necesita una constante prudencia. Algunas interpretaciones carecen de fundamento. Por ejemplo, ¿puede afirmarse que el dinero ha desempeñado un papel decisivo, suficiente para explicar la victoria de Kennedy y el fracaso de Nixon? Desde luego, no. Sin duda, los candidatos se han entregado a una lucha encarnizada. Hasta el último momento han intentado inclinar en su favor a los indiferentes y convencer a los indecisos. Una campaña de este género resulta

cara. Según las declaraciones oficiales, los republicanos han invertido 12.900.000 dólares; los demócratas, 11.800.000; los sindicatos, 2.450.000; diversos comités, 872.000, lo que arroja un total algo superior a los 28 millones, solamente en las elecciones presidenciales. A ello hay que añadir 4.821.000 dólares para las elecciones legislativas. Las deudas de los partidos son considerables: 750.000 dólares para los republicanos; 3.820.000, para los demócratas. Antes de 1960, el Partido Republicano siempre había gastado más que su rival. En esta ocasión, habida cuenta de que las contribuciones sindicales han ido a parar esencialmente a manos de los demócratas, los dos campos han combatido con armas iguales. Pero las cifras oficiales son falsas. La ley de 1925 exige a los comités nacionales que suministren periódicamente resúmenes sobre las contribuciones que tienen como objetivo influir sobre las elecciones en dos o más Estados. Si se trata de contribuciones que afectan a un solo Estado, de las primarias o de las convenciones, la ley no obliga a los declarantes a mencionar las sumas recibidas. Los Kennedy, por ejemplo, nunca figuran en la lista de donantes. Solamente la madre de Jacqueline, Mrs. Auchincloss, cuyas convicciones republicanas son conocidas, ha entregado 500 dólares al comité Kennedy-Johnson. Los especialistas consideran, en consecuencia, que el total de gastos para todas las campañas del año 1960, desde el mes de enero hasta el mes de noviembre, se ha aproximado a los 175 millones. Es una gran suma y, desde luego, superior a la de 1952 y 1956. Una parte considerable de este dinero ha ido a parar a las emisoras de radio y de televisión para la difusión de mensajes publicitarios. Pero no nos equivoquemos. Si bien la fortuna de un candidato puede jugar una baza antes de que las convenciones funcionen, deja de producir consecuencias políticas en la campaña oficial que se abre en septiembre. A partir de entonces son los partidos los que cargan con los gastos de la campaña. Nixon no dispone, pues, de fondos menos importantes que los de Kennedy. La amplitud de los gastos no es más que el testimonio del nuevo estilo de las campañas; no significa que puedan decidir el resultado de las elecciones.

No hace falta insistir demasiado en las peripecias de las últimas semanas. ¡Ah! ¡Si Nixon no se hubiera herido en una rodilla en septiembre...! ¡Ah! ¡Si le hubieran maquillado mejor para el primer debate televisivo...! ¡Ah! ¡Si el número de parados no hubiera aumentado en octubre...! ¡Ah! ¡Si Kennedy no hubiese tenido la idea de ponerse una camisa azul celeste antes de que le filmaran las cámaras de televisión...! Podría prolongarse la lista de lamentaciones y de hipótesis que siempre dejan escapar, a pesar de todo, las mismas cuestiones. Lo que es indiscutible es que Kennedy ha sido mejor candidato que Nixon. Ha sabido sacar mejor partido que su adversario de la televisión. Puede que, simplemente, fuera más telegénico, más bronceado, más guapo, más encantador. Si hacemos caso de los sondeos de opinión, Kennedy iba en segundo lugar hasta finales de septiembre. Los debates televisivos le colocaron en primera fila. Mejor táctica, desde luego, y mejor estrategia.

Kennedy ha concentrado sus esfuerzos en los grandes Estados, contrariamente a Nixon, que, algunos días antes del escrutinio, acude a Alas-

ka para cumplir con la promesa de que atravesaría los cincuenta Estados. Mejor argumentación, en fin, ya que es más fácil atacar la gestión de un presidente saliente que defenderla y, al mismo tiempo, desmarcarse un poco de la misma. Nixon, además, ha tenido que disimular ciertos proyectos que le eran conocidos gracias a sus funciones oficiales. De haberlos evocado, habría contestado a los argumentos de Kennedy. Tal es el caso, especialmente, respecto a Cuba. Nixon ha cometido el error de confiar demasiado en sí mismo y en sus allegados, y no lo bastante en Eisenhower. Ahora bien, Ike es capaz, en las últimas semanas, cuando finalmente interviene en la campaña, de provocar adhesiones para el candidato republicano. Su participación permite que Nixon remonte en parte la corriente. Sus partidarios se preguntan incluso si los resultados no habrían sido diferentes si se hubieran producido a mediados de noviembre en lugar del día 8. Pero siempre resulta fácil festejar las cualidades del ganador y maldecir los defectos del vencido.

Los demócratas conservan la mayoría en el Congreso, tanto en el Senado como en la Cámara de representantes. Sin embargo, esta mayoría se desmorona o, más exactamente, había alcanzado la cima después de las elecciones legislativas de 1958. Dos años más tarde vuelve de nuevo a su nivel habitual. Los demócratas pierden dos escaños de senador de los 23 que estaban en liza, y 21 escaños de representantes. La victoria de Kennedy no ha tenido efectos sensibles en la composición del Congreso. Los republicanos ocupan de nuevo sus escaños de senador en el Midwest, que ha dado también la mayoría de sus votos a Nixon. Obtienen un buen resultado en Connecticut, Ohio, Maine, Vermont, Oregón y Pennsylvania. Por contra, en Nueva York, Kennedy recoge una amplia mayoría y arrastra, en su estela, la elección de tres representantes demócratas; en Connecticut y en Nueva Jersey, los resultados son favorables a la vez a Kennedy y a los demócratas. Al mismo tiempo hay que proveer 27 puestos de gobernador. Los demócratas logran 15; los republicanos, 12. Seis han pasado de los demócratas a los republicanos; siete, de los republicanos a los demócratas. De hecho, en las elecciones legislativas o en las elecciones de gobernadores, las condiciones locales son determinantes. Muy a menudo, los electores han votado por Kennedy sin identificar su causa con la del Partido Demócrata. Las motivaciones que les animan en las elecciones presidenciales no son idénticas a las que les impulsan en las otras consultas. ¿Acaso el éxito coronó más a un hombre que a un partido?

Otra peripecia atestigua el valor del candidato. El 19 de octubre, Martin Luther King y otros 52 negros son arrestados en Atlanta, Georgia. Combaten la segregación racial practicando una *sentada* en unos grandes almacenes de la ciudad. Pero, de todos ellos, solamente King es retenido en la cárcel. Por añadidura, gracias a una argucia jurídica, se ve condenado a cuatro meses de trabajos forzados y transferido inmediatamente a una penitenciaría. Un profesor de Derecho de la Universidad de Notre Dame, Harris Wofford, aconseja entonces a John Kennedy que haga algo. Kennedy no duda ni un momento. El 25 de octubre llama por teléfono a la señora King para expresarle su simpatía.

Poco después, Robert Kennedy recomienda clemencia al gobernador de Georgia. King es puesto en libertad. ¿Qué hace Nixon mientras tanto? Nada. Y, sin embargo, está cerca de la presidencia y quienes le rodean han sometido a su consideración un proyecto para una declaración en favor de King. Pero Nixon teme disgustar a los blancos del Sur, al tiempo que lucha para obtener los sufragios de los negros del Norte. Kennedy, por el contrario, ha intervenido e intenta obtener un beneficio político de su gesto. Hace imprimir y difundir millares de ejemplares de un panfleto que subraya su interés por la causa de los derechos civiles. Con ellos inunda los ghettos negros de las grandes ciudades del Norte. El padre de King, un pastor baptista que no siente ninguna simpatía por el catolicismo, y menos aún por un candidato católico a la presidencia, se siente conmovido por la llamada telefónica de Kennedy y anuncia públicamente su adhesión al candidato demócrata. Kennedy le da el eco adecuado a esta toma de posición. Sin duda, los negros votan ya, en una gran mayoría, por el Partido Demócrata. Pero teniendo en cuenta la controvertida reputación del senador Kennedy en materia de derechos civiles, puede que el 25 de octubre haya obtenido los pocos votos necesarios para ganar el 8 de noviembre.

Y los católicos, ¿han votado por el hombre o por el partido? Nada resulta tan difícil de estimar como el peso del «voto católico». Para Sorensen, que se apoya en estudios llevados a cabo por politicólogos, no hay duda. Kennedy ha ganado a pesar de pertenecer a la Iglesia católica y no gracias a ello, ya que un buen número de protestantes, —alrededor de cuatro millones y medio—, ha preferido votar por Nixon antes que por un católico. Por otra parte, añade Sorensen, los católicos se habían sumado a Eisenhower, en 1952 y en 1956, en cierta proporción. No importa de qué manera hubiesen vuelto al Partido Demócrata en 1960. Tras una simulación en un ordenador, lo que conviene recordar es la interpretación contraria. Kennedy, debido a sus convicciones religiosas, ha perdido un millón y medio de sufragios, o sea, un 2,3 por ciento del total, repartidos entre los Estados del Sur y los del Oeste o de los Apalaches. Por contra, gracias a los votos católicos, ha ganado en Estados como Connecticut, Nueva York, Pennsylvania, Illinois y Nuevo México. En una palabra, ha hallado, e incluso superado, a nivel de los grandes electores, lo que había perdido a nivel de los sufragios populares. Pero todos los analistas coinciden a la hora de reconocer que nadie se convierte en presidente de los Estados Unidos gracias solamente a los votos de las minorías. Kennedy ha obtenido el soporte de un 70 a un 80 por ciento de los católicos, de un 75 a un 81 por ciento de los judíos, de un 61 a un 68 por ciento de los negros, pero también de un 38 a un 46 por ciento de los protestantes. De los 34 millones de americanos que han votado a su favor, 14 millones, al menos, son protestantes. Estas cifras merecen una confianza relativa, ya que, a fin de cuentas, son pocos los electores que se deciden en función de un solo criterio. Corresponden, aproximadamente, a la clientela tradicional del Partido Demócrata. El debate sobre la religión católica ha apasionado a la opinión. Pero, ¿ha influido, en el desenlace del escrutinio?

Resultado de las elecciones presidenciales de 1960

ESTADOS	REPUBLICANO	DEMOCRATA	OTROS
Alabama	237.981	318.303	7.958
Alaska	30.953	29.809	
Arizona	221.241	176.781	469
Arkansas	184.508	215.049	28.952
California	3.259.722	3.224.099	22.757
Carolina del Norte	655.420	713.136	
Carolina del Sur	188.558	198.129	
Colorado	402.242	330.629	3.365
Connecticut	565.813	657.055	
Dakota del Norte	154.310	123.963	158
Dakota del Sur	178.417	128.070	
Delaware	96.373	99.590	720
Florida	795.476	748.700	
Georgia	274.472	458.638	
Hawai	92.295	92.410	
Idaho	161.597	138.853	
Illinois	2.368.988	2.377.846	10.560
Indiana	1.175.120	952.358	7.882
Iowa	722.381	550.565	864
Kansas	561.474	363.213	4.138
Kentucky	602.607	521.855	
Louisiana	230.980	407.339	169.572
Maine	240.608	181.159	
Maryland	489.538	565.808	
Massachusetts	976.750	1.487.174	5.525
Michigan	1.620.428	1.687.269	10.400
Minnesota	757.915	779.933	4.039
Mississippi	73.561	108.362	116.248
Missouri	962.221	972.201	
Montana	141.841	134.891	847
Nebraska	380.553	232.542	
Nevada	52.387	54.880	
New Hampshire	157.989	137.772	
New Jersey	1.363.324	1.385.415	24.372
Nueva York	3.446.419	3.830.085	14.319
Nuevo México	153.733	156.027	1.347
Ohio	2.217.611	1.944.248	
Oklahoma	533.039	370.111	
Oregón	408.060	367.402	
Pennsylvania	2.439.956	2.556.282	9.863
Rhode Island	147.502	258.032	
Tennessee	556.577	481.453	13.762
Texas	1.121.699	1.167.932	22.039
Utah	205.361	169.248	100
Vermont	98.131	69.186	
Virginia	404.521	362.327	4.601
Virginia Occidental	395.995	441.786	
Washington	629.273	599.298	13.001
Wisconsin	895.175	839.805	3.102
Wyoming	77.451	63.331	
TOTAL	34.108.546	34.221.349	500.960

Fuente: Congressional Quarterly, 1961, pp. 1033-1075

Finalmente, hay que tener en cuenta el reparto regional de los votos. El Oeste, las Montañas Rocosas (a excepción de Nevada), las Grandes Llanuras, los Estados del Medio Oeste que bordean el Sur (Kentucky, Tennessee) han votado por Nixon. Kennedy ha triunfado en gran parte de Nueva Inglaterra, en los Estados de la costa media del Atlántico, en el Sur, salvo en Florida, y en el Mississippi. Queda situado en cabeza en siete de los nueve Estados más poblados, y deja que se le escapen California y Ohio. Su electorado se compone de ciudadanos del Norte y de habitantes del Sur. Es el esquema clásico de la coalición del Partido Demócrata. Si se estudian los resultados al nivel de las circunscripciones legislativas (los *districts*), Kennedy los mejora respecto a Stevenson en 127 *districts* del Este, 118 del Medio Oeste, 65 del Sur, 53 del Oeste; o sea, 363 sobre un total de 425. En 70 *districts* pierde puntos; 54 de ellos están situados en el Sur. No sin dificultades, y sin duda gracias al apoyo y a la popularidad de Lyndon Johnson, Kennedy ha conservado la mayoría de los votos del Sur. Pero los blancos de esta región se mantienen distanciados de un partido al que califican de exageradamente liberal. En Georgia, en Alabama, en Mississippi y en Carolina del Sur, Nixon ha logrado mejores triunfos que Eisenhower.

Dos conclusiones parece que se imponen. El 8 de noviembre, una muy débil mayoría de estadounidenses ha elegido a Kennedy para la presidencia. Han designado en él al mejor candidato, al que había sabido organizar mejor su victoria, captar mejor los aires del momento, servirse de la televisión, contestar a los ataques de sus adversarios, imponer un eslogan que se graba en la mente. El candidato es, al mismo tiempo, el portavoz de un partido, mayoritario desde hace tiempo, seguro de ganar si ninguna catástrofe le expulsa del poder, si ningún adversario goza de una popularidad excepcional. Parece, por contra, que los programas de los republicanos y los demócratas eran demasiado parecidos para ofrecer una verdadera elección a los votantes. La segunda conclusión conduce al futuro. Nadie ha sostenido nunca que Kennedy hubiera sido mal elegido y que, al no obtener la mayoría absoluta de los sufragios populares, perdía el derecho de ejercer el poder supremo. Otros presidentes de Estados Unidos han sido elegidos, antes que él, por mayoría simple, especialmente Lincoln, que obtuvo menos del cuarenta por ciento de los sufragios. También se dio el caso, en 1876 y en 1888, de que un candidato obtuvo menos votos populares que su contrincante y más votos en el colegio de los grandes electores. Pero Kennedy alcanza una victoria tan débil que podría darse el caso de una paralización del ejecutivo. En efecto, ¿cómo actuar cuando sólo se aventaja al adversario por tan poco y cuando quizá no se dispone de apoyos suficientes en el Congreso? Kennedy ansiaba ser un presidente fuerte y dinámico. No es muy seguro que los resultados del escrutinio le den la posibilidad de realizar su anhelo. Jefferson dijo que no pueden edificarse grandes decisiones sobre mayorías escasas. Kennedy lo experimentará tristemente.

5. La defensa del mundo libre

En el transcurso de las campañas respectivas, los dos candidatos han evocado los problemas internacionales, pero no es este el tema en el que verdaderamente se han enfrentado. Los electores han seguido con mucha más atención el debate sobre el paro, sobre la ralentización de la expansión económica, sobre los derechos civiles de los negros. Y, sin embargo, lo que la gente recuerda hoy de la presidencia de John F. Kennedy son los episodios dramáticos que afectan la política extranjera. Es más, el discurso que todo nuevo presidente de Estados Unidos pronuncia sobre las escaleras del Capitolio, tras haber prestado el juramento de fidelidad a la Constitución, Kennedy lo consagra a los grandes problemas del mundo, como si de esta forma abordara las preocupaciones esenciales de sus conciudadanos.

Varias explicaciones acuden de inmediato a la mente. Kennedy se apasiona, desde su adolescencia, por la política extranjera. Si en el Congreso ha tenido que plegarse a las exigencias de su electorado y apartar, en consecuencia, la política internacional, no es menos cierto que ha aspirado —recordémoslo— a entrar en la comisión senatorial de Asuntos Exteriores y a presidir una subcomisión sobre las cuestiones africanas. Sabe también que los americanos apenas se enfrentan entre sí respecto al papel que su país ha de desempeñar en el mundo. Existe un consenso. Si el presidente, por ejemplo, se ve enzarzado en una negociación difícil con un líder soviético, puede estar seguro del apoyo de toda la nación. Si se quiere reconciliar a los estadounidenses, no hay más que hablarles de asuntos exteriores. Cuando se ha sido elegido para la presidencia con una ventaja tan minúscula, la consideración que antecede no pierde su valor. Kennedy experimenta, finalmente, una atracción por lo intelectual. Para él, como para los que le rodean, la política extranjera no soporta graves errores. Un paso en falso puede desencadenar la guerra nuclear. Hay que actuar, tras haber reflexionado, y bordear constantemente el abismo. Allí es donde se revelan las cualidades de un hombre de acción, ya que, con sus decisiones, compromete la vida de millones de individuos. Para quien ama el poder y no tiembla ante tales responsabilidades, tal perspectiva es un reto. Kennedy no se resiste a este atractivo.

También desempeña un papel primordial en la elaboración de la política extranjera de su país. Desde luego, el Departamento de Estado ha adquirido, desde 1945, una amplitud hasta entonces desconocida. Antes de la II Guerra Mundial contaba con un millar de empleados y coordinaba las actividades de 78 embajadores y ministros. En 1962, el Depar-

tamento emplea a 38.000 personas, a las que conviene añadir aquellas que trabajan para el *Peace Corps*, los servicios de información (USIA), las misiones militares, comerciales, agrícolas o financieras. Sólo la embajada de París ha decuplicado su personal. Pero en un régimen constitucional como el de Estados Unidos, la autoridad del presidente está por encima de la del secretario de Estado, que, al fin y al cabo, no es más que un ejecutivo, más o menos importante, según lo permita la Casa Blanca. Por otra parte, Kennedy no es ni el primero ni el último en creer que los problemas se enredan. La diplomacia, la defensa, los asuntos económicos y financieros, la acción psicológica forman un conjunto indisoluble. La política extranjera es por necesidad, sobre todo para una gran potencia, una política global y mundial. Sólo el presidente —o, como mucho, los organismos que dependen directamente de él— puede exponer las ideas directrices, tomar las decisiones capitales y, a través de una administración compleja, multiforme y gigantesca, seguir sus conclusiones.

Una visión pesimista del mundo

Antes de ser elegido, y durante las primeras semanas de su presidencia, Kennedy define los objetivos de su política extranjera. Para darse cuenta de ello, basta con leer sus discursos, incluido el discurso de entrada en función o el mensaje sobre el estado de la Unión, sus artículos o las confidencias de sus colaboradores. El nuevo presidente tiene una visión del mundo extremadamente pesimista. El cuadro que pinta, a grandes trazos, ofrece motivos como para asustar a sus oyentes o lectores. Hay dos ideas dominantes. Los Estados Unidos tienen que hacer frente a los «desafíos» (*challenges*). La palabra se repite incesantemente. Y, de vez en cuando, surgen las «crisis» que movilizan las opiniones, las energías y que provocan decisiones capitales. Estas «crisis» tienen su ritmo de vida: nacen, adquieren una intensidad dramática, amenazan la supervivencia del planeta y, finalmente, tienen una solución. El mundo de 1961 es peligroso. A cada momento está amenazado de destrucción total por las armas nucleares. Ocurre —recuerda Kennedy— que los Estados Unidos ya no disponen del monopolio atómico. La Unión Soviética no sólo se ha recuperado de su retraso, sino que acaba de adelantarse seriamente a Estados Unidos en el campo de los misiles. Por primera vez en su historia, los estadounidenses se ven directamente amenazados por una potencia extranjera. «El mundo es muy diferente ahora, ya que el hombre tiene en sus manos el poder de abolir cualquier forma de pobreza humana y también cualquier forma de vida humana.» Por si esta advertencia no fuera suficiente, Kennedy vuelve de nuevo a la carga en su mensaje del 30 de enero de 1961: «Hablo hoy en esta hora de peligro nacional y de posibilidades nacionales. Antes de que mi mandato se acabe, deberemos demostrar que una nación organizada y gobernada como la nuestra puede sobrevivir. El resultado no es seguro. Las respuestas no son claras, en absoluto.»



*Ceremonia de investidura del nuevo presidente, el 21 de enero de 1961.
Kennedy presta juramento ante Earl Warren, presidente de la Corte Suprema.*

¿Peligros imaginarios? Todo lo contrario. Por todas partes se multiplican las crisis. En Asia, China pone en peligro la seguridad de la India y de Vietnam del Sur. En Africa, la guerra civil desgarrar el antiguo Congo belga. En América Latina, los agentes del comunismo han establecido una base «a 150 kilómetros» de las costas de Estados Unidos y pretenden imponer la supremacía de su doctrina sobre todo el continente. En Europa Occidental, la estrategia y las alianzas están en plena quiebra. «Nuestro mayor desafío sigue siendo el mundo que está más allá de la guerra fría.» De ahí que, incluso antes de pensar en recurrir al arma económica o a las negociaciones diplomáticas, hay que ser fuerte y consolidar «nuestro arsenal militar». Al mismo tiempo, los soviéticos lanzan a los estadounidenses un nuevo reto. Ofrecen su asistencia económica y técnica a todos aquellos países que la soliciten. «Los éxitos de los rusos han sido notables y, a largo plazo, puede que se revelen más importantes que los que han conseguido en el campo de la técnica militar.»

De pronto, el tono de Kennedy cambia. Cuando la inclinación es hacia el pesimismo, el presidente, por lo contrario, pide a sus conciudadanos que reaccionen. Ha subrayado los desafíos para valorar mejor las

posibilidades de acción o, si se prefiere, la necesidad del voluntarismo. Corresponde a la dignidad de Estados Unidos lanzarse con todas sus fuerzas a un combate de tal envergadura. Es la hora de los esfuerzos. «No os preguntéis, mis queridos compatriotas estadounidenses, lo que vuestro país puede hacer por vosotros. Preguntaos lo que vosotros podéis hacer por vuestro país.» La llamada —cosa que a veces se olvida— se dirige al mundo entero, puesto que Kennedy prosigue en estos términos: «No os preguntéis, mis queridos compatriotas del mundo entero, lo que América hará por vosotros, sino lo que conjuntamente podemos hacer por la libertad del hombre.» Aquí se aprecia el montaje escénico. Tras haber suscitado la inquietud, Kennedy estimula las energías. Rechaza vigorosamente el fatalismo, el abandono, la desesperación. Estimula el optimismo fundamental de los estadounidenses. No hay nada perdido, dice en sustancia, si tenemos la firme voluntad de no perder nada. Es posible, bajo la dirección de un jefe enérgico e imaginativo, salir del mal paso. La misión de Estados Unidos consiste en lanzar una nueva cruzada, en seguir siendo fiel a sí mismo.

Esta misión tiene fundamentos históricos. Los Estados Unidos nacieron de una revolución que aportó al mundo la primera declaración de los derechos del hombre y de las libertades individuales. Surgieron como una reacción contra el absolutismo, o cuanto menos contra la «tiranía» de la metrópoli. Thomas Paine decía que la causa de la América revolucionaria era la causa de toda la Humanidad. Hoy, completa Kennedy, «la causa de toda la humanidad es la de América». En resumen, la América nacida de la libertad tiene que defender, en todas partes y siempre, la libertad. Esta idea viene mejor expresada aún en *Estrategia de la Paz*, compilación de los principales escritos de Kennedy sobre política extranjera, aparecida en 1960: «Nuestra Declaración de Independencia suscitó la esperanza del mundo entero, ya que hablaba de libertad “para todos los hombres” y no para unos pocos privilegiados. Y cada vez que América ha expuesto, en forma contundente, sus objetivos y su misión, lo ha hecho insistiendo sobre los derechos de “todos los hombres”. También la Humanidad, agradecida, ha erigido en su corazón numerosos monumentos que honran el nombre de América. Pero hoy nos equivocáramos si nos contentáramos con tales monumentos. Ya que el mundo espera de nosotros que reafirmemos la fe de nuestros antepasados y le demos un nuevo valor. Conviene encontrar “el sentido de nuestra misión.”» Estados Unidos ha defendido estas libertades, tanto en el curso de las dos guerras mundiales como en el conflicto de Corea. Antiguo combatiente él mismo, héroe del Pacífico que conoce el valor de los soldados y los sacrificios que son capaces de soportar, Kennedy añade: «Las tumbas de los jóvenes americanos que han respondido a esta llamada dan la vuelta al mundo.»

Estados Unidos es el baluarte de las libertades. El régimen democrático, la inexistencia de barreras sociales, la libre empresa, son otros tantos signos que constituyen, para América, la Libertad. Estados Unidos ofrece al mundo el modelo de una sociedad de libertades. Es la condición indispensable para el mantenimiento de la paz. «La paz exige una

América que sea modelo de relaciones armoniosas con el mundo entero, una nación cuyo papel de líder sea indiscutible para poder poner en práctica lo que predicamos.» Las consecuencias de esta responsabilidad mundial son fáciles de adivinar. Estados Unidos no puede encerrarse de nuevo en el aislacionismo. Debe ocupar «su lugar»; en una palabra: ponerse al frente del mundo libre. El planeta es demasiado pequeño para que una potencia de las dimensiones de EE UU no se sienta afectada por todos los problemas del mundo. Y también ahí reside su interés, ya que necesita de un mundo en el que circulen libremente hombres y mercancías. Es al mismo tiempo su ideal, ya que defiende las libertades, tal como dice Robert McNamara, «en todos los pueblos del mundo». Libertad, una de las palabras que Kennedy emplea más a menudo...

Esta libertad se ve amenazada. En este sentido, el papel de Estados Unidos se acrecienta aún más. Si cede, la libertad muere. Hubo un país, que dio un mal ejemplo hace ya veinte años. Gran Bretaña se durmió, para recordar de nuevo el libro de Kennedy. Cedió a las facilidades del *appeasement*. Firmó con las potencias totalitarias el compromiso de Munich, que nada resolvió y que sólo sirvió para precipitar la guerra y hacerla más desastrosa para las democracias occidentales. Las democracias se deshonraron en 1938. No se trata de que, veintidós años más tarde, Estados Unidos siga este ejemplo. En todos los estadounidenses de la época, comprendido el hogar de los Kennedy, el «complejo de Mu-



USIS

John Kennedy sentado entre Dean Rusk (izquierda), secretario de Estado, y Robert McNamara, secretario de Defensa.

nich» se halla presente. Los estadounidenses lo harán mejor que Inglaterra. Una vez más, si así se prefiere, serán una especie de Inglaterra ideal, no la Inglaterra que es o ha sido, sino la que tendría que haber sido. Se dice que uno de los principales consejeros de la Casa Blanca, McGeorge Bundy, daba en Harvard, antes de entrar en la Administración, un cursillo anual sobre la crisis de Munich. El curso se hizo célebre y atrajo a muchos estudiantes. Munich obsesionaba las conciencias de los estadounidenses de este tiempo.

«Eran los mejores y los más inteligentes»

Para evitar la repetición de los errores hay que actuar y, en primer lugar, comprometerse. El compromiso (*commitment*) es también una palabra clave en el vocabulario de Kennedy. En el transcurso de su discurso de toma de posesión el presidente se compromete dos veces. «Que sepan todas las naciones, tanto si nos quieren bien como si nos quieren mal, que pagaremos el precio que sea, que soportaremos la carga que sea, que nos enfrentaremos a cualquier dificultad, que sostendremos a todos los amigos y nos opondremos a todos los enemigos, con el fin de asegurar la supervivencia y el triunfo de la libertad.» Y por si el compromiso no resultara aún bastante definitivo, Kennedy lo renueva algunos minutos después: «En la larga historia del mundo, algunas generaciones recibieron la misión de defender la libertad en momentos en que se hallaba en franco peligro. No me sustraigo a esta responsabilidad. La acojo con alegría. No puedo creer que nadie, entre nosotros, deseara pertenecer a ningún otro pueblo ni a ninguna otra generación.» La acción es algo que Kennedy no deja de proponer a sus ciudadanos. Resulta imposible permanecer inactivo ante una modificación o un acontecimiento que amenaza las libertades, aunque sea en otros lugares del mundo. Kennedy es un activista. Y los consejeros que le rodean comparten sus convicciones.

Entre ellos figuran los veteranos, los que le siguen desde los años en que comenzaron a reunirse en 1958. Sorensen, por ejemplo, es nombrado «consejero especial adjunto al presidente». Sigue redactando los discursos de Kennedy, pero también participa activamente en la elaboración y en la aplicación de las decisiones de política extranjera. Pierre Salinger se ocupa de las relaciones con la prensa, al tiempo que, de cuando en cuando, cumple misiones diplomáticas. Los diplomáticos y los militares profesionales aportan, con su experiencia y su prestigio, consejos y sugerencias siempre muy apreciados en la Casa Blanca. Tal es el caso del general Maxwell D. Taylor, que mantiene una campaña para la revisión de la estrategia nuclear de Estados Unidos y ha escrito una obra, *The Uncertain Trumpet*, para difundir sus ideas. Kennedy le llama de nuevo al servicio activo, convirtiéndole, primero, en su representante militar, y luego, en 1962, en el presidente del comité de los jefes de Estado Mayor. Convendría citar también a U. Alexis Johnson, antiguo embajador de Tailandia, subsecretario adjunto para los asuntos políticos del

Departamento de Estado. Chester Bowles, Adlai Stevenson (nombrado embajador en Naciones Unidas) y Averell Harriman son los representantes de una generación mayor que la de Kennedy. En distintos niveles conservan una gran influencia, al igual que Dean Acheson, que, desprovisto de toda clase de funciones oficiales, no deja de ser un consejero muy escuchado. Están, finalmente, los intelectuales, que dejan sus universidades para dar respuesta a la llamada del presidente. No es la primera vez que se produce semejante situación. Roosevelt también tuvo sus *eggheads*⁶ y sus *brains trust*. McGeorge Bundy, decano de la Facultad de Artes y Ciencias de Harvard, se convierte en «asistente especial para los asuntos de la seguridad nacional». Se aloja en la Casa Blanca y coordina las actividades diplomáticas y militares oficiales y secretas de Estados Unidos en el extranjero. Walt Rostow, profesor de historia económica y miembro del Centro de Estudios Internacionales en el MIT, es el adjunto de Bundy en 1961; luego pasa al Departamento de Estado para ocupar un puesto de primera línea. Cada uno de ellos tiene un hermano, William Bundy y Eugene Rostow, procedentes ambos de los medios universitarios, encargados también de desempeñar un papel importante en la elaboración de la política extranjera. Arthur M. Schlesinger, profesor de historia en Harvard, es nombrado «asistente especial» y se ocupa primordialmente de asuntos interamericanos. Jerome Wiesner, profesor de ingeniería en el MIT, es «asistente espacial» para la ciencia y la tecnología. Robert McNamara no es un universitario. Presidía la sociedad Ford. Pero por sus métodos de gestión, su espíritu ordenador y su inclinación por las estadísticas, se asemejaba a un intelectual. «Este tipo de la Ford, con el cabello engominado», tal como le designaba festivamente Lyndon Johnson, se coloca al frente del Departamento de Defensa, y en esta función sus consejos son de capital importancia, tanto como su voluntad de imponer a los militares las decisiones de los civiles. Dean Rusk, el nuevo secretario de Estado, proviene de la Fundación Rockefeller. Posee una muy sólida formación universitaria y ha ejercido funciones diplomáticas al comienzo de los años 50. Pero, sin duda, se encuentra incómodo dentro de este equipo brillante y dinámico. Cabría, finalmente, recordar otros nombres, como el de J. Kenneth Galbraith, economista de renombre que pasa a ser embajador en la India; el de George Ball, un hombre de negocios, gran conocedor de los problemas europeos, que ocupa el segundo puesto del Departamento de Estado a partir de noviembre de 1961; el de George Kennan, nuevo embajador en Yugoslavia. Faltarían aún los jefes de la CIA y del ejército. Pero no hay que prestar demasiada atención a los cargos oficiales. Robert Kennedy es el *Attorney General* que viene a ser una especie de ministro de Justicia. En realidad, su influencia supera ampliamente sus funciones. Participa muy activamente en las deliberaciones que guardan relación con la política extranjera. Negocia, en algunas circunstancias, con el embajador soviético en Washington. Controla las actividades de los servicios de información. Sin llegar a ser «los ojos y los oídos» de su hermano, Robert ocupa un puesto esencial en el equipo. Lo que ocurre es que el presidente Kennedy suprime, en amplia medida, el cuadro insti-

tucional que había heredado del presidente Eisenhower. Quiere consejeros con los que pueda conversar, no subordinados que acudan a él con una decisión, ya elaborada, para que la ratifique.

Todos estos hombres tienen un mismo afán. Deben ser «los mejores y los más inteligentes». Para repetirlo en la expresión de David Halberstam, han de sentir el placer de la planificación de los tecnócratas, recurrirán a un vocabulario complicado (disuasión, respuesta gradual, credibilidad, etc.), lo que quieren es hacer algo concreto: demostrar que Estados Unidos ha roto con el periodo de inmovilidad que caracterizó la presidencia de Eisenhower. No se hallan en el poder para administrar, sino para transformar, para dejar su huella, para expresar el punto de vista de «una nueva generación de estadounidenses, nacidos en el transcurso de este siglo, forjados por la guerra, disciplinados por una paz fría y amarga, orgullosos de su herencia ancestral». En este sentido comprenden, y luego expresan perfectamente, las ideas profundas de Kennedy.

La lucha contra el comunismo

Ahora bien, como defensores de las libertades en el mundo, Estados Unidos tiene un adversario, el comunismo, que se reviste de diversas formas, pero representa siempre el mismo peligro. En esto, los textos del Kennedy, candidato, recuerdan mucho a los del Kennedy presidente. En Carolina del Norte, el 18 de septiembre de 1960, declara: «Tenemos que enfrentarnos con un enemigo que actualmente domina un vasto imperio, desde el estrecho de Formosa hasta Berlín; un enemigo cuyos agentes de subversión penetran en Africa, en Asia, y que ahora mismo se establece a 150 kilómetros de nuestras orillas, en Cuba; un enemigo que está persuadido de su victoria definitiva.» ¿Conceptos electorales? No, ya que el 20 de abril de 1961, al día siguiente del desembarco en la Bahía de Cochinos, el presidente desarrolla una tesis parecida: «Las fuerzas del comunismo no deben ser subestimadas ni en Cuba ni en ningún lugar del mundo. [...] Está más claro que nunca que hacemos frente a una lucha incesante en todos los lugares del globo, que está más allá de un choque entre los ejércitos e incluso entre las armas nucleares.» El comunismo es la encarnación de las fuerzas del mal. Asemina las libertades y establece regímenes totalitarios. La ideología es una máscara que disimula los apetitos de la Unión Soviética. Lejos de asegurar la paz, contribuye a desestabilizar el mundo y, en consecuencia, pone en peligro la seguridad y la tranquilidad del planeta. En Salt Lake City, el 23 de septiembre de 1960: «El enemigo es el propio sistema comunista, implacable, insaciable, esforzándose sin tregua en conseguir el dominio mundial.» Y el 26 de junio de 1963, en Berlín: «Hay mucha gente en el mundo que de verdad no comprende, o pretende no comprender, cuál es la gran cuestión que separa el mundo libre del mundo comunista. ¡Que vengan a Berlín! Hay también quien dice que el comunismo es la ola del futuro. ¡Que vengan a Berlín! Hay quien dice que en

Europa o en otras partes podemos colaborar con los comunistas. ¡Que vengan a Berlín! E incluso hay algunos que dicen que el comunismo ciertamente es un mal sistema, pero que nos permite hacer economías. *Lass nach Berlin kommen!*» ¿Es el fruto de la indignación que le causa ver con sus propios ojos el muro que separa a un Berlín del otro? Se podrían multiplicar las citas, que son innumerables. No se trata de una indignación por encargo o puramente ocasional.

El análisis de la filosofía política de Kennedy requiere algunos comentarios. Para Kennedy, los países comunistas forman un bloque sin fisuras. La URSS, China, las democracias populares están unidas unas a otras. Las profundas divergencias, como las que saldrán a la luz a partir de 1962, entre chinos y soviéticos, parecen increíbles o, todo lo más, pasajeras. La visión del mundo comunista está, sin embargo, desprovista de agresividad. No es cuestión de predicar la liberación de la Europa del Este, sino de defender el mundo libre procurando que no se amilane. Esta doctrina lleva un nombre desde 1947: es la doctrina de la contención. Kennedy se ha rodeado a menudo de hombres nuevos, pero no ha propuesto a sus conciudadanos nuevas ideas. Es que, en el fondo, es un hombre profundamente de su tiempo. Se ha educado políticamente entre 1945 y 1960. Los objetivos que se fija para su política exterior se asemejan extrañamente a los de sus precedores. ¿Diferencias de estilo con Truman y Eisenhower? Sin duda. ¿Diferencias fundamentales? No parecen evidentes. Habla un idioma que es el mismo que ha tenido o que habría tenido Nixon. Los estadounidenses de 1961 no se sorprenden al escuchar las palabras de su presidente. Saben bien lo que les anuncia. Como máximo, están acostumbrados a una menor dramatización, a una atmósfera menos tensa, a unas situaciones menos conflictivas.

Los historiadores «revisionistas» descubren hoy que Kennedy expresa los puntos de vista de los hombres de la guerra fría. Se indignan, por ello, ruidosamente. Pero cometen un pecado de anacronismo. En 1961, la guerra fría es aún una realidad. Al fin y al cabo es fácil atribuir las mejores intenciones a la Unión Soviética y las peores a los Estados Unidos. Pero las intenciones cuentan menos que las acciones. Para los Estados Unidos, Moscú actúa como conquistador. Kruschev intenta causar miedo y lo logra. ¿Será para obtener ventajas suplementarias en una negociación a escala planetaria? ¿Impulsado por los «duros» del Kremlin? En aquel momento no se sabía. Por otra parte, tampoco lo sabemos hoy. Las profundas motivaciones de los dirigentes soviéticos siguen siendo misteriosas. Conviene recordar, por ejemplo, que el 6 de enero de 1961, Kruschev anuncia la intención de su país de sostener «guerras de liberación nacional». He aquí unas palabras que no pueden por menos que hacer reflexionar a Kennedy y a quienes le rodean. Tanto más, cuanto que los demócratas que acceden al poder son, en su mayoría, liberales. Y después de que el senador McCarthy lanzara su cruzada anti-comunista, los liberales han sido acusados de ser demasiado indulgentes respecto al comunismo. Bajo pretexto de defender las libertades públicas e individuales, consienten en dejar las manos libres a los campeo-

nes de la subversión. El maccarthysmo ha dejado huellas, sin duda, en las conciencias de los estadounidenses. Los liberales pretenden demostrar que no son culpables de los cargos que han hecho pesar sobre ellos. Tienen que demostrar, más que los conservadores, su anticomunismo. El complejo de Munich se asocia a menudo al complejo de McCarthy. Esta asociación explica muchas actitudes y muchos discursos.

Las nuevas naciones

Kennedy, sin embargo, resulta innovador en un punto. Se trata del lugar que atribuye a las nuevas naciones en la comunidad internacional. En su obra *The Diffusion of Power*, Walt Rostow hace una observación interesante. En los tiempos de Dean Acheson, escribe, el secretario de Estado era un superasistente para los asuntos europeos. Pero ya no es este el caso en 1960. La América Latina, Asia y Africa se agitan. La explosión demográfica y la descolonización explican los cambios, sorprendentes en la época, y brutales. Kennedy ha sido el primer presidente de Estados Unidos que ha sabido captar su amplitud. Existía, en el seno del Partido Demócrata, un ala liberal favorable a una política activa hacia el Tercer Mundo, una política que se basaría más en la ayuda económica y tecnológica que en el sostenimiento militar y político. Chester Bowles era su portavoz. Antes y después de las elecciones, Kennedy ha experimentado la influencia de este grupo, si bien es cierto que Bowles se vio separado del poder en noviembre de 1961.

Es importante saber lo que motiva a Kennedy. Pero, en este campo, se choca con cierta confusión. Si se relee el discurso de la toma de posesión, no hay duda alguna: el presidente hace profesión de idealismo. Las naciones ricas tienen que ayudar a las naciones pobres, ya que la moral así lo exige. El que tiene, da o presta a quien no tiene. «Juramos a todos aquellos hombres que en las ciudades y en las chozas que cubren la mitad del globo luchan por romper los lazos de la miseria de las masas que nos esforzaremos al máximo posible para ayudarles y para que se ayuden ellos mismos durante todo el tiempo que haga falta, no porque los comunistas lo hagan, no porque intentemos asegurarnos sus votos, sino porque es lo justo. Si la sociedad libre no puede ayudar a la multitud de pobres, jamás podrá salvar al pequeño número de ricos.» En América Latina, especialmente, en las puertas de Estados Unidos, el espectáculo de la miseria es insostenible. Las escuelas, las viviendas, los niveles de vida... Hay que mejorarlo todo. «La pobreza no es ninguna novedad en América Latina —dice Kennedy en octubre de 1960—. Lo que sí es nuevo es la determinación de salir de ella.» Los Estados Unidos se ven obligados a aportar su ayuda. Es su deber moral. También es su interés político. «El gran campo de batalla para la defensa y el progreso de la libertad se halla hoy en la parte Sur del globo [...], en los países de los pueblos que despiertan.» En el curso de la campaña electoral, los periodistas le interrogan sobre la necesidad de ayudar técnicamente a los países subdesarrollados. Su respuesta es esclarecedo-

ra: «Un programa dilatado y, a largo plazo, de asistencia económica a los pueblos del Asia libre, del Medio Oriente, de Africa y de América Latina está justificado desde un punto de vista constructivo y positivo. El interés de Estados Unidos consiste en que nosotros y nuestros hijos podamos vivir en un mundo de sociedades independientes, abiertas, desarrollando cada una de ellas su propia versión de la democracia política. En las regiones subdesarrolladas, nuestro enemigo no es la ayuda ni el comercio soviético. Nuestro enemigo es la pobreza, la desesperación, el estancamiento y el temor de que sólo el totalitarismo puede ayudar a una sociedad pobre y agraria a alcanzar un crecimiento constante. [...] En el periodo transitorio el comunismo es una tentación.» Moscú y Pekín recurren a una gran variedad de medios para hacer eficaz esta tentación. En el mensaje del 22 de marzo de 1961 sobre ayuda extranjera, observa que los programas de ayuda son, hasta el momento, insuficientes, que los países del Tercer Mundo soportan la presión del comunismo, pero que el objetivo de la asistencia consiste en «llevar a cabo la demostración histórica de que en el siglo XX, al igual que en el siglo XIX, en la parte sur del globo, al igual que en la parte norte, el crecimiento económico y la democracia política pueden desarrollarse simultáneamente». La andadura intelectual de Kennedy podría resumirse en pocas palabras. La pobreza conduce al comunismo, que destruye las libertades y, en consecuencia, la democracia. Hace falta que Estados Unidos participe muy activamente en el combate contra la miseria, ya que, contribuyendo a mejorar la condición de los pobres, los estadounidenses favorecerán el establecimiento de regímenes parecidos al suyo. Una vez rechazado el comunismo, se establecerá un mundo de naciones independientes que logrará vivir en paz.

A Kennedy le han prestado esta doctrina —que hemos resumido a grandes trazos— los expertos, economistas y sociólogos, que han trabajado en el MIT antes de la entrada al servicio del nuevo presidente. Su idea dominante es que Estados Unidos ayudará a las naciones pobres hasta su «despegue», el famoso *take-off* que Walt Rostow ha descrito ampliamente en *Las grandes etapas del crecimiento económico*. El dinero suministrado de esta forma no será suficiente. Harán falta también reformas fundamentales y fiscales y una mayor participación de los ciudadanos en la vida política. En cuanto se alcance el nivel del *take-off*, la ayuda estadounidense dejará de ser necesaria. El país asistido, impulsado hacia el buen camino, descartará la tentación comunista y consolidará su estabilidad política y, en consecuencia, su independencia. Tal como escribe Schlesinger, será el triunfo, no de Marx, sino de Locke. O bien, si así se prefiere, las naciones en vía de desarrollo seguirán el modelo estadounidense. Para defender esta tesis, los expertos del MIT se apoyan en un precedente, el del Plan Marshall. Comprueban, con un orgullo totalmente justificado, que la Europa Occidental ha relanzado su economía gracias a los préstamos y a los donativos estadounidenses, al tiempo que mantenían o recuperaban el régimen democrático. Lo que han hecho los países europeos, deducen, también pueden conseguir hacerlo las nuevas naciones.

En esto se equivocan. ¿Cómo no ven que el Tercer Mundo no se parece en absoluto a Europa? ¿Cómo permanecen insensibles ante la ambigüedad de sus recomendaciones? Cabe observar, en efecto, que su doctrina difiere profundamente de la de Dulles. Los Estados Unidos no deben contentarse con ayudar a los países que combaten el comunismo. En lugar de una asistencia limitada al suministro de armas o de instructores militares, procuran alumbrar «un mundo de la diversidad», un mundo, para repetirlo con los términos que Kennedy emplea en su mensaje sobre el estado de la Unión en enero de 1962, de Estados «libres de elegir su propio futuro y su propio sistema». Muchas son las ocasiones en las que el presidente vuelve sobre esta idea. A finales de 1961 ha declarado en Seattle que los Estados Unidos no son ni omniscientes ni omnipotentes. Representan, en todo y para todo, el 6 por ciento de la población mundial, y no sabrían imponer su voluntad al 94 por ciento restante. «No puede haber una solución estadounidense para cada problema mundial.» En 1963, en Salt Lake City, vuelve sobre el tema: «Cada nación posee sus propias tradiciones, sus propios valores, sus propias aspiraciones. Nuestra asistencia puede, de cuando en cuando, ayudar a las demás naciones a preservar su independencia y favorecer su crecimiento, pero no podemos rehacerlas a imagen nuestra. No podemos elaborar sus leyes, ni asegurar su gobierno, ni dictarles su política.» Tales declaraciones contrastan con el tono de los años precedentes. Es, al parecer, el fin del maniqueísmo. Y, sin embargo, Kennedy no se librará de verse atrapado en una alternativa: o aplica el principio de la diversidad y deja, eventualmente, que naciones ayudadas se acerquen a la Unión Soviética (con lo que resulta fácil imaginarse cuáles serían las reacciones del Congreso y de la opinión de los Estados Unidos) o distribuye los fondos de asistencia en función de los intereses de su país y la perspectiva de la guerra fría. ¿Qué pasa entonces con el principio de la diversidad? Kennedy ha vivido en esta contradicción desde enero de 1961 a noviembre de 1963, tiempo en el que ha tenido que doblegarse ante la realidad. En 1960, Estados Unidos ha cesado, después de al menos tres decenios, de autoabastecerse. Importa el 32 por ciento del mineral de hierro que necesita, el 98 por ciento de la bauxita, el 35 por ciento del plomo, el 60 por ciento del zinc, el 46 por ciento del cobre, el 60 por ciento de la lana, etc. Gran parte de estas importaciones proviene de países en vías de desarrollo. He aquí, a fin de cuentas, una dimensión suplementaria de su política en relación con el Tercer Mundo. Es engañoso reducirlo todo a aspectos económicos, pero también es engañoso olvidarlos. Se añaden a la complejidad de una situación que los expertos del MIT no han podido captar totalmente.

6. Una diplomacia total

Defender el mundo libre, poner un dique al comunismo, ayudar a los países en vías de desarrollo... Para alcanzar objetivos de tal magnitud hay que recurrir a una diplomacia total. Los métodos tradicionales no son, evidentemente, abandonados. De ahí que Estados Unidos siga dispensando su confianza, plena y entera, a la Organización de las Naciones Unidas. Aportan a la misma lo esencial de sus créditos de mantenimiento en el momento en que la Unión Soviética y Francia, por razones diferentes, se niegan a abonar sus contribuciones. Kennedy se opone al proyecto de *troika* de Krushev. No considera satisfactorio que el secretario general se divida entre tres personalidades: una que hable en nombre de los occidentales; otra, en nombre del bloque comunista, y la tercera, en nombre del Tercer Mundo. Mantiene, por otra parte, la política congoleña de Dag Hammarskjöld, y al día siguiente del accidente que ha costado la vida al secretario general de la ONU acude a Nueva York para pronunciar un conmovedor discurso. La presencia de Stevenson al frente de la delegación estadounidense atestigua también la importancia moral que el presidente atribuye a la organización internacional. Importancia moral, ciertamente, más que política. Kennedy prefiere las negociaciones directas y, cuando son posibles, los encuentros en la cumbre. Pero los métodos de la Nueva Frontera corresponden adecuadamente a su filosofía política. Se inclinan, al mismo tiempo, hacia la firmeza y hacia una suerte de liberalismo.

Un formidable arsenal

Los Estados Unidos de 1961 no se ven acorralados a la hora de elegir entre la mantequilla y los cañones. Pueden tener ambas cosas. Ahora bien, Kennedy se preocupa particularmente de la fuerza militar de su país. Pertenece a la generación que ha conocido Pearl Harbor y la lentitud de la movilización estadounidense durante la II Guerra Mundial. Se trata de que esto no se repita. Además, está persuadido de que la Unión Soviética negociará con unos Estados Unidos fuertes, mientras que se vería tentada a la aventura si los Estados Unidos comenzaran a debilitarse. Acrecentar el armamento de América es, de hecho, consolidar las oportunidades de la paz. Además, Kennedy ha hecho una campaña sobre un tema rico en imágenes, sorprendente, el del *misil gap*, sobre el que comienza a discutir la opinión pública. El *misil gap* no es una

invención de Kennedy. Se habla de él desde 1957. Efectivamente, este año los soviéticos han experimentado su primer misil intercontinental, antes incluso de que mandaran al espacio su famoso *Sputnik*. A partir de aquel momento, los estadounidenses se han convencido de que los soviéticos van a consagrar todos sus recursos a fabricar ingenios balísticos intercontinentales, los ICBM. En 1959, la prensa de Estados Unidos informa que en tres años la URSS poseerá 1.000, 1.500 ó 4.000 ICBM, mientras que Estados Unidos sólo tendrá 150. Habrá una brecha, un foso (*gap*, en inglés), que separará a los dos países y que será desastroso para el más débil. El equilibrio del terror habrá desaparecido. Los americanos estarán en situación de inferioridad en una proporción de al menos 1 a 3. Nadie dijo entonces que el *misil gap* ya existía. Se preveía para 1962-1963. De momento, Estados Unidos poseía menos ingenios balísticos, pero más bombarderos de medio y largo radio de acción.

El presidente Eisenhower intenta tranquilizar a sus conciudadanos. En vano. Lo que ocurre es que no puede citar sus fuentes de información sobre el estado real de las fuerzas soviéticas sin mencionar los vuelos ultrasecretos (hasta mayo de 1960) de los aviones U 2 por encima de la URSS o el papel de un espía como el coronel Penkowsky. En compensación, ciertos servicios del Pentágono se apoyan sobre sus amigos del Congreso para permitir algunas fugas, algunas estimaciones y contraestimaciones que agitan la mente de muchos. Los demócratas, finalmente, están encantados de descubrir una debilidad en la política de defensa de la Administración republicana y, a su vez, evocan con gran alboroto el escándalo del *misil gap*. Ya convertido en presidente, Kennedy advierte muy pronto que el *misil gap*, del que tanto se ha hablado, no existe. Los expertos estadounidenses han sobreestimado la producción soviética y se han equivocado en cuanto a las intenciones de Moscú. McNamara llega a decirlo públicamente en las primeras semanas. Sin embargo, se elabora y se lleva a cabo un vasto programa de armamento. Se piden al Congreso, y son votados, créditos suplementarios, indispensables. Las cifras hablan por sí solas. En el presupuesto de 1961, cuyo ejercicio comienza en julio de 1960 y acaba en junio de 1961, los créditos de la Defensa se elevan a 47,4 miles de millones. Pasan a 51,1, para el presupuesto de 1962; a 52,3, para el de 1963, y a 53,6, para el de 1964.

El arsenal estadounidense es, sin duda alguna, impresionante. Estados Unidos renuncia a los cohetes *Atlas* y *Titán*, que carecen de agilidad. Por contra, se lanza a la construcción de los *Minutemen* y de los *Polaris*. Los primeros son los ICBM que transportan, a una distancia de 10.000 kilómetros, una carga nuclear de un megatón, o sea, el equivalente a un millón de toneladas de TNT. Los segundos, lanzados desde submarinos, tienen un radio de acción más corto, del orden de los 2.000 kilómetros y una carga nuclear de 0,7 megatonnes. En enero de 1961, Estados Unidos poseía 16 *Atlas* ICBM, 32 *Polaris* y 600 bombarderos de amplio radio de acción. La URSS estaba dotada de 35 ICBM y de 200 bombarderos. En el momento en que estalla la segunda crisis de Cuba, en octubre de 1962, la superioridad estratégica de los Estados Unidos es considerable: 300 misiles frente a 100; 1.600 bombarderos de amplio

radio de acción frente a 300. Una estimación de abril de 1964 atribuye 750 ICBM y 192 *Polaris* a Estados Unidos. El programa en curso de realización les proporcionará 41 submarinos atómicos, con 16 misiles cada uno, o sea, un total de 656 *Polaris* y 1.200 *Minutemen*, que en 1964 se reducen a 1.000. Habrá que añadir los bombarderos que, en un 40 por ciento, se hallan en estado de alerta y que disponen de 2.200 bombas de un megatón cada una. Desde 1962, la potencia nuclear de Estados Unidos se establece en 30.000 megatonnes, o sea, 30.000 millones de toneladas de TNT o, si se prefiere, 10 toneladas por cada habitante del planeta. «En menos de tres años, hace constar Kennedy en noviembre de 1963, hemos aumentado en un 50 por ciento el número de submarinos *Polaris* previstos para poder operar antes de que acabe el próximo año fiscal, en más de un 60 por ciento el total de nuestras compras de *Polaris*, un 75 por ciento las de *Minutemen*, en un 50 por ciento el número de bombarderos estratégicos en estado de alerta de 15 minutos, en un 100 por cien el número total de armas nucleares puestas a la disposición de nuestras fuerzas de alerta estratégicas.» Es impresionante, pero es incompleto.

Después de todo, no basta con dotarse de un armamento nuclear. No es así como puede impedirse que los tanques soviéticos repriman la revuelta húngara, ni que el Vietnam acorrale a los franceses en el desastre de Dien Bien-Phu, ni que Castro se haga con el poder. Las fuerzas convencionales siguen siendo indispensables. A su llegada a la Casa Blanca, Kennedy descubre que son netamente insuficientes. Estados Unidos dispone en aquel momento de 11 a 14 divisiones de infantería, más tres divisiones de *marines*. Hay que recordar también que cinco de ellas están adscritas al VII Ejército, que asegura la defensa de Europa Occidental, y dos están estacionadas en Corea del Sur. Las reservas no superan las siete divisiones, algunas de las cuales ni siquiera están preparadas para una intervención inmediata. ¿De qué sirve verse comprometido en casi cuarenta tratados si no se pueden cumplir las promesas que en los mismos se contienen? Desde 1951, los efectivos militares de Estados Unidos no cesan de disminuir. De 2.800.000 hombres se ha bajado, en 1960, a 2.200.000. En la Unión Soviética se ha llegado a los 5.763.000 hombres en 1955, para bajar después, pero manteniéndose siempre por encima de los tres millones. Kennedy se ha esforzado, pues, en aumentar los efectivos movilizados o movilizables. En 1963, otros 500.000 hombres sirven en el ejército estadounidense. A decir verdad, no sería comprensible la intervención masiva en Vietnam si olvidáramos que Kennedy ha dotado a su país de un ejército poderoso y relativamente numeroso.

Una nueva estrategia

¿Sobrearmamento o armamento necesario? Dejando a un lado toda consideración moral, hay que analizar los motivos de Kennedy y de sus consejeros. Desde 1954, Estados Unidos profesa, con mayor o menor

rigor, la doctrina de las represalias masivas. Para replicar a un eventual ataque de la Unión Soviética contra su territorio o contra el de sus aliados, solamente es plausible una respuesta: la respuesta nuclear. Esto, en cierta medida, resulta tranquilizador para los protegidos, que pueden creer garantizada su independencia gracias al protector estadounidense. Si se reflexiona en ello, veremos que el argumento no se sostiene. Un buen número de franceses y de británicos no querían morir en Dantzig en 1939. ¿Cómo cabe imaginar que los estadounidenses se comprometerían en un conflicto nuclear, a no ser que ellos mismos se sintieran amenazados directamente? No es posible que los soviéticos creyeran semejante absurdo. «Supongamos —dice McNamara— que partís de la hipótesis de que una guerra nuclear es impensable. Supongamos que no sois capaces de llevar adelante una guerra no nuclear. En tal caso, no existe ningún fundamento militar para vuestra política.» Kennedy se ha sumado a las tesis de su secretario de Defensa y del general Maxwell Taylor. Las represalias masivas son impensables en todos los casos. Queda la respuesta graduada. Habida cuenta de la gravedad de la amenaza, Estados Unidos recurre a la guerra convencional, subversiva o nuclear. Dispone de cierto número de posibilidades. La disuasión es, en consecuencia, más creíble; el empleo del arma nuclear, más racional; el compromiso con los aliados, más sólido. El Pentágono posee los medios, en el peor de los casos, para sostener al mismo tiempo una guerra en Europa, una guerra en Asia y una guerra menos importante en la América Latina. Esto se denomina la estrategia de las dos guerras y media.

Kennedy quiere dotar también a Estados Unidos de una fuerza de segundo alcance. Sus efectivos militares no atacarán los primeros, ya que esto sería un acto insensato. Contestarán a un ataque nuclear golpeando las instalaciones militares del enemigo, no sus ciudades. Si la respuesta no detiene el conflicto, solamente entonces intentarán destruir las aglomeraciones urbanas. Esta estrategia de ir contra las fuerzas presupone un conocimiento perfecto de las rampas de lanzamiento del adversario y que ante el menor despliegue de la fuerza enemiga se contestará con el despliegue de una fuerza muy superior. Supone también una aceptación del «precio» de un ataque enemigo, ya que se conserva potencia para la disuasión. McNamara habla de una estrategia de «la destrucción asegurada». Es seguro que si la URSS desencadenara un conflicto, perdería el 25 por ciento de su población y de su industria y tendría que soportar las consecuencias de una prolongación de las hostilidades. Contra las fuerzas, primero, contra las ciudades, después, la estrategia estadounidense queda dispuesta sutilmente para abordar el comportamiento de la Unión Soviética. La «doctrina McNamara», expuesta en Ann Arbor (Michigan) en junio de 1962, se convierte en la política oficial de defensa de Estados Unidos.

La doctrina de la respuesta graduada es, a fin de cuentas, un instrumento de diálogo entre las dos superpotencias. Responde al deseo profundo y permanente de Kennedy de introducir la sensatez en las relaciones internacionales y, muy particularmente, en las relaciones entre

la URSS y Estados Unidos. Hay que evitar los errores de cálculo. De ahí la utilidad del teléfono rojo que, a partir de 1963, enlaza Washington y Moscú. ¡Cuántos conflictos se le hubiesen evitado a la humanidad si los responsables, militares o políticos, no se hubieran equivocado en cuanto a las intenciones del adversario! Dado que la III Guerra Mundial podría muy bien provocar la destrucción del planeta, el deber de una superpotencia consiste en no hacer nada que pueda provocar a la otra. Pero si el diálogo entre los dos grandes se ve interrumpido por la intrusión de una tercera o de una cuarta potencia, hay demasiados elementos que se convierten en imprevisibles. Nada hay tan peligroso, por tanto, como la diseminación nuclear. ¿Franceses y chinos persisten en su voluntad de entrar en el club nuclear? Otros países no tardarán en seguir el mal ejemplo, y el mundo correrá los más terribles peligros. Y además, ¿qué sería una fuerza de ataque francesa? Como máximo, un detonador que desencadenaría la fuerza de EE UU, es decir, un imponderable en los cálculos de los estrategos estadounidenses, un elemento irracional, un despreciable objeto del prestigio nacional. Kennedy, desde luego, ha compartido el punto de vista de Raymond Aron, que ha escrito: «El alma de Francia sobrevivirá a una paz, aunque tenga que estar asegurada por una fuerza integrada, pero no a una guerra, por muy francesa que sea.» Kennedy comprende muy bien las especulaciones que suscita el arma nuclear, pero se niega a dejarse seducir por los argumentos que inspira el sentimiento nacional de los demás.

En cuanto a la URSS, no se ha dejado convencer por la doctrina McNamara. Los dirigentes están aterrados ante el enorme crecimiento del arsenal estadounidense. La respuesta es que Estados Unidos ansía el mantenimiento de la paz, que fabrica muchos ingenios balísticos, no para servirse de ellos, sino para disponer de una fuerza disuasoria, y que necesita una muy clara superioridad en armamentos para no sentirse amenazado. La URSS posee alrededor de cuatro veces menos ingenios intercontinentales, y por ello teme más aún que la fuerza disuasoria se convierta en una fuerza de ataque. Es cierto que Kennedy se ha negado a construir un bombardero supersónico, el B 70, y un sistema antimisiles, el ABM. Es una buena señal. Pero, finalmente, si sus intenciones son pacíficas, ¿por qué pone en vías de ejecución semejante programa de armamentos? La conclusión que sacan los soviéticos es que ellos también tienen que lanzarse a la carrera de armamentos. Es la lógica de la guerra fría en la era nuclear. El desarme sigue siendo, más que antes, un proyecto utópico. Se habla mucho de él, pero pocas veces se tiene en cuenta. La URSS se niega a que su territorio pueda ser inspeccionado. Estados Unidos rechaza cualquier acuerdo que no descansa sobre controles efectivos y, por el momento, los satélites espías no prestan todos los servicios que de los mismos se esperaba. Deberán pasar aún algunos años antes de que se inicien conversaciones previas sobre la limitación de los armamentos estratégicos. A lo máximo que se llega es a firmar un tratado que prohíbe las experiencias nucleares en la atmósfera. Pero las negociaciones son largas. En 1961 fracasan, y el 30 de agosto la URSS anuncia su intención de experimentar

nuevos ingenios nucleares. Estados Unidos protesta y el 5 de septiembre reanuda sus ensayos subterráneos. A finales del mes de octubre, los soviéticos hacen estallar una bomba de 58 megatones, a pesar de las protestas en la ONU de 87 miembros sobre 98. El 25 de abril de 1962, Estados Unidos reanuda, a su vez, las experiencias en la atmósfera. En el curso del verano de 1963, finalmente, los dos grandes deciden firmar el *Test-Ban Treaty*. Puede que hayan comprendido que las experiencias en la atmósfera son menos útiles de lo que imaginaban y que suscitan más oposición que los ensayos subterráneos. Quizá las inspecciones sean menos necesarias, gracias a una mayor eficacia de los satélites. Cuando la URSS necesite con urgencia los cereales de Estados Unidos. Echan cuentas, cabe preguntarse si Kennedy no ha lanzado con imprudencia la carrera de armamentos.

La ayuda a los países subdesarrollados

La diplomacia total no se limita a la constitución de un arsenal nuclear y convencional. Existe también la ayuda a los países subdesarrollados. Kennedy había hecho promesas en la campaña electoral. Se da prisa en mantenerlas. Incluso toma una iniciativa espectacular. En marzo de 1961 anuncia la creación de una Alianza para el Progreso, con un fondo de 20.000 millones, para acudir en ayuda de la América Latina durante los diez próximos años. La financiación estará asegurada por Estados Unidos y las demás naciones del mundo industrializado. El objetivo consiste en acelerar el desarrollo económico y social. Pero para ello hacen falta reformas fiscales y monetarias, hipotecarias y económicas. Se crea una nueva administración, la *Agency for International Development* (AID). Se trata, en suma, de mostrar a las repúblicas latinoamericanas que pueden esperar todo de Estados Unidos si, cuando menos, no ceden a los atractivos de la revolución cubana. Se acabó la época del protectorado o de la indiferencia. En lo sucesivo, todo el continente compartirá el mismo ideal de libertad y de progreso económico. En una recepción dada en la Casa Blanca el 13 de marzo a los embajadores de América Latina, Kennedy les anuncia: «Un vasto esfuerzo, en común, sin precedentes por su amplitud y por la nobleza de sus objetivos, para satisfacer las necesidades fundamentales del pueblo americano en lo que concierne al alojamiento, al trabajo, a la tierra, a la salud, a las escuelas [...]; un plan para transformar los años sesenta en un decenio histórico de progreso democrático.»

El entusiasmo y el optimismo no son tan sólo oficiales. Conmueven a todos aquellos —y son decenas de millones— que a través de la Voz de América se enteran de la existencia de este programa. Tanto más, cuanto que no es único. Está también el de *Food for Peace* (Alimentos para la Paz). Kennedy no ha hecho más que apoderarse de una idea que circulaba desde hacía varios años. Dado que Estados Unidos dispone de sobrantes agrícolas, podría entregar sus productos alimenticios a los países que pasan hambre. Buen negocio y buena acción. George

McGovern, que no ha sido reelegido representante de Dakota del Sur, es el encargado de la coordinación. Tales productos alimenticios se distribuyen entre los obreros que construyen carreteras y desarrollan distintos proyectos en los países subdesarrollados. De esta forma hay fondos suplementarios que se desvían para que puedan ser empleados en otros menesteres. El *Peace Corps*, cuerpo de voluntarios de la paz, es otra experiencia. Chicos y chicas abandonan Estados Unidos para acudir al Tercer Mundo. Van allí para enseñar nuevos métodos agrícolas, técnicas industriales o artesanales, lenguas extranjeras y conocimientos que resultan indispensables en el mundo moderno. No tienen maravillosos salarios. Su vida ha de ser igual que la que llevan las poblaciones con las que conviven. Son voluntarios que, a su manera, atestiguan la solidaridad del mundo industrializado respecto al Tercer Mundo. Estos contactos harán que los pueblos se acerquen y que los estadounidenses se conozcan mejor. Una causa noble y generosa que responde al idealismo de muchos. Sargent Shriver, el cuñado del presidente, se halla al frente del *Peace Corps*, y su presencia subraya el interés de Kennedy por un proyecto piloto alumbrado el 1 de marzo de 1961. El éxito entre los estadounidenses no se hace esperar. A finales de 1962 hay 3.222 voluntarios que se hallan trabajando en 12 países de África, del Extremo Oriente, de América Latina, del Próximo Oriente y del Sudoeste de Asia. Serían más numerosos aún si los créditos de funcionamiento aumentaran. Un año más tarde suman ya cerca de 7.000 voluntarios, que sirven en 46 países. Kennedy ambiciona la obtención de créditos necesarios para que partan otros 6.000 jóvenes. Además, en septiembre de 1961, sugiere a las Naciones Unidas —cosa que obtiene sin dificultad— que los años sesenta sean proclamados «el decenio del desarrollo».

Sin embargo, los programas de ayuda al extranjero no han alcanzado la perfección deseada. Ni muchos menos. Lo que ocurre es que el Congreso no comparte el entusiasmo del presidente. Los créditos que uno pide, el otro los reduce considerablemente: un 18 por ciento en 1961; un 18,4 por ciento, en 1962; un 33,8 por ciento, en 1963. Por otra parte, el Congreso no deja de poner trabas a las autorizaciones de gastos, con enmiendas que impiden que los países poco entusiastas de Estados Unidos reciban ninguna clase de ayuda. Los electores siempre miran con malos ojos una política de grandes dispendios. Y esto no lo ignoran senadores ni representantes. Los republicanos, a su vez, no dejan de criticar los gastos del presidente Kennedy, que califican de desmedidos. Los demócratas conservadores son de la misma opinión. Además, Estados Unidos sufre, desde hace algunos años, un déficit en su balanza de pagos. Los partidarios de la ayuda llaman la atención sobre el hecho de que los créditos estadounidenses sirven para comprar productos de Estados Unidos. El presidente Kennedy lo explica pacientemente, en septiembre de 1963, a los hombres de negocios. «Deseo —les dice— que los hombres de negocios estadounidenses que se interesaron por el programa comprendan hasta qué punto les ha ayudado a penetrar en mercados para los que no hubiesen tenido ninguna vía de penetración ni ninguna experiencia, y que eran mercados tradicionalmen-

te europeos [...] El pasado año, un 11 por ciento de nuestras exportaciones se vieron financiadas con nuestro programa de ayuda. La importancia de esta ayuda para nuestras exportaciones va en aumento a medida que nuestra asistencia se extiende, y hoy se encuentra casi completamente ligada a adquisiciones de productos estadounidenses.» El mensaje está claro. Pero no todos los estadounidenses captan su significado. La política de déficit presupuestario que sigue el presidente no gusta siempre, habida cuenta que al mismo tiempo hay que votar una reducción de los impuestos. Además, los adversarios de la ayuda hacen notar que los créditos de EE UU no han conseguido el efecto político que se esperaba. Estados Unidos ha ayudado a Batista. Castro le ha derrocado. Diem se ha beneficiado ampliamente de los subsidios estadounidenses y Washington aplaudió en 1963 que le dejaran de lado. El príncipe Sihanuk renuncia al programa de ayuda de EE UU para establecer contacto con los chinos de Pekín. El propio Pakistán entreabre sus puertas a la China comunista. ¿Para qué sirve, pues, la ayuda?

En lo esencial, va a la América Latina, al Asia del Sudoeste y al Próximo Oriente. Comprende una parte militar y una parte económica. En el año fiscal de 1961, 2,7 miles de millones se ven afectados por la ayuda económica y 1,8 por la ayuda militar. En 1962, 2,3 miles de millones, en un caso, y 1,6, en el otro. En 1963, la proporción es más favorable a la ayuda económica, que en 1964 es dos veces superior a la ayuda militar. Pero, ¿qué pasa con este dinero en los países que se benefician del mismo? Algunos reciben productos alimenticios, que vuelven a vender para adquirir material militar. En estas condiciones, los esfuerzos publicitarios emprendidos por las autoridades estadounidenses están desprovistos de sentido. Y si los gobernantes locales no deciden las reformas deseadas, Estados Unidos no puede obligarles a ello. Si interviniera, demostraría que la ayuda arrastra una ingerencia permanente por parte del asistente en los asuntos del asistido. Nacionalistas y revolucionarios sacarían partido de ello para adueñarse del poder. Pero si no interviene, deja las manos libres a los reaccionarios y a los conservadores, que, vanagloriándose de ser enemigos del comunismo, ya nada tendrían que temer de las burocracias de Washington. ¡Cruel dilema!

La ayuda estadounidense, que ha aumentado de un 50 a un 60 por ciento desde la presidencia de Eisenhower, ha dado resultados decepcionantes. Kennedy acaba por confesar que está «deprimido». Soñaba con reforzar la «democracia representativa», «la libertad individual», los partidarios de «la izquierda democrática». Seis golpes de Estado trastornan América Latina en 1962-1963. El *putsch* en Argentina (marzo de 1962) le coge desprevenido. Protesta, sin más. En julio, los militares arrojan al presidente del Perú, elegido legalmente poco antes. En esta ocasión, Kennedy suspende las relaciones diplomáticas, corta la ayuda económica y ordena a los técnicos americanos que cesen en su colaboración. Brasil, México y Argentina protestan inmediatamente contra la ingerencia de Estados Unidos. Chile aconseja a Washington que no sea «más papista que el papa». Los demás países no llegan a definir una postura común. La oposición peruana se divide. Cuando la Junta promete

organizar elecciones para dentro de un año, Kennedy reestablece las relaciones diplomáticas entre los dos países. En lo sucesivo, mantiene la mayor prudencia cuando los golpes de Estado derrocan los regímenes constitucionales en Guatemala, Ecuador, Honduras. Incluso deja de intervenir en la República Dominicana. Sin embargo, en este pequeño país, Juan Bosch ha sido elegido presidente en diciembre de 1962. Comparte las convicciones democráticas de Kennedy. Desgraciadamente para él, se ve amenazado por los militares de la derecha y en el curso del verano siguiente pide ayuda a Estados Unidos. Respuesta de Washington: «Hoy por hoy tiene que salvarse por sí mismo.» El 23 de septiembre Bosch es derrocado por el ejército.

Los programas de ayuda al exterior no han transformado en absoluto el Tercer Mundo. Sin duda, habría que compartir las responsabilidades entre los estadounidenses y los países asistidos. Pero lo que realmente sorprende es que Kennedy va evolucionando cada vez más hacia una política idéntica a la de J. Foster Dulles. Se preocupa más del anticomunismo del régimen que de su asentamiento popular. Las reformas no se realizan. Las sociedades siguen siendo lo que eran. Finalmente, el temor de Castro ha dado origen a la Alianza para el Progreso. Y sigue siendo Castro el que impide el logro del plan. En cuanto al *Peace Corps* y al *Food for Peace*, no tardarán en ser instrumentos de la guerra fría; en una palabra, y para decirlo según la expresión habitual, en un instrumento del imperialismo estadounidense. El entusiasmo de marzo de 1961 ha dejado paso a la pasividad.

Finalmente, una diplomacia moderna y mundial no podría desdeñar en modo alguno el arma de la propaganda. Habida cuenta de las responsabilidades que asumen, los Estados Unidos tienen que dar a conocer sus iniciativas políticas, defender su ideología y combatir la subversión que les amenaza. No hay nada más legítimo. El gobierno federal posee, como es sabido, una estación de radio que emite para el extranjero. Es la Voz de América. Sus esfuerzos se dirigen, prioritariamente, no ya a la Europa oriental, sino a la América Latina. En tres años ha doblado su tiempo de emisión en onda corta y ha multiplicado por nueve sus emisiones en español. Pero depende de una agencia encargada de la información, la USIA. Kennedy confía su dirección a un brillante periodista de televisión, Ed Murrow. Una vez más, se ponen a disposición de la USIA medios cada vez mayores. Vemos, para dar un ejemplo, que se difunden por América Latina tres millones y medio de ejemplares de obras estadounidenses, traducidas al español, «para transmitir nuestro mensaje de verdad y de libertad a los cuatro rincones de la Tierra».

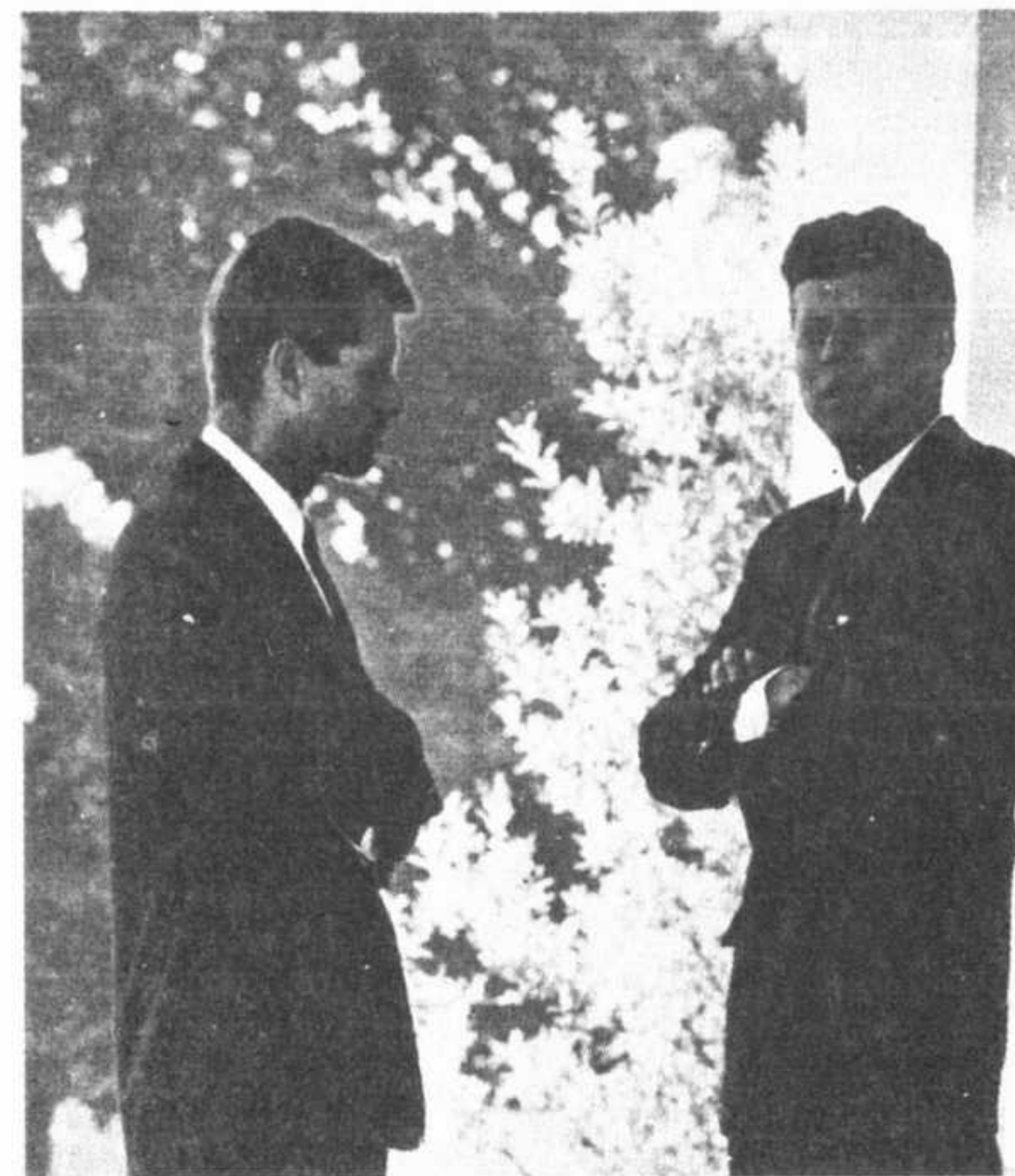
¿Es acaso por defender su ideología por lo que Estados Unidos interviene en la carrera a la Luna? Hay, indudablemente, razones científicas. La construcción de un material complejo dará también trabajo a miles de obreros. Y nadie excluye que la tecnología de los vuelos espaciales podrá servir, algún día, a las finalidades militares. Pero la rivalidad entre la Unión Soviética y los Estados Unidos en este campo parece afectar más a la propaganda. El lanzamiento de una cápsula o de una nave espacial es espectacular. El cosmonauta Yuri Gagarin, el primer hom-

bre que ha girado alrededor de la Tierra, es ante todo un héroe soviético. Se le convierte en el portavoz del socialismo. Si ha logrado su hazaña es porque la sociedad de la que surge es la mejor. «Necesitaremos algún tiempo para alcanzarle», comenta Kennedy. Los americanos habían experimentado un gran pesar al tener que aceptar que el lanzamiento del *Sputnik*, en 1957, se produjera mucho antes de que uno de sus satélites comenzara a navegar. He aquí que, cuatro años más tarde, la URSS aún hace más. Desde luego, Estados Unidos se ha acostumbrado, ya bajo la presidencia de Eisenhower, a estudiar con sus satélites las radiaciones solares, los fenómenos meteorológicos, los aspectos de la Luna o de Venus. *Echo*, *Pioneer*, *Telstar* son otros tantos nombres que recuerdan los primeros satélites estadounidenses destinados a las comunicaciones. El 5 de mayo de 1961, Alan Shepard realiza un vuelo suborbital a bordo de la cápsula *Mercury*. Está bien, pero los rusos lo han hecho mejor. Entonces Kennedy da el gran golpe. En un mensaje al Congreso sobre «las necesidades nacionales urgentes», el 25 de mayo pide créditos suplementarios para la NASA. Y añade: «Creo que nuestra nación debe comprometerse a alcanzar un objetivo antes de que acabe el decenio: el de colocar un hombre en la Luna y devolverle sano y salvo a la Tierra.» El Congreso vota el crédito que se le ha pedido, aunque la perspectiva de gastar veinte mil millones para alcanzar este objetivo le inquieta un poco. El 21 de julio, el presidente firma la nueva ley. Aquel mismo día, Virgil Grissom logra el segundo vuelo suborbital estadounidense. En febrero de 1962, el astronauta John Glenn da tres veces la vuelta a la Tierra. Se ha lanzado el programa *Apolo*. Un país capitalista intentará adelantar, en la carrera a la Luna, a un país socialista. Ya existen algunos sabios, en ambos campos, que se preguntan si la empresa se justifica en el plano científico y humano.

Las maniobras de la CIA

La lucha contra la subversión depende del FBI y de la CIA. La CIA ha sido creada en 1947, en un tiempo en que Estados Unidos no tenía, propiamente, servicios de espionaje, dando por sentado que el FBI nacido poco más o menos medio siglo antes, tiene por objeto proteger la seguridad nacional en el interior de las fronteras. No hay nada reprehensible en crear unos servicios de información o de vigilancia. Todos los Estados, pequeños o grandes, los poseen. La CIA busca informaciones y analiza la situación política, económica y social de los países de todo el mundo. Es su misión. Para llevarla a cabo, recurre a espías profesionales, a aficionados o, más sencillo aún, a observadores que leen los periódicos de cabo a rabo y escuchan las emisoras extranjeras. Poco a poco, la CIA se ha dedicado a llevar a cabo acciones secretas y ha intervenido en los asuntos interiores de tal o cual país. No es ese su papel. Los estadounidenses han ignorado durante mucho tiempo tales extralimitaciones, pero son conocidas por el presidente de Estados Unidos y por aquellos que le rodean. Es más, las estimulan. En 1953, la CIA

John Kennedy fotografiado junto a su hermano Bob, secretario de Justicia durante su presidencia, en la Casa Blanca. Entre 1961 y 1962 Robert Kennedy propuso al Congreso, y consiguió que se aprobara, la legislación contra el crimen más importante de las votadas desde 1954.



USIS

ha contribuido a la caída de Mossadecq, el primer ministro de Irán. Es responsable de la caída, en 1954, del presidente de Guatemala, Jacob Arbenz. Ha desempeñado un papel destacado en las crisis de 1954 y de 1958 en relación con las islas de Quemoy y de Matsu. Está presente en Vietnam del Sur desde 1954. Kennedy es el heredero de una situación que su predecesor había aceptado fácilmente. Pero no ha hecho nada por cambiar unas prácticas que, a fin de cuentas, perjudican el interés de Estados Unidos. Al día siguiente de las elecciones de 1960, una de las primeras medidas que ha anunciado es reveladora. Allen W. Dulles, hermano de J. Foster Dulles, sigue al frente de la CIA. Tendrá que transcurrir un año —y en ese lapso de tiempo el desembarco de la Bahía de Cochinos ha minado fuertemente el prestigio de la CIA— para que sea nombrado un nuevo director. Pero no es la personalidad de John McCone lo que merece llamar la atención, sino la tarea confiada a Robert Kennedy: controlar desde más cerca las actividades de la CIA.

La CIA ha preparado, desde 1960, un desembarco de fuerzas cubanas anticastristas en la Bahía de Cochinos. En abril de 1961, Kennedy da luz verde. Estos soldados han sido entrenados, equipados, alimentados por la CIA en Guatemala. La expedición fracasa lamentablemente, ya que la CIA ha estimado, con error, que el régimen de Castro se hundiría al primer disparo de metrallera. Kennedy ha asumido públicamente la responsabilidad del fracaso y amenaza con dismantelar la CIA. Pero no hace nada. En el momento en que la expedición de Cuba fracasa,

hace que los hombres de la Agencia entrenen a fuerzas especiales laosianas y confía a otros agentes de la CIA la misión de infiltrar una especie de guerrilla contra los comunistas vietnamitas. Último ejemplo: Kennedy conoce los numerosos proyectos de asesinato de Castro, pero no los prohíbe hasta pasado cierto tiempo. Renacen de nuevo sin que el presidente, o cuando menos su hermano, intervenga para que la CIA vuelva al camino de la rectitud. Hay, finalmente, un episodio revelador. Se trata del asunto de la Guyana británica.

Aquí tenemos, en efecto, una colonia británica de América del Sur que está a punto de acceder a la independencia. Gran Bretaña sigue la situación política muy de cerca; Estados Unidos, también. El hombre político más popular es un hindú (existe en la Guyana una comunidad originaria de la India), el doctor Cheddy Jagan. Ha sido elegido primer ministro en 1953, 1957 y 1961. Hace campaña por la independencia. Londres y Washington ven en él a un marxista, próximo a los comunistas. Cuando Jagan visita a Kennedy en Washington, en octubre de 1961, le habla en un lenguaje ambiguo y parece inclinarse hacia un socialismo bastante indeterminado. Kennedy responde que los Estados Unidos no son los cruzados de la libre empresa y que estudiarán la petición de créditos que Jagan acaba de formular. De hecho, primero en el Departamento de Estado y luego en la Casa Blanca, se considera que Jagan es un personaje peligroso. Sería mejor sustituirlo por Burnham, un líder negro, anticomunista y partidario de un socialismo neutralizado. Entonces se producen en Guyana disturbios raciales. Los sindicatos desencadenan un huelga general. En el momento en que parece que puede llegar a alcanzarse un compromiso, los sindicatos rompen las negociaciones. Estallan unos incidentes que producen 170 muertos y centenares de heridos. La conclusión del gobierno británico es la de que Jagan no puede ejercer el poder, por lo que suspende la Constitución existente para promulgar otra nueva que establece la representación proporcional. Gracias a este escrutinio, Burnham llega al poder contando con el apoyo de un tercer partido. En 1963 se sabía que la AFL-CIO sostenía los sindicatos guyaneses. Hoy sabemos que, por mediación de un organismo dependiente de la AFL-CIO, los sindicatos de la Guyana recibían fondos de la CIA, que la huelga estuvo financiada por la Agencia y que Estados Unidos hizo todo lo posible por derrocar a Jagan.

¿Por qué Kennedy ha sostenido estas intervenciones clandestinas? ¿Acaso tal actitud no está en total contradicción con sus declaraciones, sus discursos y con muchos de sus principios? Sorensen propone una respuesta: «El presidente —escribe— no ha dudado ni un momento sobre la necesidad y la legitimidad de los “golpes sucios” cuando ha tenido que enfrentarse con un adversario clandestino, amigo de las conspiraciones en una época de peligros escondidos. Pero opinaba que tenían que encuadrarse en el marco de la política extranjera, de acuerdo con sus objetivos democráticos para las naciones en vías de desarrollo y precedidos por más planificación y menos publicidad que en el asunto de la Bahía de Cochinos. Creía también que el aspecto humano y psicológico de la planificación de la guerra fría, en general, y de las guerras de

liberación nacional, en particular, necesitaba un esfuerzo más amplio que el de la CIA o el Pentágono.»

Kennedy no se muestra hostil al empleo de medios condenables si los fines son justos. Es pragmático. Solamente le importa el resultado. La guerra fría justifica a Estados Unidos, parece afirmar; pero se apresura a añadir: «No podemos, en tanto que nación libre, competir con nuestros adversarios en materia de terror, de asesinato, de falsas promesas, de multitudes manipuladas y de falsas crisis.» Por tanto, no hay que juzgar a Kennedy de acuerdo con los criterios de la moral individual. Kennedy, al igual que otros tantos hombres de su generación, se siente fascinado por la guerra psicológica. Ha leído los escritos de Mao Tse-Tung y del Che Guevara. Se preocupa, con un cuidado particular, de las fuerzas especiales que se entrenan en Fort Bragg (Carolina del Norte) o en la zona del canal de Panamá para misiones en Indochina. Acude a visitarlas y las dota de esa boina verde que muy pronto será su elemento de identificación. Se entrenan en la lucha contra los guerrilleros, sirven como consejeros militares y saben administrar, cuidar, construir, así como consolidar la moral de una población. Kennedy ha puesto en funcionamiento un grupo especial, presidido por el general Maxwell Taylor, y en el que figura destacadamente su hermano Robert, para estudiar, según su propia expresión, «una forma totalmente nueva de estrategia, una clase totalmente distinta de fuerza y, por consiguiente, una nueva y distinta manera de entrenamiento militar».

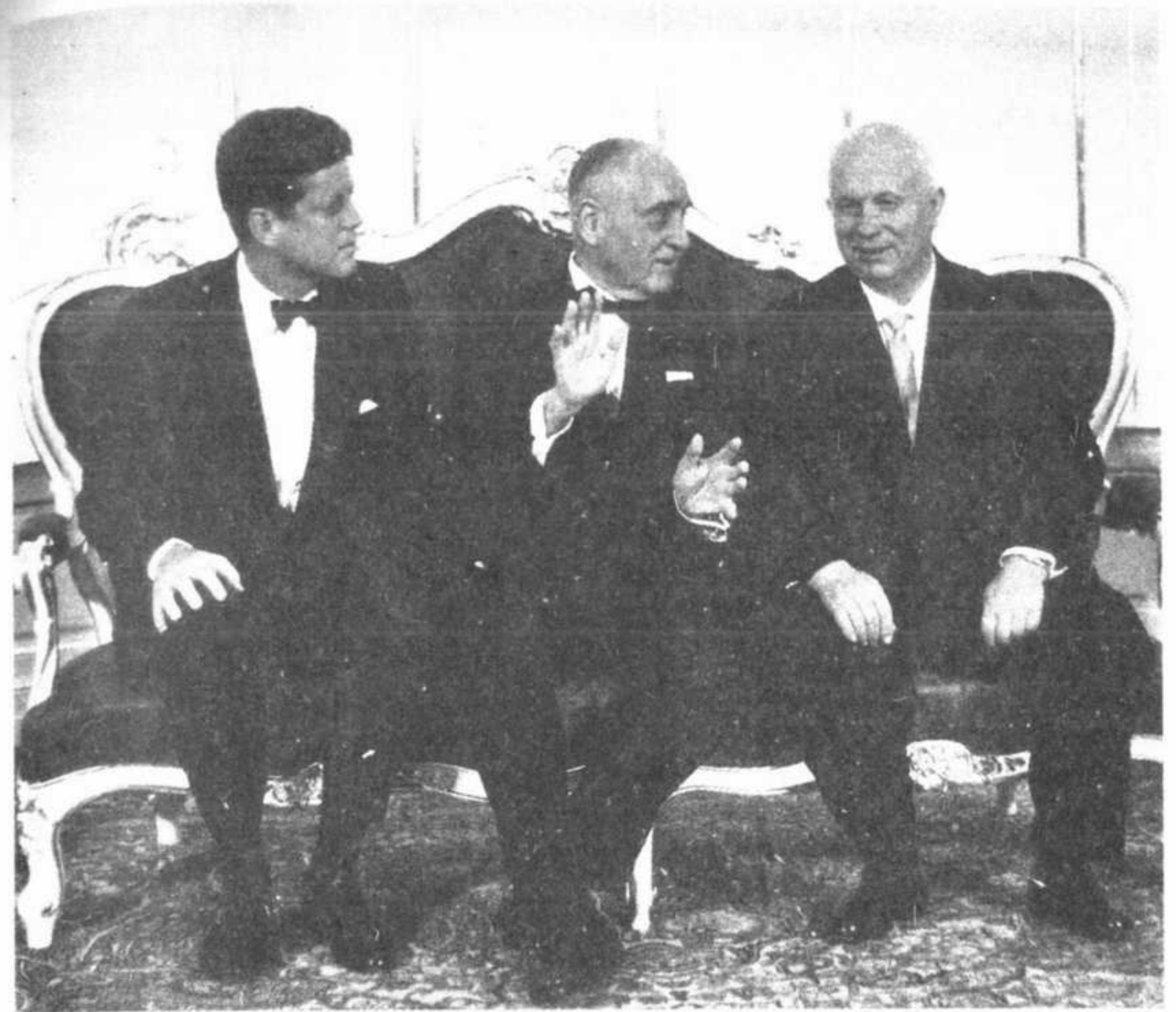
Decididamente, los liberales de la Nueva Frontera tienen la clara intención de llevar adelante la lucha contra el comunismo y en defensa de las libertades, sin reparar en los medios.

7. El balance de una política exterior

La política de John F. Kennedy no se resume en una palabra, que para unos sería Cuba y para otros Vietnam. Lo que cuenta, ante todo, son las relaciones con la Unión Soviética, ya que éstas influyen en todos los problemas y en todos los continentes. Desde el mes de febrero de 1961, Europa se halla en el centro de las preocupaciones americanas, ya que Krushev acaba de abrir, una vez más, la crisis de Berlín. De aquí a diciembre, sostiene, hay que firmar un tratado de paz por el que se reconozca la existencia de dos Alemanias. Desde ahora, un acuerdo transitorio regulará la suerte de Berlín Oeste, con el sobreentendido de que Berlín Este está unido a la República Democrática Alemana. Sin duda, Krushev ansía sacar provecho del *misil gap*, que ya sabe que es un mito, pero que parece obsesionar a los estadounidenses. A Kennedy le ha pillado por sorpresa. Las fuerzas armadas de su país no han alcanzado un nivel satisfactorio. Y el fracaso del desembarco en la Bahía de Cochinos ha convertido al presidente en un estratega inhábil. Las condiciones no son muy favorables para una negociación. Hay que prepararse para conversar y, al mismo tiempo, hacer comprender a los soviéticos que se podría llegar incluso a la guerra si demostraran una excesiva intransigencia. Estados Unidos en ningún caso estaría dispuesto a tolerar un nuevo bloqueo de Berlín. Y si la URSS firma un tratado de paz por separado con la RDA, en modo alguno los occidentales aceptarán hablar de la suerte de Berlín Oeste con los alemanes del Este.

Dean Acheson aconseja a Kennedy la mayor firmeza. El presidente sigue los consejos, al tiempo que busca las posibilidades de una negociación con Moscú. Los días 3 y 4 de junio, Kennedy y Krushev se reúnen en Viena. Es el primero y el último encuentro en la cumbre de estos dos hombres. El contacto no resulta muy difícil, pero en cambio no parece posible ningún acuerdo sobre Berlín. A los argumentos de su adversario, Kennedy responde con vigor que Estados Unidos tiene contraídos compromisos con los berlineses del Oeste y que los mantendrá. Asegura que el cierre de las carreteras de acceso a Berlín será, para Estados Unidos, un *casus belli*.

A su regreso a Estados Unidos, Kennedy pone en alerta inmediata a la opinión pública. La defensa de Berlín Oeste, anuncia sin ambigüedades, es una prueba decisiva para la firmeza del mundo libre. «He oído decir —declara el 23 de julio— que Berlín Oeste resulta militarmente indefendible. Igual ocurría con Bastogne y también, de hecho, con Stalingrado. Cualquier lugar peligroso es defendible si hombres de valor ha-



Un momento de la entrevista entre Kennedy y Krushev, celebrada en Viena en el año 1961.

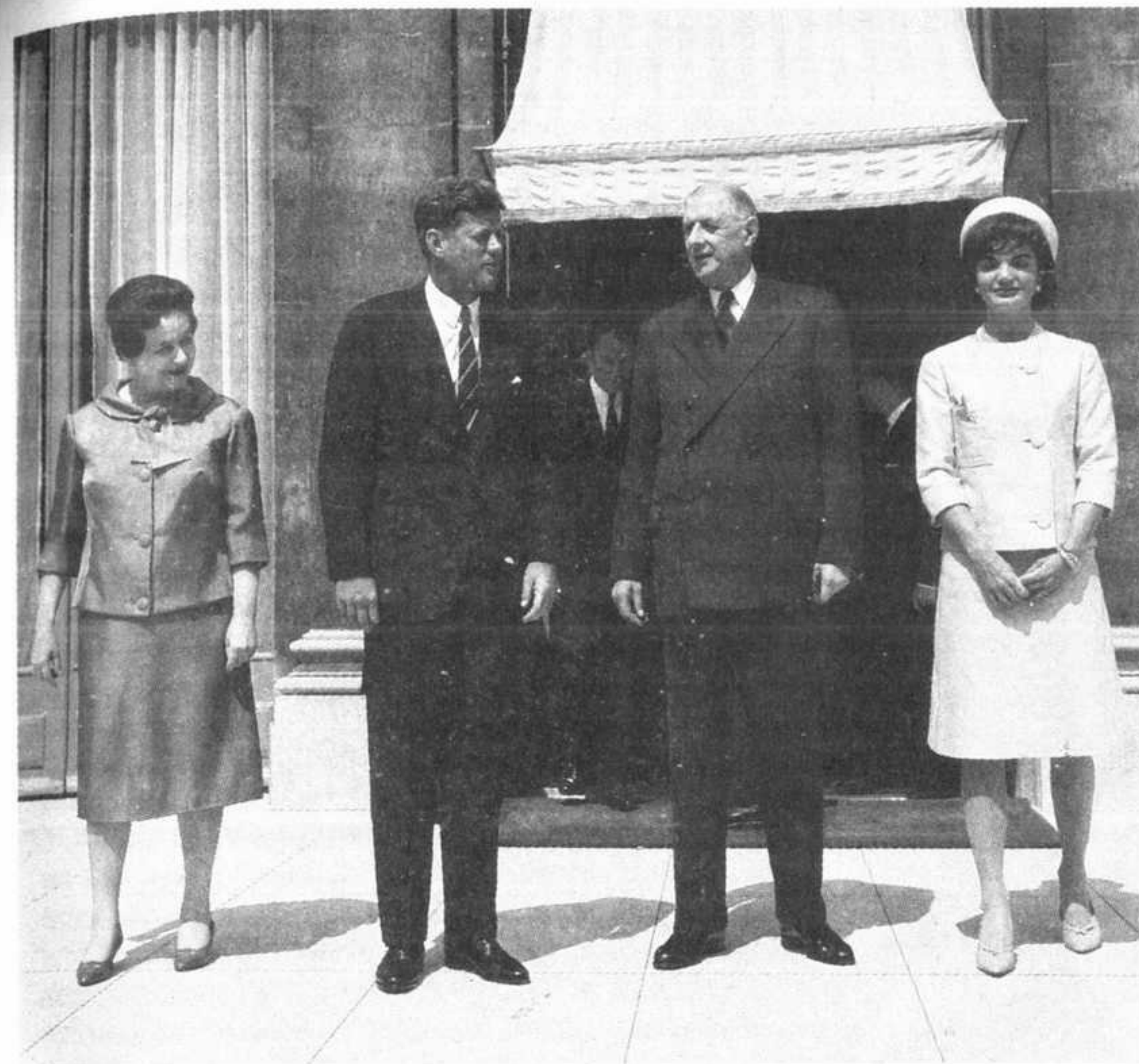
cen que sea así.» Al mismo tiempo reclama y obtiene del Congreso la concesión de nuevos créditos militares. No excluye la posibilidad de que se desencadene una guerra nuclear por culpa de los soviéticos. Durante algunos meses, los estadounidenses tiemblan, tanto más cuanto que el gobierno federal ha puesto en marcha un programa de construcción de refugios antinucleares. Algunas empresas constructoras ofrecen el último modelo por catorce mil dólares. Por si fuera poco, eminentes teólogos justifican que una familia recurra a la violencia si los intrusos intentan introducirse en el abrigo familiar. La dramatización forma parte del proceso diplomático.

Sin embargo, Kennedy invita también a la URSS a abrir negociaciones, aunque este aspecto sea menos subrayado en la prensa estadounidense que los preparativos militares. La respuesta es conocida. El 13 de agosto, las autoridades de Berlín Este cierran con alambradas espinosas los accesos a Berlín Oeste. Luego, al ver que los occidentales no reaccionan, deciden la construcción de un muro. Los americanos quedan tan sorprendidos que no aciertan a protestar hasta pasados varios días. Temen, aún más que antes, un nuevo bloqueo. De ahí que una unidad de 1.200 hombres circule por la autopista de Helmstedt a Berlín sin encontrar la menor oposición. ¿Quién es el vencedor de esta

crisis? Los británicos, los franceses y, sobre todo, los alemanes del Oeste no están satisfechos con la política estadounidense y no admiten el principio de la escalada que acaba por la separación de las dos Alemani-
 Kennedy ha alcanzado los objetivos limitados que se había fijado, al mismo tiempo que hacía comprender a Kruschew que el *misil gap* ya no tenía ningún sentido en Estados Unidos. Por contra, ha tenido que agitar la amenaza nuclear para obtener negociaciones tardías y parciales. Pero la Unión Soviética se ha visto acorralada hasta el punto de tener que adoptar medidas extremas, como la construcción del muro. La RDA no cesa, en efecto, de hacer presión sobre su protector para que detenga la hemorragia. Solamente en julio, 30.000 refugiados se han pasado de la Alemania del Este a la Alemania del Oeste. A comienzos de agosto, el flujo continúa. Si el muro es una excelente protección contra la despoblación, también es un signo de debilidad que las propagandas occidentales no dejan de explotar. Además, la URSS comprueba que las fuerzas convencionales de Estados Unidos han sido incrementadas a partir de la crisis. Kennedy ha sido autorizado para hacerlo con un contingente de 250.000 hombres, pudiendo llamar, en caso de necesidad, a 225.000 reservistas. Aun habiendo abandonado el Berlín Este, los estadounidenses se afirman con más vigor como los campeones de la libertad. Se comprometen, sin equívocos, a defender el Berlín Oeste. Es lo que Johnson vino a decir a los berlineses desde el verano de 1961. En el mes de junio de 1963, Kennedy renueva la promesa, proclamando delante del muro: «*Ich bin ein Berliner.*» Ciertamente es que en cualquier momento la crisis podría renacer de sus cenizas. Hoy sabemos que Europa ha salido de ella con una estabilidad que durará largo tiempo. En 1961 nadie lo ve claro. Y para Kennedy, el asunto de Berlín es muy inquietante. Seguirá siéndolo durante un año todavía.

El gran proyecto

La crisis de Berlín no ha dado pie a la unidad del mundo occidental. Lo cierto es que las relaciones entre Estados Unidos y Europa Occidental entran en un periodo difícil. Inglaterra sufre dificultades económicas e intenta remediarlas arrimándose al máximo a Estados Unidos, al mismo tiempo que pide ser aceptada en la Comunidad Europea. Mantiene sus lazos privilegiados, gracias a la amistad de Kennedy con Harold Macmillan. Sin duda, el presidente de Estados Unidos experimenta un afecto especial por un país que conoce muy bien y que le ha dado tan numerosos amigos. Con el general De Gaulle las relaciones son diferentes. Kennedy admira al héroe de la Francia libre. Jacqueline le ha traducido pasajes de las *Memorias de guerra* y Kennedy se ha inspirado en ellas para algunos de sus discursos. En la Casa Blanca, Francia conserva su reputación de nación cultivada, refinada y tradicionalmente amiga de Estados Unidos. La acogida que París dispensa a Jacqueline Kennedy y «al muchacho que acompaña a Jacqueline Kennedy» a finales de mayo de 1961, contribuye a estrechar aún más los lazos. Lo que no compren-



John y Jacqueline Kennedy junto al general De Gaulle y su esposa en París, en 1961.

de muy bien el presidente es el exacerbado sentimiento nacional de De Gaulle, ya que sin duda lo considera como una forma de arcaísmo. A sus ojos, es la división de Europa Occidental lo que explica su debilidad. Hay que ir hacia la unificación. Kennedy, como muchos estadounidenses, experimenta la influencia de Jean Monnet y, por este lado, descubre la Francia política que él ama. Es evidente que ha sido Jean Monnet quien le ha sugerido lo esencial de su discurso del 4 de julio de 1962. Este día, en Filadelfia, en lugar de celebrar sin ruido el Independence Day, el presidente de Estados Unidos lanza una declaración de interdependencia. Evocando el proceso de unificación europea, declara: «Estados Unidos observa esta vasta empresa con tanta esperanza como admiración. No consideramos que una Europa fuerte y unida constituya una rival, sino una asociada. Contribuir a su progreso ha constituido un objetivo básico de nuestra política extranjera desde hace diecisiete años. Estoy persuadido de que Europa irá a más, hasta llegar a desempeñar un papel importante en la defensa común, de responder más generosamente a las necesidades de las naciones pobres, de sumarse a Estados Unidos y a otros para bajar las barreras aduaneras, para resolver los pro-

blemas de divisas y de materias primas, para desarrollar una política coordinada en todos los campos de orden diplomático, económico y político. Vemos, en una Europa tal como la describimos, una asociada con la que podremos tratar sobre la base de una plena igualdad en lo que concierne a todas las inmensas tareas necesarias para poner en pie y defender una comunidad de naciones libres.» Kennedy propone de esta forma, entre su país y la Europa comunitaria, el establecimiento de un *equal partnership*, una asociación entre miembros iguales. Se referirá de nuevo al tema en junio de 1963, en Frankfurt.

La expresión es grandiosa. El discurso está destinado a levantar el entusiasmo de los estadounidenses, más aún que el de los europeos. Anuncia el gran proyecto del presidente, que quiere edificar una comunidad atlántica sobre «dos pilares»: Estados Unidos y la Europa unida. De hecho, ¡cuántas ambigüedades e imprecisiones! En primer lugar, el *partnership* no será llevado a cabo hasta que Gran Bretaña haya sido admitida en el Mercado Común. No antes. Ciertamente que en julio de 1962 eran muchos los que estaban convencidos de que el paso decisivo sería franqueado muy pronto, ya que el Reino Unido había depositado su candidatura hacía ya un año y Macmillan se había reunido con De Gaulle en el mes de junio. Pero la expresión resulta más que embarazosa. El vocablo no es unívoco en inglés. Un *partnership* es una asociación comercial. Puede ser también una asociación geográfica, política o económica. El adjetivo calificativo le da a la palabra uno u otro sentido. Y Dean Acheson observa, no sin humor, que ha conocido muchas asociaciones, pero ninguna en la que los dos asociados fueran perfectamente iguales. Este *partnership*, ¿ocupa el lugar del *leadership*, de la dirección, cuando menos moral, del mundo libre que Estados Unidos se atribuye? Dean Rusk sostiene, por su parte, que el *partnership* entre Estados Unidos y Europa Occidental existe desde 1945. Otros lo fijan en la fecha del nacimiento del Plan Marshall. Hay algo más grave todavía. En el mismo discurso Kennedy emplea el término «interdependencia». Ahora bien, en el vocabulario de Washington, las dos expresiones se excluyen mutuamente. *Partnership* se aplica al dominio económico y designa las relaciones entre entidades «separadas pero iguales». Interdependencia se aplica al problema de la defensa y significa que Estados Unidos es el único en detentar, con una Gran Bretaña reducida al papel de *junior partner*, la fuerza de disuasión nuclear. Hay otro rasgo revelador. Los periódicos estadounidenses se han preguntado ampliamente cuál podría ser el significado profundo del discurso de Kennedy. Ninguno llega a establecer una conclusión irrefutable. Todos celebran el tono vigoroso y resuelto del presidente, la grandiosidad y la generosidad del propósito. Uno de ellos sugiere, muy seriamente, que es mejor no explicar nada por miedo a decepcionar. En cuanto a los círculos estadounidenses de negocios, se mantienen a la expectativa. El *partnership* no es algo para hoy. Cuando los ingleses hayan entrado en la Comunidad, veremos lo que pasa. Lo esencial es que, una vez que se haya ampliado el Mercado Común, no se cree una zona aduanera sumamente protegida, de forma que impida la entrada de los productos estadounidenses.

Y aquí tocamos la cuestión principal: la balanza de pagos americana es deficitaria. En efecto, balanza comercial y balanza de servicios registran, en 1962, un excedente de 6,3 miles de millones. Pero los gastos militares en el extranjero y la ayuda al desarrollo se elevan a 5,4 miles de millones, y los movimientos de capitales privados fuera de Estados Unidos a 3,1 miles de millones. En total, un déficit de 2,2 miles de millones. Hay que liberar, pues, el comercio mundial. Kennedy ha propuesto, el 25 de enero de 1962, «una asociación comercial abierta entre Estados Unidos y la Comunidad Europea». No sin largas discusiones, el Congreso adopta la ley sobre la expansión del comercio (*Trade Expansion Act*), firmada por el presidente el 11 de octubre. Durante cinco años, el poder ejecutivo recibe la autorización de reducir en un 50 por ciento, e incluso suprimir, los derechos aduaneros sobre aquellos productos que en un 80 por ciento estén fabricados por Estados Unidos o por la Europa de los Seis. Si Gran Bretaña se convierte en miembro de la CEE, la lista de tales productos será larga. Respecto al mundo atlántico, la liberalización del comercio será una realidad. Esta ley sirve de base al *Kennedy Round*, que, a pesar de su nombre, comenzó en realidad después de la muerte del presidente. Hay que reorganizar también los mercados agrícolas. Las exportaciones estadounidenses en este campo se destinan, en una cuarta parte, a los países de la Comunidad. Hace falta también coordinar las políticas de crecimiento, definir las condiciones de la ayuda a los países en vías de desarrollo. Queda, naturalmente, el problema de los gastos militares. Estados Unidos dispone de un presupuesto para la defensa de su territorio y del mundo libre que corresponde a tres veces el presupuesto de los miembros de la OTAN. Para la defensa del Occidente cada estadounidense paga 290 dólares; cada europeo, 61 dólares. Estados Unidos esperan de sus asociados que contribuyan más generosamente a su propia defensa, y así compensen el déficit de la balanza de pagos estadounidense.

Con la unión de Gran Bretaña, la Comunidad Europea reunirá unos 240 millones de hombres y mujeres, un formidable mercado que provocará un notable crecimiento del comercio, un mercado en plena expansión. Esta perspectiva está cargada de amenazas para Washington. Estado Unidos apoya con todas sus fuerzas la candidatura británica, ya que Gran Bretaña impedirá que la CEE se convierta en un club proteccionista y contrabalanceará «las excentricidades de París y de Bonn». Aun así, hay que tomar precauciones. Una de ellas es la *Trade Expansion Act*. Otra, el *partnership*. Sin embargo, en el campo de la estrategia, ya no es cuestión de *partnership*, sino de interdependencia. ¿Una paradoja? Verosímilmente, no. George Orwell nos ha enseñado que incluso entre las sociedades igualitarias, algunas son más iguales que otras. Estados Unidos no comparte sus prerrogativas y sus responsabilidades de potencia nuclear. La diseminación de las armas nucleares, recordémoslo, es para Kennedy, así como para el Departamento de Defensa, uno de los mayores peligros que amenazan a nuestro mundo. Al igual que el presidente Eisenhower, no experimenta ninguna simpatía por el proyecto de un triunvirato a la cabeza de la OTAN, tal como lo ha pro-

puesto el general De Gaulle. No son de desear ni una fuerza de ataque francesa ni el armamento nuclear en Alemania Occidental. ¿Una fuerza europea de disuasión? Sí, tal vez; pero, ¿quién decidirá su utilización? ¿Habrán quince dedos dispuestos a hacer presión sobre el disparador? ¿Se integrará en la fuerza de disuasión estadounidense? ¿Se convertirá EE UU en dueño de una fuerza europea? Y, en tal caso, ¿para qué servirá? Finalmente, ¿cómo conciliar lo irreconciliable: Gran Bretaña, que posee el arma nuclear; Francia, que está a punto de lograrla; Alemania, que tiene prohibido construirla, pero a quien no gusta el papel de potencia secundaria; Italia y el Benelux, que desean ponerse al corriente?

Kennedy desea también que la OTAN aumente sus fuerzas convencionales. En este campo, sobre todo, Occidente se halla en una posición de debilidad en relación con el bloque del Este. Además, decide reformar un proyecto de 1960. Una fuerza multilateral formada por soldados de los países miembros de la OTAN, y dotada de misiles, que irían embarcados en buques de la marina. Es una concesión muy débil. Suscita reacciones negativas más numerosas que positivas. Muchos estrategos estadounidenses se preguntan, una vez más, cómo se llevará a cabo la coordinación con la fuerza nuclear de Estados Unidos. Los franceses condenan esta disolución de las entidades nacionales en una organización «apátrida», dominada por Estados Unidos. Aquí y allá hay quien se inquieta viendo a los alemanes dotados, aunque sea indirectamente, del arma atómica. La gente se pregunta, finalmente, qué papel podrá desempeñar una disuasión que descansa sobre algunos misiles. Kennedy se contenta con replicar que Estados Unidos se ha comprometido a asegurar la defensa de Europa, que el empleo de las armas nucleares solamente puede ser decidido por una autoridad única, que de momento no hay un «presidente de Europa». La política estadounidense respecto a Europa ha fracasado. El gran proyecto ha nacido muerto.

La conferencia de prensa que el general De Gaulle sostiene el 14 de enero de 1963 sorprende y trastorna a los partidarios, europeos o estadounidenses, de la unificación de Europa. Francia rechaza la candidatura de Gran Bretaña a la CEE. En ese mismo espíritu fundamenta su defensa sobre la fuerza de ataque y pronto se retirará de la organización militar de la Alianza Atlántica. Sin ampliación de la Comunidad, el *partnership* queda aplazado para las calendas griegas. Cualquier evolución de la doctrina estratégica de Estados Unidos se ha vuelto imposible. El general De Gaulle se convierte, para los estadounidenses, en el más insoportable de los aliados. A los británicos les corresponde también gran parte de la responsabilidad del fracaso. Es sorprendente que pidan entrar en la Comunidad y, al mismo tiempo, soliciten un trato de privilegio con Estados Unidos. Es dar por válida la imagen del «caballo de Troya», con el que los europeos no pueden contar. Por contra, significa renunciar a utilizar su propia fuerza de disuasión como moneda de intercambio en las negociaciones de Bruselas. Al lograr que Estados Unidos le entregue cohetes *Polaris*, Macmillan ha logrado un éxito en el plano de la política interior de Gran Bretaña, pero ha cometido un grave error en el campo de la política extranjera.

Circunstancia agravante: Estados Unidos no ha definido, ni mucho menos seguido, una verdadera política europea. Kennedy anhela la unificación política del Viejo Continente, pero en 1962 la Europa unida no existe. Inglaterra, debilitada y bien dispuesta desde el punto de vista de EE UU, se dedica a mantener las relaciones privilegiadas que, según ella, unen Londres y Washington. Alemania Federal duda entre una dependencia estrecha con Estados Unidos o una alianza con Francia. Francia, en definitiva, es gaullista. Desea tener su rango, no cree en la voluntad expansionista de la URSS y da por cierto que, sea como fuere, Estados Unidos no se permitiría negar su protección a Europa. Ante esta situación, complicada y decepcionante, Kennedy navega a ciegas. Si Europa se unificara, desde luego le concedería el lugar de un socio, pero de un socio menor. Kennedy sólo está preparado para negociar arreglos comerciales con la Comunidad Europea; lo que ocurre es que atribuye a su país un papel primordial; el de *leader* del mundo libre. La lucha contra el comunismo precisa de un jefe o, mejor, de un coordinador. Asumiendo esta función, Estados Unidos cumple con su misión.

Quizá la idea del *partnership* merece ocupar un lugar «en la historia de las ocasiones fallidas». Pero, a su manera, tanto por su formulación como por su fracaso, marca el fin de una época. Europa, políticamente dividida y estabilizada después de la crisis de Berlín, ya ha dejado de ocupar el primer lugar en el pensamiento político de los estadounidenses.

Cuba

La confrontación con la Unión Soviética prosigue en otras partes. No, sin embargo, en Africa, donde Kennedy prefiere sostener la acción de la ONU y evitar la implantación de la guerra fría. Tampoco en el Próximo Oriente, que se mantiene en una calma relativa en los primeros años de este decenio. Donde los americanos se esfuerzan en combatir la entonces llamada subversión comunista es en el Caribe y en el Sudeste de Asia. Kennedy no ha manifestado siempre hostilidad hacia Fidel Castro. En *La estrategia de la paz*, incluso le compara a Bolívar y atribuye su paso al comunismo a la política del presidente Eisenhower. Cierto es que durante la campaña para las elecciones presidenciales ha expresado su deseo de adoptar una posición muy firme: ni Batista ni Castro, sino fuerzas democráticas. Dos semanas antes de la toma de posesión de Kennedy, Estados Unidos rompe sus relaciones diplomáticas con Cuba. El 31 de marzo de 1961, el cupo de azúcar cubano admitido en Estados Unidos se reduce a cero. Es la ruptura total con un país en el que Estados Unidos poseía, en 1956, el 80 por ciento de los servicios públicos, el 40 por ciento de las plantaciones de azúcar, el 90 por ciento de las riquezas mineras, la base militar de la Bahía de Guantánamo, sin contar toda clase de establecimientos reprobables desde un punto de vista moral, pero de los que el «hampa» estadounidense obtenía sustanciosas ganancias. Existe, además, el mal ejemplo que Castro da a la Amé-

rica Latina, la posición estratégica de la isla, razones suplementarias que explican la inclinación de Kennedy en pro de una intervención directa.

El presidente acepta inicialmente la actuación de la CIA. Allen Dulles le ha puesto al corriente el 30 de noviembre de 1960. Kennedy da su visto bueno en abril de 1961. Conocemos la continuación. Desde luego, Kennedy no intenta atribuir a sus subordinados el fracaso del desembarco en la Bahía de Cochinos, sino que asume por entero la responsabilidad. No por ello ha renunciado a combatir el castrismo. Sostener las incursiones de los anticastristas, financiarlas incluso, urdir el asesinato de Castro, consolidar la unidad de la América Latina contra Cuba... Tal es la política cubana de Estados Unidos. ¿Cómo se puede hablar de éxito? El candidato demócrata protestaba, en 1960, contra la presencia de un «satélite» comunista a 150 kilómetros de las costas de Florida. Abrumaba con sus reproches al presidente saliente. Dos años más tarde, él no lo ha hecho mucho mejor. Todo lo contrario, el error de abril de 1961 ha ensombrecido la imagen de Estados Unidos y ha dado pie a que los soviéticos intervengan en los problemas del mar Caribe.

Ahora bien, el 14 de octubre de 1962, aviones U-2 descubren, sobrevolando Cuba a una gran altura, que los soviéticos instalan rampas de lanzamiento para ingenios balísticos y almacenan bombarderos *Ilyuchin* y cohetes tierra-aire (los SAM) para proteger el conjunto. El 16 de octubre el presidente está al corriente. Los especialistas consideran que, dentro de unos diez días, los misiles estarán en condiciones de operar. Cuba se habrá convertido entonces en una base «ofensiva». Resulta inútil disimular que, incluso hoy, las motivaciones soviéticas parecen un tanto misteriosas. ¿Acaso Kruschév quería imponer un regateo político? ¿O preparaba una ofensiva sobre Berlín, disimulándola con una maniobra de distracción? ¿Protegía Cuba contra una nueva invasión? ¿Proseguía la guerra fría bajo otros cielos y respondía de esta forma a las críticas de los «duros» de Moscú y de Pekín? ¿Intentaba restablecer parcialmente el equilibrio del terror que el superarmamento americano había hecho desaparecer?

Sea como fuere, Kennedy no puede permanecer inactivo. Es cierto que los cohetes soviéticos no cambian en absoluto los datos estratégicos. Se trata de 12 a 16 IRBM y 24 MRBM, ingenios cuyo alcance varía entre los 1.500 y los 3.000 kilómetros. Amenazan, por tanto, a una parte del territorio estadounidense. La superioridad de Estados Unidos es, desde luego, incuestionable. Si EE UU sufriera un ataque que partiera de Cuba, podría defenderse muy bien y atacar victoriosamente. Si los soviéticos intentaran coordinar una ofensiva desde su territorio, junto con una ofensiva desde el territorio de Cuba, chocarían con problemas técnicos insuperables. En resumen, como reconoció McNamara, el equilibrio de fuerzas no se ha alterado. ¿Conviene que Washington ceda? Sería una posición políticamente insostenible. Los soviéticos habían prometido, a comienzos de septiembre, que se abstendrían de cualquier iniciativa grave que pudiera poner en peligro las relaciones entre las superpotencias hasta que las elecciones legislativas en Estados Unidos hu-

biesen terminado. Promesas formuladas con la misma rapidez con que se olvidan. Estados Unidos se ha comprometido, tanto en América Latina como en Europa Occidental, a ser el defensor del mundo libre, sin excusas ni segundas intenciones. Renunciar a este papel en Cuba significa perder la confianza de los aliados. Además, en Estados Unidos se está desarrollando una campaña electoral. Los republicanos atacan duramente al presidente demócrata. Afirman que en los últimos dos años la política exterior del país ha dado unos resultados más bien escasos. El senador Keating denuncia, desde el mes de agosto, la instalación de un arsenal soviético en Cuba. La Casa Blanca le ha respondido que son ilusiones. Otros miembros del Partido Republicano expresan públicamente su indignación ante la pasividad de Kennedy. Ha llegado el momento de reaccionar, afirman con una convicción tanto más fuerte cuanto que están en plena campaña. ¿Se avanza acaso hacia un nuevo Munich?

Después de haber examinado las fotografías que le ha transmitido la CIA, Kennedy dispone de unos diez días para elegir el mejor método de acción. La opinión americana no está informada. Se constituye un grupo informal para discutir las acciones posibles. El *Executive Committee* (EXCOM) incluye a McNamara y a dos de sus adjuntos, al general Maxwell Taylor, a Dean Rusk y a George Ball, asistidos por dos o tres altos funcionarios del Departamento de Estado; McCone, que dirige la CIA desde hace menos de un año; Dillon, secretario del Tesoro; McGeorge Bundy y Robert Kennedy. Las discusiones, a puerta cerrada, se desarrollan con franqueza y son lo más completas posible. El presidente es informado regularmente, al tiempo que prosigue sus actividades oficiales para mantener la discreción. Dado que hay que elegir, la negociación diplomática con Moscú queda descartada. Sería aceptar un regateo. Ya no habrá más crisis, con su «drama» y su desenlace. Las conversaciones durarían largo tiempo y los misiles ya estarían en condiciones de operar. La elección está en otra parte. O bien Estados Unidos bombardea las instalaciones soviéticas, con todos los riesgos políticos y militares que tal decisión comporta, o bien impide que navíos soviéticos, o de otras nacionalidades, desembarquen material de guerra en Cuba. El bloqueo es un acto de guerra. En este caso, se llamará «cuarentena». La cuarentena no impide preparar, en caso de fracaso, la etapa siguiente, es decir, el bombardeo. Por contra, ¿qué pasaría si los navíos soviéticos no respetaran la decisión estadounidense? Si forzaran el bloqueo, ¿no se desencadenaría una guerra nuclear entre dos países que disponen de un armamento formidable? Sin pedir consejo a los aliados europeos, pero informándoles en el último momento, sin preocuparse de la opinión del Congreso, Kennedy decide, el 22 de octubre, que aplicará el bloqueo, al mismo tiempo que prepara un ataque aéreo. Anuncia, finalmente, la existencia de una crisis y su decisión pronunciando un discurso por televisión en el que concluye: «El precio de la libertad es siempre elevado, pero América siempre ha pagado este precio. Sólo hay un camino por el que nunca avanzaremos: el de la capitulación y la sumisión. Nuestro objetivo no es la victoria de la fuerza, sino la defensa

del derecho. No se trata de la paz a expensas de la libertad, sino de la paz y la libertad en este hemisferio. Y esto mismo lo deseamos para el mundo entero. Con la ayuda de Dios, alcanzaremos este objetivo.»

La opinión pública apoya al presidente. El 26 de octubre, el 84 por ciento se declara favorable y aprueba la decisión de Kennedy. El general De Gaulle, Adenauer, Macmillan, no dudan ni un solo instante en ponerse al lado de Estados Unidos. La semana siguiente es dramática. Los soviéticos no parecen ceder. El 26 de octubre, Kruschchev hace saber, por un intermediario oficioso, que está dispuesto a negociar. Aquella misma noche envía una carta al presidente Kennedy. El tono es vehemente, pero la URSS no quiere una guerra con Estados Unidos. El 28 de octubre, una segunda carta, mucho más intransigente, llega a Washington. Robert Kennedy sugiere que su hermano conteste la primera e ignore la segunda. Al mismo tiempo, da garantías al embajador soviético en Washington. El 29 de octubre acaba la crisis. Los soviéticos consienten en retirar sus misiles, sus cohetes y sus bombarderos. Estados Unidos se compromete a no invadir el territorio de Cuba. De hecho, significa renunciar a echar del poder a Castro. Secretamente, ha hecho saber que desmantelarán sus propios cohetes de Turquía. Para Kennedy es el triunfo, tanto en Estados Unidos como en el mundo occidental. Es el héroe de la era atómica, que ha sabido negociar al borde del abismo y obtener la inclinación del adversario. Es su primer gran éxito en política extranjera.

A partir de ese momento parece como si se establecieran unas nuevas relaciones con la Unión Soviética. Las dos superpotencias han comprendido que no deben enfrentarse directamente. En las paredes de la sala en la que se reunía el EXCOM había una inscripción: «Las grandes potencias deberán comportarse como los puercoespines cuando hacen el amor: con prudencia.» Es la principal lección de la crisis de los misiles. Por tanto, hay que entenderse. Eso es lo que explica los comienzos de la distensión. Las negociaciones sobre la prohibición de las explosiones atómicas se aceleran y desembocan en el tratado de agosto de 1963. En junio de 1963, el presidente Kennedy declara ante la American University: «No buscamos "una paz americana". Si queremos que la Unión Soviética adopte ante el mundo una actitud más transparente, debemos reexaminar la nuestra. En lugar de propalar la reprobación y de señalar con el dedo acusatorio, deberíamos intentar el desarrollo de una comunidad de intereses con la Unión Soviética.» Para Kruschchev, la distensión supondrá el principio del fin, y su carrera política acaba en 1964. Para Kennedy significa una nueva dirección que no tendrá tiempo para seguir explorando.

¿Hay que rozar la catástrofe planetaria para llegar a este punto? Antes de lanzar un ultimátum a la Unión Soviética, ¿había agotado Estados Unidos todas las posibilidades de negociación? ¿Qué hubiera pasado si la cuarentena se hubiese aplicado torpemente? ¿Y si Moscú hubiese cometido un error de cálculo? Preguntas todas que ponen la piel de gallina. Kennedy pensó que el envite valía la pena. Hoy son muchos los historiadores que no están tan seguros de ello.

El sudeste asiático

El principal enemigo en el sudeste de Asia no es la Unión Soviética, sino la China comunista. Es cierto que para Kennedy los dos países encarnan el mismo peligro. En cuanto a esto, su opinión es la de Dulles, Truman y su círculo. La China comunista es expansionista. Por tanto, no debería ser admitida en las Naciones Unidas, y Estados Unidos tiene el deber de defender de cualquier amenaza a la China nacionalista refugiada en Taiwan. Cuando en octubre de 1962 estalla la guerra entre la India y China, Kennedy no duda ni un segundo y, sean cuales fueren sus preocupaciones del momento, acude en socorro de los indios. En cuanto a los contactos oficiales que Estados Unidos ha establecido con los chinos comunistas en Varsovia, Kennedy los interrumpe, sin perjuicio de reestablecerlos un poco más tarde. En compensación, se niega a salir fiador de un proyecto, elaborado por los amigos de Chiang Kai-Shek, encaminado a intentar la reconquista militar de la China continental. Contener, sí; hacer retroceder, no. Pero la situación es movidiza. En 1963, el conflicto chino-soviético ya no es ningún secreto para nadie. Kennedy y Macmillan se ponen de acuerdo para reconocer que China constituye, a largo plazo, el peligro más evidente para la paz. Algunos días antes de su muerte, el presidente precisa su pensamiento: «Cuando los chinos rojos manifiesten el deseo de vivir en paz con Estados Unidos, con sus vecinos, entonces, evidentemente, Estados Unidos revisará su política. No estamos ligados a una política de hostilidad respecto a la China roja. Me parece que es la política de la China roja la que crea las tensiones, no solamente entre Estados Unidos y la China roja, sino entre la China roja y la India, entre la China roja y sus vecinos más inmediatos, e incluso entre la China roja y los demás países comunistas.»

El expansionismo chino se manifiesta, sobre todo, en la península Indochina. Si se impone, será como un mancha de aceite. Si Vietnam del Sur y Laos caen en manos comunistas, los demás países del sudeste asiático caerán a su vez, como fichas de dominó. «Tenéis una hilera de fichas de dominó, ha dicho Eisenhower. Haced que caiga la primera y podéis estar seguros de que todas las demás también lo harán.» La teoría de las fichas de dominó es defendida sin reservas por Kennedy: «Creo en ella. Pienso que la batalla está muy cerca. China tiene tal extensión, domina tantos territorios más allá de sus fronteras, que si Vietnam del Sur se hundiera, esto no sólo daría a los chinos una mejor posición geográfica para lanzar la guerrilla en Malasia, sino que daría la impresión de que el futuro del sudeste asiático es China y los comunistas [...]. El hecho es que con la ayuda de Estados Unidos, de la SEATO (la Organización del Tratado del Sudeste Asiático) el sudeste asiático y, en verdad, todo Asia se han mantenido independientes contra una fuerza poderosa [...]. Creo que deberíamos quedarnos. Deberíamos utilizar nuestra influencia tan eficazmente como fuera posible y no retirarnos.»

Por añadidura, Kennedy hereda una situación embrollada. Estados Unidos viene interviniendo en los asuntos de Laos y del Vietnam desde

1954. La intervención de la CIA, la ayuda económica se han producido desde mucho antes de que Kennedy llegara a ser presidente de Estados Unidos. En 1961, Laos preocupaba a los estadounidenses más que Vietnam. Eisenhower ha confiado a su sucesor: «Podría darse el caso de que tuvierais que hacer la guerra allí.» Entre el Pathet Lao, movimiento de obediencia comunista, y el capitán Kong-Lé, que se ha convertido en neutral, Washington no puede elegir y prefiere al general Phumi. La guerrilla se extiende. Signo de los tiempos, la URSS envía un embajador a Vientiane. El ejército del general Phumi sufre una derrota tras otra. Y Laos no es lo bastante importante como para que soviéticos y estadounidenses se batan por su culpa. Se orientan hacia una solución de compromiso, que consiste en la neutralización, con el retorno al poder de Suvanna Fuma. El acuerdo entre las partes afectadas se establece el 23 de julio de 1962, en Ginebra. En abril de 1961 había en Laos trescientos consejeros militares americanos, y Estados Unidos, en sólo un año, había aportado treinta y dos millones para ayuda económica, tres veces más que en 1955-1959. A pesar de todo, Kennedy elige el camino de la conciliación.

No es ese el caso de Vietnam del Sur. Desde su llegada a la presidencia, Kennedy se ha sentido vivamente impresionado por un informe del general Lansdale, miembro eminente de la CIA y reputado experto en los asuntos del sudeste asiático. Lansdale hace observar que, a pesar de la ayuda económica, política y logística de Estados Unidos, el Vietcong progresa en Vietnam del Sur. Para Kennedy es una señal de alarma. Hay que hacer algo. Los estadounidenses tienen ya en el lugar 685 consejeros militares, de conformidad con los acuerdos internacionales. Kennedy decide, desde abril de 1961, enviar secretamente 400 miembros de las fuerzas especiales y otros 100 consejeros militares. Al mismo tiempo, se toman medidas de ayuda económica y se inicia una acción antiguerrilla. Los consejeros americanos reciben la orden de ayudar a los sudvietnamitas a la hora de emprender operaciones de sabotaje en Vietnam del Norte. La CIA y fuerzas especiales participan en incursiones al norte del paralelo 17.

Las misiones estadounidenses se suceden en Saigón. El vicepresidente Johnson se expresa con precisión a su regreso de Vietnam: «Tenemos que decidir —escribe el 23 de mayo— entre ayudar a este país de la mejor manera que podamos o tirar la toalla y retirarnos a nuestras defensas de San Francisco bajo el lema de “América es una fortaleza”.» Walt Rostow acude también a Saigón para estudiar mejor la situación. En el otoño de 1961 vuelve a viajar acompañado del general Maxwell Taylor. En esta ocasión, los dos enviados especiales recomiendan al presidente Kennedy el envío de tropas terrestres. Sería «el más eficaz de los estimulantes», lo que «desencadenaría una verdadera transformación» del ejército sudvietnamita. Haría falta, en un primer periodo, de 6.000 a 8.000 soldados estadounidenses, tropas de sostenimiento, sobre todo, pero también algunas tropas de combate. Vietnam del Sur necesita helicópteros y los estadounidenses suministrarán apoyo aéreo especialmente, con los B-26. Taylor y Rostow no ocultan que este reducido alis-



USIS

Kennedy durante un discurso sobre la guerra de Vietnam: «...Se trata de una lucha muy importante, aunque se desarrolla muy lejos.»

tamiento puede ampliarse en un segundo periodo. Al igual que los jefes de Estado Mayor, estiman necesario un cuerpo expedicionario estadounidense de más de 200.000 hombres. «El riesgo de vernos comprometidos —añaden—, a partir del Vietnam del Sur, en un vasto conflicto asiático naturalmente existe, pero tampoco tiene que ser sobrevalorado. Vietnam del Norte es extremadamente vulnerable a los bombardeos tradicionales, y esta debilidad tiene que ser explotada en el terreno diplomático con el fin de convencer a Hanoi de que no intervenga en Vietnam del Sur.» McNamara apoya las recomendaciones de Rostow y de Taylor, al tiempo que subraya la probabilidad de un compromiso más importante. Kennedy aprueba todas las recomendaciones, salvo una. Se niega a prometer que Estados Unidos intentará salvar incondicionalmente al Vietnam del Sur del comunismo. Por contra, pide a Ngo Dinh Diem, que ejerce el poder en Saigón, que emprenda urgentes reformas políticas para asegurarse el apoyo de la población, ya que es ahí donde se produce el ineluctable engranaje. Estados Unidos decide intervenir. Elige una intervención militar de tipo limitado. Quiere dotarla al máximo de eficacia política y, en este caso, depende de la buena voluntad de las autoridades locales.

Pero Diem no responde a las esperanzas que EE UU había puesto en él. Se preocupa más de preservar sus privilegios y los de su familia que de mejorar el nivel de vida de sus compatriotas o de cortar por lo sano la corrupción de los medios políticos. Los generales sudvietnamitas conspiran contra él. La misión estadounidense en Saigón lo sabe y sigue de cerca el desarrollo de las intrigas por mediación de la CIA. El coronel Conein, de la CIA, está entre los conspiradores cuando deciden asesinar a Diem. La Casa Blanca no desea un asesinato, sino un derrocamiento. Sin embargo, teniendo en cuenta los preparativos militares, la conspiración puede tener sorpresas. El embajador de Estados Unidos en Saigón, que por aquel entonces era Henry Cabot Lodge, se mantendrá neutral. Se da el golpe de Estado el 1 de noviembre de 1963. Diem y su hermano son asesinados. Se hace cargo del poder una junta militar. ¿Significará esto un giro de la política estadounidense en Vietnam? En septiembre, sin embargo, Kennedy contesta a un periodista: «Todo cuanto podemos hacer es ayudar y lo hacemos saber muy claramente, pero no estoy de acuerdo con los que dicen que tendríamos que retirarnos. Sería un gran error. Ya sé que a nadie gusta el que los estadounidenses se vean comprometidos en un esfuerzo de esta clase [...]. Pero se trata de una lucha muy importante, aunque se desarrolle muy lejos.» Y esta referencia, permanente en Kennedy, a la II Guerra Mundial: «Hemos soportado esto, hemos hecho este esfuerzo para defender Europa. Ahora Europa está a salvo.» Oponerse al comunismo en Vietnam significa seguir rechazando el espíritu de Munich.

Las cifras traicionan el compromiso progresivo de Estados Unidos en el conflicto vietnamita. En noviembre de 1961 hay 948 soldados americanos sirviendo en Vietnam del Sur. Dos meses más tarde, son ya 2.646; en junio de 1962, 5.576; en octubre de 1963, 16.732. En 1961 mueren 14 americanos en el teatro de operaciones; en 1962, las pérdidas se elevan a 109 muertos, y en 1963, a 489 muertos. Estamos muy lejos de las cifras que corresponderán a la presidencia de Johnson. Pero lo que cuenta no son los efectivos. Es el proceso. Por razones estratégicas e ideológicas, que no económicas, Kennedy ha puesto en marcha el engranaje. Deja un legado trágico a sus sucesores.

Cuando era candidato a la presidencia, Kennedy había reprochado a los republicanos el haber permitido que declinara el prestigio de Estados Unidos en el mundo. Había prometido actuar. Una vez que ha entrado en la Casa Blanca, lo ha hecho. Pero, ¿con qué resultados? El aprendizaje de 1961 es doloroso: fracaso en Cuba, incertidumbres en Berlín, prosecución de la guerra fría. Un periodista dice en aquellas fechas que va a escribir un libro sobre el primer año de mandato del presidente. Y Kennedy replica: «¿Quién querrá leer un libro sobre desastres?» La segunda crisis de Cuba hace de 1962 el año del éxito, pero las relaciones con Europa Occidental no mejoran y el compromiso con Vietnam preocupa a los expertos más optimistas. La distensión iniciada con la URSS en 1963 viene acompañada de un rigodón de titubeos: ¿Se trata aún de la guerra fría o es ya el triunfo de la conciliación? A la muerte de Kennedy, Estados Unidos es poderoso. Su superioridad en arma-

mento estratégico les pone al abrigo de cualquier sorpresa. Todo ello es reconocido por el adversario potencial. Los discursos de su presidente hallan eco en el Tercer Mundo y seducen a una gran parte de europeos. Pero Kennedy mantiene una visión maniquea del mundo. El conflicto entre dos ideologías disimula muy bien otros conflictos, nacionales, tradicionales, económicos. En el momento en que cada uno de los dos bloques se desmorona, en que los países no comprometidos desempeñan un papel creciente, la defensa del mundo libre, llevada a cabo con medios algunas veces discutibles, no basta para fundar de una manera sólida y duradera la política exterior de Estados Unidos. Quizá Kennedy lo hubiese comprendido de no haber sido asesinado en Dallas. Tal como ha observado un liberal, Eugene McCarthy, los colaboradores del presidente y su hermano se han pronunciado, desde 1967, en favor de una política exterior diferente. ¿Por qué no iba a seguir Kennedy su ejemplo?

8. El relanzamiento económico

A Kennedy le gustaba contar que en su examen de economía política en Harvard había obtenido una mala nota. Y todos los testimonios están de acuerdo en reconocer que el presidente no era un experto y que no se apasionaba por los grandes problemas de la economía. En cambio a la hora de aspirar a la creación de una sociedad más justa, sabía, que, contrariamente a lo que ocurre en política exterior, la política interior no suscita jamás en Estados Unidos un verdadero consenso. El interés nacional se fragmenta en innumerables intereses particulares. Los lobbies se oponen unos a otros y las medidas mejor preparadas chocan a veces con oposiciones insuperables. Sin embargo, John F. Kennedy adquirió, tanto en la Cámara de representantes como en el Senado, una sólida experiencia en cuestiones sociales y económicas. Durante largo tiempo sólo se ocupó de estos asuntos y no fue hasta 1957, recordémoslo, cuando comenzó a trabajar cada vez más en los informes sobre política exterior. Ahí está la paradoja. Además, en el equipo de consejeros que le asistían en el Senado, figuraban especialistas en política interior, pero ningún especialista en cuestiones internacionales. Es una señal que no puede inducir a error.

La opinión de los historiadores en este campo es relativamente unánime. No hay turiferarios que se opongan a las críticas intransigentes. Todos reconocen, con matices, que mil días es poco tiempo. En tres años, un presidente de Estados Unidos no puede, suponiendo que desee hacerlo, transformar las estructuras económicas o la organización social. Tanto más cuanto que los obstáculos que encuentra en su camino son difíciles de sortear. ¿Qué decir, por ejemplo, de la actitud del Congreso? Allí donde Kennedy fracasa, Lyndon Johnson triunfa. Quizá sacara provecho del choque que había ocasionado el asesinato de su predecesor. Quizá ha sido más hábil en sus relaciones con los senadores y los representantes. A lo mejor hacía falta dejar que los problemas madurasen. Hay quien dice que Kennedy habría alcanzado, en 1964 o en 1965, las victorias que se le escaparon en 1961 o 1963. ¿Quién sabe?

El estancamiento económico ha sido uno de los grandes temas de la campaña para las elecciones presidenciales. Richard Nixon también habla de ello. Pero es más optimista que Kennedy. Admite de buen grado que habrá que llevar a cabo un esfuerzo para estimular la vida económica, al mismo tiempo que afirma que la situación no es tan grave como la pretende su rival. En el fondo, Nixon adopta la misma actitud que Eisenhower. El presidente saliente, en efecto, dirige al Senado, el

18 de enero de 1961, su último informe económico. Comienza por observar que «el empleo, la producción y las rentas han alcanzado en Estados Unidos en 1960 niveles superiores a los de 1959». Ni una sola vez emplea la palabra «recesión». Las tendencias inflacionistas, reconoce Eisenhower, no han desaparecido desde la II Guerra Mundial. Pero un esfuerzo general, basado más en la iniciativa individual que en la intervención del gobierno, permitirá acelerar el ritmo y reforzar aún más la economía estadounidense.

Esta opinión no es la de Kennedy. Al día siguiente de su elección, incluso antes de la toma de posesión, le ha pedido a Paul Samuelson, profesor de economía en el MIT, que se ponga al frente de un grupo de trabajo y formule conclusiones. El informe está listo el 5 de enero. Samuelson aporta una apreciación de conjunto más bien inquietante. Existe, según él, una recesión —emplea la palabra— que se añade al estancamiento en el que vive Estados Unidos desde 1958. Hay que impulsar los gastos federales, aun a sabiendas de que sus efectos se harán esperar algunos meses. Samuelson define dos modelos de aceleración. O bien —hipótesis optimistas— el paro alcanzará un 6 por ciento de la población activa y el producto nacional bruto pasará, en un año, de los 510 a los 515.000 millones de dólares, o bien —hipótesis pesimista— la tasa de paro alcanzará un 7,5 por ciento. Sea como fuere, es imposible reparar el daño en un año. Desde 1957, la economía ha sido desdeñada o tratada de manera incorrecta. Por lo tanto, harán falta varios años para atisbar el final del túnel, en tanto que la inflación es una amenaza y el déficit de la balanza de pagos trae como consecuencia salidas de oro. Samuelson propone «dos líneas de defensa». La primera precisa unos gastos del orden de tres a cinco mil millones en el curso del año fiscal de 1962. El gobierno aprobará pedidos militares y estimulará el comercio exterior, proporcionando ayuda especialmente a los países en vías de desarrollo. Un programa de expansión escolar conducirá a nuevas construcciones, a una revalorización de los sueldos de los profesores y a la edificación de alojamientos para los estudiantes. Desde esta perspectiva convendrá acudir en ayuda de las categorías sociales menos favorecidas. Alojamientos a buen precio, programas de asistencia social, mejores indemnizaciones a los parados, la puesta en marcha de obras públicas, tales como la construcción de vías de comunicación o la recuperación de zonas en decadencia, el desarrollo de los recursos naturales; he aquí otras tantas necesidades sociales y económicas que no estimularán la inflación y favorecerán la recuperación. Si esta «línea de defensa» no rinde los servicios que se esperan, habrá que recurrir a medidas más rigurosas como, por ejemplo, la reducción en un 3 ó un 4 por ciento de los impuestos durante un año o quizá dos. De esta forma se impulsaría el consumo individual y la tasa de crecimiento rozaría el 4 ó el 5 por ciento por año.

Kennedy estudia con cuidado tales recomendaciones. No las adopta en su totalidad, ni inmediatamente, si bien, en lo esencial, podemos verlas en sus mensajes al Congreso. Lo que sí es cierto es que el nuevo presidente de Estados Unidos se sorprende de la diferencia entre el po-

tencial del país y las realidades económicas. El producto nacional bruto desciende. Su monto en el curso del segundo trimestre de 1960 corresponde para el año a 506,4 miles de millones. Después del primer trimestre de 1961, pasaría a 500,8 miles de millones. La renta personal disponible se ve reforzada por las transferencias sociales, pero de 1.956 dólares por año, según las estimaciones del segundo trimestre de 1960, se desploma a 1.940 dólares, según las estimaciones del primer trimestre de 1961. Si fijamos, para 1957, la base 100, la producción industrial cae de 110, en julio de 1960, a 102, en febrero de 1961. En marzo de 1960 se han calculado 4,2 millones de parados; 3,4 millones, en septiembre; 5,7 millones en febrero de 1961. Teniendo en cuenta las variaciones según la temporada del año, arroja una tasa de un 6,8 por ciento de población activa que no ha tenido apenas ocasión de moverse en los últimos diez meses. Finalmente, el precio para el consumo se establece en un índice de 126,6 en junio, índice que pasa a 128,1 un año más tarde.

A Kennedy le parece intolerable semejante situación. Considera, cosa que ha repetido en varios de sus discursos electorales, que Estados Unidos sólo será grande con la condición de disponer de una sólida economía. Es una necesidad de la guerra fría. La Unión Soviética expresa las más pesimistas previsiones sobre el futuro del capitalismo. Si la economía estadounidense no supera sus dificultades presentes, ofrecerá a los comunistas una excelente ocasión de triunfar. Además, si hay que poner a América en marcha y llevar a cabo transformaciones sociales, es necesario que el progreso económico deje a la nación excedentes suficientes. No podrá haber programas sociales, no podrá haber cambios en la vida de millones de estadounidenses si la economía no ha recuperado su buena salud. Pero para salir de dificultades, es indispensable hacer una llamada al gobierno federal. Contrariamente a lo que opinan los republicanos, los demócratas creen en las virtudes del intervencionismo de Washington. Su referencia constante sigue siendo el presidente Franklin Roosevelt y su New Deal. No por azar Kennedy, imitando en esto a su ilustre predecesor, manda al Congreso mensaje tras mensaje, en total 14 para las 10 primeras semanas y 25 antes del 27 de septiembre de 1961, fecha en la que acaba el primer periodo de sesiones del nuevo Congreso. Lo que no le impide dirigir también llamadas a la opinión pública. En este, como en otros campos, hay que actuar, y Kennedy lo hace.

Kennedy ha llamado, para que le ayudaran, a universitarios y profesionales de los negocios. Se rodea de una «trinca» formada por Walter Heller, Douglas Dillon y David Bell. Heller enseña economía en la Universidad de Minnesota. El presidente le confía la presidencia del Consejo de Economistas (*Council of Economic Advisers*). Bell, también profesor de economía, pero en Harvard, recibe el nombramiento de director del presupuesto y, con tal título, sirve de consejero personal del presidente. En 1962 será sustituido por Kermit Gordon, que hasta aquel momento ocupaba una plaza en el consejo de economistas. Dillon, finalmente, es un republicano que se ha unido a Kennedy. Antiguo subsecretario de Estado del presidente Eisenhower, se convierte en secreta-

rio del Tesoro, y su presencia tranquiliza a los hombres de negocios, al tiempo que confirma la voluntad del nuevo presidente de seguir una política monetaria lo más ortodoxa posible. Otros hombres desempeñan un papel episódico o menos importante. Tal es el caso de J. Kenneth Galbraith. Embajador en la India de 1961 a 1963, no deja de dispensar, de cuando en cuando, desde lejos o de paso por Washington, consejos y advertencias. Seymour Harris, otro profesor de Harvard, participa activamente en la elaboración de la política económica. William McChesney Martin, presidente del *Federal Reserve Board*, dispone de una influencia proporcional a la de la institución que dirige. Podría alargarse la lista de los consejeros incluyendo en ella, especialmente, a Sorensen, que sirve de enlace entre los miembros del gabinete y los otros. Todos estos nombres demuestran, en resumen, que Kennedy desea ser informado amplia y completamente antes de tomar decisiones. Y estas decisiones le vienen dictadas por imperativos económicos tanto como por motivaciones políticas. El es el único que puede comprender el vínculo que existe entre los dos campos. Hay que añadir que la mayoría de sus consejeros están influidos por las teorías de Keynes. El propio Kennedy ha seguido una enseñanza que ya venía marcada por las ideas del economista británico. Schlesinger hace observar, con razón, que, contrariamente a Roosevelt, Kennedy no ha tenido que rechazar concepciones antiguas para adaptarse a una nueva situación. Kennedy había recibido la preparación intelectual que le permite comprometer al gobierno federal en esta empresa poco fácil, estimulando inicialmente la recuperación y promoviendo acto seguido la expansión.

Un primer programa

Apenas entrado en la Casa Blanca, Kennedy emprende la presentación de su programa económico. Lo hace en términos enérgicos que demuestran su determinación ante la opinión pública. «La economía americana se halla en dificultades», dice. Y precisa: «Llegamos al poder tras siete meses de recesión, tres años y medio de estancamiento, siete años de crecimiento económico reducido y nueve años de rentas agrícolas en declive.» Kennedy traza el balance en pocas palabras. Las bancarrotas nunca habían sido tan numerosas desde la Gran Depresión. Los réditos agrícolas han descendido en un 25 por ciento desde 1951. A excepción de un corto periodo en 1958, Estados Unidos jamás había conocido una tasa de paro tan elevada. Las víctimas de todo ello son los jóvenes, los habitantes de las regiones poco favorecidas, los agricultores expulsados de sus tierras por la reducción del precio de sus productos, los obreros, cualificados o no. ¿La política de Eisenhower? «Nuestra aceleración después de la recesión de 1958 ha sido anémica e incompleta. Nuestro producto nacional bruto ya no ha vuelto más a su nivel potencial. El paro no ha retrocedido hasta un nivel normal. No hemos alcanzado el máximo empleo de nuestra capacidad industrial nacional.» El tono es dramático. Kennedy intenta convencer a sus compa-

triotas de que han sido golpeados por una crisis muy grave, que viven uno de los momentos más difíciles de su existencia. En pocas palabras, les pone sobre aviso, tal como lo había hecho al describir los grandes problemas del mundo. Pero, dentro del conjunto, se mantiene prudente. El programa que anuncia comporta, desde luego, muchos gastos federales. Sin embargo, no es más que la primera «línea de defensa», sugerida por Samuelson. ¿Reducción de impuestos o desequilibrio del presupuesto federal? De momento, no es este el problema. El presidente propone la reducción de las tasas de interés sobre los préstamos inmobiliarios a largo plazo, la distribución de productos alimenticios a los indigentes, el pago anticipado de los dividendos de los seguros de vida a los antiguos combatientes, la construcción de carreteras y, sobre todo, cinco medidas importantes: el pago por mediación de los Estados de 13 semanas suplementarias de indemnizaciones de paro, una ayuda suplementaria a los parados con hijos a su cargo, donativos y préstamos a las regiones menos favorecidas, aumento de las prestaciones de la seguridad social a los jubilados y a los cónyuges supervivientes y un salario mínimo que pasaría, en dos años, de 1 dólar a 1,25 dólares la hora. Estas medidas plantean el problema del presupuesto federal. Pero en este punto Kennedy expresa muy claramente su pensamiento: «Un nuevo gobierno tiene que edificar apoyándose sobre las evaluaciones de gastos y de recaudaciones ya previstos. En este cuadro, excluyendo la posibilidad de un desarrollo de las necesidades urgentes de la defensa nacional o de una agravación económica, actualmente tengo la intención de proponer un programa de gastos que, junto con las recaudaciones provenientes de la estimulación de la economía, no conducirán por sí mismos a un desequilibrio del presupuesto anterior.»

Un presupuesto equilibrado, he aquí el fundamento de la política económica. Pero Kennedy no puede mantener esta promesa. Efectivamente, cuatro días antes de cesar en sus funciones, Eisenhower ha presentado un proyecto de presupuesto para 1962 (1 de julio de 1961-30 de junio de 1962). En él se prevén unos gastos de 80,9 miles de millones y unos ingresos de 82,3 miles de millones. Al igual que en el año anterior, el presupuesto dejará un superávit. Kennedy, por su parte, propone otras cantidades. Los gastos de 1961 tienen que ser aumentados en 1,7 miles de millones y los de 1962, en 3,4 miles de millones, lo que da un total de 5,1 miles de millones. Las recaudaciones se reducirán en 1,4 miles de millones. Resultado: un presupuesto deficitario, pero el déficit será flojo y el nuevo presidente invoca en favor suyo los mismos principios que el antiguo. En el fondo, Kennedy y Eisenhower apenas difieren, hasta tal punto que un periodista, Walter Lippmann, lanza esta observación decepcionada a propósito del gobierno de Kennedy: «Es la administración Eisenhower, con treinta años menos.» Como máximo, el déficit aumentará un poco, cuando la crisis de Berlín obliga a Kennedy a pedir y a obtener créditos suplementarios para la defensa nacional.

La actitud timorata de Kennedy se explica fácilmente. Sabe que el déficit de la balanza de pagos hace que grave una pesada amenaza sobre el dólar. Un presupuesto desequilibrado acrecienta la amenaza y po-

dría darse el caso de que, con una fecha de vencimiento más o menos remota, el gobierno americano se viera obligado a efectuar una devaluación del dólar. Lo que en Washington se consideraba entonces como una catástrofe. Kennedy se acuerda también de que los demócratas tienen fama de derrochadores y de no tener un gran sentido de las responsabilidades financieras. Hay que evitar suministrar armas a los adversarios del partido, tanto más cuanto que la victoria en las elecciones presidenciales ha sido lograda con escaso margen. Además, si los programas de gastos son demasiado onerosos, las tendencias inflacionistas se acentuarán. Y lo que las clases sociales menos favorecidas ganarán por un lado, lo perderán por otro. Expansión, sí; inflación, no. Por contra, si el déficit presupuestario se ahonda a continuación de una crisis internacional, tanto del Congreso como de la opinión pública se desprenderá, sin dificultad, un consenso. Kennedy dispone de un margen de maniobra relativamente reducido y las inquietudes que suscita la elaboración del presupuesto se hallan también en el proyecto que presenta al Congreso.

Tomemos el caso de la ley sobre el salario mínimo. La idea de un salario mínimo se remonta a 1938. Una ley, votada aquel año, fija para los obreros «protegidos» un mínimo de 25 centavos la hora, que asciende a 40 centavos en 1945. En 1949, el mínimo pasa a 75 centavos; en 1955, a un dólar. De hecho, la mayoría de los obreros americanos no se benefician de esta protección. Son muchos los que en el Congreso se han esforzado en extender esta «cobertura» a un número mayor. En vano. Al contrario, el número se ha visto restringido. Quedan al margen los empleados de comercio y todos aquellos obreros que, trabajando en pequeñas empresas, no pueden recurrir a la protección de los sindicatos y, por tanto, a la posibilidad de establecer convenios colectivos. En 1959, el senador Kennedy ha propuesto que se adoptara un proyecto de la AFI-CIO para aumentar el salario mínimo a 1,25 dólares y extender la protección a ocho millones de asalariados. Es un fracaso. Tampoco progresa un nuevo intento llevado a cabo en 1960, en esta ocasión por la oposición de la Cámara de representantes. En febrero de 1961, el presidente Kennedy propone, por tercera vez, el aumento en dos años de 1 dólar a 1,25 dólares y la extensión de la cobertura a 4,3 millones de asalariados. Tras muchas semanas de apretadas discusiones, el proyecto se convierte en ley el 5 de mayo. Pero Kennedy ha tenido que hacer concesiones. El objetivo final sigue siendo de 1,25 dólares, pero sólo serán protegidos 3.624.000 trabajadores en lugar de 4.333.000. Los legisladores han prescindido de 700.000.

En el pensamiento de Kennedy, el aumento del salario mínimo mejora la situación de los más necesitados. Sin embargo, no conviene que los sindicatos subestimen los peligros de la inflación. Lo que teme el presidente es que los sindicatos luchen por negociar mejores convenios, que los patrones cedan y pasen la factura a los consumidores, de lo que se derivaría un aumento de los precios. Intenta, en consecuencia, persuadir a los dirigentes sindicales para que sean razonables. Walt Rostow narra su conversación con Walter Reuther, presidente del sindicato

de los obreros del automóvil. Reuther, desconfiado al principio ante un profesor del MIT, acaba por dejarse convencer. Se compromete a no pedir más de un 2,5 por ciento de aumento en la próxima negociación salarial. En contrapartida, los fabricantes de automóviles mantendrán sus precios y el alza de la productividad les permitirá, sin dificultades, absorber el alza de los salarios. Lo prometido es deuda. A comienzos de 1962 les toca el turno a los obreros de la siderurgia, que aceptan también no pedir demasiado. Se contentan con un suplemento de algunos centavos por hora y de una mejora en sus ventajas sociales. ¿Habrá podido Kennedy imponer la paz social y triunfado de las tendencias inflacionistas? No del todo. El 10 de abril, Roger Bloch, presidente del consejo de administración de la U.S. Steel, anuncia brutalmente que su sociedad aumenta en seis dólares el precio de la tonelada de acero, o sea, un 3,5 por ciento. Los demás productores de acero siguen el ejemplo. Los del ramo de la siderurgia pretenden que no pueden obrar de otro modo, que los precios han bajado desde 1958, en tanto que los costos de producción han aumentado. La reacción de Kennedy es violenta. Considera la iniciativa de los siderúrgicos como una afrenta a la presidencia. Toma a la opinión pública por testigo, acusa a los fabricantes de acero de tomar una decisión que va en contra del interés nacional y lanza al FBI para que inspeccione las prácticas de las grandes sociedades. El 13 de abril logra que se anule el aumento. Su victoria no aumenta su popularidad en el mundo de los negocios. Las palabras que ha pronunciado, o que se le atribuyen, contribuyen a la tensión. En el transcurso de una conferencia de prensa, Kennedy ha repetido las palabras de su padre: «Todos los de la siderurgia son unos cerdos.» Los periodistas han fingido entenderlo mal, ya que han escrito: «Todos los hombres de negocios...» El mundo del *business* siente que la Casa Blanca le es hostil. La desconfianza aumenta con respecto al presidente. Y, sin embargo, Kennedy ha logrado contener la inflación.

El éxito es menor con el paro. Quienes rodean al presidente se hallan divididos. Siguiendo las distinciones de Schlesinger, diremos que los hay que son fiscalistas. Consideran que el índice de desempleo descenderá a un 4 por ciento si el gobierno se compromete en una política fiscal que disminuya la sangría y estimule la demanda. Kennedy no sigue sus consejos. Los otros son estructuralistas. Un índice de desempleo del orden de un 5 por ciento, incluso de un 6 por ciento, no les parece escandaloso. Cuando menos, lo consideran inevitable en una sociedad altamente industrializada. Algunas regiones, en efecto, no se han adaptado a la evolución de la economía, en tanto que en otras falta mano de obra cualificada. Desempleo aquí, insuficiencia cualitativa de mano de obra allá. Para restablecer el equilibrio, hay que multiplicar los centros de formación profesional, los programas regionales de reconversión económica, estimular los movimientos de población. Por el momento, esta es la tendencia que convence al presidente. De ahí, por ejemplo, sus proyectos en favor de las regiones en decadencia. El 1 de mayo de 1961 logra que se apruebe una ley que otorga 394 millones por cuatro años. De ahí también sus proyectos de ayuda a la enseñanza.

Esta política prudente da unos resultados limitados. A pesar de que, en enero de 1962, Kennedy manifiesta un optimismo que contrasta con su pesimismo de un año antes. El 13 de agosto elabora un balance. Después de dieciocho meses, el producto nacional bruto ha aumentado en 50.000 millones, o sea, en un 10 por ciento; la producción industrial, en un 16 por ciento; la renta personal disponible, en un 8 por ciento; los salarios y los emolumentos, en un 10 por ciento; los beneficios de las sociedades, en un 26 por ciento. Pero el paro ha bajado muy poco. El índice, que se había elevado hasta un 6,7 por ciento en 1961, pasa a un 5,8 por ciento en enero de 1962 y se mantiene, hasta finales de año, en un 5,3 por ciento aproximadamente. El objetivo de un 4 por ciento no ha sido alcanzado. Hay, sin duda alguna, una recuperación, como lo atestigua el producto nacional bruto. Pero no hay expansión ni, mucho menos, pleno empleo. Por otra parte, la gestión de Kennedy se ve atacada desde todos los ángulos. El mundo de los negocios le echa en cara la caída de los valores bursátiles que se produce en primavera. Algunos espíritus pesimistas evocan el retorno del crack de 1929, si bien tales temores resultan excesivos. Se murmura que el presidente ha hecho humillar la cabeza de los de la siderurgia; ahora los demás industriales dudan en invertir. La Comunidad Europea, en formación y en plena expansión, ejerce una competencia muy seria frente a Estados Unidos. El presidente ha propuesto una ley sobre el comercio exterior. ¿Es suficiente? Sea como fuere, los préstamos a corto plazo están mejor remunerados en la Europa Occidental que en Estados Unidos. Resultado: los capitales flotantes huyen, lo que acentúa el déficit de la balanza de pagos, las amenazas sobre el dólar, el nivel de los negocios. En cuanto a los liberales, tampoco escatiman sus críticas. Kennedy promete ser enérgico, mantener el papel de un verdadero líder. Ahora bien, adopta medidas a medias y acepta compromisos sobre todos los proyectos de ley que somete al Congreso. ¿Qué espera para combatir a los conservadores, apoyándose en la opinión pública? ¿Qué espera para recurrir al arma fiscal y emprender una política resueltamente inclinada al dispendio? No reduce lo bastante el tipo de interés, aunque esta reducción pudiera contribuir a acentuar un poco más la fuga de capitales. Se deja guiar por los timoratos o por los ortodoxos del *Federal Reserve Board*. Desde luego, el producto nacional bruto ha aumentado, así como la productividad. Desde luego, los precios son estables y las transferencias sociales aumentan. Pero lo que cuenta es el índice de desempleo, y éste apenas cambia.

Unos le echan en cara a Kennedy que gasta demasiado; otros, que no gasta bastante. Sólo se evitan las rodadas viajando por el centro del camino. Kennedy podría responder que, ciertamente, el índice de desempleo disimula algunas realidades. Hay más mujeres que antes buscando trabajo, con lo que amplían la lista de los parados. Sam Lubell lleva a cabo una encuesta para el *Boston Globe* en julio de 1963 y comprueba que entre los parados casados, un 40 por ciento tienen un cónyuge que trabaja; que un 60 por ciento carecen de trabajo sólo por unas semanas, que un 10 por ciento hallan trabajo, pero lo rechazan porque

no pueden aceptar ganar un poco menos. Debería añadirse que un buen número de empleados o de asalariados tienen, oficialmente o no, un segundo empleo que les permite redondear sus fines de mes, lo cual, evidentemente, no figura en las ofertas de empleo. Esta crisis de confianza, sin embargo, persuade al presidente de que los mantenedores de la *New Economics* tienen razón, convicción que adquiere progresivamente. El comienzo de la adhesión se produce en New Haven, en Connecticut. Allí se dirige a los profesores y a los estudiantes de la Universidad de Yale el 12 de junio de 1962. A través de ellos, invita a la nación entera a emprender una amplia discusión «desprovista de clichés políticos» sobre la política fiscal y el papel del gobierno federal. Este es un campo, prosigue, en el que abundan los mitos. Uno de tales mitos consiste en creer que un déficit presupuestario crea inflación y que un superávit la impide. Después de la guerra, ha habido excedentes y recesiones. Recientemente, los déficits no han impedido la estabilidad de los precios. El interés nacional, fácil de definir, supone un índice de empleo elevado, unos precios estables, una expansión regular, una moneda sólida. Es preciso que EE UU discuta todo esto. En su discurso de agosto de 1962, Kennedy avanza un paso más. Promete proponer muy pronto una reducción de los impuestos. En diciembre vuelve al tema, esta vez ante una reunión de hombres de negocios en Nueva York. Finalmente, en enero de 1963, surge el proyecto. El gobierno federal renuncia a 10,2 miles de millones. Lo que se descompone de la siguiente manera: el impuesto sobre la renta de las personas disminuye en 11.000 millones; el impuesto sobre las sociedades, en 2,6 miles de millones, pero se recuperan 3,4 miles de millones, gracias a una mejor gestión fiscal.

El programa de la «New Economics»

No es la primera vez que un gobierno estadounidense disminuye sus ingresos fiscales. La novedad consiste en que la propuesta de Kennedy se inscribe en una perspectiva más amplia. Sin que exista una clara recesión, sin que se reduzcan los gastos generales, el gobierno se priva de una parte de sus recursos, con lo que acrecienta considerablemente el déficit presupuestario. Dado que la presión fiscal impide a los particulares consumir más y a las empresas invertir, se trata no de promover el gasto público, sino de estimular los gastos privados. A falta de una política tal, los recursos fiscales disminuirían a pesar de todo, debido al estancamiento de los negocios. Se trataría de un «déficit crónico de inercia». Por el contrario, la reducción de las cargas fiscales relanzará la economía y, a medio término, aportará al Estado recursos más importantes. El déficit de hoy creará el excedente de mañana.

De hecho, el proyecto choca con tres objeciones que, a lo largo del año 1963, marcan la oposición entre partidarios y adversarios. Todos los grupos de presión son favorables a una reducción de los impuestos, pero cada uno tiene su propia idea sobre las categorías sociales que han de sacar provecho de la misma. La AFL-CIO considera que hay que

preocuparse de las rentas más bajas. La Asociación nacional de las industrias no comparte esta opinión. Ocurre que unos sueñan con el consumo y otros con la inversión. Si se trata de favorecer las rentas medianas y altas, el resultado permite la formación de capital y, en consecuencia, la inversión. Las reducciones fiscales sobre las rentas más bajas desarrollarán el consumo. Surge, al mismo tiempo, un segundo tema de divergencia. El sistema fiscal debe ser reformado. La administración ha previsto nuevas disposiciones. Pero, ¿son buenas y son suficientes? Por ejemplo, la supresión de ciertas ventajas consentidas hasta entonces a las sociedades extractoras de gas y de petróleo disgustan a los interesados. La desaparición del haber fiscal de un 4 por ciento sobre los dividendos suscita las protestas de los ahorradores y de los hombres de negocios. Finalmente, más inquietante aún, el monto de los gastos federales. El presidente considera, para el año fiscal de 1964, un déficit de 11,9 miles de millones, lo que significa 4,5 miles de millones más que las previsiones para 1963. Esto es irresponsabilidad. Hace falta, dicen los conservadores, reducir los gastos del gobierno federal, incluso si, como lo afirma Kennedy, esta situación es provisional. Eisenhower sale de su retiro para aportar su ayuda a los adversarios del déficit. Discusiones, tomas de posición, modificaciones, enmiendas, y el tiempo pasa. En materia fiscal, la iniciativa pertenece a la Cámara de representantes. La asamblea no se apresura. Vota las propuestas de Kennedy el 25 de septiembre, dos meses antes del crimen de Dallas. El problema se ve sometido entonces a los senadores. Se reproduce la misma escena. Se toma la decisión final el 26 de febrero de 1964.

En estas condiciones, ¿cómo podría emitirse un juicio sobre la política económica de Kennedy? Como máximo, cabe subrayar algunas evidencias. En el lapso de tres años, el producto nacional bruto ha aumentado en 100.000 millones de dólares corrientes, o sea, un incremento de un 20 por ciento y, si se cuenta en dólares constantes, un incremento de un 5,5 por ciento anual. Es un logro indiscutible, si se compara el índice de crecimiento con el del año 1961 o el de los años precedentes. En el mismo periodo de tiempo, los precios al por mayor aumentan en una media de un 0,4 por ciento al año; los precios del consumo en un 1,3 por ciento y los ingresos por hora, un 3 por ciento. La recesión ha sido olvidada. Pero esta aceleración, ¿se debe a la intervención del presidente o bien se hubiera producido de todos modos? Hay que suponer que la reducción de los impuestos la habría acelerado, sin duda. Por el contrario, hay dos problemas que subsisten. El primero se llama desempleo. El índice no varía en 1963. Para Kennedy y sus consejeros, se trata de una gran decepción. El segundo problema se llama balanza de pagos. El déficit no es resultado de la política de Kennedy, dado que ya existía antes de 1961. En 1958 había alcanzado 3.529 millones; en 1959, 3.743 millones; en 1960, 3.881 millones. Acto seguido tiene tendencia a disminuir: 2.370 millones en 1961; 2.186 millones en 1962; 1.958 millones en 1963. Kennedy ha adoptado distintas medidas, comprendiendo en ellas las fiscales, para detener lo que los periodistas bautizan como la hemorragia de dólares. El déficit, sin embargo, no desaparece. Los es-

tadounidenses saben, por haber leído un informe de la Brookings Institution, los peligros que ello comporta: amenaza el crecimiento económico del país, perjudica el esfuerzo militar del mundo libre, impide la ayuda al desarrollo de los países del Tercer Mundo y dificulta la libertad de comercio en el mundo libre. El déficit proviene, sobre todo en esta época, de un nuevo equilibrio entre la Europa Occidental y Estados Unidos. Ambos intentan adaptarse a la evolución. Lo menos que puede decirse es que no lo logran. Sin duda, a Kennedy le hubiese gustado, tal como dijo un día en broma, que De Gaulle llevara a cabo sus amenazas y cerrara el mercado francés a los capitales americanos. La balanza de pagos estadounidense habría recuperado un poco su equilibrio.

No es menos cierto que Kennedy ha aprendido mucho. Su evolución hacia una posición más liberal, a partir de junio de 1962, es significativa. Pero, a fin de cuentas, las condiciones mundiales son más bien favorables a Estados Unidos, que todavía ocupa el primer lugar en la economía del mundo libre y es más rico en 1963 que en 1961.

9. La lucha contra las desigualdades sociales

La riqueza de EE UU está desigualmente repartida. Kennedy no lo ignora. Promete luchar por una sociedad más igualitaria, en la que los negros puedan hacer uso de sus derechos civiles y todos los estadounidenses gocen de un decoroso nivel de vida. La desigualdad racial y la pobreza, he aquí dos males que Estados Unidos tiene que combatir.

El problema de la discriminación racial

John Kennedy fue muy popular entre los negros mientras vivía. Los *ghetos* votaron por él en 1960. Según un sondeo, era tan admirado y querido como Martin Luther King. Después del asesinato de Kennedy, los negros le lloraron como si acabara de desaparecer uno de ellos. Sin embargo, el presidente no actuó en favor de los derechos civiles con la determinación que de él se esperaba, sino con lentitud y con vacilaciones. Casi siempre descargó el problema sobre su hermano. El nombramiento de Robert Kennedy para el puesto de secretario de Justicia fue fuertemente criticado, sobre todo por aquellos que se sorprendían de que un hombre de treinta y cinco años, de pasado controvertido, accediera a funciones tan importantes. Otros hablaban de nepotismo. Pero por su voluntad de hacer respetar las leyes, gracias a sus estrechos vínculos con el presidente, Robert Kennedy dejó su huella sobre la política racial de los años 1961-1964. Su acción y su reputación fueron muy útiles a John Kennedy.

Los estadounidenses de 1961 están de acuerdo en reconocer, salvo los que habitan en el Sur, que la segregación racial debe desaparecer lo más pronto posible. E incluso en el Sur, las opiniones evolucionan. Los sondeos aportan pruebas. La cuestión planteada es siempre la misma: blancos y negros ¿acabarán por frecuentar las mismas escuelas, los mismos restaurantes, los mismos lugares públicos? En agosto de 1957, el 45 por ciento de las personas interrogadas responden que sí; en octubre de 1958, el 53 por ciento; en enero de 1961, el 76 por ciento. La integración está en marcha. Muchas querellas y discusiones, muchos alborotos e incidentes son simples peripecias que apenas consiguen retrasar la evolución de las mentes y de las costumbres. Es evidente que los negros y los liberales blancos ansían que tal evolución se haga con rapidez. Además, el Tribunal Supremo ha pronunciado en 1954 un vere-

dicto decisivo. Es preciso, ha declarado la mayoría de los jueces, que las escuelas dejen de estar separadas, que el final de la segregación haga que la enseñanza sea verdaderamente igual para todos. Tres años más tarde, por primera vez después de los días que siguieron a la Guerra de Secesión, el Congreso ha votado una ley sobre los derechos civiles y ha creado una comisión encargada de velar por su aplicación. Una segunda ley completa en 1960 el arsenal legislativo. Finalmente, en la campaña electoral, los dos partidos han adquirido firmes compromisos, divergentes en pequeñas cuestiones, pero idénticos en el fondo. Kennedy se ha dedicado a definir el programa que seguiría si fuera elegido para la presidencia. Tendrá que actuar en el plano legislativo, es decir, proponer al Congreso la adopción de una legislación completa sobre la igualdad de derechos. En todos los campos que dependen del gobierno federal, Washington intentará suprimir la segregación y la discriminación, tanto si se trata del empleo o de la vivienda como del acceso a las urnas. El presidente, finalmente, ejercerá un papel moral educando a la opinión sobre las necesidades de la igualdad y de una sociedad libre. El 1 de septiembre de 1960 ha pedido a dos parlamentarios demócratas, el senador Clark y el representante Celler, la preparación de proposiciones de leyes que traduzcan en actos las promesas de la plataforma demócrata. Los dos hombres se ponen a trabajar. El 1 de marzo de 1961, cuando están a punto de entregar sus conclusiones, se enteran de que el presidente ha renunciado, por el momento, a sostener cualquier legislación sobre los derechos civiles. Y, de hecho, la única medida que el Congreso adopta en 1961 y en 1962 se refiere al mantenimiento de la comisión de derechos civiles.

Nadie pone en duda los sentimientos personales de Kennedy. Es hostil a cualquier desigualdad entre los hombres. La discriminación racial le causa horror. Su sentido de la justicia, sus aspiraciones para lograr una sociedad ordenada y racional le impiden ceder a la tentación discriminatoria. Pero Kennedy es, ante todo, un hombre político. Las condiciones para realizar cambios profundos e inmediatos no le parecen favorables. Algunos de sus conciudadanos, poderosos e influyentes, se opondrían con fuerza. Conviene, en consecuencia, esperar días mejores. Por el momento, el presidente se conformará con recurrir a los únicos medios de que dispone el Ejecutivo. Estos medios no son desdeñables. El presidente y, por delegación, el secretario de Justicia, proceden a la nominación de los funcionarios y de los jueces federales. Kennedy posibilita la entrada de profesionales negros en la administración federal. En puestos intermedios el número de funcionarios negros aumenta en un 36,6 por ciento de junio de 1961 a junio de 1963. En los puestos superiores el crecimiento es de un 88,2 por ciento. Se nombra a un embajador negro para Finlandia. La oficina de asuntos urbanos está dirigida por un negro. Un juez negro accede a una de las audiencias territoriales federales. Pierre Salinger se ve asistido por un adjunto negro, y jueces negros toman asiento ya en los tribunales federales. Estos nombramientos no son demasiado abundantes, pero su significación política no pasa por alto a nadie. Se ha dado un paso más, se ha afirmado una

voluntad. Alrededor de Robert Kennedy se reúne un equipo de liberales blancos, consagrados al triunfo de la igualdad, entre los que figura el asistente del secretario de Justicia, Bruke Marshall, responsable de la división de derechos civiles en el Departamento de Justicia. No hay que olvidar que, en el grupo del presidente, Sorensen, Wofford, Myer Feldman defienden con energía los mismos principios. John Kennedy ha nombrado igualmente jueces blancos que defienden públicamente el principio de igualdad entre las razas. La elección no siempre ha sido afortunada, tanto más cuanto que algunos de sus colegas tenían su puesto gracias al favor de los parlamentarios del Sur.

El gobierno federal dispone también, desde 1957, de la autoridad suficiente para perseguir ante los tribunales y para obtener una orden cuando los derechos civiles de un ciudadano han sido conculcados. Si se ve alterado el orden, puede mandar tropas para restablecerlo o utilizar a la Guardia Nacional o enviar a los *marshals*, que son, en definitiva, representantes de la autoridad federal que disponen de poderes de oficiales de policía. El gobierno negocia mercados y contratos con firmas privadas, lo que le da la posibilidad de imponer sus condiciones y de impedir cualquier discriminación. Los fondos federales son atribuidos o denegados en función de las condiciones que la Casa Blanca define, de acuerdo con las leyes. Finalmente, el presidente y sus consejeros pueden hacer un llamamiento a la opinión pública o persuadir discretamente a sus interlocutores, ya que el peso político del Ejecutivo es, a menudo, determinante. En pocas palabras: no faltan medios de presión. Y el Departamento de Justicia no ha vacilado a la hora de utilizar algunos.

Kennedy ha establecido una comisión, presidida por Johnson, para velar por la igualdad de contratación en la Administración federal y en las sociedades que trabajan para el gobierno. En 1961, los «viajeros de la libertad», negros y blancos, fletan autocares y circulan por el Sur. ¿Su objetivo? Obtener la no segregación en las estaciones de autobuses. Estalla la violencia. Los partidarios de la segregación incendian los vehículos o atropellan a los «viajeros». Entonces interviene Robert Kennedy, y la comisión sobre el comercio entre Estados decide que las estaciones de autobuses ya no podrán disponer de salas de espera y de comodidades para los blancos y otras para los negros. En lo sucesivo serán «integradas». El mismo resultado, aunque más fácilmente, se alcanza en los aeropuertos. Más activo que el de Eisenhower, el gobierno de Kennedy emprende, sólo en el año 1961, catorce procesos en favor de los negros víctimas de discriminación en el momento de la inscripción en las listas electorales.

Son progresos, sin duda, pero todavía demasiado pocos. Las principales agrupaciones que defienden los derechos de los negros, trátese de la *National Association for the Advancement of Colored People* (NAACP), del *Congress of Racial Equality* (CORE), de la *National Urban League*, de la *Southern Christian Leadership Conference* (SCLC), animada por Martin Luther King, del más reciente *Student Non-Violent Coordinating Committee* (SNCC), de los sindicatos, de las Iglesias de todas las confesiones, de la *American Civil Liberties Union*, o de los

Americans for Democratic Action, no se recatan en demostrar que Kennedy no ha respetado sus compromisos electorales, que la condición de los negros deja mucho que desear todavía y que hay que actuar con la máxima urgencia. La comisión de los derechos civiles comprueba, a finales de 1961, que los negros, en el Sur, se ven muy a menudo privados del derecho del voto, sea mediante la intimidación, sea por el mantenimiento, en varios Estados, de un impuesto electoral o de unos exámenes de conocimientos cuyos criterios son fluctuantes. Las escuelas están «segregadas» en nueve de cada diez casos. Y, sin embargo, reciben los fondos federales. La discriminación en la contratación ha tomado un giro más sutil. No hay ningún negro que se vea rechazado a causa del color de su piel. Pero su falta de cualificación profesional le impide ocupar el puesto. Es indispensable un programa de instrucción técnica, que se pondría bajo la responsabilidad del gobierno federal y de los sindicatos. La vivienda, en fin, sigue siendo fuente de una segregación insoportable. En el transcurso de la campaña electoral, Kennedy había prometido suprimir «de un plumazo» los fondos federales mantenedores de proyectos discriminatorios. Llegado al poder, no hace nada durante cerca de dos años. Hay que esperar al 20 de noviembre de 1962 para ver cómo cumple su promesa. Hay demasiado, tribunales y demasiados policías que maltratan a los negros. Muchos estadounidenses se indignan y anhelan que se progrese de una vez en materia de relaciones interraciales. Uno de los principales animadores de la comisión de los derechos civiles declara: «Personalmente, me importa muy poco que Estados Unidos sea el primer país en llevar un hombre a la Luna, si durante este tiempo nos arrastramos sobre nuestro pedazo de tierra rizando el rizo de nuestros prejuicios, violando nuestra magnífica Constitución, ignorando el problema esencial de la moral de nuestro tiempo y apareciendo como unos hipócritas delante del mundo entero.»

En 1962, el gobierno federal lleva a cabo una política respecto a los negros relativamente tímida. Washington, desde luego, hace grandes esfuerzos para obtener de la Universidad de Mississippi que un estudiante negro, James Meredith, pueda inscribirse y asistir a los cursos. Se trata de un asunto sumamente espectacular. Se desarrolla al mismo tiempo que la crisis de los misiles y demuestra, por la simultaneidad de los acontecimientos, hasta qué punto se ve solicitada la atención del presidente. El gobernador del Estado, Ross Barnett, se niega, en efecto, a ceder a la presión de los tribunales federales. Defiende, según pretende, los derechos de su Estado en contra de las usurpaciones del poder federal. Los habitantes de Mississippi no quieren la no segregación. ¿Qué derecho tienen las autoridades federales para impedirselo? Robert Kennedy envía al lugar algunas decenas de *marshals* con la misión de proteger a Meredith. El propio presidente intenta persuadir al gobernador en el curso de una larga conversación telefónica. En vano. Entonces hace un llamamiento al sentido común de los ciudadanos de Mississippi. Durante este tiempo, estallan motines en el campus. Los *marshals*, asediados por los amotinados, apenas se benefician de la protección de los guardias nacionales. El 30 de septiembre, los incidentes ocasionan tres muertos,

entre ellos un periodista francés. Al día siguiente vuelve la calma. El gobierno federal impone su voluntad y Meredith puede seguir sus cursos (aunque, la verdad sea dicha, protegido por los *marshals*). La actitud del secretario de Justicia y del presidente ha estado de acuerdo con su papel constitucional. También el presidente Eisenhower había mandado tropas federales a Little Rock, en Arkansas, en 1957, para conseguir la aplicación de la integración escolar. Kennedy no ha innovado nada. Se ha inspirado en el precedente. Pero, sin duda, se ha formado una idea de lo que, en lo sucesivo, puede pedirle al Congreso. La opinión está madura. El Senado y la Cámara de representantes acaban de adoptar una enmienda a la Constitución que prohíbe el establecimiento de una tasa electoral para las elecciones federales. La enmienda será ratificada por las legislaturas de los Estados en 1964. Es una buena señal.

Los proyectos de leyes sobre derechos civiles

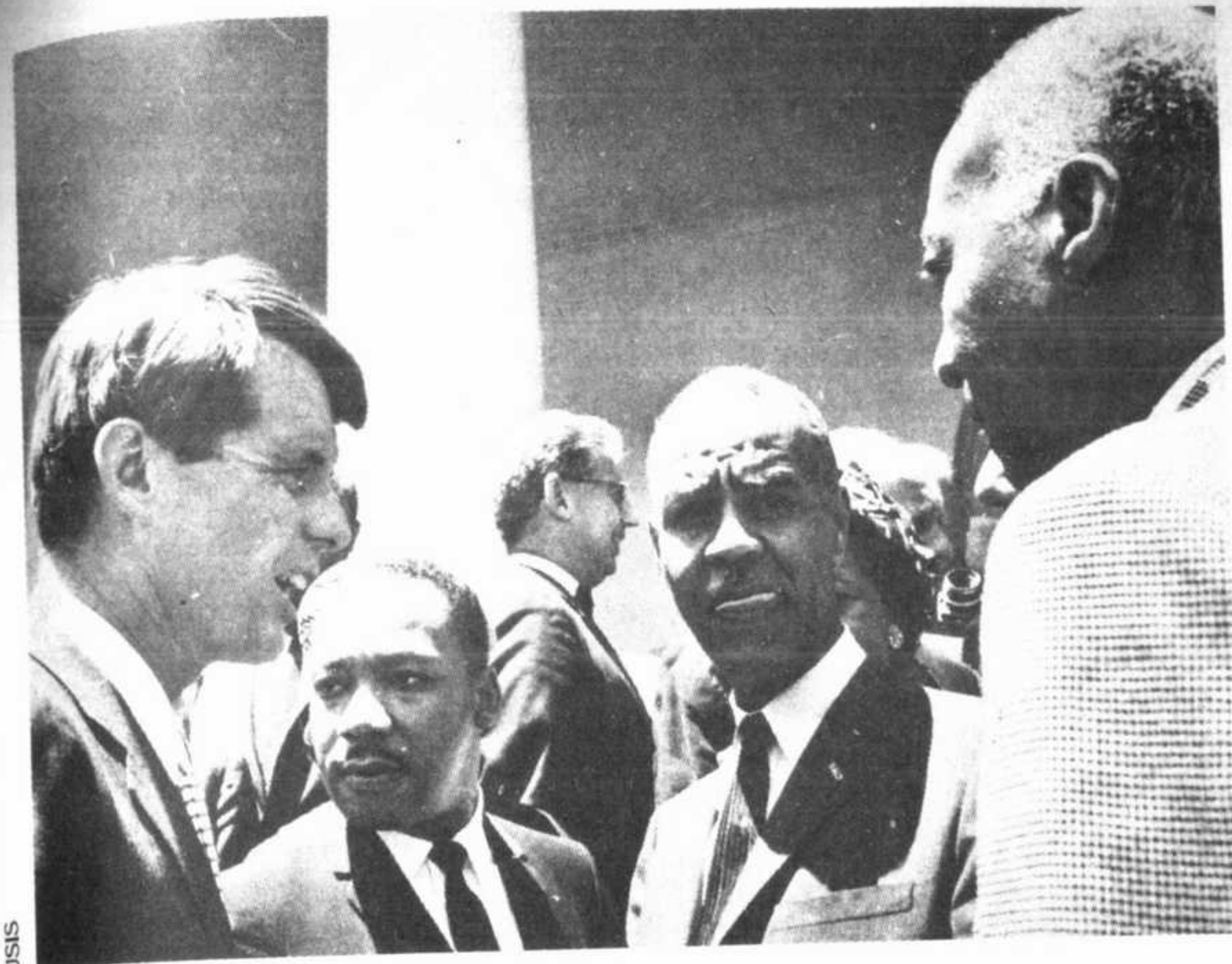
Por todo ello, Kennedy hace preparar un proyecto de ley, anunciándolo en su mensaje sobre el estado de la Unión de enero de 1963, y que luego presenta en detalle el 28 de febrero. Se trata, simplemente, de proteger, una vez más, el derecho al voto de los negros. Los liberales se escandalizan. Por debilidad o por timidez, el presidente decepciona. Hay que convencerle de que hay más cosas por hacer. Deben organizarse manifestaciones no violentas. Uno de los principales animadores es un pastor negro, de la secta baptista, llamado Martin Luther King. Tiene una sólida experiencia, debido a las campañas de opinión que lleva a cabo aquí y allá en el Sur desde hace más de siete años. King ha elegido Birmingham, en Alabama. Es el feudo de los segregacionistas y, al mismo tiempo, una ciudad que atraviesa una crisis política de origen local. King no ignora que «la estructura del poder de Birmingham se ha desquiciado [...]. Si logramos quebrantar Birmingham, estoy convencido de que podremos hacer que el Sur se tambalee. Birmingham es para el Sur el símbolo de la segregación». El 3 de abril comienzan las manifestaciones. Negros —mujeres, hombres y niños— desfilan en silencio o cantan un viejo himno religioso: *We shall overcome* («Lo conseguiremos»). Hay blancos que les acompañan. Los manifestantes se sientan en aquellos lugares en que los negros tienen prohibido instalarse; por ejemplo, en algunos restaurantes o en ciertos lugares públicos. Esperan a que la policía les desaloje. En tres semanas son arrestados 400 manifestantes, entre ellos el propio King. Por lo visto, Bill Connors, el comisario para la seguridad pública de la ciudad, ha decidido armar un escándalo. El 2 de mayo procede a 700 interpelaciones; los escolares son conducidos a la cárcel. Al día siguiente la policía emplea mangueras y perros policía para dispersar a los manifestantes. Los reporteros fotografían y narran a través de columnas y columnas. Por toda América los periódicos publican imágenes terribles: estadounidenses que, ayudados por perros, cazan a otros estadounidenses que luchan por sus derechos constitucionales. La conmoción es general. El Departamento de Justi-

cia envía al lugar a Burke Marshall. Los manifestantes prosiguen. Acuden por centenares a arrodillarse ante las iglesias de los blancos 850 arrestos. Sin embargo, se emprenden negociaciones entre los líderes del movimiento y los representantes del mundo de negocios en Birmingham. El gobernador Wallace llama a la Guardia Nacional para restablecer el orden, pero el 11 de mayo los motines desencadenan acciones violentas. El presidente decide entonces poner las tropas federales en estado de alerta y luego previene a Wallace que está dispuesto a intervenir de acuerdo con sus responsabilidades constitucionales. Se restablece la calma antes de que otras manifestaciones turben el otoño. A decir verdad, los acontecimientos de Birmingham no constituyen un caso aislado. En Jackson del Mississippi, en el norte de Alabama, en Maryland, en Chicago, en Filadelfia, los ghettos negros también se agitan.

En tales circunstancias, ¿cómo podría el presidente limitarse a sus propuestas del 28 de febrero? El 11 de junio pronuncia un discurso televisado. Se trata de una cuestión moral, les dice a sus conciudadanos. Los Estados Unidos, que defienden la libertad en todo el mundo, ¿no sabrán combatir por ella en su propio territorio? Los negros estadounidenses viven en unas condiciones insostenibles. Para ellos no existe la igualdad de oportunidades. «No podemos decirle al 10 por ciento de la población que no pueden tener este derecho, que sus hijos no pueden tener la oportunidad de desarrollar sus talentos, sean cuales fueren, y que la única manera de obtener sus derechos consiste en bajar a la calle y manifestarse.» El 19 de junio el presidente somete al Congreso un programa legislativo. Protección del derecho al voto, tal como en el proyecto del 28 de febrero, con, especialmente, restricciones severas y uniformes de los exámenes de aptitud; acceso a todos los lugares públicos (hoteles, moteles, cines, teatros, terrenos deportivos, almacenes de venta al por menor, estaciones de servicio, restaurantes, etc.), desde el momento en que son frecuentados por viajeros que franqueen los límites de un Estado; no segregación en todos los establecimientos escolares durante dos años: éstas son las disposiciones principales del proyecto. Cualquier infracción a las leyes acarreará persecuciones que serán llevadas a cabo por el secretario de Justicia.

La marcha sobre Washington

Ahora le toca actuar al Congreso. Aquí, todo se echa a perder. En el seno de las comisiones, las auditorías suceden a las auditorías, las enmiendas a las enmiendas. Para ciertas disposiciones, como las que afectan al libre acceso a todos los lugares públicos, los legisladores piden un desglose. La mala fe de unos, la inercia de otros presagian interminables debates. Los líderes del movimiento negro deciden en el mes de agosto convencer al Congreso organizando una marcha sobre Washington. Una marcha pacífica, cuidadosamente preprada, como la que tanto había dado que hablar en 1940-1941... Kennedy no lo ve favorablemente. Teme que la marcha provoque el mal humor del Congreso, que la multitud se



USIS

Robert Kennedy junto al pastor Martin Luther King y otros dos líderes de la minoría negra estadounidense.

deje arrastrar por su entusiasmo. El director del FBI ha informado a la Casa Blanca que King tiene amistades en el mundo comunista y que, a pesar de las múltiples advertencias, no renuncia a ellas. Kennedy se niega a tomar la palabra ante los componentes de la marcha e incluso se niega a recibir a los organizadores. Lo que no impide que el 28 de agosto 200.000 personas acudan a la capital federal, se agrupen cerca del Washington Monument y desfilen, lentamente, hasta el Lincoln Memorial. Allí, en las escaleras del Memorial, King pronuncia su mejor discurso. «He tenido un sueño —dice—: que mis cuatro hijos vivirán algún día en una nación en la que no serán juzgados por el color de su piel, sino en función de su carácter. Es nuestra esperanza. Es la convicción con la que que volveré al Sur. Con esta convicción podemos convertir esta montaña de desesperación en una piedra de esperanza.» Poco después, el presidente recibe a los responsables de la marcha y les felicita por haber logrado, con tanto orden, una manifestación tan bella.

Pero el Congreso sigue arrastrando los pies. El 20 de noviembre la comisión jurídica de la Cámara de representantes se dispone a presentar su informe. El proyecto es discutido todavía en las comisiones del Senado, donde se teme que un debate en sesión plenaria desemboque en uno de esos interminables filibusterismos. El presidente Kennedy no ha logrado aún que se adoptara su programa a lo largo de los cinco meses que han seguido a su presentación. Su sucesor lo conseguirá en 1964-1965. ¿Resulta suficiente este programa? Desde luego, no. No com-

porta sanciones lo bastante fuertes contra aquellos que violen la ley. Habrían sido convenientes sanciones automáticas, como la supresión inmediata de los fondos federales. También cabe preguntarse si el programa de Kennedy no llega demasiado tarde. En 1963 son cada vez más numerosos los negros que desconfían de una colaboración con los liberales blancos. De vez en cuando, King tiene que soportar los ataques de jóvenes radicales que le echan en cara el ser, ante todo, un Tío Tom, esto es, un negro complaciente con los deseos de los blancos, incapaz de conducir la lucha de los negros. Además, conviene mejorar la suerte de los negros en el Sur, pero los negros del Norte son cada vez más numerosos. Los ghettos de las grandes ciudades en los que se hacinan son bolsas de miseria. Kennedy apenas ha pensado en ellos. Es cierto que aquí el problema no es tan sólo el de la discriminación racial. Se trata más bien de la lucha contra la pobreza.

El «Welfare State»

John Kennedy no ha inventado el *Welfare State*, el Estado-Providencia. Muy a menudo ha reemprendido y ampliado ideas y programas de Franklin Roosevelt y de Harry Truman. En efecto, fue durante los años treinta cuando Estados Unidos adoptó una nueva actitud ante los problemas sociales. El individualismo no ha sobrevivido a la crisis. Ni los republicanos ni los demócratas desean, después de la II Guerra Mundial, volver a las prácticas individualistas defendidas por el presidente Hoover. El *Welfare State* ha pasado a formar parte de las costumbres. En este campo, como en otros, Kennedy no deja de ser fundamentalmente prudente. Sus iniciativas son restringidas y las circunstancias no le permiten ir muy lejos.

No faltan los ejemplos. La ayuda a los parados, la protección de las mujeres en el trabajo son constantes preocupaciones. Pero lo que Kennedy pretende demostrar es que la pobreza no es el resultado de un conflicto irreductible entre las clases sociales. Proviene de la edad, de la enfermedad, de las desigualdades en el desarrollo regional, de la discriminación racial. Aquí se hallan las principales líneas de su política social. Concede una gran importancia a la ayuda a las personas de edad. Hay, en suma, una comprobación que se impone. En 1962, 17 millones de estadounidenses tienen, al menos, sesenta y cinco años, lo que equivale al 9 por ciento de la población y al 15 por ciento de los electores. La proporción no deja de crecer. El número de personas mayores ha aumentado en el último decenio en un 34,7 por ciento, en tanto que la población lo ha hecho tan sólo en un 18,5 por ciento. La mayor parte de estos ancianos son mujeres y, muy particularmente, viudas. Sus rentas son bajas, ya que en el curso de su vida activa han conocido la Depresión, antes de sacar provecho del esfuerzo económico del país. Más de la mitad tienen rentas inferiores a los 1.000 dólares por año. En este grupo social los gastos para la salud son los más elevados. Los progresos de la medicina han multiplicado los tratamientos y los han hecho más

caros. De 1950 a 1960, el índice de cuidados médicos ha pasado de 100 a 147. En 1946, un día de hospital costaba 10 dólares; en 1960 cuesta 32. Los estadounidenses carecen de seguro médico obligatorio, por lo que se aseguran en compañías privadas. Ahora bien, el 48,8 por ciento de personas de más de sesenta y cinco años no ha suscrito seguro para la enfermedad y el 20,9 por ciento se hace reembolsar menos del 75 por ciento de sus gastos hospitalarios. La situación de las personas ancianas es difícil. En un país en el que la Seguridad Social engloba solamente las jubilaciones y las indemnizaciones para el desempleo hace falta descubrir una fórmula que permita obtener el reembolso de los gastos para la conservación de la salud, al menos entre los ciudadanos más necesitados.

Lo que propone Kennedy en 1961 no es ninguna novedad. Diversos proyectos han sido sometidos al Congreso, discutidos y rechazados después, a lo largo de quince años. Ya que si bien las personas de edad se benefician de la gratuidad de las atenciones hospitalarias, aún es preciso financiar el sistema. El presidente propone aumentar las cotizaciones a la Seguridad Social en un 0,25 por ciento. Los sindicatos le apoyan, así como la mayor parte de los demócratas, los partidarios del *Welfare State* y las asociaciones en las que se reagrupan las personas ancianas. En contrapartida, la oposición es sonada. El Partido Republicano estima que no hay que aumentar las cargas del gobierno federal ni renunciar al sacrosanto principio de la iniciativa individual. Algunos republicanos liberales aceptarían una fórmula en la que se mezclaran la participación privada y la intervención de la Seguridad Social. La patronal, expresándose por medio de la *U. S. Chamber of Commerce* o de la *National Association of Manufacturers*, comparte la opinión de las compañías de seguros o de la *American Farm Bureau Federation*. Defendiendo su proyecto *Medicare*, Kennedy da un paso en dirección al socialismo. Es, sobre todo, la Asociación Americana de Médicos (AMA) la que dirige el combate. El boletín de la Asociación toma partido, una vez más, en marzo de 1961: «El Partido Socialista de Estados Unidos acaba de lanzar una campaña a escala nacional para instaurar en América una medicina socialista y ha declarado que sostiene la proposición del presidente Kennedy.» Para la AMA no es más que un principio. Los socialistas «tienen la intención de utilizar la medicina socialista como un trampolín para alcanzar un objetivo más amplio: el socialismo en Estados Unidos». Los médicos temen que el Departamento de Sanidad dicte a los facultativos los tratamientos y los medicamentos que hay que prescribir y administre los hospitales y los asilos para ancianos. Los intereses financieros apenas se disimulan detrás de los principios. Los lobbies están, por otra parte, perfectamente organizados y saben a qué puertas tienen que llamar. En 1961-1962 el Congreso no ha adoptado el *Medicare*. El proyecto se arrastra por las comisiones de la Cámara y del Senado. Kennedy, sin embargo, no se desanima. Vuelve a la carga en febrero de 1963 y manda al Congreso «un mensaje especial sobre la ayuda a las personas ancianas». Pero, al mismo tiempo, pide la aprobación de una reforma fiscal y el de una legislación sobre los derechos civiles.

El *Medicare* no se beneficia de la prioridad de las prioridades. Se hablará de él más adelante, sin duda, una vez celebradas las elecciones de noviembre de 1964. Una vez más, Johnson hará votar lo que Kennedy no pudo obtener.

La condición de los jóvenes preocupa igualmente al presidente. Los problemas son distintos. Lo que importa ya no es el seguro de enfermedad, sino la educación, la enseñanza profesional. Kennedy elabora un gran proyecto en 1961. El gobierno federal subvencionará la construcción de edificios escolares, distribuirá becas de estudios, mejorará las condiciones de los profesores. Apenas presentado, el proyecto es enterrado. Ocurre que ha desencadenado una extraña querrela. La jerarquía católica desea que las escuelas confesionales reciban, al igual que los establecimientos públicos, préstamos y donativos. Kennedy, el primer presidente de Estados Unidos de religión católica, se ha comprometido a que los intereses de la nación prevalecieran por encima de los de su Iglesia. Se niega a ceder. El Congreso se contenta con adoptar dos medidas relativamente secundarias de aquel vasto proyecto. En 1962, nueva tentativa de Kennedy, que somete un programa de diez puntos: ayuda a las escuelas, a los colegios a los niños minusválidos, a los niños de los obreros emigrantes, a las artes, a la televisión pública (ETV), a la enseñanza médica y odontológica, etc. Nuevo fracaso sobre la mayor parte de las medidas propuestas. Los resultados son un poco mejores en 1963. Se adopta la ayuda a las escuelas de medicina, a los colegios y a la enseñanza técnica. Sin duda a causa de su propia experiencia familiar, Kennedy pide con insistencia y obtiene créditos para las escuelas destinadas a niños retrasados. El balance no es totalmente negativo.

Lucha contra la pobreza

Sin embargo, todo esto no quiere decir que los problemas no existan. Todo lo contrario. Un periodista, Michael Harrington, publica en 1962 un libro que obtiene gran éxito, *The Other America (La otra América)*, en el que evoca el mundo de los pobres, pero no en Asia o en América Latina, sino en Estados Unidos. Teniendo en cuenta el nivel de vida de los americanos, sostiene que la pobreza comienza cuando una familia de cuatro personas cuenta con unos ingresos anuales situados por debajo de los 3.000 dólares. Según esa definición, entre el 20 y el 25 por ciento de estadounidenses son pobres. Viven en alojamientos insalubres, comen mal o insuficientemente, se cuidan poco y topan con obstáculos insuperables, culturales y materiales, si quieren salir de su condición. Lo que choca no es la pobreza en sí. Estados Unidos ha conocido situaciones más catastróficas que las de 1962, a comienzos del siglo XX, por ejemplo, o durante la Gran Depresión. Pero la riqueza o el bienestar eran entonces el privilegio de un pequeño número. Los pobres constituían mayoría y, con tal título, atraían sobre ellos la atención de los poderes públicos. Hoy, la pobreza persiste en medio del bienes-

tar general. Se hace invisible, carece de voz, nadie se interesa por ella. Y los marginados sobreviven en la subcultura de la pobreza. Son los parados de las regiones en decadencia, los enfermos mentales y físicos, los venidos a menos, las mujeres solas, los viejos, los minusválidos, muchos negros; en conjunto, 30 ó 40 millones de hombres y mujeres de todas las razas, de todos los medios, de todas las regiones. Harrington ha puesto el dedo en la llaga. Había tenido un ilustre antecesor en el economista liberal J. Kenneth Galbraith. Cuando apareció *The Affluent Society (La sociedad opulenta)*, en 1958, los lectores apresurados o distraídos desdeñaron quizá uno de los últimos capítulos, que trata de las nuevas formas de la pobreza. A veces esta pobreza se limita a los bolsillos —Galbraith la califica de pobreza «insular»—, o bien corresponde a casos especiales. Harrington no ha hecho ninguna innovación, pero ha despertado una opinión que dormitaba en la indiferencia. Kennedy ha leído su libro. Ya conoce el problema de la pobreza. Su carrera política, —¿hay que recordarlo?— empezó en los barrios miserables de Boston. Ha visto con sus propios ojos, en Virginia Occidental, lo que era la miseria de las regiones en decadencia. Pero el éxito del libro de Harrington le ha enseñado que los estadounidenses cada día se mostraban más sensibles a las desigualdades sociales. El problema, por tanto, se convertía en una cuestión política.

El presidente solicita a Walter Heller que prepare un informe. Heller acaba su trabajo en mayo de 1963. Y sus conclusiones son inquietantes. Desde 1957 el número de pobres ha aumentado, si bien su porcentaje en relación con la población total ha bajado en un 1 por ciento. La pobreza no se reabsorbe a sí misma. Después de haber leído el informe, Kennedy se pregunta cómo es posible que los pobres no se subleven. En Inglaterra —confía a sus colaboradores— si el índice de paro pasa de un 2 por ciento, «ellos» avanzan contra el Parlamento. En los Estados Unidos han superado la barrera del 6 por ciento y no ha pasado nada. ¡Qué importa! El gobierno federal no podría permanecer indiferente. En cuanto esté garantizado el ascenso de la economía habrá que hacer la guerra a la pobreza y reagrupar todas las energías del país para alcanzar la victoria. Los estadounidenses acomodados se preocupan de la pobreza de una manera superficial. Pero si la campaña para las elecciones presidenciales se centra sobre este tema, el país comprenderá, e impulsado por la opinión, el Congreso se decidirá a votar los créditos necesarios. Son intenciones que Johnson, y no Kennedy, transformará en medidas concretas.

¡Qué difícil es gobernar con eficacia! Kennedy no es, evidentemente, un revolucionario y nunca ha intentado serlo. Se esfuerza en hacer que se aprueben reformas moderadas, aceptadas por el conjunto de los estadounidenses. Se toma el tiempo necesario y trata los problemas cuando le parecen susceptibles de ser resueltos. Va demasiado deprisa protestan los conservadores; es demasiado lento, replican los liberales. Estos reproches contradictorios son, quizá, un homenaje involuntario a su sentido común. Las ideas nuevas no abundan en sus proyectos. Pero muchas ideas antiguas aún no habían sido adoptadas en 1961. Luego

poco a poco, las concepciones del presidente evolucionan. Adopta posiciones que uno o dos años antes le parecían excesivamente liberales. Le faltó tiempo. Supo, sin embargo, dar a las investigaciones y las reflexiones sobre diversos aspectos de la sociedad, comprendida la pobreza, una dimensión nacional e incluso internacional. Consiguió sensibilizar a la opinión pública. Sin duda no es suficiente para un hombre político, sobre todo para un presidente de Estados Unidos. Pero en mil días de gobierno, no está del todo mal. Sobre todo si se recuerdan los obstáculos que encontró en su camino, de los cuales le corresponde al Congreso una parte importante de culpa.

10. Las obstrucciones políticas

¡Situación sorprendente! Las dos cámaras del Congreso tienen, en enero de 1961, una mayoría demócrata. La Cámara de representantes se compone de 263 demócratas y 174 republicanos; el Senado, de 64 demócratas y 36 republicanos. El presidente dispone, teóricamente, de una mayoría confortable. Como no puede hacer nada —sobre todo en el campo de la política interior— sin la aprobación de los legisladores, las cifras incitan a pensar que no encontrará mayores dificultades en el Congreso. Es un error. En 1961, Kennedy somete al Congreso 355 proyectos, de los que solamente se aprueban 172, lo que significa el 48,4 por ciento. Al año siguiente, de 298 proyectos procedentes de la Casa Blanca, sólo son votados favorablemente el 44,6 por ciento. La proporción de los logros desciende más aún en 1963, ya que se sitúan en el 27,2 por ciento. Las comparaciones son instructivas. En el transcurso de sus dos mandatos presidenciales, Eisenhower ha alcanzado su proporción más elevada en 1954 con un 64,7 por ciento de sus proyectos aprobados por el Congreso. No es sorprendente, dado que los republicanos disponían entonces de mayoría. Su proporción media varía entre el 47,7 por ciento y el 30,6 por ciento. Lo ha hecho igualmente bien, y a veces mejor que Kennedy, incluso en aquellos años en los que los demócratas detentaban la mayoría, es decir, después de 1955. Proyectos tan importantes como la reducción de los impuestos o la protección de los derechos civiles son «olvidados» tras un año o más de discusiones. Kennedy los ha calificado, sin embargo, de prioritarios. De ellos espera, repite, la reactivación de la expansión económica y el establecimiento de la justicia social. Ha movilizado en su favor a la opinión pública. Los sondeos demuestran que la mayoría de los estadounidenses aprueban a su presidente. Como si nada. ¿De qué sirve comprometerse a «volver a poner a América en marcha» si el Congreso no vota ni las leyes ni los créditos necesarios? Como compensación, el presidente obtiene brillantes éxitos en el campo de la defensa nacional (se satisfacen el 95,6 por ciento de sus peticiones), en el de la vivienda y, en menor grado, en el de la agricultura. En las elecciones legislativas de noviembre de 1962, el presidente Kennedy y su círculo temen que el Partido Demócrata pierda escaños. El partido del presidente es, en Estados Unidos, víctima tradicional de las consultas electorales situadas entre dos elecciones presidenciales. Sin embargo, los resultados son más bien estimulantes. En la Cámara, los demócratas pierden cuatro escaños, pero los republicanos sólo ganan dos, ya que la asamblea cuenta ahora con 435 miembros en lugar

de 437. En el Senado, los demócratas ganan cuatro escaños; la muerte de uno de ellos y su reemplazo por un republicano reducen las ganancias a tres. En resumen, la mayoría demócrata permanece intacta y la hostilidad a Kennedy no varía.

La coalición conservadora

Pero es mejor no fiarse de las apariencias. Si los republicanos forman un grupo relativamente homogéneo, los demócratas se escinden en dos tendencias. Por un lado, están los demócratas liberales que, en general, proceden del Norte, del Medio Oeste y del Oeste; por el otro, están los demócratas conservadores del Sur. Los demócratas del Sur gozan de una posición política particularmente ventajosa. Su elección y, luego, su reelección no tropiezan con grandes obstáculos. El Partido Republicano se halla ausente de la mayor parte de las circunscripciones, sobre todo si se trata de elecciones legislativas o de elecciones para cargos locales. A un demócrata le basta verse investido por su partido para estar seguro de ganar el día del escrutinio. Son las circunscripciones llamadas «seguras», en las que el representante o el senador obtienen casi siempre más votos que el candidato de su partido a la presidencia. Los demócratas del Sur son más populares en sus feudos que John Kennedy. Podríamos citar numerosos ejemplos en Alabama, en Florida, en Arkansas, en Georgia, en Luisiana, en Mississippi, en Texas o en las Carolinas. Ahora bien, el Sur vive, en esta época, obsesionado por la cuestión racial. Es imposible, para un legislador que hable en nombre de esta región, orillar el problema negro. Todos sus votos, todas sus tomas de posición públicas se explican por esa obsesión. Y si lo olvidara, ya no se beneficiaría de ningún apoyo en esta circunscripción. Importan poco los proyectos del *Medicare*, de ayuda a los mal alojados o de asistencia a las escuelas públicas. Lo esencial, para un demócrata del Sur, no radica en esto. Como máximo, hay algunos Estados que viven menos preocupados que otros por la cuestión racial, como pueden ser los casos de Tennessee o de Texas.

He aquí por qué, según el *Congressional Quarterly*, cabe considerar cinco posibilidades respecto a todo ello. Los demócratas del Sur se alían con los republicanos y se oponen a los demócratas liberales. De esta manera forman una coalición conservadora, incluso si una mayoría de ellos, y no la totalidad, se valen de este camino. Muchos republicanos temen una evolución hacia «un socialismo», es decir, hacia un fortalecimiento de la autoridad del gobierno federal. Comprenden las preocupaciones del Sur. Los miembros de la coalición proceden entonces a un intercambio de buenas intenciones, lo que, en términos políticos americanos, se denomina *el log-rolling*. Hay un ejemplo que ilustra esta práctica. Un senador de Kentucky decide votar contra el *Medicare*, aun siendo demócrata, ya que ha obtenido de la asociación de médicos, próxima al Partido Republicano, la promesa de que la campaña contra el uso del tabaco será menos ruidosa y, como es sabido, Kentucky es un gran

productor de tabaco. Teniendo en cuenta únicamente los votos nominales, muy raros en el Congreso, la coalición conservadora se ha formado 88 veces en 1961, o sea, en un 28 por ciento de los escrutinios; 50 veces en 1962, o sea, en un 14 por ciento; 58 veces en 1963, es decir, en un 17 por ciento. Bien entendido que este cálculo no corresponde exactamente a la realidad, ya que la coalición también ha podido formarse en escrutinios que no fuesen nominales, es decir, en la mayor parte de las votaciones del Congreso. En 1963, la coalición pudo agrupar a 56 senadores sobre 100 y a 283 representantes sobre 435. Aunque sólo reuniera la mayoría de los dos subgrupos, dispondría, con todo, de 29 votos en el Senado y de 142 en la Cámara. Todavía es demasiado. Entonces le hace falta atraer votos tomándolos de los demócratas del Norte. La tarea no es imposible. La coalición conservadora logra alcanzar, en 1963, diecinueve victorias en el Senado, cinco de ellas agrupando en su seno la mayoría absoluta de la asamblea, y catorce captando votos del Norte. En la Cámara es aún más fácil. Sobre diez victorias, tres tan sólo son el resultado de la aportación de los votos del Norte. En resumen, los republicanos ayudan a los demócratas del Sur a luchar contra la no segregación. Los demócratas del Sur ayudan a los republicanos a contener las incitativas «socializantes» de Kennedy. Y el presidente no puede reclamar la lealtad de los demócratas del Sur, ya que la elección de éstos no está ligada directamente con el futuro político de Kennedy. Más aún, cada una de las elecciones presidenciales atestigua progresos del Partido Republicano en los Estados del Sur, en donde desempeña el papel del Partido Conservador. Los políticos locales sólo pueden frenar este progreso combatiendo la política liberal de Kennedy.

Surge una segunda posibilidad si la coalición conservadora no logra reagrupar a sus huestes. Entonces se producen defecciones y el campo adversario cosecha la mayoría de los votos. Así se crea una coalición liberal. Está compuesta por demócratas del Norte, algunos demócratas del Sur y un número reducido de republicanos. Ocurre que los legisladores del Sur no son sistemáticamente hostiles a las medidas sociales, a condición de que no cambien en nada las relaciones interraciales. Son, además, partidarios de una defensa nacional fuerte y aceptan votar de buen grado los créditos para la ayuda al extranjero. Tercera posibilidad: los escrutinios se llevan a cabo sobre una base geográfica. El Sur se opone al Norte y al Oeste, o bien el Este no defiende los mismos intereses que el Oeste, y entonces es el Sur el que resuelve. Este reparto de fuerzas se produce cuando hay que votar los créditos en favor de las regiones en decadencia. La política agrícola de Kennedy choca con dificultades parecidas. El presidente quiere que los precios de los productos agrícolas, especialmente los cereales, se mantengan elevados, pero en contrapartida pide a los agricultores que limiten su producción. El Medio Oeste y las Grandes Llanuras, de mayoría republicana, aceptan la primera parte de esta política y rechazan la segunda. Cuarta posibilidad: los votos se reparten en función de las afiliaciones políticas. Los demócratas votan juntos contra los republicanos. Contrariamente a lo que uno podría imaginarse, esto se produce raramente. Quinta y última po-

sibilidad: el escrutinio asume un carácter no partidista. Se hallan entonces en un mismo campo conservadores y liberales, republicanos y demócratas, sudistas y nordistas. El conflicto de intereses ha cedido el paso al consenso. Verosímilmente, se tratará de una cuestión de política extranjera.

¿Hipótesis de politólogos? La enumeración precedente muestra hasta claramente que el presidente Kennedy no puede contar con una mayoría fiel y adicta. No hay incondicionales. Todo lo contrario. Hay una lucha permanente entre un poder Ejecutivo dinámico, innovador, decidido a actuar, y unos legisladores dedicados a la defensa de su circunscripción, poco preocupados o incapaces de tomar conciencia de los intereses nacionales, envidiosos, sin duda alguna, de la popularidad de un presidente que sabe dar a conocer sus opiniones, azarados quizá por la elegancia, la cultura y la juventud de un equipo prestigioso. Porque el Congreso de 1961-1962, al igual que aquellos que lo han precedido, representa con holgura al campo, mucho más que a las ciudades. En el interior de muchos Estados, las circunscripciones no cuentan, ni mucho menos, con el mismo número de ciudadanos. La Corte Suprema se esfuerza en establecer una mayor justicia y los veredictos que se suceden acabarán por suprimir las desigualdades más escandalosas. Lo que no impide que en Texas, entre la circunscripción menos poblada y la más poblada, exista una relación de 1 a 4,5; en Michigan la relación es casi de 1 a 5; en Ohio, de 1 a 3. En el Senado, cada Estado dispone de dos votos, tanto Nueva York, con sus 16.838.000 habitantes, como Nevada, con sus 291.000.

Las comisiones del Congreso

Hay otras asechanzas sembradas en el camino de Kennedy. En la Cámara de representantes y en el Senado, lo esencial del trabajo se lleva a cabo en el seno de las comisiones. Algunas disponen de un poder exorbitante. La comisión de reglas de la Cámara desempeña un papel capital. Examina cualquier proyecto de ley, incluso si otra comisión lo ha debatido ya. Es la que acepta o deniega una «regla» y define también las condiciones en las que el proyecto será discutido en sesión plenaria o en las comisiones. Puede decidir que un proyecto no sea presentado a la Cámara. Puede hacer que su decisión sea esperada. Presidentes tan importantes como Roosevelt o Truman se vieron entorpecidos por la todopoderosa comisión. Existe, sin embargo, un procedimiento para obviarla, al que los representantes raras veces recurren. Se ocupan en el mantenimiento de sus privilegios. Se sienten apegados a sus métodos de trabajo y a sus hábitos. Además, tampoco ansían comprometerse en una guerra de guerrillas contra algunos de sus colegas, ya que las represalias podrían ser molestas. La comisión de reglas cuenta, desde 1945, con doce miembros: cuatro pertenecen al partido minoritario, en el presente caso el Partido Republicano, y ocho al partido mayoritario. El presidente es un demócrata de Virginia, Howard Smith. Vota con la

coalición conservadora. Otro demócrata de la comisión, representante de Mississippi, es de la misma tendencia. Cuando los cuatro republicanos se unen a estos demócratas, la comisión queda dividida en dos fracciones iguales, y la voz del presidente decide en favor de los conservadores. Puede adivinarse el resultado. La mayor parte de los proyectos que disgustan a la coalición conservadora no llegan jamás a la Cámara. Debido a ello, Kennedy ha intentado desde el comienzo de su mandato obtener una reforma de la comisión. Lo ha logrado gracias al apoyo del *speaker* de la Cámara, el antiguo protector de Johnson, Sam Rayburn, que morirá a finales de 1961. ¿Eliminar a los dos demócratas conservadores? Imposible. Sería contrario a las tradiciones de la Cámara. Se les añadirán tres colegas, dos demócratas y un republicano. Esta reforma tiene que ser adoptada por la Cámara. La tarea es laboriosa, ya que las pérdidas del Partido Demócrata en las elecciones de 1960 eliminaron, principalmente a liberales que hubieran aceptado votar el proyecto con entusiasmo. Es el propio Rayburn quien ejerce las presiones indispensables con el fin de que la insistencia de la Casa Blanca no indisponga a los representantes. El 31 de enero de 1961, los legisladores aceptan la reforma por 217 votos contra 212. Ha sido preciso que 195 demócratas recibieran el apoyo de 22 republicanos, en tanto que 64 demócratas votaban negativamente al lado de 148 republicanos. Los sudistas se han dividido: 47 a favor, 63 en contra. La situación parece desbloqueada por ahora, pero en el seno de la comisión la mayoría llamada liberal es muy precaria. Basta que ciertas cuestiones religiosas, un problema económico o social una ausencia imprevista cambien la relación de fuerzas, para que los ocho votos de la mayoría se conviertan en siete o seis, y la mayoría pase a ser minoría.

Hay otra comisión de la Cámara que ocupa un lugar primordial: la de Vías y Medios. Tiene por misión examinar los proyectos que acarrearán gasto. Su presidente se llama Wilbur Mills, un demócrata de Arkansas. Como todos los presidentes de comisiones, pertenece al partido mayoritario y ha accedido a sus funciones por el sistema de antigüedad. Representa la misma circunscripción desde 1939. Muchos le reconocen competencias financieras. Contrariamente a Smith, no es sistemáticamente hostil a Kennedy. Pero, como es natural, piensa en sus electores de Arkansas, gente rural a la que no le gusta pagar los problemas de las enormes aglomeraciones urbanas; son sudistas que no tienen muchas simpatías hacia los liberales de la costa Este. La comisión de Vías y Medios es la que debate el proyecto de la reducción de impuestos. Mills hace que desfilen delante de él los portavoces de todos los grupos de presión en un intento de conciliar unos con otros para estar seguro —declara— de que la Cámara votará el proyecto. No se apresura. Cada una de las disposiciones suscita interminables conversaciones en las sesiones públicas y privadas de la comisión. Pasa el tiempo. Mills tiene entre sus manos la política económica del presidente Kennedy. Debe decidir también la suerte del *Medicare*, ya que, en caso de adoptarse, la cotización a la Seguridad Social se verá elevada. Mills, personalmente, no es favorable al proyecto e incluso ha defendido otra concepción del

seguro de enfermedad. En 1961 considera que el *Medicare* deberá esperar, para ser presentado a la Cámara, a que el asunto de la comisión de reglas se haya disipado. Además, el propio Kennedy prefiere dar prioridad a otros proyectos. Como mucho, desea que las auditorías públicas ante la comisión obliguen al debate. La Casa Blanca se apresura algo más en 1962, sin duda a causa de la proximidad de las elecciones legislativas. Mills anuncia entonces, públicamente, su hostilidad al *Medicare*, pero añade que no se opondrá a otras propuestas del poder Ejecutivo. Los grupos de presión reemprenden su campaña a través del país. Para soslayar la comisión, los partidarios del *Medicare* recurren a un expediente. Aprovechándose de un escrutinio sobre la asistencia social, que se está desarrollando en el Senado, proponen una enmienda con las principales disposiciones del *Medicare*. Se rechaza la enmienda por 52 votos contra 48. En el curso de la campaña electoral de 1962, los candidatos no pueden evitar tomar partido. Los liberales apoyan con todas sus fuerzas la política de Kennedy. Entran en la Cámara tres o cuatro representantes de entre los más favorables al *Medicare*. Hay dos adversarios del proyecto, miembros de la comisión, que no han sido reelegidos y se han visto reemplazados por dos partidarios. ¿El resultado? De los veinticinco comisarios, diez son republicanos y rechazan la idea de un *Medicare*, quince son demócratas pero tres de ellos, entre los que figura el propio Mills, se alían con los republicanos. En 1963 no se produce nada decisivo. Mills se contenta con celebrar reuniones de información suplementarias. Finalmente, en 1964, Johnson convencerá al representante de Arkansas. La ley es definitivamente votada en julio de 1965.

¿Puede crearse un partido presidencial?

¿Queda algo que no se haya dicho y escrito sobre las debilidades del Congreso? El sistema de antigüedad sitúa en cabeza de las comisiones a hombres elegidos en las circunscripciones «seguras» y que, por tanto, son los más conservadores. ¿Su título de gloria? Ocupar un escaño en el Congreso durante decenios. Smith ha sido elegido para la Cámara por primera vez en 1931; su colega del Mississippi, en 1933. Los senadores y los representantes más influyentes son octogenarios, o casi. Y Kennedy suspira: «¿A qué se parecería el mundo, si todos los hombres públicos tuvieran que jubilarse a los setenta años?» Pero la edad nada tiene que ver con la cuestión. Rayburn tiene un escaño en la Cámara desde 1913 y ha sostenido a Kennedy. Lo que cuenta es el peso político del Sur. La situación mejorará considerablemente cuando la cuestión racial haya sido resuelta en los Estados de la antigua Confederación, esto es, después de 1965. Puede también lamentarse el tiempo que han perdido los presidentes de Estados Unidos para lograr que se adoptaran programas indispensables a sus ojos y a los ojos de la mayoría de los estadounidenses. Y, sin embargo, se trata de una de las realidades fundamentales de la vida política de Estados Unidos. Esto expli-

ca, en gran parte, los fracasos de Kennedy. ¿Es posible superar estos obstáculos?

El presidente dispone de cierto número de empleos federales que distribuye entre sus adictos. Son las recompensas a la fidelidad. Y también una manera de agradar a los miembros del Congreso, que de esta forma se aseguran la obtención para sus electores de los favores buscados. Pero, tal como observa Sorensen, el sistema del mérito sustituye cada vez más al sistema del botín. En 1961, el presidente provee veinte empleos sobre ocho mil. Y si hemos de referirnos a los empleos sobre los que realmente tiene auténtica influencia, ya no se trata de veinte, sino de cuatro. Y Sorensen añade, con razón, que estos empleos requieren muy a menudo capacidades profesionales de alto nivel y proporcionan salarios irrisorios. Desde luego, un presidente se esfuerza en convencer a un senador o a un representante recalcitrante llamándole por teléfono, invitándole a la Casa Blanca, prestándole algún servicio. Kennedy ha utilizado también estos métodos, sin obtener resultados brillantes. Acude, por ejemplo, en helicóptero a la propiedad del senador de Virginia, Harry Byrd, que preside la comisión de finanzas del Senado. Kennedy quería demostrar el alto grado de amistad que le unía al senador. El día estaba bien elegido. Era el cumpleaños de Byrd y se había preparado una gira en su honor. Al año siguiente, nuevo cumpleaños y nueva gira. El presidente no acude. Byrd se opone con vigor al despilfarro de los gastos federales, especialmente al número excesivo de aviones y de helicópteros que utiliza la Casa Blanca. En cuanto a los estrechos lazos que unen al círculo de Kennedy —sobre todo a Larry O'Brien— con los miembros del Congreso, han servido para salvar a veces situaciones difíciles, pero no han resuelto los problemas.

Queda, sin duda, una solución que Kennedy no ha empleado. Si se acepta la tesis de James McGregor Burns en *The Deadlock of Democracy* (*El punto muerto de la democracia*), en Estados Unidos existen cuatro y no dos partidos principales. Demócratas y republicanos se hallan divididos en dos tendencias, expresándose una en el Congreso y la otra en la Casa Blanca. Las dificultades de Kennedy se explican entonces de forma simple: el electorado del presidente no coincide con el de los demócratas del Congreso. Por tanto, habría hecho falta que el presidente se batiera para hacer elegir una mayoría de partidarios suyos en el Congreso, lo que habría debilitado y quizá aniquilado la coalición conservadora. Este partido presidencial agruparía a los liberales, los negros, los habitantes de las ciudades y de los suburbios, los jóvenes... todos ansiosos de promover un programa de *Welfare* y de derechos civiles. El presidente se habría comprometido en persona en la batalla electoral. Una vez alcanzado el objetivo, la legislación recomendada por la Casa Blanca habría sido adoptada.

Es más fácil enunciar la teoría que ponerla en práctica. El Partido Demócrata es, tradicionalmente, una alianza entre los liberales del Norte y los sudistas inclinados hacia el conservadurismo. Y a esta alianza debe Kennedy su elección. Además, las «máquinas» son tan indispensables como los movimientos de opinión. Sin duda, esta es una de las ra-

zones que justifican la timidez de Kennedy. Se ha dado el caso de que apoyara a un boss, a riesgo de decepcionar a los reformadores. ¿Acaso no ha dirigido un telegrama de buenos deseos a un boss controvertido de Nueva York, molestándose en firmar: «Joe, Jack, Bobby y Teddy»? Buen número de liberales han sido víctimas de esta estrategia ambigua.

Al fin y al cabo, no puede culparse a Kennedy. Ningún presidente se hubiese metido en la senda «revolucionaria» de la creación de un partido presidencial sin tener en cuenta la implantación geográfica, sociológica e histórica de su propio partido. A decir verdad, los años sesenta son años de transición. La coalición conservadora es todavía fuerte, pero va perdiendo poco a poco su influencia. Los negros que votan son cada vez más numerosos y las circunscripciones «seguras» eligen cada vez menos senadores y representantes partidarios de la segregación. El sistema del bipartidismo se introduce en el Sur en las elecciones legislativas y locales. Además, el problema de los derechos civiles cede su lugar, en 1963, al de la pobreza en las grandes ciudades. La estrategia de Kennedy hubiera evolucionado, necesariamente, en el transcurso de su segundo mandato presidencial. Por el momento, sin embargo, lo más urgente para él consiste en preparar las elecciones de 1964. Si agrupa detrás de él a una mayoría de estadounidenses, hará que se adopte lo esencial de su programa. Hay que viajar a través del país, anudar y renovar contactos, atraer a las multitudes. El desplazamiento a Texas estaba previsto desde el mes de junio de 1963. El 22 de noviembre, Kennedy aterrizaba en Love Field, el aeropuerto de Dallas. Para la presidencia de Kennedy, esto podía significar el comienzo de un segundo periodo.

11. El mito y el hombre

No hay lugar a dudas: el inventor del mito Kennedy fue el propio Kennedy. Él se preocupó siempre de la imagen que daba de sí mismo ante la opinión pública, ante sus compatriotas, en el extranjero. Esta preocupación constante en un hombre público acaba por irritar al observador, ya que nunca sabe, en realidad, en qué momento renuncia el actor a llevar la máscara. Uno incluso se pregunta si, en la intimidad aparentar no forma parte de su ser. Desde el día en que entró en la vida política, Kennedy no ha cesado de ofrecer una representación permanente. En efecto, ¿cómo olvidar que de 1946 a 1963 ha participado, cada dos años directa o indirectamente, en las consultas electorales? Desde que cumplió los veintinueve años ha vivido en una atmósfera política lanzado hacia un objetivo que, apenas alcanzado, permite presagiar otro. Conserva sus distancias con todo el mundo, incluidos los allegados. Schlesinger observa que ha reunido a su alrededor a amigos, a muchos amigos. Unos vienen de Choate y de Harvard. Otros son camaradas de la marina, amistades de Newport y de Palm Beach. Están también los «irlandeses», los colaboradores del Senado, los intelectuales. Cada grupo se considera más unido a John Kennedy que los demás. De hecho él sigue siendo para todos un engima, y de ahí que ejerza sobre ellos una verdadera fascinación.

Las fotografías que publican periódicos y revistas son aún más reveladoras. Se trata, a menudo, de fotos de familia: los padres, las hermanas y los hermanos, los cuñados y las cuñadas. John, sonriente, ligeramente despeinado, saluda con la mano a la multitud que le aclama. John, grave, pronuncia un discurso ante el muro de Berlín. John, distraído, trabaja en su despacho de la Casa Blanca, mientras su hijo, de dos años de edad, juega a sus pies. Jacqueline se mantiene, tímida y bella, al lado de su marido. John en su velero o bien junto a su hija, con la que está conversando; el presidente, preocupado, dialoga con sus ayudantes, etc. Es la imagen de la juventud, de la alegría, de la elegancia, de la responsabilidad. El millonario que, al morir, deja una fortuna de cerca de dos millones de dólares, sin contar las importantes inversiones que ha hecho a nombre de su mujer y de sus dos hijos, aparece, ante todo, como un hombre sencillo, siempre de buen humor, feliz de gobernar, deslumbrante de inteligencia. La difusión de las fotos familiares oficiales expresan una voluntad política. Se dice que el rey Enrique I paseaba a gatas llevando a sus espaldas a su hijo cuando, de improviso, entró el embajador de España. Kennedy jamás fue sorprendido; se e

forzaba en sorprender. Por ejemplo, se sirve admirablemente de la televisión. La campaña electoral de 1960 ha constituido una prueba irrefutable. Las luces, el color de la camisa, la dirección de la mirada... nada ha sido dejado al azar. El candidato sabe lo que hay que hacer y, convertido en presidente, lo repite de vez en cuando, al mismo tiempo que comprende que los telespectadores se cansan de la misma imagen y que se disgustan cuando se ven privados, aunque sea para escuchar una declaración decisiva, de su programa favorito. Kennedy ha adquirido esta habilidad no siguiendo cursillos de dicción o de compostura, sino gracias a un asiduo seguimiento de los estudios de televisión. Pertenece a esa generación de hombres políticos que ha descubierto el lugar que ocupa en los hogares la imagen televisada.

Kennedy necesita de los periodistas, ya que ellos son los principales vehículos de un estilo. Ellos son los que narran a sus lectores los pequeños detalles de la vida del senador o del presidente. Ellos, aun los que repiten sus agudezas, anuncian sus intenciones políticas o citan sus palabras. Kennedy y su familia, ¡vaya filón!, forman parte de la alta sociedad y se relacionan con los grandes de este mundo. Son católicos y de origen irlandés en un país en que los protestantes, de origen anglosajón, ocupan desde tiempo inmemorial las posiciones dominantes. La vida de John Kennedy puede ser —y es— objeto de innumerables artículos, comenzando por la extraordinaria aventura de las islas Salomón. Nada hay en ella vulgar o trivial. Sencillo y distendido, el héroe se sitúa, no obstante, en las antípodas del estadounidense medio. Como todos los hombres políticos, Kennedy se esfuerza en que hablen de él, cosa que consigue mejor que los demás. Cultiva la amistad de los periodistas, recordando que él ha sido uno de ellos, recibiendo con cortesía y amistad. Les confía algunos secretos que nutren los «papeles», manifiesta su satisfacción o su disgusto ante la lectura de un artículo, pide sobre tal o cual asunto la discreción más absoluta, o bien reclama luz y taquígrafos. No hay ni un solo paso suyo que sea gratuito. Todos se encaminan a la obtención de resultados políticos.

Nobleza de estilo obliga, y a Kennedy le repugnan los gestos que juzga vulgares y perjudiciales para su imagen de marca. Le resulta imposible cubrirse la cabeza con el sombrero de *cow-boy* para complacer a los habitantes del Oeste o usar la gorra corriente en las reuniones del sindicato de los ferroviarios. Como máximo, mentendrá las prendas en sus manos. Si el gesto de simpatía resulta inevitable, se pondrá el sombrero sobre la cabeza durante un segundo, con tal rapidez que los fotógrafos no tienen tiempo de disparar sus cámaras. Juntar las propias manos por encima de la cabeza para saludar a la multitud, no, desde luego. Las expresiones ya vistas de políticos fatigados, en absoluto. Kennedy no se permite la menor relajación ni en el lenguaje ni en la manera de comportarse. Jamás usa sus gafas en público, si bien se hace copiar sus discursos en grandes caracteres. La vestimenta del presidente y de su círculo es siempre impecable. Subirse las mangas de la camisa, trabajar con el cuello desabrochado no sería digno de las altas funciones que ejerce. La chaqueta está cuidadosamente abrochada; el corte de



Keystone

El presidente Kennedy juega con sus dos hijos, Caroline y John, en su despacho oval de la Casa Blanca.

pelo es neto y un tanto militar. Incluso el peso de sus colaboradores da lugar a comentarios. Kennedy ha leído que una marcha de 80 kilómetros sería útil a los burócratas. Anima a sus ayudantes. Pierre Salinger, particularmente aludido, contesta que él es valeroso, pero no estúpido. Rechaza el consejo y se gana el apodo de «Valeroso». Ocurre que la Nueva Frontera simboliza el gusto por la acción y por la lucha. Los *New Frontiersmen* son combativos. Se hallan en el poder para actuar y no se cansan de propagarlo. Al mismo tiempo, son inventores y rentabilizadores de ideas, contemplativos y activos a la vez. Richard Nixon cuenta que ha anunciado a Kennedy su intención de escribir un libro. La reacción del presidente es muy interesante. Buena cosa, le dice a su rival: un hombre político tiene que escribir, al menos, una obra, aunque sólo sea para adquirir el estatuto de intelectual.

La popularidad del presidente Kennedy

Es esta imagen de Kennedy la que seduce a las multitudes, ya que nadie podrá negar que su paso suscita entusiasmo por todas partes. Su aire gusta a las mujeres, pero gusta también a los hombres, y si, en 1960, la mayoría de edad electoral se hubiese rebajado a los dieciocho años, la victoria de Kennedy sobre Nixon hubiera sido mucho menos apretada. Kennedy es encantador y su encanto actúa sobre todas las edades, en todos los medios. De otra forma, sería imposible comprender cómo

ha cautivado a hombres como Macmillan o De Gaulle. El general no lo disimula: «El 31 de mayo de 1961 —escribe en sus *Memorias de esperanza*— llega a París, desbordante de dinamismo, rodeado de una atmósfera de viva curiosidad, formando, con su brillante y culta esposa, una pareja llena de encanto.» Ciertamente es que Macmillan se siente muy afortunado al encontrar a un presidente de Estados Unidos que acepta sostener a la debilitada Inglaterra, y que De Gaulle es particularmente sensible a los cumplidos que Kennedy le dirige y a la admiración que le demuestra. Hay otros, sin duda, que han tenido o tienen encanto, sin despertar por ello entre sus contemporáneos los mismos sentimientos. Robert Kennedy ejercerá un magnetismo indiscutible en el transcurso de la primavera de 1968, a causa de su simpatía por las minorías, por los oprimidos y por los discursos que anuncian la cruzada contra la guerra del Vietnam y la pobreza. Hay que admitir, sin embargo, que el «carisma» de su hermano John sigue siendo un tanto misterioso. Ha hecho todo lo posible para suscitarlo y mantenerlo, pero, ¿por qué los estadounidenses y los demás han experimentado los efectos de este encanto?

Sin embargo, sin referirnos al minúsculo margen que le ha permitido superar a Nixon en 1960, hay que decir que Kennedy ha perdido parte de su popularidad en 1963. El índice, suponiendo que tenga un sentido, ha bajado. En enero, dos meses antes de la crisis de los misiles, alcanzaba el 78 por ciento. Luego, vienen las manifestaciones de Alabama. Kennedy aporta su apoyo al movimiento en favor de los derechos civiles. De golpe, deja de ser un buen presidente para cierto número de sudistas. El índice de popularidad cae a un 60 por ciento. Resulta aún muy satisfactorio, pero no hay nada que anuncie que Kennedy habrá de convertirse en un héroe de leyenda, tanto más cuanto que la hostilidad de la extrema derecha hacia él se mantiene fuerte.

El impacto provocado por el asesinato

El asesinato altera completamente los datos del problema. Hay consternación en el mundo entero, salvo en la China comunista, donde un periódico del partido publica una caricatura con este comentario: «Kennedy, mordiendo el polvo.» Sean cuales fueren las convicciones políticas, el choque es profundo. En los Estados Unidos nadie permanece insensible. Solamente los colegiales de Dallas han aplaudido la noticia, pero, ¿son responsables de su conducta? Inmediatamente, y por todas partes, aparecen los signos del homenaje y de la devoción. Se acuña una moneda de medio dólar con la efigie de Kennedy. Calles y avenidas, uno de los aeropuertos de Nueva York, la base de lanzamientos de cohetes en Florida, puentes, establecimientos escolares, monumentos... llevan su nombre. Decenas de millones de telespectadores siguen los imponentes funerales del presidente, en presencia de cincuenta jefes de Estado y de gobierno que avanzan a pie por las calles de Washington, entre el mayor temor por parte de los servicios de seguridad. La ceremonia ha sido dispuesta, hasta en los mínimos detalles, por Jacqueline Ken-

nedy, incluyendo en ella el saludo militar que el pequeño John dirige al túmulo de su padre.

Se suceden los artículos necrológicos. Haría falta elaborar una lista con ellos y analizar cuidadosamente su contenido para captar la pena, la vergüenza y el desamparo de doscientos millones de estadounidenses. Lo que les conmueve queda muy bien resumido por el *New Yorker*: «El presidente Kennedy era, por encima de todo, un hombre de razón y, por su fe en el diálogo entre los hombres de buena voluntad (e incluso entre los de buena voluntad con los de mala voluntad), por sus discursos, por su presencia dominante, por su familia estrechamente unida, nos ha mostrado cuánta gracia, ingenio, imaginación y valor cabía añadir al papel, que se supone un tanto soso, del hombre de razón. Pero cuando la bala del asesino le ha golpeado, ha parecido trascender incluso ese papel. Por su muerte, parece haber pasado a encarnar la fuerza misma de la Razón, abatida por las fuerzas salvajes e incontrolables del Caos.» Las reacciones son todas parecidas. Por tanto, resulta imposible elaborar una opinión equilibrada sobre el hombre, sobre el presidente. John Kennedy es ahora un héroe que escapa de las querellas de su tiempo para aglutinar en él todas las cualidades de América y de la Razón universal.

La emoción no se ha disipado ni en los días ni en los meses siguientes. El propio Robert Kennedy, abrumado, atraviesa un periodo de depresión, para recuperarse luego y ocupar de nuevo el primer plano de la escena política. La comisión Warren lleva adelante su investigación, y en septiembre de 1964 hace entrega de su informe. Resumiendo: la evocación del desaparecido no se interrumpe ni en la prensa, ni en el Congreso, ni en los medios políticos. El tema sigue siendo infinitamente doloroso, una herida que no se cierra. En 1965, Theodore Sorensen y Arthur M. Schlesinger publican sus obras. Uno y otro han ocupado, en esferas diferentes, puestos clave junto a Kennedy. Uno y otro admiten, más o menos a regañadientes, que sus testimonios, por honestos que sean, no serán perfectamente objetivos. Uno y otro esculpen la estatua del presidente asesinado: «Su muerte inesperada y brutal —escribe Sorensen— afectará la opinión de los historiadores. Aunque en vida haya sido casi una figura legendaria, Kennedy criticó el mito constantemente. Sería una ironía del destino que su martirio convirtiera hoy en mito al hombre mortal. Según mi opinión, el hombre era más grande que la leyenda. Su vida, que no su muerte, han creado su grandeza. Algunos lo han advertido por primera vez en noviembre de 1963. Otros han comprendido que lo habían aceptado demasiado fácilmente. Otros han lamentado, con sus lágrimas, no haberlo reconocido. Pero la grandeza estaba allí y puede que todavía parezca más impresionante con el paso de los años.» Schlesinger busca una perspectiva más amplia para su análisis, pero su conclusión está desprovista de matices. Kennedy —declara— ha llevado a cabo muchas cosas para los Estados Unidos y para el mundo. Al perderle a él, todos los hombres han perdido «un líder, un amigo, un hermano». A pesar de todo, uno y otro aportan informaciones de gran valor, un estudio detallado de la presidencia e incluso de la

carrera política de Kennedy. Aun hoy, no hay biógrafo que deje de consultarlos y utilizarlos. Pero Sorensen y Schlesinger han contribuido ampliamente a desarrollar el mito convirtiendo los mil días que tan intensamente habían vivido en un momento estelar de la historia de Estados Unidos.

El contenido del mito

Cabe intentar un análisis del contenido del mito. La vida de Kennedy se parece a una tragedia clásica. El héroe accede al poder gracias a su propio esfuerzo. El camino está sembrado de obstáculos, pero él está dotado de cualidades eminentes. Le rodea una familia devota y unos amigos inteligentes que le ayudan a franquear los últimos obstáculos. Emprende una obra importante que transformará al país. Odia la violencia y, en la medida de lo posible, recurre al diálogo. Exalta las mejores virtudes de sus contemporáneos. Su juventud y su vigor triunfan sobre todas las dificultades. Y, de pronto, la muerte estúpida detiene, de golpe, los esfuerzos emprendidos. El mundo se siente huérfano. Es esta oposición entre la juventud y la muerte lo que da al mito sus cualidades emocionales. Ahora bien, la idea de la «joven generación» es un tema importante en las campañas de Kennedy. Lo ha utilizado desde 1946 en Boston. Lo ha repetido en 1952 y, ocho años más tarde, lo ha expuesto incluso en el programa de la Nueva Frontera. El discurso de su toma de posesión, enero de 1961, evoca el traspaso de la antorcha. La imagen que Kennedy se ha dedicado a divulgar de él mismo y de su círculo es la de unos hombres y unas mujeres jóvenes, marcados por la guerra mundial, deseosos de salvaguardar una paz conquistada a alto precio y de suprimir las injusticias que todavía ensucian Estados Unidos. Gracias a esta juventud, la atmósfera de Washington ha cambiado. La grisalla que caracterizaba los años de Eisenhower se ve sucedida por la inteligencia, la franca alegría, la euforia, la belleza. Es un cambio de decoración como los que se ven en las operetas y en las comedias musicales. Todo se anima súbitamente. El asesinato proporciona unos colores mil veces más brillantes a este decorado de exuberancia, a esta incesante actividad, al inalterable vigor. Tras los ruidos de la vida trepidante, el silencio de la muerte.

El mito comprende un segundo elemento. La muerte ha interrumpido una obra. En consecuencia, hay que juzgar a Kennedy por sus intenciones, no por sus actos. Durante tres años ha llevado a cabo una experiencia frustrada. El ejercicio del poder exalta, pero la presidencia no es una magistratura todopoderosa. Es imposible prescindir del Congreso, de los grupos de presión, de los soviéticos, los chinos o los cubanos. La cruzada tan sólo ha comenzado y los cruzados ya han comido, de entrada, su pan negro. ¿Qué hay de sorprendente que choque, al comienzo, con dificultades? Pero sus fundamentos son demasiado justos; sus líderes, demasiado inteligentes; sus resonancias, demasiado universales para que no alcance los objetivos que se ha fijado. La guerra

contra la pobreza no es una simple promesa. Es la evolución lógica del *Welfare State*, al que Kennedy ha dado un impulso nuevo. Estados Unidos conseguirá establecer la igualdad entre blancos y negros, suprimir el paro en el momento en que los miembros más obtusos o más retrógrados del Congreso se convenzan. Gracias al lanzamiento de naves espaciales, el prestigio de Estados Unidos ha aumentado. El apretado diálogo con los soviéticos ha dado sus frutos. Vietnam es un error de recorrido que Kennedy se apresura a rectificar. En una palabra, el presidente ha mantenido las promesas del candidato. Ha puesto a Estados Unidos en marcha. Unos meses más y la política de Kennedy habría sido un éxito completo.

El mito, finalmente, se compone de un tercer elemento: la familia Kennedy. El padre desempeña, tanto aquí como en la realidad histórica, un papel de primer plano. El es quien hace fortuna, entra en la vida política, inicia a sus hijos en las sutilezas de los asuntos internacionales, les inculca el gusto por el servicio público, allana su camino. Joseph P. Kennedy es un héroe de Horacio Alger, que recorre el camino de «los andrajos a la púrpura». Este éxito podría distanciar a la familia Kennedy de la América media. ¿Acaso no es excepcional? Es, sobre todo, un ejemplo que muchos aspiran a seguir y que responde perfectamente a un viejo fondo de optimismo. Además, Joseph Kennedy ha mantenido unida a una familia numerosa. Sus hijos le aportan las satisfacciones a que aspiran la mayoría de padres. En lugar de considerar su progresión social y su carrera política como una aventura extraordinaria, los estadounidenses se sienten unidos a él en la medida en que comparten la misma filosofía de la vida. Las desgracias que azotan al clan hacen que sus miembros estén aún más próximos: el hijo mayor, muerto en combate; una de las hijas, muerta en un accidente de avión; otra, víctima de una enfermedad mental; el hijo, presidente, asesinado. He aquí lo que le da a la familia una dimensión suplementaria y la inscribe, al igual que a John Kennedy, en la perspectiva del triunfo y de la tragedia. Desde luego, llega el caso en el que uno de sus miembros es objeto de controversias. Cuando Jacqueline Kennedy se vuelve a casar, es un drama para los defensores del mito, aunque Rose Kennedy le siga dispensando toda su estimación. Pero a través del mito vemos cómo se transforma el personaje de John Kennedy. Era un político combativo y ambicioso. Se convierte en una estrella del cine político. La muerte le convierte en un mártir. Su presidencia es, retrospectivamente, la del príncipe encantador.

De creer a Georges Sorel, «hay que juzgar los mitos como medios de actuar sobre el presente», lo que equivale a decir que el mito Kennedy no está desprovisto de valor político. Antes del 22 de noviembre de 1963, sirve a los intereses de un hombre público que ha aspirado a puestos cada vez más importantes y que ejerce, desde hace tres años, las funciones presidenciales. Pasado 1963, sirve a varios usos. De entrada, hace soñar. Los estadounidenses hallan en él lo esencial de sus aspiraciones, pero el sueño no es solamente de ellos. En Francia, por ejemplo, ha penetrado en las conciencias durante los años sesenta. Se han creado clubes Kennedy, cuyo objetivo esencial, por no decir único, con-



sistía en celebrar la memoria y la gloria del héroe. Y ha habido algunos periódicos que han publicado los más ditirámicos artículos. Ciertamente es que los franceses experimentan una inclinación más fuerte hacia Jacqueline Kennedy, cuyos orígenes franceses y cuya belleza ejercen un gran poder de seducción. No importa, pues, que se trate de EE UU o de otra parte, cuando la leyenda reúne los ingredientes de una novela folletinesca o de un serial televisivo: hay buenos y malos, amor, guerras, risas y llantos. El mito actúa aún de otra manera. En Estados Unidos es, ante todo, un instrumento de combate contra el presidente Johnson. Está claro que si Lyndon Johnson ha podido suceder a John Kennedy es porque Kennedy le había nombrado vicepresidente. ¡No importa! Se dice que en la convención demócrata de 1960 Kennedy confiaba en una negativa de Johnson cuando le propuso ser su compañero de candidatura. Y si era sincero, era porque cedía, sencillamente, a las exigencias de la lucha electoral. Johnson era útil, sin duda. Convirtiéndose en presidente, no por ello resultaba menos usurpador. Los colaboradores de Kennedy se consideraron en el exilio al día siguiente del asesinato, si bien algunos de ellos siguieron desempeñando sus funciones hasta enero de 1969. Si Johnson consiguió que se aprobara el *Medicare*, el proyecto de ley sobre los derechos civiles y la reducción de los impuestos, fue su habilidad para manipular, en oposición a la honestidad fundamental de Kennedy, lo que convenció al Congreso, a menos que el traumatismo del asesinato creara un movimiento de simpatía hacia un programa legislativo que las cámaras no se apresuraban a adoptar. Es cierto que Kennedy dejó a su muerte 16.000 consejeros militares en el Vietnam. No había tenido tiempo de tratar el problema a fondo y, consciente de los peligros de la situación, habría alejado a su país del avispero. En cambio, Johnson se precipitó en la trampa con los ojos cerrados. Cedió a la presión de su entorno (compuesto, observémoslo de paso, por la mayor parte de los hombres de Kennedy) y mandó a Indochina más de medio millón de soldados, bombardeó con una energía despiadada el Vietnam del Norte, provocó un incidente en el golfo de Tonkín para asegurarse el apoyo incondicional del Senado. El responsable de la guerra del Vietnam es Johnson, que no comprendió nada de las profundas intenciones de Kennedy.

¡Qué diferencia, por otra parte, entre los dos hombres! Uno es un patricio, antiguo estudiante de Harvard, que reina sobre una corte elegante y refinada; de buena cuna y elevada instrucción, tiene como un derecho innato a gobernar los Estados Unidos y a dejar su huella sobre los asuntos del mundo. El otro es un tejano, de espíritu y maneras vulgares, un advenedizo sin educación ni cultura, apenas dotado para tirar de los hilos del Senado, desprovisto de las cualidades necesarias para un presidente. Kennedy y Johnson están ligados por el mismo mito: uno es el héroe positivo; el otro, el héroe negativo. Pero existe un digno sucesor del presidente, alguien que conoce sus pensamientos íntimos y

◀ Una imagen de la familia Kennedy al completo rodeando a John cuando éste ya era presidente.

que debe tomar las riendas del poder. Se llama Robert Kennedy. Ha desempeñado un papel capital entre 1951 y 1963. Por el momento, comprende infinitamente mejor que Johnson los problemas de la juventud, de las minorías y de los adversarios de la guerra. Poco importa que Robert haga campaña en 1968 sobre temas que se oponen a la política de John. La familia Kennedy tiene derecho a equivocarse. Se le permite cambiar de opinión. El kennedysmo, en tanto que filosofía política o programa, es demasiado vago para soportar la menor definición. Podría decirse que se trata de la afirmación, llana y simple, de que siempre hay un Kennedy disponible para gobernar la nación. El mito, por tanto, sirvió mucho a las ambiciones personales de Robert Kennedy, manteniendo en su provecho una atmósfera carismática.

El movimiento se interrumpe en el transcurso del verano de 1968. Hay un signo que no falla. El *Cumulative Book Index* publica, cada dos años, la lista de obras aparecidas en lengua inglesa. De enero de 1963 a diciembre de 1964 han aparecido, o se han reeditado, 39 libros sobre John Kennedy. De enero de 1965 a diciembre de 1966, el total se eleva a 48. De enero de 1967 a diciembre de 1968 pasa a 39 y luego declina para estabilizarse aproximadamente entre 10 y 15. ¿Una explicación? En junio de 1968 una nueva tragedia se abate sobre los Kennedy: Robert cae asesinado la noche misma de su victoria en las elecciones primarias de California. El hermano más joven, Edward, senador de Massachusetts desde 1962, no tiene ni la experiencia ni la edad necesarias para aspirar a la presidencia. Más tarde, quizá... Pero en 1969 se ve comprometido en un asunto escandaloso. Su conducta en Chappaquiddick no ha sido ejemplar. Su carrera política se ha desquiciado. Reconquista su influencia con dificultad. Sus ambiciones presidenciales, si alguna vez las ha tenido, se han desmoronado. Además, apoyar en Edward las esperanzas que se habían depositado en Robert sería convertir a la familia Kennedy en una verdadera dinastía, cosa que rechazan muchos estadounidenses.

Después de la detención, viene el retroceso. El presidente Johnson deja la Casa Blanca y cede el puesto a un republicano, Richard Nixon. Los problemas de Estados Unidos ya no son los mismos que había conocido Kennedy. La guerra del Vietnam se consume lentamente. Las negociaciones con la Unión Soviética se ciñen a la limitación de las armas estratégicas. El presidente de Estados Unidos se traslada a Pekín. Cuba y la América Latina inquietan menos que la evolución de la situación en Oriente Medio y en África. Los ghettos negros ya no se rebelan, si bien las condiciones de sus habitantes siguen siendo preocupantes. Lo que hizo o lo que podría haber hecho Kennedy ya no constituye el centro del debate político. La Nueva Frontera ya no forma parte del pensamiento liberal. Ha pasado al dominio de la historia. Aquí acaba de destruirse el mito Kennedy. En 1971, el *New York Times* y luego el *Washington Post* publican un informe sobre la participación de Estados Unidos en la guerra del Vietnam. Son extractos de una voluminosa historia de 7.000 páginas, preparada con el mayor de los secretos por el Departamento de Defensa. El informe ha «volado» gracias a un antiguo investigador de

la Rand Corporation, Daniel Ellsberg, que había trabajado en el Pentágono y quería luchar por el restablecimiento de la paz. Como no hay límites para la libertad de prensa, el Tribunal Supremo autoriza la prosecución de la publicación por parte de los dos periódicos. Recogiendo lo esencial, muy pronto aparece un volumen de 677 páginas, titulado *Los papeles del Pentágono*. Estos documentos acusan especialmente al presidente Kennedy. Ha conducido una guerra subversiva en el Vietnam, voluntariamente. Sabía los peligros de la situación y ha mentado a la opinión pública. Sin llegar al extremo de mandar tropas de tierra, ha transformado «la puesta del riesgo limitado asumida por Eisenhower [...] en un compromiso ilimitado». Y por si la acusación no fuera bastante grave, se deduce de *Los papeles del Pentágono* que la Casa Blanca no ignoraba absolutamente nada de los proyectos del golpe de Estado contra Diem.

A partir de entonces, resulta imposible evocar la política exterior de Kennedy sin tratar de descubrir motivaciones o prácticas poco confesables. Por un curioso trastrueque de posiciones, el mito Kennedy, erigido en parte por la izquierda estadounidense, es demolido por ella misma, ayudada por la extrema izquierda. El presidente pasa por ser ahora un campeón rezagado de la guerra fría, el digno sucesor de John Foster Dulles. Ha impedido el advenimiento de la «distensión», ha rechazado el diálogo con Moscú y ha transformado Estados Unidos en un terrible arsenal de destrucción nuclear. Esto no es todo. Haciendo averiguaciones sobre el asesinato de Dallas, se da el caso de que las comisiones del Senado y de la Cámara de representantes descubren lo impensable: La CIA actuaba en Laos, en Vietnam, en América Latina. Preparaba el asesinato de Castro, y Kennedy no hizo nada para impedirlo. El mismo entró en contacto con el «medio» y escuchaba con impaciencia las advertencias del director del FBI, J. Edgar Hoover. Al príncipe encantador no le repugnaba recurrir a los métodos del pérfido mago. Los cínicos contestarán que nunca se puede gobernar como uno lo desea, que un dirigente no siempre puede mantenerse con las manos limpias. En los Estados Unidos del Watergate este cinismo choca. Hace falta que los medios estén a la altura de las ambiciones. No se puede combatir a un adversario detestable con las mismas armas que él emplea, so pena de deshonorarse.

Los iconoclastas se apoyan en documentos y en el sentido común. Los años sesenta han estado marcados por una oposición de la sociedad y del régimen que se ha revestido de formas diversas, algunas veces violentas: revueltas en ghettos negros, movimiento de liberación de la mujer, expansión de los corpúsculos de extrema izquierda y de extrema derecha, difusión de la contracultura, etc. Kennedy había hecho nacer la esperanza de una evolución de la sociedad estadounidense, pero no ha mantenido sus promesas. Nada ha cambiado. Para algunos impugnadores, Kennedy no es, en modo alguno, el precursor al que cabría honrar como se honra a los padres fundadores de la revolución americana. Es, sencillamente, uno de los miembros del *Establishment*. Para la mayoría de los estadounidenses, el mito Kennedy ha pasado ya. Que-

da el misterio del asesinato y las mil y una revelaciones sobre la vida privada de un héroe que ha perdido su pedestal. John Kennedy ya no es el James Dean de la política, a quien la juventud rinde un culto ferviente. Es casi un presidente como los demás. He aquí la razón por la que uno se siente constantemente zarandeado entre lo que ha creído y lo que descubre. Uno no cesa de saltar de la admiración a la sospecha, pero nunca permanece indiferente. Decididamente, en plena expansión o en declive, el mito se embellece, se deforma y en todo momento es noticia.

Ha llegado el momento de que Kennedy salga de la leyenda y entre en la historia. Hay que juzgar su presidencia, en tanto que sea posible, sin hostilidad ni entusiasmo —con distanciamiento, por decirlo con una de sus palabras preferidas—. ¡Cuánto trabajo! Hay que examinar hoja por hoja millares de documentos, interrogar a centenares de testigos, reconstruir procesos, analizar decisiones con la máxima serenidad. Cada año aporta su cosecha, y lo que uno ha escrito hoy puede verse invalidado mañana. Hay que resignarse a vivir en lo provisional y anticipar algunas conclusiones que nadie, y mucho menos el autor, podrá calificar de definitivas.

Algunos historiadores estadounidenses establecen una clasificación entre los jefes del Ejecutivo para distinguir entre «los grandes», «los casi grandes», «los medianos», «los insuficientes». Este método, aparentemente, es bastante cómodo, aunque recuerde las distribuciones de premios. Si reflexionamos, nos daremos cuenta de que no es satisfactorio. En 1962, Kennedy se vio invitado a rellenar uno de estos cuestionarios. Reflexionó durante varios días y luego renunció a juzgar a sus predecesores, ya que, dijo, en realidad no se conocen las dificultades de un presidente, la insuficiencia de su información y las presiones de sus allegados. ¿Acaso el gran presidente ha adquirido su estatuto de cómo convertirse en un héroe por puro azar? Al fin y al cabo, nunca nos cansaremos de repetir que Kennedy gobernó 1.036 días. ¿Cómo habrían sido juzgados Woodrow Wilson si hubiera sido asesinado en 1915, Franklin Roosevelt si hubiera muerto en 1935 o Harry Truman si hubiese abandonado sus funciones en 1947? Richard Neustadt, que es quien plantea esta cuestión, establece además una cronología presidencial: los dos primeros años sirven de aprendizaje; el cuarto se emplea en la preparación de las elecciones para un nuevo mandato; los años séptimo y octavo dejan al presidente saliente con escaso poder y pocas iniciativas. Quedan los años tercero, quinto y sexto. Kennedy sólo tuvo el tercer año. No es suficiente para poder emitir una opinión irrefutable.

Una herencia ambigua

Acabará por satisfacernos la conclusión de que Kennedy ha sido un hombre de Estado ambivalente, que ha dejado una herencia ambigua a su país. En noviembre de 1963, Estados Unidos es más poderoso en el plano militar y económico que en enero de 1961. Ha ganado la carre-

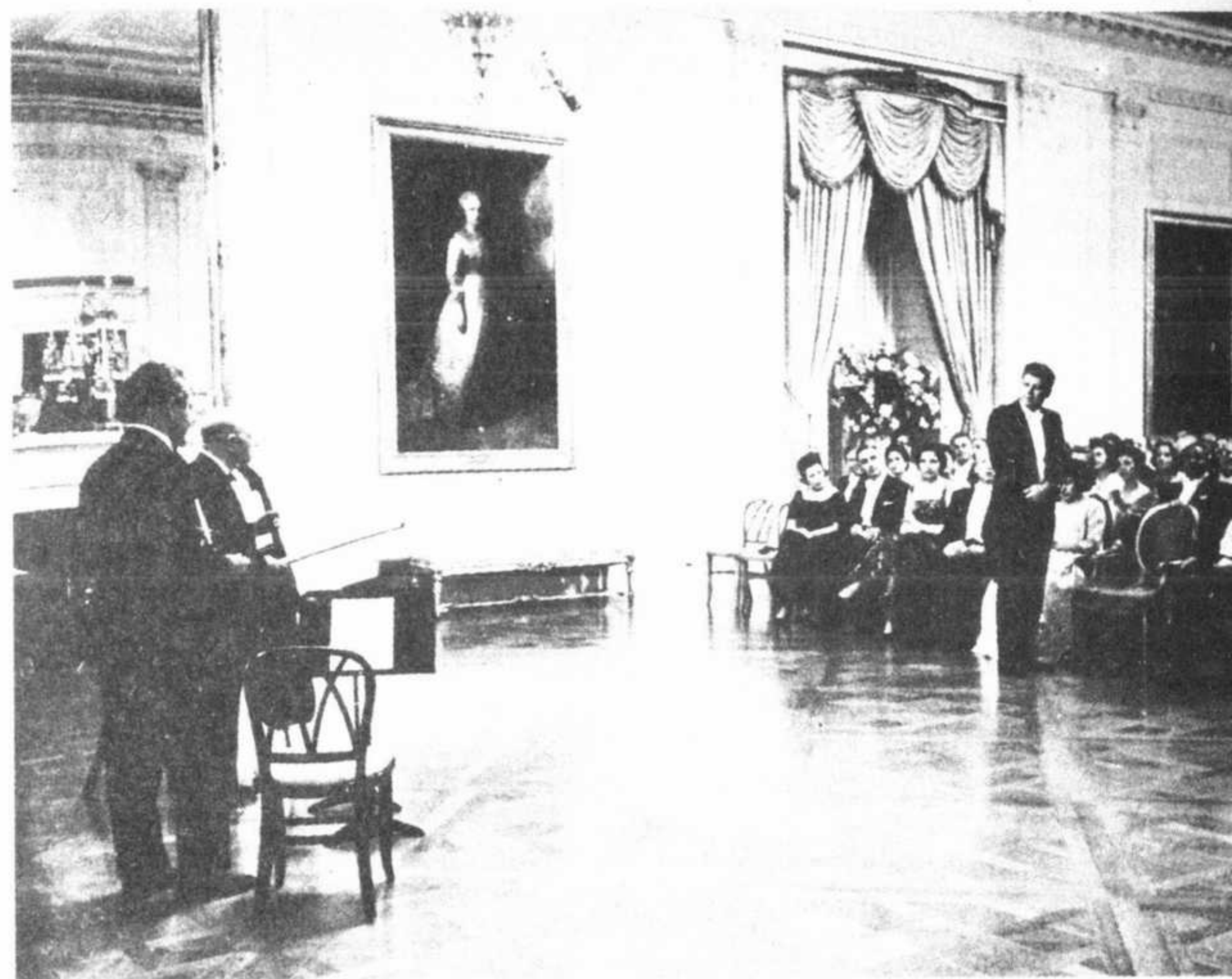
ra de las armas nucleares. Ha superado la recesión. Sin embargo, este poderío es frágil y no tardará en encontrar sus límites en las junglas de Vietnam. Gracias a los programas de ayuda al extranjero, EE UU es más generoso; consecuencia inevitable: no puede impedir convertirse al mismo tiempo en más intervencionista. Hay desigualdades sociales que desaparecen, lo que convierte en más insoportables las que subsisten. Kennedy no ha inaugurado un nuevo periodo de la historia de Estados Unidos. No ha obtenido los logros de Franklin Roosevelt. Su propia conducta política deja una extraña impresión. Se convierte en el campeón de la democracia, pero ¿no serán antidemocráticos los medios que emplea? Las sumas considerables que invierte en sus campañas electorales, la manipulación de las noticias y de las multitudes llevadas a cabo por él son métodos que pueden arrastrar al régimen hacia extrañas aventuras. Relativamente conservador al comienzo, relativamente liberal después, Kennedy duda en encontrar su camino, como si hubiese llegado demasiado pronto a los problemas. En el fondo, apenas se distingue de Johnson y muy poco de Eisenhower. En la forma, su presidencia prolonga una evolución profunda.

En efecto, hay que establecer un paralelismo con la presidencia de Eisenhower. Comprobamos entonces que la Casa Blanca se convierte, a partir de enero de 1961, en un centro de irradiación. El presidente será más accesible. Kennedy ha rechazado el modelo de administración de Franklin Roosevelt: demasiado desorden, demasiados organismos cuyas competencias se imbrican. Ha rechazado igualmente el modelo dejado por Eisenhower: demasiado rígido, con un jefe de Estado Mayor bautizado con el nombre de asistente del presidente, con demasiadas decisiones preparadas por expertos sin la participación real del presidente. Kennedy prefiere las *task forces*, equipos de trabajo, a menudo efímeros, que tienen por misión preparar un informe sobre un problema concreto. Agrupa a su alrededor a generalizadores, no a expertos. Desconfía de los especialistas que no tienen una visión conjunta de los problemas. Ha sufrido las consecuencias de su miopía y de su credulidad en el asunto de la Bahía de Cochinos. Los generalizadores son mejores consejeros. Esto no significa que todos se ocupen de todo. Pero un hombre como Robert Kennedy toma asiento en el *Executive Committee* de octubre de 1962 y en los organismos encargados de tratar los problemas interiores de Estados Unidos. Pierre Salinger, el agregado de prensa, lleva a cabo una misión diplomático-periodística en Moscú. Sorensen se encuentra presente en todas las circunstancias. Dominando el grupo de generalizadores, está el propio presidente, que asegura la coordinación de las actividades y, sobre todo, toma las decisiones y asume las responsabilidades.

Esta organización supone que las instituciones, en el seno del poder ejecutivo, cuentan menos que las relaciones personales. El presidente raras veces convoca al gabinete. ¿Serviría para algo hacer perder el tiempo al secretario de Agricultura, preguntándole su opinión sobre el número de ingenios balísticos que hace falta construir? Por el contrario, el presidente conversa muy a menudo con miembros de su círculo, o

bien con funcionarios de los distintos departamentos. El teléfono es un instrumento precioso y, en ciertos momentos de la jornada, el despacho del presidente está abierto para las visitas breves e imprevistas de los colaboradores. Los miembros del gabinete han dejado constancia de esta disponibilidad. «Tenéis uno de los presidentes más accesibles de la historia», dice uno. «Tengo que charlar con él, en persona o por teléfono, veinte veces a la semana», observa otro. «No dudo en llamarle si sobreviene algo importante», declara un tercero. «Puedo llamar a la Casa Blanca y decir: quiero diez minutos para mañana o pasado mañana.» Kennedy no desea que sus colaboradores le propongan una sola solución. No busca el consenso, todo lo contrario. Quiere participar en la elaboración de las soluciones y escuchar las diferentes opiniones. La Casa Blanca ya no está organizada a la manera de una pirámide. Para repetirlo según la expresión de Louis Koenig, sutil conocedor de la institución presidencial, se parece a una rueda con los radios partiendo del centro. Estos radios están formados por cinco asistentes principales: Kenneth O'Donnell para las citas y las relaciones con el Partido Demócrata; Sorensen para determinar los objetivos del presidente, elaborar los programas, resolver los conflictos y establecer el calendario; McGeorge Bundy para los problemas de la defensa nacional, los asuntos exteriores y las informaciones; Lawrence O'Brien para las relaciones con el Congreso; Pierre Salinger para las relaciones con la prensa. Cabría añadir a esta lista a Ralph Dungan, que mantiene al día el repertorio de los talentos disponibles, y a Arthur M. Schlesinger, que se ocupa de la ayuda al extranjero y de los asuntos latinoamericanos.

El presidente pretende, al mismo tiempo, establecer contacto con el pueblo estadounidense. Recurre a varios métodos. El más sencillo —que también es el más peligroso— consiste en viajar de un Estado a otro, en visitar ciudades y pueblos, en sumergirse entre la multitud. Kennedy se desplaza mucho. Cuando hace preparar el presupuesto para 1964, consagra varios días a inspeccionar las principales instalaciones militares y espaciales. Acude a Alabama, donde pone a punto los proyectos *Redstone* y *Saturn*; a Houston, donde se preparan los vuelos espaciales; a Saint-Louis, donde se fabrican las cápsulas *Mercury*. El empleo de la televisión es un segundo método más original. Un equipo de reporteros y de técnicos en encuadres se instala durante un día en la Casa Blanca. Filma todo cuanto ve: el presidente al teléfono, el presidente hablando con sus colaboradores, el presidente en familia. El ciudadano corriente es invitado a participar en el gobierno de la nación. Contrariamente a lo que ha podido creerse, el reportaje no suprime la distancia entre el espectador y el presidente, al contrario. Muestra a un hombre dueño de sí, rodeado de brillantes personalidades, que decide la suerte de millones de otros hombres. Hasta aquel momento, se intuía lo que hacía. A partir de entonces no se intuye, se ve, lo que resulta mucho más impresionante. La televisión puede que sea un mejor instrumento de aproximación; por ejemplo, gracias a las conferencias de prensa, Kennedy es el primer presidente de Estados Unidos que habla con los periodistas delante de las cámaras de televisión, que difunden las imá-



Pablo Casals tras el concierto ofrecido en la Casa Blanca, invitado por el presidente Kennedy.

genes en directo. Se celebran unas dos o tres conferencias de prensa por mes, desarrolladas en una atmósfera informal. El presidente comienza por anunciar algunas noticias; luego, responde a las preguntas. Estas reuniones están cuidadosamente preparadas. Salinger reúne primeramente las informaciones y los datos necesarios. Los principales responsables de los Departamentos elaboran las listas de las preguntas probables. Kennedy lo lee todo, lo discute con sus asistentes y acude a la sala de conferencias. Parece dirigirse a los periodistas. Bromea con ellos. Dejándose llevar por su humor o siguiendo una táctica política, contesta con mayor o menor brevedad. A veces se disgusta, especialmente cuando algún periodista emplea, refiriéndose a dos altos funcionarios, un lenguaje digno del maccarthismo. Kennedy se lamenta a menudo de verse sometido a un verdadero examen oral y hace como que envidia al general De Gaulle, quien, dos veces por año, asesta a la prensa lecciones magistrales. A decir verdad, se ha convertido en un maestro en el arte de las conferencias de prensa. Y alcanza su objetivo: al tiempo que se dirige a los periodistas, habla a diez, veinte o cuarenta millones de estadounidenses, a los gobiernos extranjeros, o incluso a los miembros del Congreso. Hace que el presidente entre en los salones. «Sin la televisión —dijo un día— no podríamos sobrevivir.»

Más original resulta todavía la voluntad del presidente de transformar la Casa Blanca en un centro cultural, bajo la influencia de Jacqueline Kennedy. La gente hubiera comprendido muy bien que el presidente se resistiera a las costosas iniciativas de su mujer. El estadounidense medio es poco sensible a la música moderna, a la poesía, a la pintura, incluso a la investigación científica. Tendería a creer que el jefe del Estado derrocha el dinero de la nación o transforma la república en monarquía, recibiendo a artistas y escritores. Kennedy estimó que tenía que correr el riesgo y que la Casa Blanca tenía que simbolizar, a la vez, el poder político y el brillo cultural de Estados Unidos. Robert Frost acudió a Washington, el día de la toma de posesión, para leer algunos versos. Otros escritores aceptaron la invitación del presidente, salvo uno, William Faulkner. Pablo Casals dio un concierto en la Casa Blanca. Músicos, clásicos y modernos, cantantes, actores acudieron a Washington sin hacerse rogar. Kennedy recibió a los galardonados estadounidenses con los premios Nobel, así como a Oppenheimer, que había sido mantenido a un lado en tiempos del maccarthysmo. Finalmente se esforzó en estimular, mediante subvenciones, la producción artística. Jacqueline se consagró a la renovación de la Casa Blanca. Se había sentido tristemente sorprendida por la mediocridad de los interiores y decidió convertir el palacio presidencial en el palacio de la nación, una casa de la que todos los estadounidenses se sintieran orgullosos. Leyó obras históricas, asoció a sus investigaciones personalidades del mundo de las artes y de las letras, excavó el subsuelo. El resultado sorprendió y encantó al mismo tiempo. Los muebles sin alma fueron sustituidos por objetos de arte. El presidente tuvo, en lo sucesivo, una mesa de despacho realizada en madera de roble, procedente de una fragata británica. Jacqueline Kennedy hizo editar una guía. Más numerosa que nunca, la multitud vino a visitar la mansión. Incluso la televisión dedicó en 1962 un reportaje a las mejoras, bajo la dirección de un guía prestigioso: la mujer del propio presidente.

Evolución hacia la presidencia imperial

Refuerzo de la autoridad presidencial sobre el poder ejecutivo, influencia creciente sobre la opinión pública, una política cultural brillante... La presidencia de Kennedy es una etapa, quizá decisiva, en la marcha hacia una presidencia «imperial». La expresión ha sido inventada por Arthur Schlesinger para designar esta presidencia, nueva, «revolucionaria», en relación con los principios de la Constitución; presidencia que Nixon acabó por imponer con los excesos más condenables. Schlesinger considera que la política extranjera, mucho más que la política interior, ha favorecido la extensión del poder presidencial y la reducción del poder legislativo. Pero en cuanto aborda el periodo dominado por Kennedy, le pone en un aprieto su propia admiración por el hombre. Prefiere dedicarse a Johnson y a Nixon. Aporta, sin embargo, un ejemplo que afecta a un episodio importante: el de la crisis de los misiles. El *New*

York Times había barruntado la escalada de los peligros y se aprestaba a revelar a sus lectores, antes de que el presidente hubiese considerado que era el momento oportuno, la presencia de misiles soviéticos en Cuba. Kennedy pidió y obtuvo ser el primero en romper el silencio. ¿Presión sobre la prensa? Sí, en nombre del interés nacional o de la razón de Estado. Se trata, a pesar de todo, de una presión inadmisiblemente atestigua una evolución cierta e inquietante. Otro hecho significativo: en el curso de la semana que precede al 22 de octubre de 1962, Kennedy no ha consultado a ninguno de los líderes del Congreso. No es indispensable, contesta Sorensen, ya que el presidente dispone de la autoridad constitucional que le permite actuar. No es útil, añade Schlesinger, ya que el EXCOM ha considerado todas las hipótesis y la crisis de los misiles ha reunido las condiciones necesarias para justificar el secreto. Aun asegurando que aquello fue absolutamente regular, Schlesinger no deja de sacar la conclusión de que «una de las consecuencias fue la idea que se llegó a tener de la presidencia, lo que hizo que cayera tan bajo en el Vietnam». ¿Cómo quitarle la razón? Ordenando operaciones subversivas y clandestinas en Vietnam, comprometiendo al país en una guerra sin decírselo, Kennedy no obra de manera diferente a la de Johnson. Nixon fue su sucesor natural.

Con todo, la Casa Blanca es al mismo tiempo la campeona de la libertad y de la igualdad. Es ella la que acaba por llevar adelante el combate en pro de los derechos civiles y el desarrollo del Estado-Providencia. La imagen del presidente ante la opinión pública ha salido beneficiada. Tras una encuesta llevada a cabo en 1964 entre un grupo de escolares, el presidente es más honesto, más comprensivo, más poderoso que la mayor parte de los demás hombres. El es aquello que muchos desearían ser. Los niños expresan un sentimiento ampliamente difundido. Kennedy ha acentuado el poder de la presidencia, un poder benéfico, un poder «imperial», a pesar de todo. Sin quererlo, ha precipitado la evolución que conduce al escándalo del Watergate.

Kennedy y el sentido del humor

Hay que dar respuesta a una última pregunta que, confesémoslo, siempre inquieta a los historiadores. ¿Qué hombre se esconde detrás del hombre público? No hay nada tan difícil de captar, ya que el hombre privado sólo se percibe a través de los testimonios, más o menos trucados, de sus íntimos y de sus colaboradores. Tan pronto se confunde con el hombre público, tan pronto se aleja de él. Sin embargo, nada tan apasionante. «Lo que hace que el periodismo sea tan fascinante —me dijo un día el presidente Kennedy— y la biografía tan interesante, es lo mal que uno debe pasarlo para contestar a la simple pregunta: ¿Cómo es él?» (Benjamín Bradlle, *Conversaciones con Kennedy*.) Y aquí, más que en otros casos, el biógrafo se siente obligado a tomar partido. La honestidad le obliga, como un deber, a no esconderse tras un confortable anonimato y a confesar públicamente sus preferencias. Sí, quince

años después de su muerte, John Kennedy sigue siendo un hombre sorprendentemente simpático y de una personalidad atrayente.

Entre sus numerosas cualidades hay una que desearía evocar en primer lugar: su sentido del humor. Es un humor que intenta alcanzar distintos objetivos. Distiende la atmósfera, por ejemplo, al comienzo de un discurso o de una conferencia de prensa. El mejor medio de aproximación entre el orador y su público consiste en que el primero haga reír al segundo, creando de esta forma una verdadera complicidad. Los *opening jokes*⁷ son muy importantes. Kennedy los adapta a las circunstancias y los pule, a veces, hasta el último momento. Uno de los ejemplos más conocidos se produjo en París en 1961. John Kennedy se presenta a los periodistas diciendo: «Soy el muchacho que acompaña a Jacqueline Kennedy.» Se ha roto el hielo. Dicho esto, pasa a tratar las cosas serias. El humor es también el signo de la juventud. Eisenhower no bromeaba apenas. Sus colaboradores eran a menudo siniestros. Kennedy reintrodujo en Washington la alegría de los hombres jóvenes, de aquellos que toman la antorcha de la mano de los ancianos o, como dijo la mujer de Walt Rostow, «de los jóvenes oficiales de la II Guerra Mundial que han asumido las responsabilidades». Para ellos, la retórica, las grandes frases han perdido su sentido frente a las duras realidades del combate. ¿Cómo se ha convertido usted en un héroe?, le preguntaron un día a Kennedy. «Por casualidad. Hundieron mi barco.» Lo que no impide que en otras circunstancias, por ejemplo, en el discurso de la toma de posesión, Kennedy pronuncie palabras grandilocuentes en un tono solemne. El humor, finalmente, le permite distanciarse. En una reunión del Partido Demócrata parodia su propio discurso de entrada en funciones, invirtiendo el orden de los términos: «Celebremos esta noche —dijo— no la libertad, sino la victoria de un partido.» Y en otra ocasión, en presencia del presidente Truman: «Me preguntaba, cuando ocupaba mi escaño en la Cámara, qué hacía el presidente Truman para crearse tantos aprietos. Ahora comienzo a comprenderlo. No tiene ninguna dificultad.» El humor afecta también a las personas. John Kenneth Galbraith se lamentaba de haber sido tratado de arrogante por el *New York Times*. «¿Por qué no? Lo dice todo el mundo.» Johnson recibe el apodo de *Landslide* (que, a falta de mejor equivalencia, podría traducirse por Maremoto electoral), ya que ha ganado las elecciones primarias en 1949 con una mayoría de 87 votos. Kennedy no se libra de su propia broma. Había decidido renovar Lafayette Square, frente a la Casa Blanca. Viene a verle el arquitecto y dice que siente muchísimo molestar al jefe del Estado con problemas tan minúsculos. En absoluto, replica Kennedy: puede que Lafayette Square sea el único monumento que quede de la presidencia.

Humor espontáneo algunas veces, humor preparado muy a menudo. Bien sabemos que las mejores ocurrencias, las agudezas más punzantes son aquellas que han sido cocinadas largamente, que ruedan de un lado para otro hasta que, natural y espontáneamente, brotan en el momento adecuado. Kennedy conserva y arregla sus bromas con método. Precaución útil: jamás figuran en el texto de los discursos que se

distribuirán a los periodistas. De esta forma, podrán ser empleadas de nuevo en otra parte. Otra precaución útil: Kennedy procura no derrochar las existencias. Sorensen, que le escribe los discursos, es invitado a pronunciar una conferencia en un club satírico. ¿La regla del juego? El discurso tiene que ser ilustrado con observaciones humorísticas. Kennedy le pide que decline la invitación para que Sorensen no acuda a unas reservas que son, a la vez, comunes y preciosas.

Los tecnócratas no se ríen de ellos mismos. Al bromear, Kennedy se distancia del mundo de los expertos, e igualmente se aleja de los lugares comunes del mundo político. En el curso de los debates televisados de octubre de 1960, un periodista pregunta a los candidatos su opinión sobre el lenguaje, a veces vulgar, de Truman. Nixon responde largamente diciendo que un presidente ha de controlarse, que le escuchan los niños, que encarna la moral nacional. Kennedy se limita a observar que la única persona que puede hacer algo en ese asunto es la señora Truman. ¿De qué lado están los que se ríen? Los hombres políticos carecen de humor. El gran mérito de Kennedy es haber comprendido que, a pesar de todo, se trata de un arma cuya utilidad y eficacia no podría discutir nadie. Poco importa si el humor de Kennedy atestigua influencias irlandesas o anglosajonas. En medio del espíritu de cruzada y de guerra fría, aporta un no sabemos qué que provoca la simpatía, llama la atención y queda grabado en la memoria.

Un hombre cultivado

Testigos e historiadores se ponen de acuerdo para hacer de Kennedy un hombre cultivado. Representante, senador, presidente, no puede decirse que lea: devora, gracias a un método de lectura rápido que le permite descifrar 1.200 palabras por minuto. En todo momento recorre un diario o una revista, un libro o una de esas innumerables agendas que se ve obligado a absorber a causa de sus funciones. Se interesa muy particularmente por los ensayos políticos y por las obras de historia, sobre todo si tratan de Gran Bretaña y de Estados Unidos. Su héroe sigue siendo Franklin Roosevelt, quizá porque las dos familias están unidas desde la I Guerra Mundial, sobre todo porque el presidente ha marcado a toda una generación de estadounidenses, lanzando el New Deal, dirigiendo el esfuerzo de guerra de EE UU, detentando el poder durante doce años. Las novelas no son su alimento habitual, pero un día sorprende a Norman Mailer diciéndole que ha leído una novela suya. Mailer imagina que se trata de su gran éxito, *The naked and the dead*, (*Los desnudos y los muertos*), pero Kennedy cita *The deer park* (*El parque de los ciervos*). Al contrario que su padre, John Kennedy manifiesta poco interés por el cine. En general, permanece una media hora ante la pantalla, luego se levanta para ir a telefonar o para acabar una lectura. Las artes plásticas y la arquitectura le seducen tarde en la vida, sin que tales formas de la actividad humana lleguen a apasionarle verdaderamente.

Es un hombre que se interesa por todo. Sabe escuchar, una cualidad rara en los políticos y en las demás personas. Intenta aprender al máximo de las conversaciones. Esta curiosidad se acompaña de una memoria envidiable. Las citas adornan sus discursos. Han sido agrupadas con paciencia y llenan unos cartones especiales. Sirven para ilustrar un pensamiento o un método. A su manera, son el testimonio de un espíritu moderado, sin pasión, fascinado por el arte de gobernar, convencido de la necesidad de cambios, desconfiado ante los planes grandiosos y las abstracciones. «La principal víctima de la guerra es la verdad» (Esquilo). «Cuando cambiar no es necesario, es necesario no cambiar» (Falkland). «La pobreza general y la riqueza concentrada no puede coexistir en una democracia» (Jefferson). Tales citas, y muchas más, han sido aprendidas de memoria por Kennedy. A sus más próximos colaboradores les basta apuntar las primeras palabras al pie del discurso para que el presidente cite lo que viene a continuación sin equivocarse. En cuanto a las estadísticas y a las informaciones de toda clase, quedan archivadas en su mente como si estuvieran en un ordenador.

A Kennedy le gusta la discusión franca y cortés, en el transcurso de la cual los interlocutores intercambian argumentos, pero no soporta las amenazas o los anatemas. El diálogo tiene que reemplazar el enfrentamiento. Esto explica, nos dice James Reston, su profunda decepción después del encuentro con Kruschew en Viena. El estadounidense quería discutir; el soviético lanzaba advertencias, por no decir ultimátums. Este gusto por el diálogo tiene su reverso. Kennedy muestra poca pasión y también poca emoción. No se entusiasma ante una gran causa, aunque sea la de la igualdad entre las razas. Sopesa primero los pros y los contras, intenta comprender los argumentos del adversario y obra razonadamente. Además, sólo le interesa el presente. Reston cuenta, a tal propósito, una anécdota esclarecedora. En 1962 interroga al presidente sobre lo que hará en el transcurso de su segundo mandato. Kennedy permanece mudo. No comprende o no quiere comprender. Reston plantea la cuestión por segunda vez. El silencio se prolonga. El periodista cambia entonces de tema y aborda un problema candente. La máquina se pone inmediatamente en marcha. Kennedy cita una serie impresionante de cifras y de informaciones. Está en su terreno.

En el fondo, Kennedy se impone una notable disciplina. Se esfuerza en seguir siendo dueño de sí mismo, en analizar fríamente la situación, incluso cuando, con un gesto familiar, sus dedos tamborilean sobre la mesa o se golpea los dientes con las uñas. Hay, no obstante, romanticismo en este espíritu clásico, un romanticismo que se descubre en la manera de comprender la historia, de descubrir en ella lo que crea, a un mismo tiempo, la tragedia y la comedia. A lo largo de su vida, ha reflexionado sobre la noción del valor y sobre la muerte, en el Pacífico en 1943, en su lecho de convaleciente en 1955, en la Casa Blanca. Desde hace mucho tiempo, no ignora nada sobre la fragilidad de la existencia. Su mujer nos cuenta que se emocionaba con la muerte de los seres jóvenes; sus amigos dicen que en numerosas ocasiones aludió a la eventualidad de su asesinato. Si los sufrimientos continuos que le impone su

estado de salud le han hecho particularmente sensible a las tragedias, guarda silencio como si fuera por pudor. No se confía fácilmente. La máscara del hombre público, no lo olvidemos, disimula los sentimientos del hombre privado.

¿Es un intelectual? A decir verdad, los grandes debates de ideas le dejan indiferente. Lo que ocurre es que, primordialmente, es un hombre de acción que utiliza las ideas. Naturalmente, no es que esté desprovisto de ideología. Sus referencias son el capitalismo reformista, la defensa del mundo libre, el progreso social sin violencias. Se equivocan los historiadores «reversionistas» que le echan en cara el no haber instalado una sociedad socialista. Kennedy no lucha en el mismo campo que Lenin. Es una verdad evidente que a veces conviene recordar. Su evolución política atestigua, sin embargo, un análisis lúcido de las corrientes de su época. Se trata de un hombre que ha vivido en un medio conservador y aislacionista, pero que ha adquirido conciencia poco a poco de que son indispensables las reformas. Evoluciona hacia el liberalismo, sin que su conversión sea ruidosa o repentina. Kennedy lanza una mirada crítica sobre la sociedad en la que vive. En este sentido, se comporta como intelectual y anuncia el movimiento de protesta de los años sesenta. En resumen, Kennedy ha triunfado allí donde Stevenson fracasó, ha conseguido demostrar a sus compatriotas que se pueden amar las cosas del espíritu e intentar actuar sobre el mundo. Desde hacía una veintena de años la vida política estadounidense estaba dominada por el antiintelectualismo, y los procesos del senador McCarthy sólo habían servido para reforzar esta corriente. Kennedy reúne, tanto en su persona como en su círculo, el mundo del pensamiento y el de la acción política.

Lor rumores sobre la vida privada de Kennedy

Me gustaría suspender aquí el retrato del hombre, pero sería incompleto. Nos guste o no nos guste, hay que seguir a los amantes de los escándalos que nos arrastran por un dédalo de rumores. Y de golpe nos enteramos de que John Kennedy no era el estupendo marido que imaginábamos. Al decir de algunos, habría tenido numerosas amantes. Determinadas actrices —algunas de las cuales han sido grandes estrellas— habrían participado en las locas noches de Washington. Hay algo más perturbador aún. A finales de 1975, Judith Campbell Exner declara ante una comisión del Senado, bajo juramento, que ha mantenido «relaciones estrechas y personales» con el presidente y que lo ha visitado en la Casa Blanca entre dieciséis y veinte veces. Mrs. Exner prosigue sus confidencias. Fue presentada a John Kennedy en febrero de 1960, en Las Vegas, «por un amigo común». Es el mismo amigo común que le ha hecho conocer a Sam Giancana, un responsable de la Mafia, en tanto que Giancana le ha presentado a otro mafioso, John Roselli. «El amigo común», pronto se pone en claro, se llama Frank Sinatra. A pesar de las repetidas advertencias de J. Edgar Hoover, director del FBI, Kennedy no ha querido romper con el cantante vinculado a la Mafia.

Tampoco ha roto con Judith Campbell, ya que han intercambiado setenta llamadas telefónicas y han sostenido discretas entrevistas. Esta dama recibió confidencias a las que aludió años más tarde. Giancana alimentaba el proyecto de asesinar a Fidel Castro en colaboración con la Mafia y la CIA. Kennedy lo sabía. El matrimonio del presidente no era sólido. Kennedy se lo había dicho. Era ya un asunto de divorcio que se había visto impedido por su carrera hacia la presidencia.

Las lenguas se desatan y el rumor alimenta al rumor. Hay otras mujeres que pretenden haber mantenido relaciones con el presidente. Una de ellas afirma incluso que ha fumado marihuana en la Casa Blanca en compañía de John Kennedy. Un rumor que había circulado durante los años cincuenta vuelve a la superficie: Kennedy se habría casado ya durante la guerra y, a base de dólares, habría conseguido que se anulara su matrimonio. Estos cuchicheos, periodísticos o no, reclaman algunas explicaciones. Sus autores buscan generalmente una publicidad de la que esperan sacar pingües beneficios. Además, no es la primera vez que un presidente de Estados Unidos sufre semejantes ataques. Thomas Jefferson fue acusado, cuando aún vivía, de mantener relaciones sexuales con una de sus esclavas, Sally Hemmings, y de haber tenido con ella cinco hijos. Estas relaciones resultaban chocantes para los estadounidenses de la época, que se escandalizaban, no de las costumbres del gran hombre, viudo desde hacía tiempo, sino de su concepto de las relaciones interraciales. Sea como fuere, hoy se sabe que Sally Hemmings era la amante de Jefferson. A finales del siglo XIX los periódicos anunciaron que Grover Cleveland tenía un hijo ilegítimo. Fue un gran escándalo, que animó la campaña electoral. Por contra, los periódicos han sido y son todavía muy discretos sobre ciertos aspectos de la vida privada de Franklin Roosevelt o del general Eisenhower. ¿Por qué esperaron hasta 1975 para evocar las calaveradas de John Kennedy? Un colaborador del *New York Times*, da una explicación. Todos estábamos al corriente, viene a decir, pero la vida privada no tiene que ser objeto de indiscreciones, sobre todo cuando no afecta a la vida pública. Esta explicación no me convence en absoluto.

Naturalmente, a nadie se le escapa que las revelaciones de estos últimos años son el resultado de un clima político. Con ellas se intenta zaherir a Edward Kennedy. Judith Campbell, por ejemplo, explica que el presidente le ha confiado que su hermano Teddy, decididamente, no reúne las cualidades requeridas para aspirar a la magistratura suprema. Además, todo lo que disminuye la talla de John y de Robert perjudica a Edward y le impide, más aún, la obtención de la investidura del Partido Demócrata, si por azar decide enrolarse en la campaña de las elecciones presidenciales. Lo que irrita en las confidencias que se publican, con su trastienda política, es la presencia de la Mafia. ¡Extrañas relaciones para un presidente de Estados Unidos! La Casa Blanca no sólo habría sido un lugar de relajación, sino que habría tenido parte con «el sindicato del crimen». Richard Nixon y su círculo colocaron micrófonos en el cuartel general de sus rivales políticos; fueron censurados y condenados justamente. ¿Y si John Kennedy y los suyos apenas valieran un

adarme más? ¿Y si los demócratas también hubiesen tenido su Watergate? ¿Y si los secretos de alcoba fueran como el contrapeso de las actividades de los «fontaneros»? Finalmente, no es posible olvidar que Kennedy ha utilizado con frecuencia y públicamente su vida privada. Su madre, sus hermanas, sus hermanos, su mujer han sido hábiles propagandistas. Todos han contribuido a elaborar su imagen política. ¿Y si esta imagen se basara en la mentira y en el engaño sistemático? No es tan sólo la vida familiar de John Kennedy la que suscita interrogantes. El juicio que pueda emitirse sobre el hombre privado alcanza, de rebote, al hombre político. Un nuevo Kennedy surge brutalmente de sus confesiones expresadas a medias, a medias retractadas. ¡Cuántas preguntas podrían plantearse legítimamente! ¡Cuántas preguntas para las cuales, de momento, no hay respuesta! Puede que Kennedy sea la víctima de infames calumnias. Puede que entre en la historia tras haber sido un héroe de leyenda. La verdad, sin duda, existe en alguna parte. Confieso, con gran vergüenza, que yo no he sabido encontrarla.

¿Quién era verdaderamente?

Planea sobre John Kennedy, hoy más que ayer, una sombra de misterio que es también una sombra de duda. Misterioso resulta, desde luego, su asesinato, cuyo enigma no se acaba de resolver. Sorprendente también su carrera, cuyo éxito se apoya en el encanto y en la inteligencia de un hombre, en su sentido de la publicidad y en el dispendio de sumas enormes. ¿Y qué decir de un liberalismo prudente que se acomoda a las más condenables prácticas? La CIA tramaba sombrías conspiraciones, experimentaba técnicas de lavado de cerebro o usaba productos farmacéuticos; en pocas palabras, se comportaba como un Estado dentro del Estado. Kennedy, aunque desconfiaba de la agencia, no prohibía sus actividades ilegales. El FBI recurría a las escuchas telefónicas bajo las órdenes de Robert Kennedy. Todos los escándalos que sacan a la luz del día las comisiones de investigación del Congreso salpican a Kennedy. ¿Cómo juzgar una política exterior que ha tenido más fracasos que éxitos, más ambivalencia que claridad, con unas apelaciones al idealismo compatibles con la aplicación del peor de los realismos? Sorprende igualmente la fuerza de un mito que ha transformado una presidencia de mil días en una leyenda épica, como si los Estados Unidos de noviembre de 1963 fueran profundamente distintos de los de enero de 1961. Cabe preguntarse si, detrás de la fachada del hombre joven, inteligente, cultivado, sonriente y guapo, verdadera encarnación del optimismo de los años sesenta, no se esconde un hombre ambicioso, de afilados colmillos, que no duda, por razones a veces discutibles, en conducir el mundo hasta el borde del remolino nuclear. John Kennedy fascina y desconcierta al mismo tiempo. Incluso cuando uno cree captar las innumerables facetas de su carácter y de su personalidad, escapa todavía a la sujeción del análisis. ¿Quién era verdaderamente? ¿Se sabrá alguna vez la verdad, toda la verdad?

Notas

1. El término New Deal, traducible por «Nuevo Trato», fue el lema electoral empleado por Roosevelt en las elecciones presidenciales de 1932. En la práctica, podría resumirse diciendo que consistió en la aplicación de una serie de leyes que permitieron la intervención del gobierno federal en el sistema económico de libre empresa. [N. del T.]
2. Política de «apaciguamiento» seguida especialmente por Francia y Gran Bretaña cuando, para mantener la paz a cualquier precio, cedían ante las sucesivas exigencias de Hitler. [N. del T.]
3. El verbo inglés *understate* significa «decir menos de lo que realmente hay». Así, pues, *understatement* podría traducirse, en el presente caso, por «exposición incompleta», pero con un matiz de subestimación. [N. del T.]
4. Abreviatura de *General Issue*, que viene a ser una leva del ejército, pero en la que se comprenden sólo los soldados, no los oficiales. [N. del T.]
5. En Alabama los grandes electores eligieron individualmente: seis para Byrd y cinco para Kennedy. Entre los partidarios de Byrd, el que más votos obtuvo logró 324.050; entre los de Kennedy, el que más, 318.303. Por tanto, es imposible no contar dos veces los sufragios populares de Alabama.
6. Literalmente, «cabezas de huevo». Se decía irónicamente de los intelectuales metidos en política, como Adlai Stevenson. [N. del T.]
7. Literalmente, «chistes de apertura.» Debemos entenderlo como bromas para romper el hielo, humanizar el protocolo. [N. del T.]

Cronología

- 1917 29 de mayo: nace John F. Kennedy en Brookline, Boston.
- 1931 Ingresa en Choate, una escuela preparatoria para la universidad situada en Wallingford, Connecticut.
- 1935 Viaja a Londres para seguir los cursos de economía de Harold Laski en la School of Economic, pero debe regresar a Estados Unidos sin haberlos acabado debido a una enfermedad. Ingresa en la Universidad de Princeton.
- 1936 Abandona Princeton y se inscribe en la Universidad de Harvard.
- 1937 Joseph Kennedy y su familia se instalan en Londres, donde ha sido nombrado embajador. John viaja a Francia, Italia y España acompañado por su amigo Lem Billings.
- 1938 Pide permiso en Harvard y de nuevo emprende un viaje en el que visita París, Polonia, Letonia, la Unión Soviética, Turquía, Palestina, los Balcanes y Berlín.
- 1940 Kennedy se gradúa en Harvard obteniendo la calificación de sobresaliente. Se publica su tesis doctoral con el título *Why England slept*.
- 1941 Septiembre: se alista como voluntario en la marina, alcanzando el grado de subteniente.
- 1942 Ingresa en la escuela de patrulleros.
- 1943 25 de abril: toma el mando de la patrullera PT 109. Resulta herido en un ataque japonés cerca de las islas Salomón. A su vuelta a Estados Unidos le son concedidas las condecoraciones Navy and Marine Corps Medal y Purple Heart.
- 1944 12 de agosto: muere en combate su hermano mayor, Joe Kennedy.
- 1946 Es elegido representante en el Congreso por el undécimo distrito de Boston.
- 1948 Vuelve a ser elegido representante por la misma circunscripción.
- 1949 23 de enero: pronuncia un discurso totalmente hostil a la política estadounidense en China.

- 1950 El reelegido representante por tercera vez.
- 1951 Viaja a Italia, Extremo Oriente, Israel, España, Suecia y Yugoslavia.
- 1952 Es elegido senador por el Estado de Massachusetts derrotando a Henry Cabot Lodge.
- 1953 12 de septiembre: Kennedy contrae matrimonio con Jacqueline Lee Bouvier.
- 1954 21 de octubre: es operado de una antigua dolencia de la columna vertebral, fusionándole dos vértebras.
Diciembre: el Senado de Estados Unidos "censura" al senador Joseph McCarthy.
- 1955 De nuevo es intervenido quirúrgicamente con el fin de completar la operación anterior. Se traslada a Florida para recuperarse en casa de sus padres.
Mayo: regresa a Washington.
- 1956 Publica su segundo libro *Profiles in Courage*. Presenta su candidatura a la vicepresidencia de la nación en el Partido Demócrata y es vencido por su rival Estes Kefauver.
- 1957 Se le concede el premio Pulitzer. Nace su hija Caroline.
- 1958 El reelegido senador por Massachusetts.
- 1959 Realiza una gira preelectoral por varios Estados de la Unión.
- 1960 2 de enero: anuncia su presentación a las elecciones presidenciales. Julio: asiste a la convención nacional demócrata tras ganar diez elecciones primarias. Es elegido candidato oficial a la presidencia por el Partido Demócrata.
Septiembre-octubre: se llevan a cabo cuatro debates televisados entre Kennedy y Richard Nixon, candidato republicano a la presidencia.
8 de noviembre: realizado el escrutinio de las elecciones, Kennedy se alza con la presidencia de Estados Unidos, por escaso margen sobre Nixon.
25 de noviembre: nace John, segundo hijo de Kennedy.
- 1961 Estados Unidos rompe sus relaciones diplomáticas con Cuba.
21 de enero: ceremonia de investidura de Kennedy como nuevo presidente de Estados Unidos.
El cosmonauta soviético Yuri Gagarin da por primera vez una vuelta completa a la Tierra a bordo de la cápsula *Vostok I*.
19 de abril: desembarco de fuerzas anticastristas, entrenadas por la CIA, en la Bahía de Cochinos, Cuba.
5 de mayo: Alan Shepard realiza el primer vuelo orbital estadounidense en la cápsula *Mercury*.
25 de mayo: Kennedy consigue que el Congreso apruebe créditos suplementarios para la NASA.
3 y 4 de junio: Kennedy y Kruschchev se reúnen en Viena para negociar la crisis de Berlín.

21 de julio: Virgil Grissom realiza el segundo vuelo espacial estadounidense.

13 de agosto: las autoridades de Berlín Este cierran con alambre de es-
pino los accesos de Berlín Oeste.

Septiembre: las Naciones Unidas, por sugerencia de Kennedy, proclaman los años sesenta «el decenio del desarrollo».

1962 Febrero: el astronauta John Glenn da tres vueltas a la Tierra a bordo de una cápsula espacial. Comienza en Estados Unidos el programa espacial *Apolo*.

Junio: la «doctrina McNamara», expuesta en Ann Arbor, se convierte en la política oficial de defensa de Estados Unidos.

11 de octubre: Kennedy firma la ley sobre la expansión del comercio (Trade Expansion Union) aprobada por el Congreso.

14 de octubre: aviones estadounidenses de reconocimiento descubren en Cuba la instalación de rampas de lanzamiento soviéticas para ingenios balísticos.

22 de octubre: Kennedy decide el bloqueo de Cuba.

26 de octubre: Kruschchev se muestra dispuesto a negociar y se produce un intercambio de cartas entre él y el presidente Kennedy.

29 de octubre: finaliza la crisis. Los soviéticos consienten en retirar sus misiles, cohetes y bombarderos de Cuba y Estados Unidos se compromete a no invadir el territorio de la isla.

Comienza la distensión entre las dos potencias.

1963 Agosto: Estados Unidos y la Unión Soviética firman el Tratado de Moscú sobre pruebas nucleares.

1 de noviembre: se produce un golpe de Estado en Saigón, auspiciado por la CIA, en el que es asesinado Ngo Dinh Diem.

22 de noviembre: Kennedy es asesinado en Dallas.

24 de noviembre: es asesinado Harry Lee Oswald, presunto asesino del presidente.

Testimonios

Bruce Lee

Que Jack estaba empezando a ver la importancia y fascinación de la ciencia política está claramente demostrado en una historia contada por Louella Hennessey, que fue durante mucho tiempo niñera de toda la familia Kennedy. Jack, según la señorita Hennessey, se presentó aquel verano en la villa veraniega de la familia en Cannes. Una tormentosa tarde, junto a un fuego crepitante en la amplia chimenea, Jack reunió a sus hermanos y hermanas menores y empezó a contarles historias para entretener las horas de lluvia. Sin embargo, no fueron historias corrientes las que Jack contó a los niños, a los que amaba con ternura. En lugar de ello, Jack les contó la historia de la grandeza y decadencia de las grandes naciones y de los grandes dirigentes del mundo, empezando por Aníbal, siguiendo con César, Carlomagno y Napoleón, para terminar llevando a su embellecido auditorio a la época actual. Jack explicó detalladamente cómo muchas de las grandes naciones del pasado fueron dictaduras que oprimían a los pueblos y cómo fueron derrotadas. «Ahora —decía Jack—, Norteamérica será la potencia más poderosa del mundo porque no oprime a su pueblo. El gran problema —concluyó— consiste en la manera de conservar la fuerza de Norteamérica y a la vez sus tradiciones de libertad individual. Es el gran problema de nuestro futuro.» (Kennedy, 1963)

Raymond Aron

En julio de 1963, el equipo Kennedy experimentó, con toda seguridad, sentimientos de victoria. Durante los dos primeros años, había oscilado entre el fracaso y la desilusión. Con el fracaso de la Bahía de Cochinos, había perdido no sólo el prestigio, sino sobre todo la confianza en sí mismo. Tras la entrevista de Viena, en la que Kruschchev quiso, no sin algún éxito, intimidar al joven presidente, éste había buscado en toda ocasión —como en Laos y en Vietnam— la oportunidad, no tanto de un desquite como de una prueba convincente para su rival, de su firmeza. No debía de aparecer como débil, inseguro de sí mismo e inconsciente de su poder. Sin embargo, las negociaciones sobre la suspensión de las experiencias nucleares, abiertas el 31 de octubre de 1958, no llegaban a ningún resultado. El 20 de agosto de 1961, sin preaviso alguno, los soviéticos reanudaron tales experimentos. Unos meses más tarde, los estadounidenses procedían, a su vez, a hacer una nueva serie de experimentos. Sólo en octubre-noviembre de 1962, la instalación de cohetes atómicos soviéticos en Cuba, dio a Kennedy la oportunidad de lograr un éxito espectacular, si no importante, y le permitió alcanzar, por fin, uno de los dos objetivos que más le preocupaban. A fin de cuentas, el diálogo con la Unión Soviética le importaba más que la Comunidad Atlántica y sus pilares. En 1962 y en vista del ambiente internacional de entonces, ningún presidente estadounidense habría podido tolerar que Cuba se transformase en una base nuclear soviética. El argumento acerca de la equivalencia entre las bases estadounidenses en Turquía y una base soviética en Cuba habría sido rechazado con in-

dignación, que resultaría legítima en el plano de la política de potencias (¿por qué no comparar a Cuba con Finlandia?), aunque no en el plano de la legalidad internacional.

(*La república imperial*, 1973)

Eduardo Haro Tecglen

En un principio, la opinión pública de los Estados Unidos pareció ponerse al lado de su presidente humillado [Eisenhower]; pero cuando llegaron las elecciones, los votos fueron para el candidato demócrata John Fitzgerald Kennedy. Los republicanos no tuvieron mejor candidato que Nixon, exageradamente unido a los principios de «guerra fría». En las elecciones del 9 de noviembre de 1960, Kennedy obtuvo 34.227.096 votos populares (303 grandes compromisarios) y Nixon 34.108.546 (219 compromisarios). La diferencia no era muy grande, pero cambiaba una época. Kennedy introducía un estilo intelectual, moderado, educado y políticamente abierto: era, por lo menos, el final de la posguerra. Era una figura fascinante, con carisma, como en otro sentido lo tenía Kruschchev.

(*USA y URSS, las superpotencias*, 1982)

José María de Areilza

En las primeras semanas de mayo de 1961 se comenzó a hablar con insistencia de la visita del presidente Kennedy a París. Llevaba seis meses desde la inauguración de su mandato y ya había logrado imponer el sello de su fuerte personalidad a la trayectoria de la Casa Blanca. Venía el joven político americano con el propósito de entrevistarse en Viena con Nikita Kruschchev, el discutido líder soviético. En el interminable y tenso diálogo ruso-americano que no se extinguirá en muchas décadas, hay siempre la expectativa del nuevo jefe de Estado de uno o del otro lado que hace el primer contacto con el adversario dialéctico. Kennedy había programado su viaje a París con minuciosidad y enviado como adelantados a un grupo de sus más cercanos colaboradores. Uno de ellos, su jefe de protocolo Angier Biddle Duke, más tarde embajador en España, se hallaba casado con un parienta mía, la encantadora Lulú Arana y Zurita que murió en un trágico accidente de aviación pocos años más tarde. Teníamos una estrecha amistad con el matrimonio que vino a comer en la intimidad de la Embajada. Me contó Biddle Duke la gran importancia que Kennedy confería a este viaje y a la entrevista que iba a sostener con De Gaulle en la que habían de examinarse temas de relevancia. «No se conocen Kennedy y De Gaulle... —me dijo—. ¿Cómo crees tú, que has tratado a ambos, que resultará el encuentro? Son dos personalidades fuertes e independientes. No gobiernan a través de otros, sino por sí mismos. El uno es joven. El otro es hombre de edad. ¿Qué dirías tú al presidente americano si fueras a darle una opinión sobre el éxito de la entrevista?» Le contesté que nada halagaría tanto a De Gaulle como que el joven líder de la juvenil nación americana le pidiera opinión y consejo desde la altura de su experiencia... Angier se rió con mi respuesta, pero noté que le agradaba.

(*Memorias exteriores*, 1985)

Bibliografía

BUCK, P. S.: *Las mujeres Kennedy*. Barcelona, Dopesa, 1972.

DUHAMEL, M.: *Los cuatro días de Dallas*. México, Ed. Diana, 1971.

DUINO, M.: *El teniente J. F. Kennedy*. Barcelona, Juventud, 1968.

HABE, H.: *La muerte en Texas*. Buenos Aires, Plaza y Janés, 1964.

KOSKOFF, A.: *Joseph P. Kennedy, fundador de un clan político*. Barcelona, Dopesa, 1975.

MANCHESTER, W.: *Muerte de un presidente*. Barcelona, Noguer, 1967.

MCGREGOR BURNS, J.: *John Kennedy*. Barcelona, Ariel, 1960.

SCHLESINGER, A. M.: *Los mil días de Kennedy*. Barcelona, Aymá, 1966.

SIDEY, H.: *John F. Kennedy, presidente*. Barcelona, Juventud, 1982.

SORENSEN, Th. C.: *Kennedy, el hombre, el presidente*. Madrid, Grijalbo, 1966, 2 vols.

BIBLIOTECA SALVAT DE GRANDES BIOGRAFIAS

1. **Napoleón**, por André Maurois. Prólogo de Carmen Llorca.
2. **Miguel Angel**, por Heinrich Koch. Prólogo de José Manuel Cruz Valdovinos.
3. **Einstein**, por Banesh Hoffmann. Prólogo de Mario Bunge.
3. **Bolívar**, por Jorge Campos. Prólogo de Manuel Pérez Vila. (2.ª serie.)
4. **Gandhi**, por Heimo Rau. Prólogo de Ramiro A. Calle.
5. **Darwin**, por Julian Huxley y H. B. D. Kettlewell. Prólogo de Faustino Cordón.
6. **Lawrence de Arabia**, por Richard Perceval Graves. Prólogo de Manuel Díez Alegría.
7. **Marx**, por Werner Blumenberg. Prólogo de Santos Juliá Díaz.
8. **Churchill**, por Alan Moorehead. Prólogo de José M.ª de Areilza.
9. **Hemingway**, por Anthony Burgess. Prólogo de Josep M.ª Castellet.
10. **Shakespeare**, por F. E. Halliday. Prólogo de Lluís Pasqual.
11. **M. Curie**, por Robert Reid. Prólogo de José Luis L. Aranguren.
12. **Freud (1)**, por Ernest Jones. Prólogo de C. Castilla del Pino.
13. **Freud (2)**, por Ernest Jones.
14. **Dickens**, por J. B. Priestley. Prólogo de Juan Luis Cebrián.
15. **Dante**, por Kurt Leonhard. Prólogo de Angel Crespo.
16. **Nietzsche**, por Ivo Frenzel. Prólogo de Miguel Morey.
17. **Velázquez**, por Juan A. Gaya Nuño. Prólogo de José Luis Morales Marín.
18. **Pasteur (1)**, por René J. Dubos. Prólogo de Pedro Laín Entralgo.
19. **Pasteur (2)**, por René J. Dubos.
20. **Luis XIV**, por Ragnhild Hatton. Prólogo de Víctor L. Tapié.
21. **Bolívar**, por Jorge Campos. Prólogo de Manuel Pérez Vila.
21. **Einstein**, por Banesh Hoffmann. Prólogo de Mario Bunge. (2.ª serie.)
22. **Russell**, por Ronald Clark. Prólogo de Jesús Mosterín.
23. **Rembrandt**, por Christopher White. Prólogo de Josep Guinovart.
24. **Julio César**, por Hans Oppermann. Prólogo de Agustín García Calvo.
25. **García Lorca**, por José Luis Cano.
26. **Edison**, por Fritz Vögtle. Prólogo de Manuel Toharia.
27. **Verdi**, por Charles Osborne. Prólogo de José Luis Téllez.
28. **Chaplin**, por Wolfram Tichy. Prólogo de Carlos Barbáchano.
29. **Dostoyevski (1)**, por Henri Troyat. Prólogo de Joaquín Marco.
30. **Dostoyevski (2)**, por Henri Troyat.
31. **Falla**, por Manuel Orozco.
32. **Van Gogh**, por Herbert Frank.
33. **Sartre**, por Walter Biemel.
34. **Buda**, por Maurice Percheron. Prólogo de Alfredo Fierro.
35. **Byron**, por Derek Parker. Prólogo de Pere Gimferrer.
36. **Juan XXIII**, por José Jiménez Lozano.
37. **Casals**, por Josep M. Corredor. Prólogo de Enric Casals.
38. **Lope de Vega**, por Alonso Zamora Vicente.
39. **Rousseau**, por Sir Gavin de Beer. Prólogo de Manuel Pérez Ledesma.
40. **Galileo**, por Johannes Hemleben. Prólogo de Víctor Navarro.
41. **A. Machado**, por José Luis Cano. Prólogo de Mátyás Horányi.
42. **Garibaldi**, por Andrea Viotti. Prólogo de Santiago Perinat.
43. **E. A. Poe**, por Walter Lennig.
44. **Lorenz**, por Alec Nisbett.
45. **Juárez**, por Ivie E. Cadenhead. Prólogo de Fernando Benítez.
46. **Kepler**, por Arthur Koestler.
47. **Nelson**, por Tom Pocock. Prólogo de Laureano Carbonell.
48. **A. Humboldt**, por Adolf Meyer-Abich. Prólogo de Juan Vilá Valentí.
49. **Beethoven**, por Marion M. Scott. Prólogo de Arturo Reverter.
50. **Durero**, por Franz Winzinger.
51. **Wagner**, por Charles Osborne. Prólogo de Angel Fernando Mayo.
52. **Fleming (1)**, por Gwyn Macfarlane.
53. **Fleming (2)**, por Gwyn Macfarlane.
54. **Le Corbusier**, por Norbert Huse. Prólogo de Oriol Bohigas.
55. **Bach**, por Malcolm Boyd. Prólogo de Jacinto Torres.
56. **Carlomagno**, por Wolfgang Braunfels.
57. **Voltaire**, por Haydn Mason.
58. **De Gaulle**, por Jean Lacouture.
59. **Kennedy**, por André Kaspi.



The Doctor

<http://thedoctorwho1967.blogspot.com.ar/>

<http://el1900.blogspot.com.ar/>

<http://librosrevistasinteresesanexo.blogspot.com.ar/>



KENNEDY

John Fitzgerald Kennedy es uno de los personajes más controvertidos de nuestro tiempo. Al día siguiente del magnicidio de Dallas comenzó a fraguarse en torno a él una aureola mítica, asociada a la imagen de un hombre joven, atractivo e inteligente en el que muchos veían la encarnación máxima del optimismo de los años sesenta. Pero desde hace algún tiempo, el inevitable proceso de desmitificación que sigue a la construcción del mito tiende a poner de relieve los aspectos negativos de la personalidad y la gestión presidencial de Kennedy.

Alejándose de toda tendencia extrema y toda parcialidad, André Kaspi analiza con gran objetividad la vida y la política de Kennedy en unas páginas que derriban muchos tópicos y nos acercan al conocimiento de un hombre que marcó poderosamente la historia de su país y de su tiempo.

KENNEDY André Kaspi

KENNEDY

ANDRÉ KASPI



59

SALVAT

BIBLIOTECA SALVAT DE
GRANDES BIOGRAFIAS